El Duque y la MALDICIÓN

VERÓNICA MENGUAL

© VERÓNICA MENGUAL
El duque y la maldición
Sello: Independently published

Primera edición, junio de 2023.
Impreso en España.
Corrección y edición: José Pedro Baeza Piera.
Diseño de portada: Verónica Mengual.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El duque y la maldición

Serie amor, deber y amistad

Verónica Mengual

Simplemente para ti, mi lectora.
Por tu fidelidad y porque en tu interior
hay una dama en constante
búsqueda de la pasión, y que no teme las maldiciones.
Cae, levántate, sigue indagando sobre el amor
y no olvides divertirte por el camino.
Recuerda: tú eres la mejor.

Sinopsis

¿Qué puede ser más importante que la seducción?

Una simple señorita y un duque… ¡El drama está servido!

La señorita Emma Harrelson, como hija de un importante diplomático, ha conocido buena parte del mundo y ha disfrutado de muchas aventuras. La muerte de su progenitor la lleva, junto con su madre, hasta el rígido e intolerante Londres. Decidida a imponer sus propias reglas, terminará en los brazos del único hombre que no está dispuesto a transgredir las normas.

Oliver Worth, el duque de Ashton, no quiere tener nada que ver con esa impulsiva señorita Harrelson, aunque sin saber muy bien cómo, el frío noble se encontrará disfrutando de una apasionada mujer que amenaza con desestabilizar su ordenado mundo ducal.

El mayor problema es que en su momento fue maldecido por una bruja y le ha llegado el momento de pagar por la afrenta.

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Capítulo 1

Conociendo a un duque

Capítulo 2

Charlas esclarecedoras

Capítulo 3

Yo tomaré mi beso

Capítulo 4

Y tocaré el cielo

Capítulo 5

La Mansión de la Perversión

Capítulo 6

Invencible

Capítulo 7

La marquesa de Montrose

Capítulo 8

¿Un nuevo comienzo?

Capítulo 9

La decisión de Emma

Capítulo 10

Aclaraciones varias

Epílogo

Nada es lo que parece

Sobre la autora

Prefacio

Todo tiene un principio

—¡Claro que soy capaz de hacerlo! —exclamó la morena de ojos verdes queriéndose hacer la valiente.

La señorita Emma Harrelson estaba encantada con estas dos damas tan poco ortodoxas que le habían abierto las puertas de su confianza. Cuando Emma llegó a la Casa Manchester con sus padres, creyó que estaría a merced de dos caprichosas y estiradas jóvenes inglesas. ¡Nada más lejos de la realidad! Lady Valerie y lady Lena habían sido todo un descubrimiento. El marqués de Ailsa las había calificado a las tres muchachas como dementes y si Patrick Manchester —el marqués— oyera la conversación que estaba teniendo lugar en estos momentos entre ellas, probablemente las haría encerrar en un convento y echaría la llave al mar.

—No, Emma. ¡No aceptes la apuesta! ¿No ves que Valerie es demasiado imprudente? —Lena no podía ser partícipe de esto que había propiciado su mejor amiga, V, como todos apodaban a lady Valerie. Lena creía que era una locura no frenarlas. Cuando conoció a la señorita Harrelson hace unas semanas le pareció sensata. Por lo visto, erró en su suposición.

Tenían dieciséis años y si algo salía a la luz, el futuro de las tres correría un serio peligro. ¿Es que no se daba cuenta ninguna de las dos que lo que estaban proponiendo era un despropósito?, se preguntó Lena.

—Así que ahora soy Valerie… ¿Por qué siempre que te enfadas conmigo usas mi nombre completo? Creí que, puesto que no estaba Gertrude, no iba a oír la voz de la conciencia. Me equivoqué. —Lena era sensata, pero su otra mejor amiga, lady Gertrude Lamark, que hoy no estaba con ellas, parecía que iba a convertirse en una santa. ¡Todo siempre le parecía mal!

—V —usó el apelativo cariñoso que habitualmente utilizaba para referirse a ella—, no puedo permitir que corrompas a Em con tus ideas descabelladas.

—¿Corromperla? ¿Yo? ¡Pero si el desafío ha sido suyo! —Valerie estaba indignada con las palabras que Lena le acababa de profesar.

—Estáis hablando del hermano de Ger, del mejor amigo de Patrick, y las tres sabemos que él es muy peligroso. Somos unas niñas. No podéis estar hablando en serio —explicó Lena, tratando de imponer cordura.

—Vamos, Lena. No seas aguafiestas. Emma está convencida de que puede hacerlo. Yo digo que no. —Valerie estaba muy ilusionada con lo que estaban tramando.

—Él no se fijará en Emma ni en un millón de años. Somos mocosas a sus ojos. —Volvió a hablar la que parecía ser la voz de la conciencia.

—¡Oye, Lena! Soy más que capaz de hacerlo. —La señorita Harrelson se sentía con el orgullo herido.

—Sé realista. Eres una niña y él es todo un hombre. —Lena tuvo la sensación de que debió haberse callado. La mirada que estaba poniendo su nueva amiga era desconcertante.

—Cierto que somos jóvenes, pero hay muchas como nosotras que están casadas, e incluso las hay con menos años y ya son madres. Apuesto 1.000 libras a que puedo hacerlo. —Emma le dio un bocado al bollito de canela que permanecía en el plato sobre la mesilla en la habitación de la hija de la anfitriona de la casa. Ese manjar era una de sus debilidades. Su madre la regañaba porque estaba demasiado redondeada. Sus pechos habían crecido mucho en los últimos meses y no estaban a la moda. Eso era lo que había oído decir a la señora Harrelson. A Em eso le traía sin cuidado. Su padre decía que ella era perfecta.

—Tú no tienes 1.000 libras —señaló V.

—Cierto. ¿Qué podemos apostar entonces? —Em tragó el bocado que tenía en la boca.

—No hace falta apostar nada, Emma. Reconoceré tu valía si consigues arrancarle un beso al conde de Chesterfield.

—¿Sólo eso, V? ¿No habrá nada en juego? —La señorita Harrelson se quedó un poco desilusionada.

—El orgullo es lo que está en juego. ¿Qué razón hay más poderosa que la de saberse ganadora de un reto? —Valerie la miró al más puro estilo Manchester, con una ceja retadora.

—¡Estáis locas! —volvió a reiterar Lena.

—Sí, sí. Ya lo has dicho antes. ¿Cómo vas a hacerlo, Emma? Ese vestido recatado que llevas no va a poder captar su atención. —V estaba ideando un plan.

—Sí, tienes razón. Había pensado en que mi atuendo no es el adecuado.

Valerie comenzó a pensar. Su amiga era de busto y cintura más generosa que ella.

—¡Mi madre tiene un vestido precioso de su juventud! Creo que te podría valer. —La pequeña de los Manchester vio la solución.

—Pero estará pasado de moda, V. No servirá para llamar la atención de Chesterfield. —Em no lo veía como una opción razonable.

—¿Antiguo? Ese vestido es muchas cosas, pero ese calificativo no es uno de sus atributos. —Si ellas supieran la verdadera esencia de la marquesa viuda de Ailsa no dirían eso. La madre de V, Elvina, tenía muchos secretos de los que Valerie no había destramado más que un pequeño puñado—. Esperad aquí. Iré a por él.

—¡V! —tomó la palabra Emma—. No puedo ponerme algo muy escandaloso. Mis padres… ya sabes. Tal vez deberíamos dejarlo correr. Es todo muy arriesgado. —La marquesa viuda de Ailsa, Elvina, era una mujer muy peculiar. Emma se dio cuenta de que no era una simple mujer nada más la conoció. Si Valerie había dicho que un vestido de su madre cautivaría al conde de Chesterfield, el atuendo debía ser poco recatado.

—El baile que da mi madre esta noche va a ser multitudinario. Si juegas bien tus cartas puedes hacerlo. —Valerie chasqueó la lengua tal y como hacía su madre cuando quería dar emoción a un asunto—. Aunque igual quieres retirarte porque sabes que no vas a ser capaz.

Emma miró a Valerie frunciendo el ceño. La pequeña Manchester esperó a ver si ella picaba el anzuelo.

—Trae el vestido de tu madre.

—Yo no quiero saber nada sobre esto. Regreso a mi habitación para prepararme para la fiesta. No voy a contrariar a Elvina. Y vosotras dos —Lena miró fijamente a Em y a V—, deberíais hacer como yo. Comenzad a adecentaros y olvidad esta locura de la apuesta. ¡Por amor de Dios! ¡Patrick os matará si no lo hace primero Chesterfield!

—No le hagas caso —tomó la palabra V—, Lena trata de engañarnos. Mi estimada amiga es divertida.

Esta apreciación llamó la atención de la otra joven.

—¿Soy divertida, V? —Nunca nadie la había considerado así. Lena se sentía contenta.

—Claro que sí. Eres fantástica.

—¿Qué quiere de mí, lady Valerie? —Lena conocía a su amiga y sabía que estaba tratando de conquistarla.

—Necesito ayuda para preparar a Em. Patrick y Ches siempre se refieren a nosotras como niñas malcriadas. ¿No te gustaría darles una lección, Lena? Imagina la cara del bueno del conde de Ches cuando descubra que una niña lo ha engañado. ¿No te apetece darle un escarmiento?

Lena recordó una vez cuando V y ella misma se escondieron en el despacho de Patrick y los hombres se refirieron a ellas dos de ese modo. Dijeron además que eran como una plaga.

—Sí. Os ayudaré. —Lena se iba a vengar de ellos también.

—¡Perfecto! —V salió corriendo en busca de todo lo que necesitaba

para preparar a su amiga.

Cuando terminaron de arreglar a Emma, Valerie y Lena sonrieron.

—Estás increíble.

Emma rodó sobre sí misma. Era un vestido vaporoso, con poca tela en su escote y sus brazos.

—Parezco una mujerzuela. ¿Este vestido era de tu madre?

—Sí, y no te muevas mucho o la muselina se rasgará. Tú tienes los senos más grandes que ella. La verdad es que son inmensos —Valerie estaba celosa. A ella le encantaría tener esos atributos.

—¡V, me estás avergonzando! —Emma sabía que esa parte de su cuerpo era lo primero que muchas personas miraban de ella.

—Valerie tiene razón. Estás impresionante. Ches caerá rendido. Debí apostar 1.000 libras a que lo conseguirías. —Lena la miraba y veía a una mujer, no a una jovencita.

Habían peinado su pelo de forma que quedara recogido a la espalda. La habían maquillado discretamente, y ese vestido rojo que habían sustraído del armario de Elvina le quedaba como un guante donde debía quedarle así. Ciertamente, la marquesa viuda debió haber sido una dama con una figura envidiable y muy segura para exhibirse en un vestido como ese.

—Bien. El plan es el siguiente: Lena y yo bajaremos al salón, tú ve al despacho de Patrick y espera a Ches ahí. Se nos ocurrirá algo para hacerlo ir.

—Esto es muy arriesgado. No sé si podré seguir adelante. —Em no veía muy claro lo que había surgido como una travesura.

—¡Claro que sí! Es solo un beso. Además, Lena y yo estaremos pendientes. No va a suceder nada malo. Únicamente, Ches recibirá una lección.

Valerie sonrió. Era la última vez que ese arrogante se refería a ella o a sus amigas en términos despectivos. Lo peor de todo era que el traidor de su primo permitía las descalificaciones hacia ella. Si su otro primo, el hermano de Patrick, Anthony, estuviera en el reino, las cosas serían diferentes.

Todo el plan se puso en marcha de forma magistral. Em esperó nerviosa en el despacho del marqués de Ailsa. V y Lena dijeron al conde de Chesterfield que Patrick quería hablar con él y lo citaron en el lugar donde esperaba la joven del vestido indecente rojo.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —preguntó Ches al ingresar en el despacho donde se suponía que su amigo Patrick lo estaba esperando.

—Sí. ¿Qué tenemos aquí? —Em cuadró los hombros, torció la cabeza insinuante dispuesta a interpretar el papel de mujer mundana.

—Yo diría que tenemos a una dulce mujer esperando por un amante… —La ropa de ella, la posición, la pintura de su cara, los

gestos… Si su amigo Patrick la quería para él no estaba de suerte, porque Ches no iba a permitirse desperdiciar la ocasión con esa gatita tan extraordinaria. ¿Quién sería ella y dónde la tenía Patrick escondida?, se preguntó el conde mientras se aproximaba a ella como un cazador a su presa.

—Es usted muy arrogante, milord.

—Me encuentras irresistible por mi arrogancia, milady. —Él sabía cómo debía tratar a las mujeres. Decidió prescindir de la formalidad—. ¿Nos conocemos? —preguntó a medida que se acercaba a la mujer. Había algo en esa fémina que le resultaba muy familiar, pero no conseguía saber qué exactamente.

—Si nos conocemos, no lo recuerdo. —Emma decidió darle en su orgullo. A ella le dolería si le dijesen eso. Suponía que a él también, ¿no? Hombres y mujeres no debían ser tan diferentes.

—Eres dura. No deberías jugar, preciosa, porque no soy de los que pierde, y te juro que a partir de este momento no vas a poder olvidarme.

El conde de Chesterfield, uno de los hombres más seductores y peligrosos de buena parte del mundo, apodado el Rey de la Perversión, se cernió sobre su presa dispuesto a darle una lección. Sus besos reclamaron voraz los de la mujer, quien, tras dar un ligero grito de sorpresa por el primer contacto, se abandonó a lo que él le estaba haciendo sentir.

Em se sintió desfallecer. Un profundo calor se instauró en su bajo vientre. El beso fue profundo, inclemente, y Em se vio asaltada y sin fuerza para decirle que todo era una broma. En un minuto, él tuvo sus manos sobre sus dos senos y su boca volaba libre por su cuello.

—¡Chesterfield, detente! —V entreabrió la puerta sulfurada, gritando. Las dos amigas de Em habían estado pendientes de todo. Fue una suerte que el conde no se acordase de cerrar la puerta del despacho cuando ingresó en él—. ¡Es la señorita Emma Harrelson!

El conde se separó al oír el nombre de la joven que temblaba bajo sus caricias. Ches se recompuso rápidamente. Él no sería el todopoderoso Patrick, pero no distaba mucho de ser tan bueno como él. A fin de cuentas, el trabajo que ambos hacían para la Corona requería pericia.

—Por supuesto que es la señorita Harrelson —la miró directamente a los ojos—. Esto le enseñará a no jugar con hombres. Espero que haya aprendido la lección. Espero que todas vosotras, mocosas malcriadas, hayáis aprendido que es peligroso jugar con un hombre, y más cuando es uno como yo. La próxima vez no seré caballeroso y alguien acabará irremediablemente mancillada. —Sí, pretendía escandalizarlas. No lo consiguió porque ninguna de las tres se alteró con esas palabras, puesto que estaban más preocupadas por la furia que se veía impresa

en su voz.

Albus John Lamark, conde de Chesterfield, salió del lugar en estampida. De la casa. Abandonó la mansión de los Manchester en plena noche como si fuese un vulgar ladrón. No miró atrás.

¡Malditas jovencitas malcriadas! Patrick tenía razón. ¡Eran mucho peor que una plaga! No le extrañaba que el marqués de Ailsa escapase de Londres a cada momento para participar en las misiones secretas que la Corona le encomendaba.

Por su parte, la señorita Harrelson hubo de despedirse, poco después de aquel suceso, de sus amigas, dado que tenía que marcharse con su familia a una nueva misión diplomática que le había encomendado la Corona a su padre.

Lejos de ponerse triste, se emocionó por salir de Londres en busca de nuevas aventuras. Esperaba no regresar nunca a esa ciudad tan extraña.

No obstante, el destino tenía otros planes para la osada señorita Harrelson.

Capítulo 1

Conociendo a un duque

Diario de la señorita Harrelson:

Después de haber viajado por prácticamente por todo el mundo, durante los últimos años estoy harta de Londres, y eso que solo llevo aquí pocos meses. Todo se ha puesto mucho más tedioso de como lo recordaba. Ni siquiera ver a Leopold, uno de los mejores amigos que tuve aquí en mi niñez, me anima.

Tengo veinticuatro años, soy a todos los efectos una solterona y he decidido que no quiero ser más una solterona al uso. Si estoy tan acabada como esta sociedad quiere hacerme sentir, ¿por qué no demostrar que sigo estando llena de vida y, de paso, cumplir con algunas promesas que harían escandalizarse a lo más selecto de Inglaterra?

He vivido plenamente hasta el momento. El trabajo de papá como diplomático y la actitud de mamá —que nunca llegó a ser del todo una remilgada cursi a pesar de ser inglesa—, me han dado siempre una libertad sin igual: ser yo misma. Y ya no está mi adorado padre. Me siento perdida desde que se fue.

Hace casi dos años que no estás y, aunque sentí que una parte de mí partió contigo allí donde quiera que estés, debo seguir adelante, padre. Me encantaba estar en nuestra finca del campo en Mannor House, pero mamá está empeñada en que disfrute de la ciudad y la temporada. ¿Qué, papá? Creí que mamá me conocía lo suficiente como para saber que yo era feliz en el campo y que aquí en Londres no estoy contenta. Todo son bailes y conversación aburrida, y ni siquiera puedo contar con mis amigas. Están casadas. ¡Oh, papá, cuanto te echo de menos! Y no simplemente yo, papá. Mamá lo disimula muy bien, pero ella te añora cada día, a cada minuto, a cada segundo.

Una lágrima resbaló por la mejilla de la señorita Emma Harrelson

al recordar a su padre. Un hombre magnífico, siempre dedicado a su trabajo y a su familia.

Una rabia descomunal la envolvió al pensar en que ella no había conocido esa pasión y devoción que se profesaban sus progenitores. Realmente, hasta este preciso momento, Emma no había considerado que su vida estuviera falta de pasión. Ciertamente, había vivido con energía y libre, pero, si debía ser sincera consigo misma, estaba celosa de ese ardor que compartían un hombre y una mujer y que tantas veces había visto en los ojos de sus padres. Por supuesto, no era nada indecoroso, su padre aprovechaba cualquier momento para hacer una caricia a su madre, y la señora Harrelson hacía lo mismo con él. Emma sabía que estaban profundamente enamorados. Esas miradas que ambos se profesaban le habían estremecido el corazón una y otra vez. Y en ese preciso pensamiento, su mente se detuvo para analizar un sentimiento. Su padre no estaba con ella, y se sentía sola y perdida en el mundo. Ella había sido una muchacha intrépida, inquieta, deseosa de saber y conocer el mundo, y, según decía su padre, Charles, escandalosamente sincera.

Estaba sentada frente al escritorio de su despacho, sobre una elegante silla tapizada, y transcribiendo sus emociones en aquel diario que había comenzado a escribir desde que su padre había fallecido. Emma hizo una última anotación:

Pasión. Pasión entre un hombre y una mujer. Oh, papá, no leas esto. Déjame intimidad, porque estoy a punto de ser increíblemente escandalosa.

Mi querido diario, he encontrado algo que mantendrá mi mente ocupada y lejos de la tristeza. Voy a jugar a un juego: el juego de la seducción. Es hora de comenzar con la lista que tengo pendiente. Será suficiente. Las promesas y listas comenzaron siendo una travesura, algo infantil, pero… ¿Por qué no ponerlas en práctica?

Decidido. Emma Harrelson había recordado desde su llegada a la ciudad que las jóvenes inocentes tenían que ser muy, pero que muy, recatadas, aburridas e insulsas para cazar a un marido, a un buen partido. Las solteronas tenían más libertad, puesto que nadie se fijaba en ellas, y desde que había regresado a Londres nadie había dejado de insistir en que ella estaba en esa etapa. Qué injusta esta insana sociedad, que a los dieciséis o diecisiete años las jovencitas tenían que casarse y que con veintidós estuviesen, como decían en España, a punto de pasárseles el arroz. Qué escándalo para ella pues, con más años a sus espaldas, no tenía ninguna perspectiva de casamiento.

Ella era una solterona. Sí, inocente. Algún beso furtivo robado, pero

no había llegado a sentir pasión. Bueno, una vez hubo alguien que… Pero aquello no contaba porque de una travesura no podía salir nada como ese sentimiento tan… ¿No?

Emma dudaba que alguna vez pudiese ser capaz de sentir una devoción por un hombre. ¡Uy, un hombre! Emma suspiró y miró por la ventana de su elegante habitación de su casa de Mayfair. ¡Un hombre! Su plan precisaba de un hombre, y en Londres el que no era un calavera era un estirado aburrido. Su plan iba a ser difícil de llevar a cabo, pero ella tenía audacia y estaba segura de que su educación debía servir para cautivar, que no cazar, a un varón que le descubriese lo que ella estaba buscando: conocer la pasión.

Emma se acarició la mejilla y comenzó a pensar de nuevo. Su padre fue el segundo hijo de un conde que se labró un futuro. Su abuelo fue también un conde rico y su padre, Charles, le dejó, entre su mucha herencia, una buena fortuna. Hasta eso había hecho bien papá. Había dejado a su madre y a ella con una situación muy cómoda. Las inversiones del señor Harrelson habían dado sus frutos, por lo que se encontraban en una situación privilegiada que les dada a su madre y a ella la posibilidad de seguir siendo libres. Bueno, como el dinero no iba a ser un problema mandaría hacer nuevos vestidos a la moda y sugerentes. ¡Oh, sí! Esos finos diseños franceses con escotes generosos que había visto en París tendrían que valer para encontrar a un hombre que le abriese las puertas de eso que llamaban pasión. ¿Cortesana? Ya veríamos… «Empecemos por el principio y vayamos paso a paso», se dijo a sí misma.

Emma no era una beldad, pero tenía unos ojos grandes, verdes, unos labios carnosos y su busto era generoso. Poseía más curvas de lo normal y había descubierto en Londres que eso tampoco era apropiado. Pero ella se sentía una mujer atractiva. Seguramente, si sacaba el mejor partido a sus cualidades y demostraba ser una pizca escandalosa y audaz, podría llevar a cabo su plan con cierta facilidad. ¿Qué podía salir mal?

La mujer sonrió satisfecha de sí misma. Mañana, por la mañana iba a ir definitivamente de compras. Su madre estaría muy contenta con su cambio de actitud, lástima que el plan no tuviese como fin estar casada, tal y como su madre deseaba. Solo un amor intenso y profundo la llevaría hasta el altar, y eso era como pedir un milagro, pues en Londres estaba segura de que no había ni un caballero que fuese capaz de hacerla caer presa del amor. ¿De la pasión?, probablemente. Pero, ¿del amor? ¡Ja!, como diría una buena amiga suya.

***

La señorita Emma Harrelson estaba contenta con su aspecto. Sí, sería una solterona —para todos menos para ella misma, claro—, pero se sentía muy bella, y eso que ella misma era su peor crítica. Su madre se quedó boquiabierta con el nuevo cambio de aspecto de Emma. La joven había dejado atrás esos viejos vestidos que habían servido únicamente para cubrir su cuerpo y darle libertad de movimientos en sus salidas aventureras, como había hecho con sus amigos en África.

En estos momentos, ese vestido azul cielo, su recogido coqueto con algunos mechones estratégicamente separados del montón y ese escote generoso, pero que no escandaloso, iban a proporcionarle un candidato para su juego de seducción. Al menos, eso era lo que ella esperaba.

—Buenas noche, Emma.

—Buenas noches.

—¿Me concedes la siguiente pieza si no la tienes reservada? —preguntó galante ese caballero que ella tanto conocía. Ellos por norma general se tuteaban, porque eran muy conocidos.

—Leo. —Ella siempre usaba y acortaba su nombre de pila cuando no tenían público—. Sabes que acabo de llegar y que no he tenido tiempo de que nadie me pida un baile todavía. —Sonrió coqueta al ver dónde dirigía él su mirada. «Arriba, estoy aquí arriba», quiso gritarle. Pero no podía quejarse por esa reacción masculina, porque era precisamente eso lo que Emma estaba buscando.

—Pues, es una suerte que haya sido el primero en pedirlo. No me cabe la menor duda de que esta noche bailarás mucho. —«Menudo cambio, amiga mía», pensó él en sus adentros—. Te veo muy diferente y te sienta de maravilla —le dijo con un brillo especial en sus ojos.

«¿Mi amigo quiere jugar? Bien, comencemos», se dijo a sí misma.

—¿Está usted coqueteando conmigo, señor Shell? —inquirió, con una sonrisa aún más seductora que la primera.

—Puede apostar por ello, señorita Harrelson.

El señor Leopold Shell se acercó al oído de su amiga discretamente para susurrarle como si fuese una confidencia:

—Vendré a buscarla para el baile, no desaparezca.

Leo era un seductor, no le cabía la menor duda de ello. Era apuesto y no le había comentado nada acerca de ninguna mujer, por lo que parecía estar sin compromiso. ¿Podría ser él un buen candidato para su plan? Ciertamente, este baile de los Wars podría ser una oportunidad para el juego de ella.

Con una sonrisa todavía en los labios y pensando en la luna, la señorita Harrelson ladeó su cabeza y se topó en ese momento con un hombre que le pareció aterrador. Tragó saliva cuando lo observó lanzarle una larga mirada de arriba abajo. Emma se negó a ruborizarse.

Cuando él acabó de buscar lo que quiera que estuviese buscando en ella, Emma decidió ponerse seria y lo miró directamente a los ojos para dejarle claro que no la intimidaba. En ese momento, se le ocurrió algo muy gracioso: «le voy a pagar con su misma moneda». Ni corta ni perezosa, lo miró de arriba abajo, tal cual él había hecho con ella. Emma consideró que se había escandalizado porque él cambió su porte y ella notó que había emitido un pequeño suspiro de indignación. Ella volvió a centrar su mirada en sus ojos casi sin pestañear, y le obsequió con una, de lo que esperaba que fuese, una sonrisa fascinante. Lo observó totalmente irritado darse la vuelta y marcharse.

La señorita Harrelson había conseguido disgustar a ese descarado de una forma que las matronas catalogarían como indecorosa, impropia y totalmente inadecuada. A ella le dio igual.

Ella tuvo que morderse el labio inferior para no romper a reír. Había conseguido incomodarlo. Bueno, si Leo era un calavera, o un medio calavera, este tipo, por su porte elegante y sus vestimentas impecables, seguro que era un aburrido lord en busca de una remilgada rosa inglesa, opinó ella. Estaba segura de que nunca ninguna mujer le habría plantado cara de este modo, porque aunque silenciosa, la réplica de ella a su desfachatez había sido mordaz. Estuvo segura de ello.

Sin duda, Emma se sentía superior y esa situación no había hecho más que animarla a ser capaz de mostrarse como ella misma era: traviesa, como muchas veces le había recriminado su padre.

—Emma, ¿me escuchas? —Una voz familiar la hizo alejarse de su ensoñación. Bueno, más bien de su regocijo.

Giró la cabeza y vio a su lado a Leo. Ella miró a su alrededor y percibió que no había música. Trató de recuperar la compostura. Siempre estaba en su mundo. Emma le dedicó una sonrisa a su acompañante y se dio cuenta de que había venido a buscarla porque era momento de su baile.

—Sí, por supuesto —le dijo a Leo mientras enhebraba su mano en su brazo, más enérgicamente de lo que debía haber hecho.

Ciertamente, Leo era apuesto, pero ese hombre insolente parecía un Dios griego. ¿Un Dios griego? ¡Santo cielo! ¿Pero de dónde salían esos pensamientos? «Emma, céntrate», se ordenó a sí misma. Es hora de bailar.

La señorita Harrelson recobró la compostura rauda. Se detuvo unos minutos para observar a su acompañante. Era muy atrayente, pero era un amigo de hacía muchos años. No sabía si resultaría su plan. ¿Sería él un buen compañero del juego que se había propuesto ella?, se preguntó indecisa.

Comenzó el baile, una cuadrilla. Ambos se miraron cómplices.

—Estás preciosa esta noche.

—Gracias, Leo. Por cierto, no hemos tenido ocasión de hablar sobre ti en los últimos días.

—¿Sobre mí?

—Sí, bueno. ¿Hay alguna dama por la que pretendas abandonar tu soltería?

Él le sonrió, seductor.

—Señorita Harrelson, es usted muy osada y no es nada sutil expresando su interés por conocer cuán altas pueden ser sus oportunidades conmigo. —Ella se rio porque solo Leo era capaz de hacerla sentir divertida. Bien, si iba a ser un compañero de juego, ella deseaba saber si él sabía jugar. Lógico, ¿no?

El paso y el ritmo de la danza permitieron a la joven acercarse y hacerle una confidencia:

—Oh, sí. Podría ser que estuviera muy interesada en saber cuáles son mis posibilidades con usted. A estas alturas debería saber, señor, que la sutileza nunca ha sido una de mis muchas cualidades. Soy más sincera que eso. —«Una intervención soberbia. ¿Para qué andarse por las ramas?», se dijo.

Percibió que él se sorprendía y que su espalda se ponía rígida. Claramente, estaba incómodo por la afirmación de Emma. Presintió que su raciocinio luchaba por dar sentido a sus palabras. La danza avanzaba y ambos se intercambiaron con las demás parejas. De nuevo, ella intentó no reírse. Sabía que había sido muy osada.

¡Hombres!, como decía la madre de una buena amiga suya. Creían que solo ellos son capaces de sorprender. Ella suspiró. «Bendito sea mi padre por haberme dado la vida que me ha dado. Tal vez Londres no está preparada para una mujer como yo, pero va a tener que acostumbrarse. No tengo otro sitio al que dirigirme, mamá no quiere irse de aquí», pensó ella mientras seguía el paso de la música.

La joven siguió bailando y sonriendo como si no hubiese afirmado toda una declaración de intenciones. Su compañero de cuadrilla estaba bastante indispuesto y serio. Emma pensó que él no sabía a qué atenerse, y esa reacción le hizo comprender que, definitivamente, no iba a ser un compañero de juego apropiado.

Lástima. Pudo haber sido una opción cómoda. Le deprimía un poco la idea de tener que buscar un nuevo hombre. Bueno, ella comenzó a pensar que si un hombre como Leo, que era un libertino, había reaccionado así, tal vez ese hombre arrogante, serio y correcto podría reaccionar mejor. ¿Esto podría ser el mundo al revés? Emma se quedó sorprendida por ese pensamiento al momento. «No, Emma, no», se reprendió una vez más. «¡Basta! No sigas por ahí. No es una buena idea pensar en ese estirado de antes, pero es que…»

El bailé llegó a su fin. Emma reconoció que había sido un poco,

bastante más bien, extraño. Ella no esperaba esa reacción de su amigo Leo. Ambos bailarines salieron de la zona central de la pista de baile y Emma se sobresaltó al percibir que una mano, la derecha, descansó suavemente en la parte baja de su espalda.

Ella sonrió. No estaba acostumbrada a que la sorprendieran. Y su sorpresa no terminó ahí. Mientras él la dirigía hacia las puertas francesas que daban al jardín, él se acercó más, sintiendo su aliento cerca, muy cerca, y la dejó de nuevo perpleja.

—Hace un poco de calor aquí. Te noto sofocada. Te vendría bien salir a la terraza para tomar el aire. Te acompañaré.

Aquello no fue ni una invitación ni una pregunta, porque él había tomado la decisión por ella.

Por supuesto que no estaba sofocada, pero sí debía de admitir que estaba muy intrigada por el cambio de actitud de Leo. Ella había considerado dejar a un lado su primer instinto sobre él. No obstante el juego parecía querer seguir adelante. Estaban a unos pocos metros de salir por las puertas cuando ambos oyeron que lady Palmer, la anfitriona de la fiesta, les llamaba. Leo apartó rápidamente la mano de su espalda y ambos ladearon la cabeza hacia la izquierda para ver a lady Palmer, quien llegaba acompañada de un imponente hombre a su lado y con la señora Harrelson, al otro.

La interrupción no fue bienvenida por ninguno de los dos. Sin embargo, el que peor se lo tomó fue el señor Shell, quien masculló algo inaudible por lo bajo.

¿Sería frustración? Buena señal. Emma sonrió sincera.

—Señorita Harrelson, señor Shell. Buenas noches —se presentó la anfitriona.

Ambos saludaron con igual cortesía a lady Palmer, que era una mujer muy vivaz y parlanchina.

—Disculpen la intromisión, pero quería presentarle a la señorita Harrelson al duque de Ashton —le aclaró la anfitriona de la fiesta a Leo.

Lady Palmer hizo las presentaciones oportunas y Emma le dedicó una de sus mejores sonrisas a ese estirado arrogante.

Ashton agarró la mano y la besó sobre el guante. En ese momento, Emma lamentó las estúpidas normas de etiqueta. ¿Guantes? Le hubiese gustado notar sus labios sobre la piel de la mano. ¡No puede ser! Su mente femenina esa noche estaba jugándole malas pasadas. «No con él. Emma, puedes tener esos pensamientos, pero no con ese hombre. ¡Y menos con un duque!», se regañó a sí misma.

Emma acababa de comprender que se había vuelto completamente loca al permitir a su mente tomar las direcciones que estaba tomando.

La señorita Harrelson vio a su madre exhibir una cara de plena felicidad. Emma estaba segura de que su madre rezaba para que no

hiciera un escándalo en las próximas semanas, pues Londres era muy rígida y conocía la imprevisibilidad de Emma. Su hija había viajado mucho y tenía otras normas propias acerca del mundo.

La joven, además, estaba segura de que su madre estaba muy contenta al verla rodeada por esos dos hombre, uno de ellos un duque. La señora Harrelson no consideraba a su hija una solterona. De hecho, se casó con su padre a los veintiocho años y creía que Emma era joven aún, no como decía la rígida sociedad inglesa. Esos meses que se había tomado Emma para prepararse y conocer las normas sociales y la etiqueta, no creía que fueran a servir de nada, aunque se había propuesto tratar de ser discreta. Mas su madre no podía pretender anular toda la educación tan variada que había recibido a lo largo de todos esos años.

—Espero no haberles interrumpido —retomó la palabra la anfitriona—. Me parecía que salían a la terraza y les hemos molestado. —La mujer estaba intranquila. No era correcto que una muchacha, aunque fuera mayor como lo era Emma, se adentrara en la noche con un hombre sin supervisión.

—No es ninguna molestia. Es un placer conocer a un duque —respondió Em con la mayor tranquilidad del mundo y con una nueva sonrisa hacia ese hombre serio y arrogante. Era seguro que lady Palmer quería hacerlos sentir incómodos a Leo y a ella. Em debía ser cauta porque más de una dama había perdido la reputación por algo como aquello, según le había relatado su madre en alguna ocasión.

Ella, desde luego, en la India había estado en la oscuridad con muchos conocidos y nada había sido indecoroso. ¡Indecoroso! Cómo odiaba esa palabra. Nunca la había oído tanto como desde que llegó a Londres. Temía hablar tan siquiera una palabra por miedo a meter la pata. ¡Había tantas cosas que no estaban permitidas aquí!

—La señorita Harrelson —tomó Leo la palabra— necesitaba un poco el aire y justo nos hemos acercado a las puertas para respirar la brisa fresca de la noche. En ningún momento íbamos a salir. Ciertamente, su baile es una velada encantadora que ha atraído la atención de gran parte de la alta sociedad y está abarrotado. —Leo sabía cómo lidiar con estas chismosas, y encima le había hecho un cumplido a esa mujer, porque la anfitriona sonreía resplandeciente.

Emma bufó sutilmente. Le quedaba mucho por saber sobre Londres y sus costumbres, porque, para ella, invitar a tanta gente en un espacio tan pequeño era una grosería.

—¡Oh, desde luego, señor Shell! Tiene usted toda la razón, el aire está un poco cargado. Tal vez deberían salir a tomar un poco el aire —los animó la parlanchina mujer.

—Lady Palmer —el duque de Ashton comenzó a dar su opinión—, ciertamente no me da la impresión de que la señorita Harrelson esté

ahora acalorada. Hace unos minutos que estamos cerca de la terraza. Sin lugar a dudas, ya no hay motivo para salir. —Ashton se giró para mirar de frente al otro hombre—. ¿No cree, señor Shell? —Una figura femenina captó la atención del duque—. Además, lady Amelia se dirige hacia aquí. Creo que se había comprometido usted con ella en este baile que está a punto de comenzar.

—Gracias, Ashton. Lo había olvidado. Si me disculpan, señoras. —Leopold se dio la vuelta, molesto.

El duque se sonrió complacido. Regresó la mirada hacia Emma.

—Bueno… Señorita Harrelson, siga disfrutando del baile. —se despidió su excelencia.

Y así, sin más, ella se quedó sola con su madre con la boca abierta.

—Cielo, ¿me puedes explicar qué es lo que acaba de pasar? —Emma suspiró nerviosa y frustrada ante la pregunta de su madre.

—No tengo la menor idea.

La señora Harrelson frunció el ceño.

—Es que me sorprende la brusquedad del duque después del interés mostrado inicialmente por ti.

—¿Qué quieres decir? —Emma no había entendido ni una sola palabra.

—Ha venido a buscar a Francis, a lady Palmer quiero decir, cuando yo estaba a su lado para preguntar por ti, mientras bailabas con Leo, y ha insistido en que te presentase a él. Lady Palmer ha aprovechado que yo estaba con ella para presentármelo, y él, al darse cuenta de que yo era tu madre, se ha puesto un poco rígido. Como si le inquietase que yo oyera su insistencia. Luego, cuando hemos venido hacia vosotros para hacer las presentaciones, ha estado frío y se ha ido como alma que lleva el diablo. No entiendo nada.

—Mamá, pues si tú que has vivido aquí gran parte de tu vida no entiendes Londres, ¿cómo esperas que yo lo haga? —Ella también estaba desconcertada con él.

Ambas se echaron a reír. Emma miró a su alrededor. Vio que, de nuevo, ese hombre arrogante le volvía a ofrecer una mirada de reproche y desaprobación. Quitó su mirada de él y esbozó una sonrisa. Por el rabillo del ojo observó que él murmuró algo. Probablemente, alguna desaprobación hacia su persona. A ella no le importaba.

La fiesta luego fue un poco aburrida. Emma bailó con un par de caballeros más. Llegó a sentirse algo incómoda, porque la vista de dos de esos supuestos caballeros londinenses que querían bailar con ella se había ido demasiadas veces a la parte de su escote. Lucir hermosa tenía ese inconveniente, y es que cualquier sapo podía observar.

Cuando la señorita Harrelson llegó a su habitación se encontraba cansada, pero por primera vez en mucho tiempo le costó conciliar el sueño. Estaba intrigada por la reacción de Leo. Su amigo estaba

incómodo con el flirteo, pero, cuando acabaron de bailar, él había querido llevarla al jardín, un espacio reservado para intimidad de los amantes. O eso había dicho su madre en alguna ocasión. Bien, al día siguiente iba a haber otro baile, el de lady Lisner, así que averiguaría lo que pasaba, o no, con Leo. ¡Sería por bailes!

Capítulo 2

Charlas esclarecedoras

A la mañana siguiente todo tenía otro cariz. Por primera vez desde que regresó a la ciudad, Emma esperaba impaciente el momento de atravesar un salón lleno de gente para bailar. Eso, hacía unos pocos días, era una cosa impensable. ¿Em, entre gente de la alta sociedad, pareciendo uno de ellos? Imposible. Si no fuera por su plan, estaría desesperada por escapar de Londres. Ciertamente añoraba el campo, pero ahora tenía una meta.

Cuando llegó al baile buscó a Leo entre la multitud. Él hizo lo mismo y la deslumbró con su sonrisa. Su amigo dejó al hombre con el que estaba hablando para ir raudo a saludarlas a Emma y a su madre. La señora Harrelson estaba encantada con sus atenciones y ella misma también. ¿Por qué negarlo?

—Buenas noches. Permítanme decirles, señoras mías, que están ustedes hermosas. —Se mostró cortés y seductor con ambas mujeres.

La señora Harrelson le ofreció una sonrisa antes de hablar:

—Buenas noches, señor Shell. Es usted encantador. Espero que se haya acercado para invitar a mi hija a un baile. Hágalo antes de que quiera irse de aquí por un dolor de cabeza o algo similar.

Si la madre de Emma supiera los planes de su hija, no incitaría al solícito bailarín de este modo.

—Será un placer. Señorita Harrelson, ¿me concede el honor? —preguntó mientras le tendía su mano.

—Por supuesto. —Emma le obsequió con una brillante reverencia. Era algo que había conseguido aprender sin demasiado esfuerzo.

Ambos se dirigieron al salón. Era un espacio mucho más amplio que el de lady Palmer y no hacía tanto calor como en el anterior. Emma comenzó a pensar en el tipo de excusa que le ofrecería su acompañante, en caso de que se dignase a proponer una salida al jardín. Ese fue justo el momento en el que Emma se dio perfecta cuenta de que verdaderamente era una pícara. Y lo más interesante es que le encantaba ser atrevida y escandalosa. Toda la buena sociedad de Londres que había reunida en la fiesta quedaría escandalizada si pudiese oír los pensamientos de ella. O peor, si supieran que el reto de

una mujer, de ella, esta noche era un juego de seducción para obtener un beso arrollador. Entonces pensó en Valerie Manchester. Estaba segura de que su amiga de juventud la aplaudiría si supiera lo que Em se traía entre manos.

Ambos comenzaron a bailar.

—Estás muy callada, Emma. Ayer estabas más… animada, por decirlo de alguna manera. —Ahí estaba. Su amigo trataba de tentarla, supuso ella.

—Dime, Leo, qué quieres que diga y estaré encantada de complacerte. —No. Las palabras elegidas habían sido premeditadas. Complacer tenía un tinte sensual, que esperaba que a él no le pasase desapercibido. De hecho, ella confiaba en ello, del mismo modo que esperaba que él se diera cuenta de que no era aquella jovencita de dieciséis años que conoció entonces, pues en sus muchos viajes, Em, había visto, oído y vivido toda clase de experiencias. No, ninguna como la pasión.

—¿Complacerme? —¡Ajá!, lo sabía. Ella estaba eufórica. La joven lo percibió en la mirada masculina: comenzaba el juego.

—Sí, eso he dicho. Dime qué quieres oír para que veas que estoy… animada, como tú has dicho con anterioridad. —Ella se sentía audaz y tentadora.

—¿Saldrás hoy conmigo a la terraza, Emma? —Leo no se anduvo con medias tintas.

—Vaya. Veo que tampoco eres muy sutil. —No. Emma no se estaba poniendo colorada, ni estaba sofocada. Es que, de pronto, sintió calor y sus mejillas reflejaron sonrojo por este motivo.

—Creo que contigo puedo ser directo. Ahorrarme todo ese sin sentido social y formal. Nos lo merecemos, ¿no te parece? Ambos estamos hartos de tanta rigidez.

Desde que le había conocido siendo joven, su buen amigo, Leo, se había comportado siempre natural con ella y sus amigas. Emma no debería extrañarse de que él siguiese así. De hecho daba gracias por ello.

—La verdad es que no estoy sofocada. No hace calor en el salón. —Mentira. Ella mintió y se lamentó ligeramente al ver su cara de decepción. No obstante, decidió apiadarse de él. No quería hacerle sufrir más de lo necesario—. Sin embargo, será agradable dar un paseo.

Su sonrisa demostraba que sí, que definitivamente quería salir al jardín. Ella no conocía sus intenciones, pero esperaba que no tuviera una idea muy lejana de lo que esperaba: solo quería un beso.

Terminó el baile y, una vez más, la llevó hacia las puertas francesas, con su mano sujetándola de la parte baja de la espalda. Esta vez hizo más presión. Se imaginó que no la dejaría huir con facilidad,

aunque ciertamente ella no consideraba dicha posibilidad. Emma se había propuesto recibir un beso y es lo que sabía que iba a tener.

La señorita Harrelson ya casi saboreaba la victoria. Unos pocos metros más y por fin la pareja llegaría a la salida, donde entraría en la terraza para descender por la escalinata hasta la oscuridad cobijadora que les daría intimidad.

—Buenas noches, señorita Harrelson, señor Shell —les saludó una potente voz masculina desde atrás.

Emma se tensó. Miró de reojo a su buen amigo Leo. Le observó lleno de frustración por la intromisión, obligándola a morderse el interior de las mejillas para no romper a reír. Él estaba tan ansioso como ella por salir a la terraza y conseguir intimidad. Cuando la joven se dio la vuelta para ver la fuente de la interrupción, se le fueron todas las ganas de reír.

El duque de Ashton figuraba frente a ella. Impasible, rígido, recto, arrogante, guapísimo, apuesto… Un Dios griego. «Emma no, no y no. ¡Basta!», trató ella de refrenar sus pensamientos sobre él. ¿Por qué esa rigidez parecía atraerla tan arrolladoramente?

La miró fijamente. Ella sostuvo su mirada.

—Ciertamente, en esta velada el ambiente es más fresco. No creo que hoy se necesite tomar un descanso por la multitud de personas invitadas. Además, usted, señorita Harrelson, no querrá faltar a su promesa.

Ella frunció el ceño. No había muchas personas que pudieran dejarla atónita. Ni tan siquiera aquel hombre que pidió su mano a su padre en Egipto. Aquel que estaba dispuesto a darle a cambio de ella veinte camellos. La dejó tan aturdida…

—¿Promesa, excelencia? —inquirió mostrando una tranquilidad que no tenía.

—Sí. Mi baile. Me ha prometido esta pieza que está a punto de comenzar. —El duque se mostró tan seguro de ello que Emma no se atrevió a negarlo. Incluso la llegó a hacer dudar.

Emma sabía que él había elevado la voz considerablemente. Miró a su derecha y observó que había público a su lado. Era consciente de que el duque estaba dispuesto a evitar su salida a la terraza a toda costa y la había puesto en una posición comprometida, a fin de que ella no pudiera rechazar su invitación. Un escándalo, eso sería lo que ella protagonizaría si decidiese negar un baile a un duque. Y más siendo una solterona, tal y como la consideraban en Londres.

—Disculpe, excelencia —tomó la palabra el señor Shell—, pero la señorita Harrelson no… —Ella, previendo la negativa de su amigo, le colocó su mano sutilmente en el brazo de él para darle un apretón a su amigo, que cesó en su exposición mientras la miraba compungido sin entender su reacción. Emma compuso su mejor sonrisa dispuesta a

devolverle la mirada a Ashton.

—El baile está a punto de comenzar, excelencia. Será mejor que no nos demoremos más. Disculpe, señor Shell, había olvidado mi… promesa —alegó, sin dejar de mirar a ese hombre tan estirado.

Le llevó a la pista de baile y se sintió, por primera vez desde que llegó a esa horrible ciudad, nerviosa. «¿Este hombre está interesado en mí? ¡Imposible!» Desde que se había fijado en él, o, mejor dicho, desde que lo había visto por primera vez, Ashton no había bailado más que con jovencitas casaderas. ¿Qué querría de una pobre solterona como ella? Sin duda, estaba buscando esposa en ese gran mercado matrimonial londinense y Emma estaba segura de que no encajaba en su estándar. Así se lo transmitían todas esas miradas que la desaprobaban. «¿A qué juega?». La mente de ella no dejaba de hacer suposiciones y preguntas.

La cuadrilla había comenzado y Ashton la tenía inquieta. No hablaba, ni tampoco la miraba. Sí, debía confesarlo, se sentía atraída por él. Tanto que comenzaba a temer que pudiera hacer algo contra la etiqueta y supusiera una gran afrenta para un duque como era Ashton.

El baile se convirtió en una danza donde no se dijo ni una sola palabra. Fue todo un desafío para la señorita Emma Harrelson. A ella le gustaba mucho sociabilizar, pero al ver que ese hombre no le había ni dedicado una mísera mirada, decidió imitarlo y callar. La sesión terminó y él, cortés, le ofreció su fornido brazo para acompañarla de regreso al lado de su madre.

Cuando ella colocó su mano sobre él, pese a las numerosas capas de ropa, sintió que se abrasaba por su tacto. Incluso el guante no le impidió sentirlo así. Le afectaba demasiado y no estaba segura de lo que ello podía llegar a suponer.

—Incluso a su edad, señorita Harrelson, debía saber que no está bien visto que una dama soltera salga a la terraza con un hombre. Buenas noches. —La regañina estaba clara y su fulminante mirada la dejó sin palabras.

Una reverencia de él hacia ella y una de sus mejores sonrisas para él, fue lo que medió entre ambos antes de que él se alejase de su lado después de haberla dejado junto a su madre. Todo ello sin derecho a réplica.

Eso no le impidió sentirse furiosa y fulminar su espalda con su mirada.

«¿Quieres ofenderme, duque de Ashton? No lo conseguirás, porque no ofende quien quiere, si no quien puede». Emma era consciente de que él la había llamado solterona de forma velada. Respiró para tranquilizarse, para poder calmar su rabia.

Aun así, ella no era una mujer sin sesera. El duque podría no aprobarla, pero era un hombre, y aunque ella era inocente —hasta

cierto punto, porque había leído varias lecturas que…—, sabía muy bien interpretar las señales de un hombre. Emma no era una preciosidad, pero con el cambio de ropa y su actitud sabía que al menos era una solterona apetecible. Al menos, eso esperaba. El duque la consideraría una vieja solterona, una descarada por intentar salir con un hombre al jardín, pero esa determinación de no permitirse a él mismo ni mirarla… Sospechoso. Ciertamente, indicaba que no quería permitirse el lujo de echarle un ojo y esa idea la divertía. Porque, o bien ella no le era tan indiferente como parecía, o bien le disgustaba en demasía.

Emma trató de olvidar el suceso. Continuó el resto de la velada saludando a muchas personalidades de la sociedad que su madre le fue presentando. Sonrisas, conversaciones inanimadas, reverencias… Estaba cansada. ¿Aburrida?

¡Su objetivo! Ella recordó que tenía un objetivo y se obligó a recordarlo. En ese momento, paseó su mirada entre los bailarines. Vio a Leo. Lo divisó en compañía de una dama que sabía que era lady Amelia Worth. Era una joven muy bonita y parecía estar interesada en él, tanto como él en ella. Una punzada de remordimiento le recorrió el estómago. ¿Celos? Ella solo lo quería para un juego. ¿Y si lady Amelia Worth estaba verdaderamente interesada? «¡Uf! No sé qué hacer». Todo era menos complicado en el desierto de Egipto porque, incluso cuando una vida dependía de un pozo de agua, era más fácil que esta encrucijada social.

A unos pocos pasos de su posición, Emma sabía que estaba el duque. Sus ojos eran fascinantes. Un azul grisáceo increíble. Tenía los rasgos marcados. Rectos. Todo en él era pura virilidad. Aterrador, sí, pero muy atractivo. Tenía, además, unas pocas arrugas bajo los ojos. Emma se preguntaba con curiosidad la edad que tendría. ¿Treinta y cuántos? ¿Siete? ¿Ocho? Seguro que ese hombre no se había salido de la rectitud en toda su vida. ¡Necesitaba divertirse! Parecía tan cansado… Emma estaba tan abstraída en sus pensamientos que no fue consciente de que él la observaba con curiosidad mientras ella hacía lo propio. Estaba perdida en esa mirada del color del cielo triste. Un segundo después, por fin, fue consciente de lo que estaba sucediendo entre ambos y decidió sonreír y guiñarle un ojo. Entonces ella apartó la mirada con nerviosismo, rezando para que nadie la hubiese visto.

«¡Dios mío! ¿Qué he hecho? Maldita impulsividad mía y maldito mi carácter por querer molestarlo». Emma trató de tranquilizarse. Cuando giró su rostro hacia el lado opuesto, ella hubiese jurado que oyó al duque espetarle a gritos: «¡Qué escándalo, esa solterona atreviéndose a guiñarme un ojo a mí, duque de Ashton y trescientos títulos más de cortesía! ¡Qué impertinencia!» En ese momento, a Emma se le escapó una risita tonta con aquel pensamiento. Era una solterona, pero una

solterona feliz.

—Cielo, ¿qué es tan gracioso? —se interesó su madre.

—¡Oh! Nada, mamá. Estoy feliz de estar aquí. Solo es eso. —No era mentira. Al menos, no del todo. Estaba divertida.

—¿De verdad, Emma? —Su madre se mostró incrédula.

—Sí, mucho —se reafirmó para disipar cualquier duda.

—¡Oh, qué feliz me haces! Dime, ¿no tendrá nada que ver el señor Shell en esa felicidad?

—¿Leo? —preguntó extrañada. «¿Soy tan evidente?»

—Sí, el señor Shell —Emma sabía que la estaba reprendiendo por tomarse tal familiaridad—. El caballero con el que sueles estar bailando.

—Madre, sabes que eso no es así del todo. —Emma le sonrió.

La madre de Emma se retiró discretamente a un lado para conversar con otras invitadas. Después de la sutil observación de la señora Harrelson, Emma comenzó a ser consciente de que durante la velada no había percatado en Leo como un candidato factible para su juego. Es más, Em sabía exactamente quién era el hombre que últimamente ocupaba sus íntimos pensamientos. ¡Maldito duque!

Ella tan solo deseaba un beso. «¡Quiero un beso apasionado!» Si esta audacia del juego de la seducción se le hubiese ocurrido en París, en la ciudad del amor y las travesuras, todo habría sido más fácil. Siendo sincera con ella misma, debía admitir que estaba molesta consigo porque le causaba desasosiego la idea de tener más de veinticuatro años y que su boca no hubiera sido nunca saqueada a conciencia. Bueno, hubo una vez que… No. Ella no debería pensar en aquel libertino que una vez la dejó sin aliento. Fue una niñería tonta que no salió como ella hubiera esperado…

Pese a que no era una coqueta, sí conocía muy bien el arte del flirteo. Una tía suya que residía en Grecia, a escondidas de su madre, la había educado con una serie de interesantes conocimientos durante un verano. Su tía, Lily, había tenido varios amigos especiales. Era realmente un eufemismo, pues Emma sabía que eran sus amantes, porqué llegó a verla en medio del jardín en un momento de intimidad con uno de sus amigos. No fue inapropiado, no del todo, pero la escena le sirvió para interesarse sobre las cosas que sucedían entre un hombre y una mujer. Su madre estaría escandalizada si supiera todo lo que tía Lily le había explicado. Ese verano, ella recibió, sin buscarlo, una lección sobre seducción. Ver a Lily comportarse con los hombres fue un buen aprendizaje y hasta la fecha no le había llamado especialmente la atención… Hasta ese preciso instante.

Los besos que le habían robado a Em habían sido insulsos, tal vez por ello no estaba tan inclinada a eso de la seducción. Veinticuatro años. ¿Por qué esperar más? Y, sobre todo, ¿por qué no ir más allá de

un beso y descubrir lo que era la pasión? Más allá de una promesa de juventud que implicaba la búsqueda de un amante. Ella sentía la inclinación de descubrir lo que sucedía en la intimidad entre dos personas que se deseaban.

Emma se retrajo de sus pensamientos al tiempo que repasaba su atuendo con atención. Vestido azulado de nuevo, con escote recto y zafiros a juego. Mantenía una pose imperial y estaba decidida a que ese baile fuera la ocasión para, por fin, recibir un beso apasionado. La señorita Harrelson observó a Leo, acompañado de lady Amelia. Él también la vio y la correspondió con otra sonrisa. Al momento, los cotilleos se dispararon por todo el dichoso salón de baile de los Ludmy. El motivo fue por una joven que acababa de aparecer a la que habían pescado dándose un beso con un hombre que se había visto obligado a comprometerse con la dama por el desliz. Definitivamente, a Em no le gustaba Londres ni su gente. Las Indias sí. Eso sí era un paraíso. Vacas sagradas, elefantes… Allí los colonos tenían otras aspiraciones. La sociedad no era tan pacata.

—Buenas noches, señorita Harrelson. —Una voz profunda la devolvió a la realidad.

—Buenas noches, excelencia —El duque de Ashton la había sobresaltado. Ciertamente, su padre tenía razón cuando decía que ella soñaba despierta y vivía en otro mundo.

—Es un placer volver a saludarla. —Eso sí que no se lo esperaba. Ella creía haber tenido tres conversaciones con este hombre. Tres conversaciones no, más bien, tres frases escuetas habían intercambiado y en ninguna se había mostrado tan… tan… No sabía cómo definirlo, pero el duque poseía un brillo sospechoso en su mirada y eso la desconcertaba. No lo percibía tan austero como en otras noches y eso la extrañó también.

—Igualmente, excelencia. —Esta vez no se atrevió a sonreírle porque él la intimidaba demasiado.

Lo contempló con curiosidad mientras este mantenía la vista al frente.

—El señor Shell y lady Amelia Worth hacen una excelente pareja. ¿No le parece?

De repente, ella fue consciente de que lady Amelia y el duque eran familiares. Ese hombre no quería dejarla salir a la terraza con Leo por una buena razón.

—Sí, son una pareja muy… muy… —¡Maldición! No le venía la palabra a la boca

—Muy… ¿Muy qué? —le preguntó él con sorna. ¿Parecía disgustado? Era un hombre tan serio… ¿O era diversión lo que percibía en él?, se preguntó Em.

—Muy bien avenida, por supuesto. —«¡Bien hecho!», se felicitó ella

misma.

—Coincido plenamente con usted. Son jóvenes y tienen muchas posibilidades por delante. Posibilidades que nadie debería empañar.

«¡Vaya! Directo a la yugular, como diría Axel Foil, aquel boxeador amigo de papá que conocimos en Boston. Porque estoy segura de que yo soy ese que nadie debería empañar».

Emma se había vuelto a quedar prisionera de las conversaciones que mantenía con ella misma cuando en ese preciso instante, oyó un carraspeo a su lado y se dio cuenta de que el duque seguía esperando alguna respuesta por su parte. La dama decidió ser valiente:

—Veo que es usted muy directo, excelencia, y esa es una cualidad que aprecio muy sinceramente en las personas. Y que, francamente, no había observado en el tiempo que llevo aquí, en Londres. Se lo agradezco. —Ashton la miró a los ojos y le dedicó una sonrisa. Ella quería molestarlo. ¡Oh, sí! Lo había observado fruncir el ceño acusador y la miraba de hito en hito. Esa debía ser su mirada ducal, seguro que era la forma con la que él colocaba a todo su servicio en su lugar.

—No juegue conmigo, señorita. Me he dado cuenta de que es usted una mujer muy… muy…

Emma no pudo evitar sonreír al ver que esta vez, era él quien no fue capaz de sonsacar la palabra.

—Muy… ¿Muy qué, excelencia? —le preguntó ella con retintín.

—Muy impertinente, señorita Harrelson. Impertinente y descarada. Yo, si fuese usted, no jugaría con quien no debería hacerlo… Le recuerdo que soy un duque.

La contestación del aristócrata dejó a la señorita Harrelson sin respuesta. Pero rápido recordó que no se iba a dejar amenazar ni intimidar por nadie. Así que Emma no perdió la sonrisa, aunque no supo qué decir. No tuvo que buscar una contestación porque el duque se afanó en continuar con su exposición:

—Usted ha pedido franqueza, señorita Harrelson y eso es lo que voy a darle. A su edad, y en su posición social, alguien debe satisfacer sus peticiones. Pero alguien más acorde con su situación.

Bien. Consiguió finalmente que perdiera su sonrisa. Altivo, arrogante, esnob… Definitivamente, no esperaba esa reprimenda. Los reproches y el insulto velado… ¿Solterona? Sí. ¿De pobre posición? También. Pero, ¿cómo que “satisfacer”? ¿Estaba coqueteando o le estaba dando un toque de atención? Su tono rígido no le permitía distinguirlo. Sobre todo porque sus ojos delataban un cierto brillo sospechoso. Le tocó a ella fruncir el ceño. Emma lo observó con atención. Se dio cuenta de que él estaba conteniendo una sonrisa. ¿El duque sabía sonreír? Casi, casi no se apreciaba… pero sus ojos, esos ojos increíbles de color gris y esas arrugas que se le formaban bajo

ellos, le daban a Em buena cuenta de que él estaba divertido.

Decidió seguir siendo temeraria:

—Vaya, es muy educado por su parte preocuparse por mis… satisfacciones. —¡Dios mío! Eso había sido muy directo, lo sabía, pero es que ese hombre la sacaba de quicio.

La miró con intensidad. Tanto que la hizo casi sentir desnuda. Emma suspiró sintiendo que había sido demasiado inapropiada.

—Reitero lo señalado con anterioridad, señorita Harrelson. Siempre me he considerado un hombre muy capaz de… satisfacer a quienes lo necesitan —le indicó con total seguridad, sin mover un músculo.

Emma se tragó un aullido de sorpresa mientras buscaba recomponer la compostura.

—Muy amable por su parte. Lo tendré en cuenta. —Decidió mostrarse serena y tranquila. Ambos mantuvieron la mirada hacia el salón de baile, donde las parejas disfrutaban de la velada.

—Esta noche… está despejado, la temperatura es cálida. —¡No por favor! Ella no podría soportar otra conversación sobre el tiempo, pensó horrorizada mientras lo oía hablar—. Si siente sofoco aquí dentro, estaré encantado de acompañarla al jardín para que tome el aire. Ciertamente, se ve usted un poco sofocada en este momento. El señor Shell está ocupado y creo que va a seguir estando muy ocupado con lady Amelia. Además, perdóneme, pero no he podido evitar fijarme en que aparte del señor Shell, soy el único a quien parece tener usted a mano para… bueno, para acompañarla a salir al jardín… a refrescarse, naturalmente.

Claramente él estaba insinuándose a lo que parecía ser una libidinosa solterona que no tenía a nadie más a quien recurrir para satisfacer sus peticiones. No, el duque de Ashton no iba a ofenderla. ¿Qué le había dicho él? ¡Ah, sí! Impertinente y descarada y de baja posición. Ella volvió a sonreírle. Él también estaba divertido, lo veía en sus ojos. Más allá de sus rigidez, había algo parecido a… Bueno, Emma no lo sabía con seguridad. Si él creía que Emma iba a salir despavorida de su lugar, gritando de indignación, ella le daría algo en lo que pensar. Porque, él claramente se equivocaba. No la intimidaba ni con su actitud, ni con su alto rango social.

—¿Sabe qué, excelencia? Ahora que lo menciona, no estoy realmente sofocada, pero sí saldría a dar un pequeño paseo por el jardín. Me han dicho que es realmente delicioso verlo a la luz de la luna.

Ashton no se movía. Estaba segura de que lo había sorprendido. Parecía contrariado, pero lo vio ofrecerle el brazo y ella sabía que había aceptado el reto, aunque él no había contestado. ¿Esperaba acobardarla? ¡Ja!

No le sentía dubitativo mientras salían por las puertas francesas.

Vaya, después de varios intentos fallidos, por fin ella traspasaba unas puertas en dirección a un jardín, pero esta vez iba acompañada de un Dios griego. Sí, pero un Dios griego que no sabía si detestaba su compañía.

Ella se dejó guiar por él. Fueron más allá de la terraza. No estaban a la vista de nadie y continuaron andando. Emma sospechaba que el duque conocía ese lugar muy bien. Demasiado bien, diría ella.

¡Dios mío! Emma comenzaba a lamentarse porque su orgullo parecía estar a punto de meterla en un gran lío. Emma trataba de recodar aquella vez en Nueva York, cuando le dio un codazo en las costillas a aquel pillastre que la acorraló en un callejón. Había sido imprudente, entonces y ahora mismo. No pasó nada malo la otra vez y no pasaría tampoco en ese instante. Al menos eso esperaba.

Finalmente, la pareja se detuvo en un espacio alejado y privado. Nadie había cerca de ellos, solo árboles y plantas con la luna de fondo. Era increíblemente precioso lo que ella observaba a su lado. Incluso se oía una fuente de fondo.

—Está bien, señorita Harrelson. Ya me tiene donde me quería. Le advertí que no jugase conmigo y creo que no hace caso de ninguna advertencia. —El tono era de regañina.

—¿Le tengo donde le quería, excelencia? —preguntó ella inocentemente.

—¡Oh, vamos! creí haber entendido que quería sinceridad ante todo. ¿La pide pero no la va a dar?

—Si la quiere, Ashton, estaré encantada de satisfacer sus peticiones. —Ella observaba en su rostro cincelado una media sonrisa y más diversión en sus ojos. Estaba oscuro, pero la noche era muy clara y distinguía perfectamente sus rasgos.

—Touché. Si satisfacer mis peticiones es lo que quiere, es justo lo que va a hacer.

Su tía le había avisado de que las palabras debían tomarse con cautela dependiendo de la situación. Sus palabras le produjeron una tensión que bajaba desde la espalda hasta los dedos de los pies. Algo se avecinaba. Lo supo nada más él pronunció la palabra touché. Lo vio aproximarse con decisión. La agarró por la cintura. Los ojos del duque volaron hacia los labios sonrosados y jugosos de ella. Avanzó despacio, dándole tiempo a ella a oponerse.

«Oh, excelencia… ¡Qué equivocado está conmigo! ¿Qué decía tía Lily en estos casos? Ah, sí: hazle saber al caballero en todo momento que eres una mujer exigente, nunca seas presa fácil. El cazador quiere diversión, querida». Emma se preparó para la batalla.

Lo dejó aproximarse unos pocos centímetros más, un poco más… Emma calculó y calculó su distancia y entonces fue, cuando Em decidió girar el rostro para que sus labios no llegaran a posarse sobre

su boca. Chocaron contra su mejilla.

Él se separó y la miró consternado. Emma volvió la mirada a sus ojos. Todavía él la mantenía sujeta por la cintura. Estaba tan cerca de ella… Cara a cara se evaluaron. Ella sintió su aliento. Estar rodeada por sus brazos le produjo una sensación tan… Una sensación que no quería ni examinar ni reconocer. Bueno, sí, era placentera. Ya está, ella tenía que admitirlo, porque él era un hombre muy apuesto y despertaba ciertas cosas en ella que…

Él volvió a sonreír, sabía que estaba jugando y, una vez más, ella le dedicó su mejor sonrisa. Emma lo estaba invitando a que probase suerte una vez más. Le observaba decidido a volver a intentar besarla, puesto que el duque estaba mirando con sus ojos hambrientos sus labios femeninos. Ciertamente, tía Lily tenía razón, esa mirada que el duque mostraba no la tenía hacía unos pocos minutos.

Se aproximó de nuevo y otra vez chocó sus labios masculinos contra su oreja. Soltó una maldición y ella no pudo evitar reírse, en silencio, claro. Él no se percató de la burla, porque en caso de haberlo hecho la hubiera enfrentado.

—Le he dicho que no quiero jugar con usted, señorita Harrelson.

—Sí, excelencia. Lo sé, no soy sorda y presto atención a todo lo que mis mayores dicen, como la buena niña que soy. —Quería fastidiarlo y darle algo en lo que pensar. Él tomó aire. No la soltaba del abrazo, pero se separó un poco. Los dos se miraron a los ojos. Estaba tan enfurecido que no había ni rastro de la diversión que había exhibido en la mirada hacía escasos minutos.

—¿Niña? Creí que habíamos establecido que usted tiene cierta edad y que…

—Sí, excelencia —lo cortó ella—, pero aun así apostaría mi fortuna a que usted es por lo menos diez años mayor que yo. Y mi familia siempre me ha enseñado a respetar a mis mayores, más si son duques. —Emma lo oyó refunfuñar y maldecir de nuevo, pero no alcanzó a saber lo que decía. Se daba cuenta de que contaba con su atención y su enfado, porque la había dejado libre de sus brazos. Él suspiró mientras se pasaba una mano por el cabello. Ese pelo castaño claro que a ella le gustaría acariciar para ver si de verdad era tan suave como parecía. «Emma, ¡basta!», se reprendió a sí misma.

—¿Me está castigando, señorita Harrelson? —preguntó con furia él.

—¿Por qué debería castigarlo, Ashton? —No le temía.

—Le repito que no voy a jugar. —¿Enfadado? Sí, lo estaba. Bien, ella también se había enfurecido con él.

—Insisto en que le he oído. —Em puso su mejor tono de despreocupación. Él volvió a maldecir una vez más. Ella no estaba dispuesta a verse afectada.

—A ver… ¿Cuántos años tiene, señorita? —Emma sonrió divertida.

—Veinticuatro y medio, excelencia. —No debería avergonzarse por estar viva y seguir cumpliendo años.

—Yo tengo treinta y cinco —espetó con mucha arrogancia.

—Bueno, pues casi acierto. Usted es más de diez años mayor que yo.

—Disculpe, sé que no ha vivido aquí desde hace años y por mucho mundo que me consta que ha visitado, señorita, está en Inglaterra y aquí usted es una mujer madura y está considerada como una solterona. Por el contrario, un hombre de mi posición y edad es un excelente partido. Incluso algunos de mis congéneres me considerarían joven para pensar en el matrimonio. No debería estar perdiendo mi tiempo con usted. Tengo cosas más interesante que hacer, créame.

—Eso está por ver, excelencia. —Emma contuvo su furia. Era un engreído y muy poco cortés.

—¿Y qué significa eso, señorita? —Se extrañó por la respuesta que le había dado.

—Depende de los ojos con los que se mire. No me cabe la menor duda de que estamos en Londres, pero yo no me considero una solterona y sé que soy capaz de despertar deseo en un hombre porque lo he visto. Por el contrario, un hombre de su… de su edad, por muy buen partido que sea, a mis ojos es demasiado mayor. Mucho mayor que yo y bueno…. En cuanto a lo de despertar deseo… ¿Usted? —Ella compuso una mueca burlona y chasqueó la lengua para dar más énfasis a su retahíla. Era apuesto, ella lo encontraba demasiado atractivo para su propio bien. Sin embargo, no estaba dispuesta a confesarlo.

—¿Cómo dice? —Estaba furibundo. Ella estaría igual que él en el caso de que la situación fuese a la inversa.

—Disculpe, excelencia. No me había dado cuenta de que a su edad, tal vez, su sentido del oído ya no es lo que era. Disculpe, debí haber subido un poco la voz. —Emma hizo una pausa dramática—. He dicho que no me cabe la… —comenzó a repetir la misma frase que había dicho hacía unos minutos alzando considerablemente la voz. Él levantó la mano para hacerla callar. El duque echaba chispas por los ojos, mientras que la joven se mostraba llena de diversión en su mirada.

—¡Suficiente! Mujer descarada e impertinente —gritó—. Si cree que va a intimidarme, se equivoca. Soy un duque. —Emma rodó los ojos. Como si su título fuese un paraguas para cobijarlo de todo…

—Verá, excelencia. No hace falta que usted alce la voz, yo no tengo problemas para oírle. A mis veinticuatro años sigo fresca como una rosa, por lo que… —Él levantó de nuevo una mano. Ella calló por precaución.

—¡Suficiente, he dicho! No sé a qué clase de juego cree usted que

yo me prestaré, señorita, pero le aseguro que conmigo no se juega. —Se acercó para intimidarla con su mirada ducal, esa con la que a buen seguro habría dejado congelado a más de un sirviente—. He salido con usted aquí para hacerle un favor. Si no recapacita de inmediato, entrará de nuevo en el salón sin obtener lo que tan ansiosa está por conseguir. Si no se lo doy yo, créame que no será el señor Shell quien se lo otorgue. Él está a punto de comprometerse con mi hermana y no consentiré que una mujer insulsa, una solterona sin ningún atractivo, acabe con las esperanzas de Melly.

—¿Hermana? —Emma se quedó petrificada al saber que su buen amigo estaba comprometido.

—Lady Amelia es mi hermanastra.

Odiaba esa palabra. ¿Por qué la habría dicho entonces? ¿Tenía que sincerarse precisamente con esa insulsa mujer? Melly, como sus más cercanos amigos se referían a la joven, era una hija natural de su padre. Ashton no entendía el motivo por el que no se refirió a ella como hermana. Sin lugar a dudas, esa endemoniada mujer había conseguido que saliera de sus casillas.

—¡Oh! —Emma se recompuso de inmediato—. Enhorabuena por su inminente compromiso. Le felicito. —Trató de no perder la sonrisa en ningún momento. No obstante, estaba compungida debido a las novedades.

—¿Y bien? —la presionó él.

—¿Y bien qué, excelencia? —preguntó ingenua.

—¿Ha decidido ya si quiere recibir lo que ha estado buscando, o no? Porque le aseguro que si yo la rechazo, no encontrará ninguna otra oferta. —De este pensamiento él no estaba muy seguro, pero decidió echarse un farol.

—¡Vaya, excelencia! Me sorprende usted, y hay pocas personas que me sorprendan. Le agradezco su sinceridad, pero no creo que me haya ofrecido para nada a nadie. Y aunque así hubiese sido, le recuerdo que ha tenido usted que evitar que un caballero intentase sacarme al jardín en varias ocasiones. De eso, hace tan solo unos poquísimos días. Del mismo modo, debo reiterar que justamente usted está aquí en el jardín, conmigo, porque yo así lo he querido. Créame cuando le digo que esta mujer que tiene delante de usted tiene veinticuatro años, pero no es ninguna solterona insulsa. Estoy segura de que más de la mitad de los caballeros del salón de baile coincidirán conmigo en que sí tengo muchos atractivos. —Ella no estaba faltando a la verdad. Había muchos sapos allí dentro para elegir.

Los dos se midieron las miradas. Él se acercó a ella, jadeando. Ella no se amilanó. El uno sintió el aliento del otro en su rostro.

—Lo siento. —Siguió serio y rígido.

—¿Lo siente, excelencia? ¿El qué de todo? —Lo volvió a retar ella

creyéndose ganadora de la disputa.

—Sí, lo siento, señorita. Porque acaba de perder la oportunidad de obtener lo que buscaba.

Él se retiró medio paso hacia atrás. Ella sintió la pérdida de su cercanía.

—¿Y puedo preguntarle, excelencia, qué es lo que se supone que yo buscaba? — Emma sabía que la situación se le podía ir de las manos, aun así no podía dejarlo salirse con la suya.

—Ahórrese el tono condescendiente. Ambos sabemos que no quiere más que un preludio romántico, o incluso algo más indecoroso, y le aseguro que ni aunque me lo suplicase obtendría de mí nada. Ni ahora, ni en el futuro. —Ashton dio un largo paso hacia atrás buscando la seguridad en la lejanía.

—Me ha quedado claro, excelencia. Le agradezco de nuevo su sinceridad. —Ella había hablado tratando de imprimir humor en su voz. No deseaba que supiera que la había irritado. Él no se movía. La estaba mirando a los ojos. Emma decidió que quería seguir siendo malvada—. Excelencia, ¿me ha oído o quiere que se lo repita alzando un poco más la voz? A su edad, tal vez el oído… —Él se enervó haciendo que fuese ella la que en ese instante diese un paso en retirada.

—¡Maldita mujer arrogante, engreída, escandalosa, impertinente…! —Estaba fuera de control.

Emma lo observó darse la vuelta mientras los improperios no dejaban de salir por su boca. La había dejado sola en medio del jardín. Emma cerró los ojos y respiró profundamente para tratar de tranquilizar su corazón palpitante.

Si él se había mostrado contrariado, ella lo estaba mucho más. La mujer regresó al interior de la casa y lo primero que hizo fue buscarle con la mirada. Duque o no, era un hombre. Emma se situó un poco cerca de él para que nadie viera lo que planeaba hacer. Enfocó su mirada a la de él y ahí, justo ahí, cuando él posó sus ojos en los de ella, Emma le guiñó un ojo y le dedicó una tierna sonrisa. Entonces, satisfecha con ella misma, se dio media vuelta y se topó con un busto masculino.

—¿Qué pretendes, Emma? ¿Te has vuelto loca? —una voz estridente la reprendió sin piedad.

—Disculpa, Leo, pero no sé de qué hablas. —Ella trató de mostrar inocencia. Él no la había creído ni por un momento. Ella lo sospechó cuando él la agarró del brazo y la arrastró hasta uno de los lugares más apartados del salón.

—Guiñarle un ojo a Ashton. Desde luego… estás para que te encierren en Bedlam. ¿Se puede saber qué haces guiñándole un ojo? Y más cuando te has marchado con él al jardín hace más de media hora.

¡Por Dios, Emma, te creía más lista que todo esto! ¡Ashton es impredecible! —la amonestó con gran pesar.

—Te repito que no sé de qué estás hablando. —Emma se molestó porque, en su opinión, su amigo no tenía derecho a reprenderla por su comportamiento. Ella se negaba a creer que había hecho algo descabellado. ¡Solo quería molestarlo! Así que no contaba como falta de etiqueta su gesto, ¿no?

—De verdad, Emma, ¿a estas alturas? Tú, que siempre te estás quejando de la falta de sinceridad de todo el mundo y… ¡Ahora me sales con esto! —Estaba indignado.

Emma se envaró. Lo miró furiosa.

—Lo que yo haga con mi vida no es asunto tuyo. Deberías ocuparte más de lady Amelia y menos de mí.

—Ah… —dijo perezosamente él— ¡Estás celosa!

Emma apretó los labios. No creía haber sonado celosa y sí reprobatoria, como él mismo había hecho hacía escasos momentos.

—No lo estoy, Leo. Estoy feliz por ti, porque hayas decidido sentar la cabeza con una dama como ella. Tu prometida es una mujer muy dulce y bella. —Había oído decir que, mientras su hermano era duro como una roca, la joven Amelia era una joya.

—¿Eso es lo que te ha dicho él? ¿Que me voy a casar con su hermana? —Él estaba furioso por las constantes interrupciones del duque de Ashton.

—Sí. ¿Acaso era un secreto?

—No lo he decido todavía. No es seguro que me case con ella —aludió. La joven era preciosa, pero no era ardiente como otras mujeres que él conocía. El señor Shell era consciente de lo que implicaría formar parte de la familia del duque. El hermano de la muchacha era muy protector y él no estaba decidido a sacrificar su libertad con un matrimonio que no fuese del todo adecuado. Si bien podría tener a una mujer en su casa y una amante en su lecho, el amigo de Emma no estaba seguro de qué haría el duque si se enterase de que no le era fiel a Amelia.

—Debo decir que me defraudas. Sabía que eras un poco calavera, pero estar jugando así con los sentimientos de una joven dama, quien estoy segura que es buena y honesta, no es digno del Leo que yo conocí cuando era más joven.

—Ese Leo no está, y te recuerdo que has empezado tú a meter cosas en mi cabeza.

—¿Empezado, yo? ¿El qué, Leo? —No había pasado nada más allá de un par de conversaciones en las que se habían utilizado ciertas palabras poco apropiadas.

—Esta seducción.

—No ha sido una seducción —se apresuró ella a rebatir.

—¡Oh, vamos! ¿No negarás que llevas días queriendo estar conmigo a solas? Puesto que a mí me ha sido imposible atenderte, no has visto otra solución que la de buscarlo a él. —Su orgullo masculino estaba dolido.

—Basta, Leo. No eres honesto. Yo creía que tú no estabas… Bueno, que estabas disponible para… Pero… veo que no. Además, no eres como yo pensaba. —Ella se sentía decepcionada. Si él estaba a punto de comprometerse y se dejaba enredar tan fácilmente…

—Disponible, ¿para qué? —la retó él—. No estoy casado. Venga, atrévete a decir lo que querías de mí.

Emma alzó la nariz en clara muestra de dignidad y templanza.

—Lo que quisiera de ti ya no lo quiero. Haznos un favor a todas. ¡A todas, Leo! Sienta la cabeza y, por amor de Dios, si vas a comprometerte con lady Amelia ten la decencia de ser honesto contigo y con ella. No coquetees con nadie más. No es justo para ella, ni para las demás. —Odiaba a los hombres que jugaban con las mujeres de ese modo. Era cierto que ella había propiciado la tensión que se percibía entre ambos, pero eso lo había hecho porque desconocía el arreglo que Leo podía tener con otra mujer.

Se mostró ofendido.

—Te recuerdo de nuevo, Emma, que fuiste tú quien comenzó.

—Puede que lo iniciase yo, ¡pero porque no sabía que estabas a punto de comprometerte! ¡Por amor de Dios, Leo! Un mes hace que hemos compartido conversaciones y no has sido capaz de decirme una palabra sobre tu compromiso.

—No lo había decidido. —El señor Shell podía comprender su molestia. Realmente él no sabía qué era lo que deseaba en estos momentos de su vida. Todo era más complicado de lo que su buena amiga preveía. Emma no se hacía a lo difícil que era sentir lo que sentía y por quién lo hacía.

—¿Habías?

—¿Qué quieres de mí, Emma?

La señorita Harrelson suspiró. No podía decirle lo que quería de él, porque realmente lo había desechado del todo. ¡Maldito duque!

Ella sonrió a su amigo con franqueza, decidida a hablarle con el corazón:

—Quiero que seas feliz. Si lady Amelia Worth es la elegida, alcanza la dicha con ella, pero sobre todo hazla feliz y, por favor, no le seas desleal. Cuando te cases no seas infiel… por muy tentado que estés. —Si Emma se casase, al menos querría un hombre leal y de esos no había muchos. Ese era uno de los motivos de mayor peso que la seguían manteniendo soltera. No se fiaba de la honestidad de ningún hombre.

—Aquí todas son remilgadas, no son como tú. Me haces vibrar, me

haces sentir vivo, Emma —se atrevió él a confesar solo parte de lo que le afligía.

—Enseña a Amelia a ser vibrante y desinhibida contigo. Estas chicas están cortadas por el mismo patrón. —Ella agitó los hombros—. Sabes que yo he tenido una vida diferente, por eso soy como soy. No tires la toalla con ella, muéstrale cómo eres, tu pasión. Por eso te había elegido, Leo… —¡Maldición! No debió haber dicho eso en voz alta.

Él avanzó hacia ella un poco más. Ella retrocedió sin ser consciente. La presencia de su amigo no le era grata en estos momentos.

—¿Elegido, Emma? ¿Y si quiero que me elijas? ¿Y si estoy dispuesto a arriesgarlo todo por ti?

—No hagas esto, Leo. Estás siendo deshonesto con tu prometida y no puedo soportarlo. Si yo estuviese en su situación y tú estuvieses haciendo esto… —«Te cortaría tus partes íntimas», pensó ella evocando a lo que diría otro buen amigo suyo, que se había erguido como su protector sin nadie pedírselo.

—¿Qué te importa a ti otra mujer, cuando me estoy declarando? Maldita sea, Emma. ¿Qué ha hecho Ashton para que cambies tu comportamiento hacia mí? —La furia lo embargó al pensar en lo que había podido suceder entre el duque y su buena amiga—. ¿Te ha dado lo que querías? ¡Responde! —la azuzó al ver que ella se había quedado callada.

—Buenas noches, Shell, señorita Harrelson —interrumpió una voz de tenor la conversación entre ambos—. Creo que me ha prometido esta pieza. —El duque de Ashton había hecho acto de presencia. Ella agradeció la intrusión esperando que él no hubiese escuchado toda la conversación.

Leo se mostró dispuesto a no dejarse avasallar. Se irguió cuan largo era, aunque no era lo suficientemente alto como el duque.

—Ashton, esto es una conversación privada, haría bien en irse de inmediato. —El señor Shell no había terminado su charla y no estaba dispuesto a cederla a ella con tanta facilidad.

Emma tomó la palabra:

—Leo, lo siento, pero comprometí esta danza con el duque de Ashton, y no debemos faltar nunca, bajo ningún concepto, a nuestros compromisos. Como tampoco debemos ser desleales. Harás bien en recordarlo. Buenas noches, señor Shell.

Emma esperaba haber dejado más que clara su postura con respecto a su relación y comportamiento. Cierto era que ella había propiciado el juego con su buen amigo, pero estaba enfadada porque él hubiese seguido adelante si su palabra estaba comprometida con otra mujer.

El duque, quien le había ofrecido su brazo, la llevaba hasta la pista.

Un vals. Estaba nerviosa por la pieza que iba a tocar la orquesta y también porque no sabía cuánto había oído de su conversación. ¡Maldita fuera su suerte!, se lamentó ella.

Lo veía frente a ella frunciendo el ceño y lo sentía inquieto en su agarre. Era obvio que él había estado escuchando. No pudo soportar más su silencio:

—Escúpalo, Ashton. Sea lo que sea que quiera decir, hágalo de una vez. No hay nada que me sorprenda después de lo que hemos vivido en el jardín. No se contenga. Me atrevería a decir que no es su estilo.

Él la miró ahora con… ¿fascinación? Emma frunció el ceño ante este descubrimiento.

—Había creído que necesitaba mi ayuda.

—No soy una damisela en apuros. A estas alturas ya debía hacerse una idea sobre la mujer que soy. Comprendo que me desapruebe. No estoy hecha para Londres —dijo más para ella que para su acompañante. El duque percibió su angustia y sintió un poco de… de… ¿ternura? Ese pensamiento lo dejó pasmado.

—Parece ser que me he equivocado con usted.

Emma se quedó con la boca abierta. Eso sí que no lo hubiese esperado. No fue la expresión en sí lo que llamó su atención, fue el tono de ternura que detectó ahí. Ella no quería que sintiese lástima de ella. Volvió a alzar una muralla.

—Venga, excelencia. Dígalo de una vez. Vuelva a reprenderme —lo retó ella al ver que él no seguía hablando.

—No es usted insulsa —la frase fue dicha con… ¿admiración?

Ella suspiró. Luego comenzó a negar con la cabeza. Este hombre no dejaba de sorprenderla.

—¿De todo lo que podría hacer dicho, es lo único que se le ha ocurrido? Entonces me decepciona, porque ya establecimos que no me importa lo que las malas lenguas digan sobre mí. —Algo tenía que haber oído de la conversación con Shell, estaba segura.

—No sé qué quiere decir, señorita Harrelson.

—Creí que era usted sincero… —Emma deseaba que él confesase que la había escuchado.

—Y lo soy. No sé qué quiere decir, de verdad.

Ella lo miró con calma buscando la mentira.

—¿Cuánto ha oído de nuestra conversación? —Decidió ser valiente.

—Yo diría que suficiente para desalentar a Amelia. —El prometido de su hermana no le agradó la primera vez que escuchó hablar de él. En estos momentos le gustaba todavía menos.

—No le aconsejo inmiscuirse en asuntos de enamorados.

—Enamorados —repitió él por lo bajo—. ¿Y en qué asuntos me aconseja no inmiscuirme, señorita? ¿En los suyos con el señor Shell? ¿O en los del señor Shell con mi hermana? —Emma tuvo que

reconocer que él había estado ocurrente en su acusación velada.

—Ciertamente, no estoy enamorada de Leo, y estoy segura de que no ha oído nada de nuestra conversación si me acusa de algo como eso. —Ella había cerrado esa puerta con llave con Shell.

—He oído lo bastante para saber que su amigo Leo —arrastró la palabra para mostrar que desaprobaba que se refiriese a él con tanta familiaridad— está celoso porque ha estado conmigo en el jardín más de media hora.

—Ashton, de todo lo que creo que ha podido oír de mi conversación privada, ¿cree que ese es el punto más importante? —¡Hombres!, pensó ella—. ¿Acaso no me ha escuchado defender a su hermana y rogarle que sea honesto y que me deje tranquila? ¿O ciertamente no ha escuchado una conversación privada?

Él suspiró derrotado. Ella le afectaba mucho más de lo que debería.

—¿Por qué me guiña un ojo, señorita Harrelson? —cambió el rumbo de la conversación—. ¿Tiene un plan maquiavélico para cazarme? —El duque puso especial atención en esa palabra. Emma soltó unas coquetas carcajadas sorprendida por la afirmación. Él se relajó un poco al ver su humor franco—. Debería saber que llevo mis treinta y cinco años rehuyendo mi deber para casarme —no iba a confesarle a esa mujer que estaba interesado en el mercado matrimonial esta temporada—, y que no caeré en la trampa de ninguna mujer, por poco insulsa que me resulte, y por los muchos atractivos que rebose. —Su compañera de baile tenía demasiadas curvas pero a él le encantaban sus formas redondeadas. Había jugosa carne para lamer, degustar y morder a placer.

Emma sabía que le acababa de ofrecer un bonito cumplido. El humor que había destilado en sus palabras y sus ojos juguetones así se lo confirmaban.

—¡Oh, milord! No sabía que tenía usted humor. Sincero y con humor, realmente me sorprende. —Ella estaba coqueteando.

—¿Ah, sí? ¿Por eso me ha elegido en detrimento del señor Shell?

Emma sintió pánico. Su cara debió transmitirle eso a él, porque el duque la apretó más en su abrazo.

—¿Elegirle, excelencia? —Estaba en problemas. Emma lo sabía.

—Bueno, este punto en concreto creo que no ha llegado a aclararlo en su conversación con el señor Shell, por lo que me tiene intrigado. Satisfágame, señorita.

Emma lo miró de soslayo con la boca abierta. Era un descarado con humor. Increíble. El rígido duque de Ashton estaba flirteando y lo estaba haciendo maravillosamente. Emma se quedó atónita.

La mujer carraspeó y se vio animada a ser perversa.

—Quizá sí esté de caza —le tocó a ella arrastrar la palabra—, como usted dice.

—¿Y debo suponer que soy yo la supuesta presa y no su amigo? —¿Por qué lo divertía tanto esa mujer?, se preguntó con asombro el duque. No le era simpática y de pronto estaba descaradamente jugando al ratón y al gato con ella. Lo que Ashton no tenía muy claro era qué papel desempañaba él. La señorita Harrelson era muy peligrosa.

—¿Está coqueteando conmigo, excelencia? —La señorita Harrelson estaba divertida y sorprendida a partes iguales.

—¿Y qué si lo estuviese haciendo? Dígame su plan para cazarme.

Parecía imposible que él la encerrase con mayor precisión en la dulce cárcel que suponían sus brazos. Casi se sentía desfallecer de pleno placer. Esos anchos brazos que tan bien se acoplaban a su cuerpo.

Nuevamente, se vio obligada a mostrarse más perversa aún de lo que ya había sido hasta el momento:

—No creo que nuestro baile sea apropiado. Me falta la respiración de un modo alarmante. Desde aquí puedo oír a las matronas censurando nuestro comportamiento, excelencia.

—¿Le falta el aliento debido a mi proximidad o al temor de dejar de sentir mi cuerpo, señorita Harrelson?

—¡Qué descaro! —señaló con falsa indignación.

—No va a escapar, mi querida señorita Harrelson. —Él la mantuvo prisionera en su abrazo con más firmeza. Emma era consciente de que estaban causando un escándalo con tal muestra de intimidad.

—Tal vez podría fingir un desmayo para escapar de usted. ¿Qué le parece la idea, excelencia? —A ella le encantaría estar entre sus brazos mientras él la cargaba para… para… Bueno, se conformaba con sentirse volar sobre el suelo mientras él la sujetaba con empeño como si de un guerrero se tratase.

Él se rio con ligereza.

—¿Un desmayo? Esperaba algo más… más… —Chasqueó la lengua de un modo condescendiente.

—Más… más… ¿Más qué, excelencia? ¿Más atrevido para una solterona descarada pero insulsa? —Lo observó componer una sonrisa de medio lado.

—Hemos establecido que no es insulsa. —Él le acarició la espalda y Emma se tropezó debido a la caricia. Él impidió que su compañera de baile cayese al tiempo que se reía por haber propiciado esa reacción en ella. Emma estrechó los ojos molesta.

—Pero sigo siendo una solterona… ¿verdad? —inquirió con molestia—. Bien, excelencia, usted lo ha querido. Espero que tenga unos brazos tan fuertes como parecen ser.

Acto seguido, Em le guiñó de nuevo un ojo y comenzó a tambalearse. Entonces cerró los párpados y se dejó caer haciendo que

él tuviera que usar toda su fuerza para protegerla de la caída. Em sentía como la acomodaba en sus brazos. El duque era un hombre poderoso y fuerte. La señorita Harrelson no era una mujer con poco peso. Junto a ellos se formó un corrillo, pero él consiguió desembarazarse de todo el mundo y la llevó hasta un lugar más tranquilo. La depositó en un cómodo sillón de terciopelo. Antes de desprenderse de ella le dijo solo para sus oídos:

—Mujer intrigante.

Ella añoró su abrazo en cuanto lo perdió.

Minutos después, Emma comenzó a abrir los ojos con dificultad para parecer que había sufrido un vahído. Los chismes no tardarían en circular. Emma lo buscó y lo encontró retirado a un lado, mirándola con diversión. Emma tuvo que hacer su mejor esfuerzo para no romper a reír. Él también la estaba mirando con mucha diversión. ¡Ese hombre era diabólico! Un momento la hacía enfadar y al siguiente la tenía divirtiéndose como cuando era niña.

La madre de Emma apareció al poco tiempo. Insistió en marcharse de la fiesta y la culpa no tardó en aparecer en Em. Poco a poco, y siguiendo con su papel de damisela en apuros, la mujer se incorporó mostrado cierta dificultad. El duque apareció delante de ella en un abrir y cerrar de ojos. Le puso una mano en la cintura y ella no pudo atinar a decir una sola palabra.

—Yo la acompañaré hasta el carruaje, señorita Harrelson… por si vuelve a sufrir un desvanecimiento. Aunque tal vez sería mejor llamar al doctor antes de marcharnos y comprobar si está usted bien.

Hombre ruin. Él sabía perfectamente que era una farsa y estaba intentando ponerla en un aprieto. Emma lo miró con los ojos estrechados.

—Oh, gracias, excelencia. Pero estoy segura de que no es nada más que un poco de calor y cansancio. Ha sido una noche intensa. — Em trató de parecer creíble en su teatro.

—Cierto, excelencia —tomó la palabra la señora Harrelson—. No se moleste por nosotras. No hace falta llamar al médico. Además, estoy convencida de que un paseo será mejor para mi hija. Vivimos cerca y hemos venido andando. El camino le hará bien, seguro.

Emma adivinaba que su madre era consciente del engaño. Además, a Em no le pasó desapercibido que su madre la acababa de reprender porque ella no había permitido que ambas acudieran a la fiesta en su carruaje. Al parecer, no estaba bien visto que los mortales llegasen por su propio pie a una fiesta de la alta sociedad, aunque esta se celebrase a la vuelta de la esquina.

—Insisto, señora Harrelson, en acompañarlas —dijo en duque diligentemente—. No creo que su hija deba andar más de lo necesario, pues si acusa cansancio será mejor que yo mismo las acompañe en mi

carruaje y luego venga a por mi hermana y su dama de compañía. Insisto —repitió de nuevo.

Ashton se sorprendió al conocer que habían acudido sin carruaje. Hubiese afirmado sin ápice de duda que tenían los medios necesarios para vivir cómodamente. De pronto, pensar en que la señorita Harrelson pudiese pasar penurias lo angustiaba como no creyó que llegase a suceder. ¿Qué le estaba pasando?, se preguntó él.

—En muy amable de su parte, pero no creo que sea…

—Hija mía —la interrumpió su madre—, no seas desagradecida. —La señora Harrelson se giró para mirar al duque—. Excelencia, sería un honor aceptar su ayuda. Gracias.

La madre de Emma sabía que no se debía contradecir a un duque, y menos a uno que parecía ser un ogro.

Emma se dejó guiar por él. El duque la llevaba con una mano en la cintura y con la otra le sujetaba el brazo izquierdo. Ella estaba segura de que era indecoroso mantener esa intimidad. No obstante, intuía que él estaba decidido a salirse con la suya y sospechaba que nadie en su sano juicio le diría a él qué debería, o no, hacer.

—Señorita Harrelson… ¿Está usted segura de que será capaz de llegar al carruaje? Si no se ve con fuerzas puedo llevarla yo mismo, tengo unos brazos fuertes.

¡Maldito duque! Emma se dio cuenta en ese mismo momento que había subestimado a su rival. La inocente sonrisa que él le regaló, le dejaba bien claro que él se creía ganador del juego.

La señora Harrelson estaba mortificada:

—No será necesario. Mi hija tiene mucho mejor aspecto. No queremos causarle más molestias, excelencia. —«Mamá me has salvado», quiso haberle dicho a su progenitora.

Cuando salieron de la casa, su carruaje con el escudo de su ducado las esperaba. El lacayo abrió la puerta y antes de que ella pudiera subir, Ashton la alzó en brazos y la depositó en el cómodo sillón de terciopelo azul. Decididamente ha subestimado a su adversario. La señora Harrelson lanzó un gritó de sorpresa cuando observó la escena, pero no osó decir nada al respecto. Ello no implicó que Emma sintiera los ojos acusadores de su progenitora durante todo el trayecto hasta casa.

El viaje fue corto y cuando el coche se detuvo, Emma se levantó rápidamente para impedir que de nuevo el duque la llevase en brazos.

Bajaron y él le cogió la mano a Emma. Ella miró con sorpresa el agarre de él. El duque levantó una ceja para retarla oponerse. Ella sabía que debía callar o él podría descubrir su mentira. Decidió callar por precaución. Ashton se giró hacia la madre de la mujer.

—Señora Harrelson, ¿sería tan amable de permitirme unos minutos con su hija?

Emma entró en pánico. «No, mamá, no lo permitas. No quiero quedarme con él a solas en la calle», quería suplicarle.

Su madre se sorprendió ante el pedido. Asintió, no muy convencida, para finalmente marcharse para acceder a la casa por la puerta principal.

—¿Por qué lo ha hecho? —la interroga él.

—Tendrá que ser más preciso. ¿El qué de todo, Ashton? —Esa noche ella se había coronado con sus actos impulsivos.

—Desmayarse o mejor dicho, dejarse caer para que yo la atrapase. ¿Realmente está intentando cazarme? —Él no sabía qué pensar. En esta ocasión la última palabra salió con naturalidad.

Ella lo estudiaba con atención. Era un hombre demasiado apuesto. Muy peligroso. No debería seguir tentando su suerte. Debería disculparse, entrar en la casa y olvidarlo.

—¿Está muy interesado en saber por qué lo he hecho? —le preguntó con una brillante sonrisa.

¿Qué? Ella era demasiado osada para dejar escapar una ocasión tan interesante como la que tenía delante.

Soltó una carcajada que la dejó anclada en su sitio. Lo observó con detenimiento. Ahí, tan desenfadado como se mostraba, parecía otro hombre.

—Ciertamente me intriga usted, por lo que supongo que sí, quiero saber sus motivos. —Había poca gente que le interesase del modo en el que ella parecía hacerlo.

Ella volvió a sonreír.

—Muy bien. Se lo diré, excelencia, si me acompaña usted mañana a montar a caballo. Digamos… a las ocho. Ocho en punto. Sea puntual.

Emma comenzó a caminar. Él la volvió a frenar con su agarre.

—No voy a venir mañana a las ocho. Menos voy a acompañarla a montar. —¿Sería todo una trampa? Si lo era, él se estaba dejando enredar con una facilidad pasmosa.

—Muy bien —sentenció con despreocupación, al tiempo que alzaba sus hombros—. Supongo que en ese caso no le interesa demasiado conocer mis motivos. Buenas noches, Ashton.

Emma se desembarazó de su agarre y entró rauda y veloz en la seguridad de su hogar. No sin antes oír que él volvía a soltar una ristra de palabras malsonantes mientras se subía a su carruaje.

Ahí, tras la puerta y sintiendo temblar las rodillas, Emma pudo cerrar los ojos y respirar con fuerza. Él le hacía sentir demasiadas cosas que no debería permitirse. Abrió los ojos y entonces vio a su madre en lo alto de la escalera, mirándola como cuando tenía catorce años y se subió a ese árbol en Sevilla, para demostrar a los demás niños que ella era capaz de coger una aceituna de arriba de aquel precioso olivo.

—Emma, ¿qué ha sucedido esta noche? —preguntó en tono rígido.

Ella comenzó a subir la escalera y llegó frente a la señora Harrelson.

—Madre, he sufrido un desmayo y el duque ha sido mi sostén.

—¡Oh, vamos, Emma! Ambas sabemos que era una de esas intrigas tuyas… —Hubo un silencio—. ¿El duque de Ashton? ¿De verdad, cielo? ¿No podía ser otro caballero?

—No entiendo, madre, lo que dices —le dijo con suavidad.

—Emma, no te hagas la boba conmigo. Tenías la misma mirada que pone Lily cuando está intentando embaucar a uno de sus… —Su madre calló por precaución—. La misma mirada de embaucadora. ¿Qué ha pasado con el señor Shell? Él es más acorde a tu modo de ser y conoce tus excentricidades. Ashton es un duque muy duro, con unos valores muy conservadores. Mucho más que los que me atribuyes a mí. Te lo suplico, hija mía, utiliza tu…

—¡No! —la cortó intransigente.

Su madre respiró hondo buscando calma. Su hija era ingobernable. Tan terca como una mula.

—Céntrate en otro hombre más… Menos… En otro que no sea el duque de Ashton. Sé que es un hombre con título y fortuna, el sueño de cualquier mujer y su madre. Pero es un hombre frío como el hielo. ¿Desmayarte en sus brazos? Por tu bien, espero que él no sepa de tu intriga. No sé qué haría ese hombre si se sintiese insultado. ¡Oh, Emma!

La señorita Harrelson entendía el temor de su madre. Decidió apiadarse de ella.

—Está bien, mamá. Trataré de comportarme mejor la próxima vez.

—Hija mía, comprendo que no eres como yo. Tu espíritu es poderoso y libre. No hemos podido refrenarte nunca tu padre y yo. Te pido sensatez. Un poco de sensatez para que no tengas sobre tus hombros un escándalo. Sabes que nada me haría más feliz que verte casada con un buen hombre. Sin embargo, dudo mucho que ese pretendiente sea Ashton. No negaré que es apuesto, pero su… su educación, sus valores, su rigidez, acabarían asfixiándote.

Su madre le agarró las manos y las apretó para darle un poco de ánimo, rezando para que su hija le hiciera caso por una vez.

—Buenas noches, mamá. —Emma le dio un abrazo y un beso en la mejilla—. No te angusties. Todo va a salir bien. —Emma estaba convencida de que así iba a ser. ¿Qué podría salir mal si él no iba a volver a presentarse ante ella? A buen seguro el duque la olvidaría como trataría de hacer ella misma.

Capítulo 3

Yo tomaré mi beso

A las siete de la mañana, Emma se levantó. Pese a los pensamientos racionales de la noche anterior, su mente solo era capaz de pensar en una sola cosa: en un duque engreído. Su doncella entró en la habitación para traerle una bandeja con el desayuno. Habitualmente, su madre se levantaba más tarde y ella cada día salía a montar a las ocho en punto a su semental: Archy. Una fiera negra que solo Emma había sido capaz de domesticar.

La casa de la señorita Harrelson era una de las más grandes de la calle, con unos establos pequeños. A la señora Harrelson le había costado mucho localizar un hogar con establos en Londres, pero había sido una condición para que Emma aceptase su traslado a la ciudad durante la temporada. Archy le daba un poco de paz en esa sociedad tan hipócrita.

Emma miró el reloj de la repisa del comedor central y, cuando marcó las ocho menos tres minutos, salió disparada hacia las caballerizas. Todos los días tenía la misma rutina de buena mañana.

Si el duque no iba a aparecer, ella se negaba a sentir desaliento. No iba a darle ni un segundo de margen. Le había dicho que fuese puntual y él había contestado que no acudiría.

Al final, Ashton no vendría. Estaba casi segura de ello. Demasiado orgulloso. Tal vez fuese lo mejor que podría pasarle.

Emma suspiró. Ashton. Esos brazos rodeándola, ese torso duro como una piedra. ¡Maldito duque! Emma había estado toda la noche tratando de no pensar en ese momento, en esos dulces instantes en los que él se irguió como un caballero de brillante armadura, para llevarla en sus potentes brazos, prestando la máxima atención a su estado. Atento. Había sido atento y servicial pese a todo. Es decir, pese a saber que era una embustera.

¡Flagrante mentira! Emma debería estar avergonzada, pero realmente no se sentía así. Había algo en el duque que la impulsaba a ser… a ser… Simplemente, a ser Emma. Ella improvisaba según observaba su reacción, y como él la motivaba a ser traviesa, ella lo era. También estaba bastante segura de que él la consideraba una

falda ligera, pero eso le daba igual.

Emma sabía muy bien lo que era. ¿Coqueta? Sí. ¿Arrogante? También. ¿Escandalosa? Mucho. Sí, tenía que admitirlo. Pero todavía estaba casta y pura. Aunque para ella no era demasiado importante mantener intacta su virtud. Bien se la entregaría a un hombre que la hiciera temblar de amor e intuía que eso no llegaría jamás. Es por ello que había decidido en los últimos días que era el momento definitivo para conocer lo que era una pasión carnal.

Su tía Lily la motivó a buscar la felicidad y demasiadas veces le había dicho que el deseo entre un hombre y una mujer era algo adictivo, único, vibrante, pero encarecidamente le había recomendado blindar su corazón. Y… Oh, sí, el corazón de Emma estaba a buen recaudo, porque no encontraría nunca a nadie que fuera el pilar de su vida. Si ella debía entregarlo, lo entregaría a alguien como su padre, un hombre excepcional que amó a su esposa y a su hija hasta su último aliento. Que expiró a causa de unas repentinas fiebres en el Congo, que acrecentaron su mal estado de salud. Enfermedades. Estúpidas enfermedades que se llevaban siempre a los mejores.

—Buenos días, Harry. Gracias por tener ya ensillado a Archy. —Las cuadras estaban tranquilas. El fresco de la mañana le haría bien a ella.

—De nada, señorita. Sé que a las ocho en punto sale a montar a esa mala bestia y me gusta tenerlo preparado para que no se retrase. Le deseo un buen día. Tenga especial cuidado, hoy está revoltoso. —El mozo de cuadra le pasó las riendas.

—Gracias, Harry.

Salió en dirección a Hyde Park, a trote lento. Ella sabía que una mujer montada a horcajadas —pese a que su traje era una falda ancha en forma de pantalón— sobre esa mala bestia, como la llamaba Harry, al paso frenético que ella montaba en el campo, haría que toda la sociedad la tachara de escandalosa, y le había prometido a su madre que se comportaría. No obstante, había encontrado una zona alejada del parque donde podía poner a punto su montura y ese día, verdaderamente, necesitaba dejar salir su frustración con una buena carrera al viento.

—Señorita Harrelson, ¡espere! —Emma no daba crédito a la voz que oyó a sus espaldas. Aquello fue un mandato directo dicho con mucha autoridad. Solo él sería capaz de ordenarle algo con esa convicción, y más cuando, encima, había llegado tarde. ¡Maldito duque! Ella esperaba no verlo, pero al mismo tiempo…

—Buenos días, excelencia. —Em trató de mostrarse tranquila e indiferente. No sabía si lo estaba consiguiendo.

Lo miró de soslayo mientras él llevaba su montura junto a la de ella.

—Es de mala educación obligar a alguien a acudir a una cita y

luego marcharse. No me ha esperado. —¿Una regañina? ¿De verdad? Este hombre la desesperaba.

—Dudo mucho que nadie sea capaz de obligarlo a hacer nada que no quiera, excelencia —aseveró con seriedad.

Él se veía tan rígido, tan serio, tan inaccesible, montado sobre su semental, ataviado con un elegante traje que hacía que su atención se fuera a las piernas musculosas de él… Emma sintió un rayo recorrer su cuerpo con esa visión. ¿Por qué tenía que afectarla tanto?

—En eso debo darle la razón. Ahora, dígame por qué hizo lo que hizo. Me disgustaría mucho pensar que es solo una intrigante. —De hecho, se moría por que el teatro fuese eso y nada más. Ashton se había levantado con la idea de olvidar lo sucedido la noche anterior, y de pronto se encontró pidiendo que ensillasen a su caballo. Ella se había metido demasiado hondo en sus pensamientos. Esa coquetería inapropiada. Esos grandes y seductores ojos verdes. Sus labios jugosos. Esa mujer estaba causándole muchos problemas y él, loco, en vez de alejarse, se encontraba a su lado.

—Tal vez lo sea, excelencia, y quede desilusionado por ello. —Ella batió sus espesas pestañas y le volvió a guiñar un ojo. Esperaba ser seductora. Solterona, insulsa, pero seductora al mismo tiempo.

—No debería hacer eso, señorita Harrelson. Gestos como el que acaba de emplear podrían llevarla a un grave aprieto. Ahora, dígame qué es lo que busca. —Él la miraba con seriedad. Ella le sonreía pacífica.

—Bueno. Haremos una cosa, pasaremos aquellos árboles de la izquierda y si me gana en una carrera contestaré sus preguntas. ¿De acuerdo? —Ella tenía ganas de montar y no de pararse a responder cuestiones que no tenía muy claras ni ella misma.

—¡No! —gritó—. Señorita —suavizó el tono—, usted dijo que me lo contaría hoy si salía a montar con usted y es justo eso lo que va a hacer en este preciso momento. No vamos a disputar ninguna carrera. —«No estoy tan mal de la cabeza todavía como para batirme en una hazaña como esa con una mujer», pensó él.

—¿Sabe, excelencia? —ella desplegó su humor—. Cuando utiliza ese tono ducal, me hace sentir una niña regañada por su padre. Y eso no tiene mucho sentido, puesto que se empeña en señalar, a cada oportunidad, que tengo veinticuatro años y que no soy ninguna niña, como si yo todavía no lo supiese.

—¡Basta! Ni yo soy su padre, ni usted es una niña. —Es que lo incordiaba a cada rato. ¿Por qué habría venido? La repasó de arriba a abajo y envidió al poderoso animal que la sostenía. No debería estar teniendo esos pensamientos, se regañó.

—¿Ve, excelencia? Lo ha vuelto a hacer. Una niña pequeña. ¡Qué delicia, si pudiese volver las agujas del reloj hacia atrás! ¿Sabe? Me

gusta que me trate como a una mocosa, me recuerda mi feliz infancia. Así que, por favor, vuelva a regañarme, se lo suplico. —Ella se rio tímidamente ante él. Ashton estaba a punto de saltar sobre ella por su impertinencia. Em se lo figuraba.

Él apretaba más de lo debido las riendas de su corcel. Respiró profundamente, tanto que las aletas de la nariz se abrieron mucho. Emma era consciente de estar colmando su paciencia.

—Señorita Harrelson, creo que no es justa. Me doy perfectamente cuenta de que no es una niña. —Él se paró a observar ese generoso busto y ella tuvo la delicadeza de sonrojarse—. Ni se hace una idea de cuánto lo sé. No voy a regañarla, ni tan siquiera lo he hecho todavía, y no lo haré nunca, aunque ello suponga que no la haga regresar a su infancia feliz. Simplemente, me parece justo que cumpla lo que prometió ayer. Dijo que me lo explicaría si venía, y he venido. —«Y muero de curiosidad. ¡Infierno!», se dijo él mismo.

Ella ladeó la boca de izquierda a derecha un par de veces como si estuviese pensando su respuesta. Eso lo hizo sonreír. Era una mujer tan extraña…

—Bueno… —comenzó perezosamente—, excelencia, yo creo que no estoy faltando a ninguna promesa. Le dije que se lo contaría todo si accedía a montar a caballo hoy conmigo, a las ocho de la mañana. Hasta donde yo sé, he salido de mi casa a la hora acordada, sola. Por lo que es usted el que no ha cumplido su parte del acuerdo, dado que nos hemos encontrado aquí. —Ella señaló el lugar con sus dedos—. Usted ha faltado a su cita, no yo a mi palabra. —Hubiese sido una institutriz magnífica, se regocijó ella en su pensamiento.

—¡Por amor de Dios! —Negaba con la cabeza todo el tiempo—. Señorita Harrelson, he llegado apenas cinco minutos tarde y usted ya había salido de los establos. Siempre se dan cinco minutos de cortesía a las visitas. Yo no tengo la culpa de que no conozca las normas de etiqueta, lo cual no me sorprende demasiado debido a su posición social… —Sí, él era un auténtico esnob, se dijo a sí misma.

—Aaaah, Ashton —le cortó—, se darán cinco minutos en las reuniones de caballeros, de eso no me cabe duda. Pero me atrevería a decir que cuando se concierta una cita con una dama, la impuntualidad es imperdonable, y más cuando esta había precisado al caballero inglés, un duque en este caso, que fuese puntual. ¿No le parece? —Si se quedaba en la calle buscaría trabajo como educadora, porque las institutrices o los profesores de él no lo habían hecho bien, y ella no podía dejar que en el mundo hubiese más duques faltos de cortesía, rígidos y brutos como este.

Por primera vez desde que lo había conocido, el duque se quedó sin palabras. Emma se felicitó a sí misma.

—Ahora bien, excelencia —continuó ella—, le estoy ofreciendo la

oportunidad de un nuevo trato, cuando no tendría que hacerlo por su descortesía. La pregunta es si será usted valiente para aceptar una carrera contra una solterona.

—¡Yo no he sido descortés en toda mi vida! —se expresó indignado—. Por supuesto que acepto —tronó—, pero solo para hacerle callar esa impertinente boca que Dios le ha otorgado. —«Y que me está volviendo loco en todos los sentidos, porque únicamente pienso en besarla para acallarla», pero eso no lo confesaría jamás—. No crea que me siguen interesando saber los motivos de su absurda intriga. Sencillamente voy a darle una lección —insistió él seguro de sí mismo.

—Oh, pues debería… Debería interesarse por mis motivos. Ya lo creo que sí. Si al final me gana, le contaré la verdad. Y estoy segura de que su vanidad subirá como la espuma cuando le relate lo que me impulsó a ello —agregó en tono de confidencia.

Y más que segura de sí misma, y más coqueta que nunca, ella volvió a hacer aquello que sabía que le exasperaba: le guiñó un ojo y le dedicó su mayor y más brillante sonrisa mientras espoleó a su montura para marcharse hacia el claro. Él la siguió —a buen seguro maldiciendo—. Emma sabía que sus palabras le picarían en su curiosidad y orgullo. Solo esperaba poder decirle la verdad sin ruborizarse.

Emma llegó a su destino, a esa improvisada línea de meta, y lo esperó.

—¿Está preparada, señorita Harrelson? Va a morder el polvo. —¿Diversión en sus ojos? Este duque sí le gustaba. Y ella temiendo que él se largase espantado…

—Lo dudo mucho. ¡Venga!, que gane el mejor. —Salió como una flecha sin esperar a ver si él estaba preparado o no.

Emma sentía el aire en su rostro, el corazón palpitaba con fuerza. Archy era libre para ir a su ritmo. Su caballo era más resistente que el de él y dudaba de que la ganase. Lo que quería, lo que verdaderamente ella deseaba, era percibir esa sensación de libertad que le estaba permitiendo la carrera. Emma volaba y se había olvidado de todo. Se había olvidado de todos. Ganar no le preocupaba tanto, únicamente deseaba la libertad que el ejercicio le permitía estar sintiendo.

Ashton la seguía de cerca. La muy endemoniada mujer sabía cabalgar. Estaba convencido de que ella estaba montando a horcajadas, aunque la voluminosa falda que la cubría no se lo permitía saber con seguridad. Y verla trotando le hacía tener pensamientos pecaminosos que revolucionan cierta parte de su cuerpo, que está desatendida desde hace demasiado tiempo.

—Señorita Harrelson, es usted una loca temeraria. —¿Y si el que se

quemaba era él? Ella era pura pasión. Pensar que una vez la llamó insulsa… Verla al trote había despertado en él una necesidad tan brutal que no estaba seguro de haber sentido nunca.

—Ashton —le ofreció una sonrisa—. No hay duda de que sabe usted cómo hacer que las rodillas de una dama tiemblen con sus elocuentes cumplidos… —Su ironía le divirtió, creía que empezaba a conocer un poco más cómo funcionaba su linda cabecita traviesa.

—Si lo prefiere, puedo regañarla como a una niña. —¿Coqueteaba con ella? Emma se vanagloriaba en su triunfo.

—Pero ha dicho que no lo haría nunca y no quiero que falte a su palabra. —Siguió ella con el flirteo.

—En tal caso, si ese es su deseo, no lo haré. —Él sonrió sincero—. Tiene usted un magnífico ejemplar. Demasiado nervioso para una dama, pero supongo que usted no es cualquier mujer. Le doy la enhorabuena a su caballo y me rindo ante él

—¿A mi caballo? —preguntó ella con la boca abierta. Estrechó sus ojos para mirarlo y lo observó acariciar su montura al tiempo que sonreía mostrando todos sus preciosos dientes blancos.

—Señorita, es él quien ha ganado la carrera. Usted solo está sobre el animal. Su montura merece mis más sinceras felicitaciones.

Emma se dio cuenta de que estaba jugando. Su sonrisa así se lo indicó.

—Así que quiere aplicar mi razonamiento al pie de la letra sobre su impuntualidad, ¿no? —Él asintió—. Está bien, le concedo lo que ha dicho. Ha ganado Archy. Archy es mío, yo lo monto, ergo yo gano. —Ella alzó una ceja retándolo a contradecirla.

Él suspiró cansado. Con la hermana que tenía a su cargo estaba más que acostumbrado a tener que dejar salirse con la suya a una mujer. Haría lo mismo con la señorita Harrelson. Le apetecía sentirla contenta y feliz en su presencia.

—De acuerdo… Usted gana. Supongo que en estos momentos no puedo exigir que me desvele su intención de anoche. —Él no tenía ganas de discutir, solo averiguar.

—¿Sabe, excelencia? Podría convencerme, si me explica por qué está tan ansioso por conocer una intriga como la que inventé. Además, yo debería reconocer que estoy avergonzada por lo que hice, aunque no lo lamento, pero eso no le incumbiría debida cuenta de mi posición social, ¿cierto? —Para él, ella no era nadie a tener en consideración, pero ahí lo tenía, a las ocho de la mañana y jugando a su juego. Emma sonrió.

—Supongo que la encuentro interesante más allá de su posición. Y déjeme decirle que no la he corregido cuando se ha referido a usted misma como si de una dama de alta cuna se tratase. Por mucho que se empeñe en que todos los seres humanos somos iguales, no lo somos.

Yo soy un duque y usted es la encantadora e interesante señorita Harrelson.

Ella lo miró con sorpresa. Debía admitir que él llevaba razón en su exposición. Lo que le sorprendió fueron sus cumplidos.

—¿Interesante? ¿Encantadora? ¿Seguro que no se ha equivocado de palabras? Además, todas y cada una de las mujeres, desde la más pobre hasta la más rica, de la más torpe a la más ducha, de la más bella a la menos afortunada, con o sin título, deberían ser consideradas unas damas. ¿No cree? Del mismo modo, he conocido a hombres humildes más nobles que el que muestra un alto título y es despreciable. No se ofenda, porque no me estoy refiriendo a usted. No tome a mal mis palabras, por favor —se apresuró a puntualizar por si lo ofendía.

—No. No me ofende. Y no, el orden social es inamovible y debe seguir así. Pero en cuanto a su primera pregunta, no me he equivocado de palabras. Más que me pese, es usted intrigante y encantadoramente seductora. Ya está bien de juegos, señorita. Si me lo va a decir dígalo. Si no, regresemos.

Ella lo miró a los ojos opinando que debería premiarle su sinceridad. No podía hacerlo.

—Regresemos, excelencia. —No estaba preparada para lo que podía suceder si le confesaba de súbito por qué hizo lo que hizo. No sin una vía de escape tras su declaración.

A un trote rápido, pero más pausado que en la ida, el duque y Emma salieron de Hyde Park sin apenas hablar. Él insistió en acompañarla a su casa. Cuando llegaron a la puerta, ambos desmontaron. Em lo observaba. Él estaba examinando su casa. Tal vez estuviera determinando el nivel de la fortuna de ella. Estaba tentada a confesarle cierto secreto que lo haría desmoronarse. Se mordió la lengua, porque no quería hacer algo como eso.

—Señorita Harrelson, ha sido un placer. —Emma lo observó girar sobre sus talones y auparse sobre su caballo. Era un hombre tan apuesto… Ella se acercó con valentía. Lo miró a los ojos sin pestañear desde su posición en el suelo.

—Excelencia, hice lo que hice porque, además de que me gusta importunarle, mientras bailábamos ayer, el vals, empecé a preguntarme cómo sería ser cargada en los brazos de un hombre. Y como habrá supuesto, suelo hacer lo que me place sin importar las consecuencias. —Lady Salvaje la habían apodado—. Alguna ventaja debe tener mi posición —apostilló con maldad.

Emma esperaba su reacción mientras lo observaba serio pero no escandalizado, ni perturbado. Creyendo que él no iba a contestar se dio la vuelta para regresar a las caballerizas y dejar a Archy.

—Señorita Harrelson. —Ella detuvo sus pasos antes su llamada. Su

mirada regresó a aquellos ojos grises que la tenían obnubilada—. ¿Le gustó? ¿Ser cargada en los brazos de un hombre? ¿Por mí? ¿En los míos?

Había algo en sus palabras, en su tono, que la inspiraron a confesar la verdad.

—Nunca antes había estado en los brazos de un hombre, pero me gustó estar en los suyos, excelencia. Mucho, tal vez demasiado. Es algo que me perturba. Que tenga un buen día.

Se despidió. Estaba nerviosa por la situación. Emma temía lo que él pudiera pensar de ella, pero a la vez estaba satisfecha con su sinceridad. Ese maldito duque le gustaba y, aunque no había hecho más que despreciarla desde el mismo momento en que la vio, suponía que, tal y como decía tía Lily, el cazador quería disfrutar mientras su presa espera a ser cazada. Pero no podía evitar preguntarse quién en esta situación, entre Ashton y ella, era la presa y quién el cazador. A veces se sentía la cazadora, pero cuando el duque la miraba y la evaluaba se convertía en la presa. Sabía que no le era indiferente y dudaba mucho de que con esa declaración que acababa de hacerle, tan indecente para una dama, incluso para una solterona, él no pensase que ella era una libertina. Ese pensamiento no le gustaba. No quería que él pensase de ella algo como eso, pero comprendía que con su comportamiento, no había hecho otra cosa más que demostrarle que era una mujer liberal y se lamentaba porque no sabía lo que sucedía entre un hombre y una mujer, más allá de un beso. ¿Podría ser el duque un compañero de seducción? Ella deseaba experimentar la pasión, pero no creía que pudiera llegar hasta el final del proceso. Estaba jugando a un juego muy peligroso con un hombre todavía más arriesgado.

Leo seguramente hubiese sido fácil de controlar, pero el duque parecía ser un hombre que no daba su brazo a torcer, y esto le preocupaba. Fuera como fuese, tendría que afrontar la situación, porque bien sabía que en el momento en el que le había confesado cuánto le había gustado estar entre sus brazos, él había comenzado a maquinar cómo terminar de seducirla. Al menos, su parte perversa contaba con ello. Sobre todo porque las promesas de juventud no se cumplían solas y ella tenía una lista que tenía intención de llevar a cabo.

***

Menos mal que esta noche no coincidiría con él en ningún baile. Iban a ir a la ópera con unos buenos amigos de su madre, los Croft. Emma todavía no los conocía pero se alegraba de no tener que verlo.

La señorita Harrelson necesitaba tiempo para ordenar su mente.

Los Croft llegaron a casa con su carruaje para recoger a Emma y a su madre. Entraron a buscarlas y la señora Harrelson hizo las presentaciones oportunas. El matrimonio, de nombre de pila Margaret y Garret, estaba acompañado por el hermano de esta, Ian. Un hombre de unos treinta y cinco años de edad, ciertamente atractivo… Y lo que vio en los ojos de su madre no le gustó ni un pelo. Esa sonrisilla calculadora de su progenitora haciendo de casamentera, insinuaba que no era casualidad que los Croft hubieran traído al distinguido abogado de la Corte Real, sir Ian Elden. Emma se mostró encantadora y se lamentaba de haberse puesto un vestido tan reluciente en tono carmesí con escote recto, que se amoldaba demasiado bien a sus curvas. La salida social apestaba a encerrona.

Tal y como había temido, sir Ian se convirtió en su acompañante y parecía un hombre de lo más elocuente.

—Señorita Harrelson, ¿ha visto alguna vez César y Cleopatra? —le preguntó su galante compañero mientras ingresaban en el teatro.

—No, en absoluto. Espero que sea maravilloso, no he asistido nunca al teatro y esta es mi primera vez. —Emma se sentía como una niña en la mañana de Navidad. Le gustaba mucho ver interpretaciones.

—Seguro que disfrutará. ¡Oh, disculpe! He visto a un colega y debo ir a saludarlo. —El caballero dejó a la mujer en la entrada del edificio.

—Por supuesto —correspondió ella, pero él ya se había ido.

Emma se quedó sola, un poco rezagada, mientras su madre mantenía una agradable conversación con los Croft. Estaba pensando en su duque, ese hombre la tenía cautivada. Sí, ella era sincera y tenía que ser justa con ella misma, por más que la idea no le gustase. Sus brazos… Cuando aspiró ese olor a jabón mezclado con sándalo… Sin olvidar lo bien que se había sentido cuando había hundido su cabeza en el cuello del duque mientras él la cargaba… Dios mío, había sido un dulce sueño. ¿Pensaría él también en ella?

—Señorita Harrelson, ¡qué inesperado placer verla aquí! —«¡Santo cielo, lo he conjurado solo con mis pensamientos!», pensó ella con un sobresalto.

—Buenas noches, excelencia. —Pese a que lo saludó con su correspondiente reverencia, no era capaz de mirarlo a los ojos. Se sentía cohibida y ella nunca antes se había sentido así. Él tenía un efecto muy potente sobre su persona.

—Está preciosa esta noche. Es una suerte haber coincidido con usted. Confío en que le guste el programa. —Ante sus palabras ella alzó la mirada en busca de burla. No la había. Se sentía extraña con el nuevo rumbo que había tomado la relación entre ambos. Ella eludió sus ojos de nuevo.

—Gracias, Ashton. —Emma estaba desconcertada. Ni cuando estuvo con unas amigas en aquella sala de variedades en París se mostró tan tímida.

Iba a tener que sacudirse la vergüenza de encima y plantarle cara. Decidida a ello, subió la mirada. Por primera vez tuvo pánico de lo que vio allí. El hombre arrogante, pomposo y rígido no le inspiraba el más mínimo terror, pero este nuevo duque seductor, con esa pícara sonrisa y ese brillo especial en la mirada… Eso era otro asunto. Sus sentidos se pusieron en alerta, más cuando le ofreció su brazo y ella, sin poder evitarlo, lo tomó sin pensar en lo qué hacía. Evidentemente, sus sentidos de protección se habían caído, al igual que sus defensas.

Cuando giraron por tercera vez por los pasillos desiertos del teatro, demasiado bien sabía ella que ese hombre no tramaba nada bueno. Aun así, ella había comenzado ese juego y no podía retirarse. ¡Era una cuestión de honor!

No debía permitirse temer nada. Aguantaría estoicamente lo que viniese. Entraron en un pequeño espacio y él cerró la puerta tras de sí. Se colocó frente ella, muy cerca, demasiado… Emma mantenía su cabeza baja, pero sentía su mirada abrasándola. Otra vez no podía mirarlo a la cara. Él colocó sus dedos en su mentón para hacerle subir la cabeza. Dócilmente, la señorita Harrelson se dejó manejar. Decididamente, ella era la presa ahora.

—Tenemos una conversación pendiente y no vas a salir corriendo como hiciste ayer. —Sonrió divertido y dejó de lado su habitual corrección al referirse a la dama. Era momento de acortar distancias sociales.

—¿Y se puede saber qué conversación es esa, excelencia? —Trataba de mantener la compostura. Lo vio mirar el punto de su pulso, ese que denotaba que Em se sentía nerviosa y hacía que él se percatase de ello. Emma se sintió con cierta vulnerabilidad.

—Oliver. Emma, llámame Oliver. Quiero oír mi nombre en tus labios.

Ella asintió. Era una petición sencilla. Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, Em no quería defraudarlo. No, al menos, en estos instantes.

—¿Y se puede saber qué conversación es esa, Oliver?

—Eso está mejor. Aunque espero que no hayas repetido la frase entera debido a los problemas de oído que me achacas. —Su sonrisa la deslumbró y aterró a partes iguales. ¡Estaba perdida! Debajo de esa capa de rigidez de ese duque estirado, parecía haber un hombre, uno con sentido del humor que podría obnubilarla.

—No creo que tengas problemas de oído —dijo en apenas un susurro. «¡Qué ojos tan fantásticos tiene! Estoy embrujada por ellos», pensó mientras se mordía el labio inferior sin ser consciente.

—Repite mi nombre, Emma. —Su tono no era autoritario, era demasiado tierno y dulce, y ahí puede que fuera cuando la cordura de ella peligrase, porque con ese tono en su voz podía hacer de ella lo que quisiera. Sería arcilla en sus manos y no le importaría.

—Oliver —susurró.

—Una vez más —suplicó él.

—Oliver —alzó un poco más la voz.

—Uhmm, me encanta cómo suena mi nombre en tus labios. Podría escucharlo por toda la eternidad.

Emma era consciente de que miraba sus labios con glotonería. Ella temblaba de anticipación. Sabía que iba a besarla, aunque él no se movía. Ashton permanecía quieto mirándola con hambre sin poder desprender su mirada de sus labios. No actuaba y ella deseaba gritar por la frustración. ¿A qué esperaba?

—Vas a hacerlo de una vez, ¿o qué? —le espetó altanera sin ser consciente de ello. Emma se ruborizó al comprender que había expresado sus pensamientos en alto. Él sonrió y el gesto le llegó hasta esos increíbles ojos grises que la tenían obnubilada. Sus arrugas eran encantadoras. Se notaba que tenía mucho peso sobre sus hombros.

—No puedo.

Em frunció el ceño.

—¿No puedes? —Él era el gato y ella el ratón. No le gustaba esto.

—No. Te prometí que no lo haría hasta que me lo suplicases, y estoy esperando.

La mandíbula de Emma no se cayó al suelo porque la tenía bien sujeta.

—¡Ja! —Engreído. Si él pensaba que iba suplicarle, eso indicaba que no había aprendido nada acerca de ella. Estaba agradecida, porque con ese cambio de actitud la había sacado de su ensoñación. Su mente parecía que iba a ponerse a funcionar de nuevo.

—Si crees que soy la clase de mujer que suplica por algo —«y más a un hombre», quiso añadir— puedes esperar a que se congele el infierno. —Ella no era lady Salvaje por nada.

—Chica osada… —No esperaba menos de esa indómita mujer que lo tenía al borde del precipicio—. ¿Entonces qué es lo que tengo que hacer, Emma? Soy un hombre de principios —«Uno al que por lo visto no le importa saltárselos si se trata de ti», se recriminó.

—No suplicaría jamás que nadie me besase, y menos a ti —le espetó en un tono que no admitía réplica. Él la miró con atención.

—¿A mí menos que a todos, verdad? Si yo fuese ese mequetrefe con el que estabas conversando hace unos instantes tampoco me suplicarías. ¿Cierto? ¿O acaso yo no soy de tu agrado? —Él estaba celoso. Ella se sorprendió con la revelación.

—Ni a ti ni a nadie. No soy una mujer que suplique, excelencia —le

indicó con humildad.

—Entonces tenemos un problema, Emma. —La joven sintió que un trueno atravesaba su cuerpo cuando usó su nombre de pila—. No soy de los que da su brazo a torcer. No estoy acostumbrado a hacer concesiones, y contigo ya he hecho demasiadas. —«Pese a que no quiero hacerlas», se dijo él en su fuero interno.

—No tenemos ningún problema —respondió mientras se humedecía los labios. Una vez, con un auténtico libertino, un conde para más señas, el gesto le había funcionado. Emma creyó que podría volver a intentarlo con el duque.

—Ilústrame. —Definitivamente no iba a funcionar. Ella se desinfló en su orgullo.

—Solo estoy pensando… —«En mi nueva táctica», pero eso no debía decirlo en alto.

—¿Pensando en qué? —Ella había captado su atención por completo.

—En las ganas que tengo de que me beses. No lo he decidido aún. —Unos pocos minutos en silencio hicieron que creciera la expectación y ella percibió que las respiraciones de ambos eran más seguidas y profundas. Continuaban cara a cara.

—Y bien, madame… ¿Ha decidido? Tenemos poco tiempo hasta que se den cuenta de tu desaparición.

—Sí, lo he hecho —respondió con prontitud a su pregunta.

—Entonces, ¿qué será? —Alzó una ceja al más puro estilo ducal.

Ella negó con delicadeza con su cabeza.

—No me apetece tanto que me beses como para hacerte esa concesión. —Lo observó entornar los ojos. Emma opinó que con su respuesta pudo haberse sentido desairado.

—Eres muy terca. —Seguía quieto. El duque estaba usando todo su autocontrol para no abalanzarse sobre ella. El orgullo parecía ser el único obstáculo entre ambos.

Em le sonrió al tiempo que le echó los brazos en su cuello.

—He decidido que me apetece más hacer esto. —Emma se colocó de puntillas, pasó la mano por su nuca y lo acercó para poder besarlo. Posó sus labios con cierto temor sobre los suyos. Ella no estaba segura de que no hubiese represalias por su insubordinación. Pero tras un par de cortos besos y no percibir su reticencia, decidió tantear con su lengua la textura de sus labios. Eso le provocó a él un gemido.

Ashton la empujó contra la pared y saqueó su boca con besos más exigentes. ¡Santo cielo! Era justo como había pensado que sería. Ese Dios griego era increíblemente apasionado. Bajo toda esa apariencia correcta se escondía un hombre primitivo que exigía más y más, y ella le permitía hacer lo que quisiera porque se estaba entregando con el mismo furor a cada uno de esos dulces y apasionados besos. Se separó

y la miró a los ojos. Ashton vio la pasión en ellos y sabía que en los suyos propios se reflejaba lo mismo. Entonces volvió a la carga y la hizo sentir mantequilla entre sus brazos.

Un atisbo de realidad se coló en su mente mientras él comenzaba a hacer que le temblasen partes que jamás había sentido. Dios, ¡la ópera! Maldición. Los Croft. Mamá. Todos debían estar buscándola. Emma no quería que ese momento terminase, pero debían parar. Porque lo sucedido, para una primera lección de seducción había estado muy bien. Tal vez demasiado. ¡Pero es que era tan delicioso!

Emma se asustó cuando percibió una mano en su seno. Eso no lo debía permitir. Ella quería ir paso a paso y es por ello que frenó su mano. Sabía que era una presa, pero no quería que el cazador perdiese interés. Así que decidió terminar con el beso. La presión que sentía bajo de su vientre la tenía muy apurada, porque intuía que el eje masculino de Ashton era lo que se estaba frotando contra ella.

Emma se echó hacia atrás para romper el beso y apoyó sus manos en su pecho, no sin cierta dificultad. Él era todo lo que se podía pedir en un compañero de seducción.

—Oliver, tenemos que volver. Me estarán buscando —consiguió decir al esquivar otro de los besos que él estaba tratando de darle.

El duque no quería que se terminase la pasión. No podía alejarse de ella.

—Uno más, Emma. Te lo prometo. —Llegó de nuevo hasta su boca—. Dame un minuto. Oh, sabes… sabes… tan bien… Eres tan dulce. ¡Oh, Dios! Em, mi dulce, dulce… Me vas a volver loco. ¿Qué conjuro lanzaste sobre mí, hechicera? —Y volvió a besarla con firmeza.

Si no lo frenaba, su pasión y sus ganas de ella la arrollarían. Decidió pensar en algo arriesgado:

—No está mal para una solterona. ¿Verdad, excelencia? —murmuró contra los labios de él. Esto lo hizo frenar en seco. Sus palabras habían dado sus frutos. La soltó de su abrazo y al momento lo echó de menos.

La miró con malestar y ofendido. Ella sabía que no debió haber dicho eso.

—Volvamos. Pero dame unos pocos momentos para… para… Para calmarme. —Estaba serio porque había vuelto a ser el estirado duque.

—¿Calmarte? —pregunto incrédula.

—Sí, Emma, aunque seas una solterona, como bien te has empeñado en sacar a colación, mi cuerpo reacciona ante ti de una manera vigorosa y necesito bajar… bueno…

—Bajar la excitación. Sí, lo comprendo. —Ella señaló su parte masculina con el dedo sin pudor. La miró sorprendido y esbozó de nuevo media sonrisa.

—Estás llena de sorpresa, Em. —Quería sentirse cerca de ella y por ello decidió acortar su nombre—. Volvamos antes de que te echen en falta.

—¡Espera!

—¿Quieres más, Em? Te advierto que si me provocas, tendrás justo lo que buscas.

Ella sonrió burlona.

—Ooooh, excelencia. Yo siempre consigo lo que busco. —guiñó un ojo—. Pero ahora no pretendo lo que usted está pensando.

—Oliver. No más títulos, ni excelencias. Solo Oliver. —No quería que ella pusiera distancia cuando él quería sentirla cercana.

—Está bien, Oliver —concedió ella.

—Dime qué es lo que estás buscando entonces.

—Yo… yo… No lo sé exactamente —dijo avergonzada, pues cómo le explicaba a ese hombre lo que quería realmente sin decirle todo lo que había detrás.

Él vio la sinceridad en sus ojos y en sus palabras, por ello decidió no presionarla con una explicación más convincente.

—De acuerdo. Tenemos que hablar, pero no es el momento adecuado. Mañana lo haremos. —Oliver se sorprendió por haber dicho lo afirmado. No creía tener nada que hablar con ella, pero por lo visto su subconsciente no pensaba igual.

Ella asintió tímidamente y regresaron tras recomponer sus atuendos y apariencia de una forma pulcra.

Cuando llegaron al palco, su madre la miró con desaprobación, pero nadie dijo nada. El duque explicó que habían ido a por un refrigerio y que el retraso se debía a los compromisos por haber tenido que saludar a varios conocidos, quienes habían insistido en conocer a la dama. La señorita Harrelson esperaba que nadie sospechara nada. Oliver era muy convincente cuando quería. Además, se trataba de la palabra de un duque. ¿Quién osaría contradecirlo? Aparte de ella, claro.

***

Una experiencia apasionante. Solo así se podía definir lo que le hizo sentir el frío e intransigente duque de Ashton. Definitivamente, eso era lo que ella había estado buscando cuando decidió entregarse a la búsqueda de un beso abrasador, de un verdadero beso entre un hombre y una mujer. Eso sí, después de todo lo acontecido con el duque no hubiese sospechado que sería él, justo ese estirado, el encargado de encenderla como una cerilla. ¿Por qué habría elegido a

una persona tan cerrada y tan rígida?, se preguntaba. Tras ese increíble beso, no se pudo concentrar en nada más. Había vida bajo esa gran capa de hielo que era Ashton.

Y allí estuvo ella, en el palco, junto a sir Ian Elden y sin saber qué obra estaban interpretando los actores. Solo sentía la mirada clavada del duque sobre ella. Se contuvo y no quiso buscarlo ni una sola vez con la mirada. Tía Lily fue muy específica en sus clases de caza: «no hay que dejar ver nunca que estamos interesadas en ellos, Em», le decía.

Pero, por otro lado, no era una jovencita tímida e indefensa. ¿Qué tal si, por una vez, tomaba verdaderamente las riendas de la situación y…?

En casa todos dormían, así que sería muy fácil ponerse una capa oscura, llamar a un cochero y que la dejase frente a la casa de Oliver. ¡Dios mío! Oliver. Ya tenía su nombre grabado a fuego. Ese beso había despertado sus instintos primarios y quería, necesitaba, más. ¿Sería demasiado osado ir a su casa a esas horas de la noche? Veinticuatro años eran demasiados de espera, debería tomar la situación en sus manos. Pero si él no reaccionaba como ella esperaba… ¿Qué pasaría si la rechazaba? Oh, oh. No podría soportar la humillación. Pero valdría la pena intentarlo, ¿no?

Decidido. Había que arriesgarse para ganar. Ella no era ninguna cobarde. Después de ese beso, no había podido pensar en nada más que en él. En su mano rozando su seno. En su lengua saqueando su boca. Lo deseaba.

Llamó a la puerta mientras se afanaba en colocar bien su capa a fin de que nadie la viese.

—Buenas noches, milady. ¿En qué puedo ayudarla? —¡Vaya! Hasta los lacayos del duque eran tan fríos como él. Solo con una mirada este hombre la había dejado más insegura que nunca.

El lacayo le permitió la entrada mientras la atendía.

—Por favor, dígale a su excelencia que la señorita Harrelson desea ser recibida por un asunto de suma urgencia. —Lo cual no era mentira del todo, puesto que veinticuatro años de espera no eran ninguna tontería para lo que hoy ella iba a solicitar.

El lacayo pareció sopesar sus opciones, pero al final accedió y la dejó esperando en el despacho de Oliver.

Minutos más tarde, unas pisadas furiosas captaron su interés. La agarró por el brazo para darle la vuelta.

—¿Señorita Harrelson, es usted una demente? —Ataviado con una camisa a medio atar, unos pantalones que se veía a la legua que se había puesto en un santiamén y las botas negras, se presentó ante ella ese Dios griego. Eso sí, estaba hecho una furia.

—Excelencia, buenas noches tenga usted también. —Qué

recibimiento más poco apropiado para sus planes. ¿Tendría que replanteárselo todo? No y no. Demasiado lejos había llegado ya como para echarse atrás por un recibimiento tan acusador. Además, su beso tenía la culpa de que ella estuviese allí ahora mismo.

—Más vale que esté aquí porque alguien haya muerto, pues de otra manera no sé cómo explicar su comportamiento. —Él siguió con el tono de reprimenda.

Pero, ¿qué se había creído? Él no entendía que estaba ante una mujer de mundo. Sería mejor que Emma comenzase con lo que había venido a decirle, o conseguiría hacerla retroceder en su empeño.

—Lo cierto es que no ha muerto nadie. Más bien todo lo contrario. —Porque ella acababa de revivir.

—Definitivamente, no tiene usted nada en la cabeza. No entiende que es totalmente impropio que ande visitando la casa de un hombre soltero a estas horas. ¿No se da cuenta de la imagen que está dando?

—Bueno, viendo cómo va esta conversación, excelencia, creo que he errado al venir a verlo. —Ella giró sobre sus talones—. No le molesto más, y disculpe la intromisión. Buenas noches.

El duque se interpuso en su camino.

—No, no. De eso nada, ahora ya me ha despertado, probablemente habrá un escándalo mañana por la mañana a causa de su visita y créame que no repararé su reputación con un casamiento. —¿Sería una trampa?, se preguntó él—. Ha sido usted una imprudente temeraria y usted sola deberá salir de este bochorno si llega a saberse de su visita hoy aquí. Por su bien, espero que esto no sea una treta. Pero una cosa es segura, no se irá de aquí hasta que me revele qué le ha traído a estas horas a mi hogar en mitad de la madrugada.

—Créame, excelencia, soy bastante capaz de cuidar de mi reputación, y le garantizo que el matrimonio no entra en absoluto en mis planes. Por lo que si está pensando, usted en que le he tendido una trampa, no puede estar más equivocado. No es el matrimonio lo que tengo pensado para usted, ni esta noche, ni nunca. —Le miró a los ojos intentando mantener el control de toda la situación. Algo complicado, porque el temperamento y el orgullo de ese hombre la molestaban sobremanera. No había conocido nunca a ningún hombre tan molesto, rígido y orgulloso como este.

El duque relajó su actitud.

—Dígame, entonces, ¿qué planes tiene para mí, señorita? Tiene sus miras puestas en muy altas cuotas, me temo —apuntó serio y tenebroso como un muerto.

Ella tomó aire decidida a ser valiente.

—Quiero un amante. Que sea un duque es una contrariedad, pero cargaré con ello. —Él no se alteró ni un ápice con la revelación.

—Es usted una descarada. —Ella denotó un tono divertido en su

afirmación y eso le dio esperanzas. Definitivamente, ya no seguía tan serio como había estado hasta hacía unos pocos minutos. Por muy duque que fuese, seguía siendo un hombre, un varón disfrutando de la caza. A Emma incluso le parecía estar viendo una sonrisilla en la comisura de sus labios.

—Creí que le gustaba la sinceridad. —Lo desafió con la mirada.

—Así que debo entender que me ve como el candidato para ese puesto. Pero, dígame, ¿qué puntuación he ocupado para ser considerado para tal honor? O mejor dicho, ¿cuántos candidatos han rechazado su petición previamente? Le advierto que no me gusta compartir, y odio no ser el único. Además, preferiría también en este caso ser el primero. Aunque tal vez esto último es demasiado suponer debido a su actitud. Y no me refiero únicamente a lo que está aconteciendo en estos instantes, sino a los pocos días previos que hemos compartido y especialmente lo acontecido en el teatro horas antes.

Emma hizo aplomo de su buena voluntad. Presentía celos y posesividad en sus palabras, por lo que decidió no sentirse ofendida con las insinuaciones de él.

—Verá, excelencia, voy a ser muy clara con usted, dado que ya hemos concretado que soy toda una solterona y no una jovencita sin sesera. No tengo por norma general ir probando suerte con mis peticiones. Soy una mujer de veinticuatro años, totalmente virginal y he decidido poner fin a este… estado. Usted me atrae, pese a su título y su arrogancia. Después de nuestro beso de hace unas horas, como usted bien ha recordado, no me negará que somos muy afines en el aspecto carnal. Aunque no creo que seamos afines en el aspecto de… de la amistad, por decirlo de alguna manera. Yo sería la última mujer con la usted decidiría casarse, por mi actitud y mi posición, y usted sería el último hombre con el que yo decidiría casarme, por los mismos motivos. A duras penas nos soportamos, salta a la vista. Usted no me aprueba y a mí me desagrada por completo su educación de estirado inglés. Pero me gustan los retos. Llámeme loca si quiere, empiezo a creer que lo estoy viéndome ante usted ahora mismo y realizando este discurso. En cuanto al otro asunto al que usted ha eludido, será el primero, excelencia, si así lo decide, puesto que le he trasmitido mis deseos. Y le ruego que no ponga en duda que es también el primero en ser preguntado en esta cuestión, porque lo es, excelencia. Por muy raro que le parezca, creo que he conseguido ver más allá de su fachada ducal y hay algo que me intriga de su persona, como también lo hay en mí para usted. Yo… lo deseo a usted —se declaró con humildad.

El discurso de la mujer fue impecable. Digno de una reina que acababa de poner sus cartas sobre la mesa. Oliver se maravilló con

ella. Era un sueño hecho realidad. Era tan ardorosa… Una mujer entregándose a él.

—¿Dónde queda su amigo Leopold aquí? ¿La rechazó él? ¿Es por ello que se ha decidido al fin a comprometerse con mi hermana?

Ella se retiró unos pasos de su cercanía. Ahí de pie, uno y otro se medían las miradas.

—Ashton, no debería estar usted celoso. Ya le he dicho que es usted el primero en ser requerido para el… ¿Cómo lo ha llamado? Ah sí, el puesto, por llamarlo de alguna manera.

—¿Celoso yo? Debo admitir que es usted atrayente, pero de ahí a estar celoso… Señorita, siento desilusionarla. No tiene usted la posición requerida. Pero definitivamente, no podría estar celoso ni de mi futuro cuñado, ni del joven que le ha acompañado a la ópera, por muchos ojitos tiernos que usted le haya puesto ante su madre en el palco. —Y un infierno que no estaba celoso, pero él no lo confesaría jamás.

Emma era consciente de que este hombre estaba acostumbrado a que ninguna mujer lo hiciera esperar. No sabía qué se proponía, y sobre todo la estaba desesperando con sus acusaciones sin fundamento. ¿¡Por qué no le daba una maldita contestación!? Su paciencia tenía un límite. Ella no fue tan permisiva ni cuando aquel vendedor del Cairo que intentó timarla con unos pendientes que decía que eran de zafiros, y en verdad eran dos cristales azules, quiso una fortuna por ellos, por lo que mandó al infierno, presto. ¡Hombres!

—Me queda claro, pues, que no está interesado en el puesto. Siento haberle molestado. Espero que esta contrariedad no afecte a nuestro trato y confío plenamente en su discreción.

Se dio la vuelta para salir lo más rápidamente del despacho. ¡Qué bochorno! ¡Maldito hombre engreído! El duque había sembrado una amplia grieta en su orgullo femenino. No sabía cómo podría salir de esta situación airosa. Debió haber supuesto que sus aires de grandeza no le permitirían rebajarse a enredarse con una solterona insulsa como ella. No pensaba llorar, pero tenía que salir rápido. Comenzó a notar la sensación de libertad cuando acarició el pomo de la puerta, entonces, una orden ducal la dejó anclada en su sitio:

—Alto ahí, señorita Harrelson. ¡Deténgase de inmediato! Todavía no le he contestado. Y no consiento que me saquen de la cama en plena noche, me reten en una batalla verbal y encima tenga la poca decencia de atreverse a marchar sin una simple respuesta.

Ella se giró para enfrentarlo y anduvo unos pocos pasos hasta su dirección.

—¿Sabe, excelencia? Creo que no deseo saber su contestación. No creo que esté capacitado para el puesto después de todo… Definitivamente, no me interesa seguir con esta batalla verbal, como

ha calificado nuestra conversación. Lamento profundamente habernos hecho perder el tiempo a ambos.

Él se acercó intimidante.

—¿Un desafío? Nunca me he negado a uno. ¿Poco capacitado, dice? Ya veremos lo que opina cuando acabe con usted.

¿Era una amenaza? Ella ya se estaba imaginando la sección de cotilleos del periódico de mañana:

"La solterona Harrelson se ofrece como amante ante un duque, y en casa de este, a altas horas de la madrugada, es rechazada".

Tendría que huir despavorida. Desaparecer de la faz de la tierra. Esta vez sí, con el pomo en la mano, la puerta se abrió para que ella pudiera salir con la cabeza alta pero con la dignidad hecha jirones.

Ella aún no había dado un paso hacia adelante cuando sintió que él tiraba de su brazo derecho. Giró la cabeza por inercia y chocó contra un torso duro como una pared de piedra. Levantó la mirada para buscar su cara. Se imaginaba que vería una muestra de su repulsión. Pero no. Nada de eso. Con un movimiento rápido, Oliver —porque en estos momentos era Oliver— plantó sus labios en los suyos mientras cerraba la puerta de nuevo con brusquedad, de una patada. Al parecer, la conversación no había acabado.

Sus labios eran puro fuego. Besaba como un auténtico experto. Casi no podía ni respirar. Era demasiado exigente para Em. Paró un instante y la miró a los ojos. Él buscaba su reacción porque deseaba saber si ella se había arrepentido de su decisión. Em pareció leerle la mente y contestó de la única manera que podía: mirando sus labios con hambre eterna. Él volvió a besarla y notó sus dedos pasearse por los botones de su vestido para desabrocharlos. La capa hacía tiempo que estaba en el suelo. Su lengua paseaba libremente por su cuello e iba bajando por el escote. Él era el cuchillo y ella la mantequilla. No podía dejar de pensar en lo cálido que se había vuelto ese frío duque. El vestido cayó libremente y la camisola era muy fina. Ella se sintió totalmente expuesta ante sus ojos. Unos ojos que la devoraban de arriba a abajo. ¿Le disgustaría lo que veía?, se preguntó con inquietud ella. Había curvas por todas partes… Ella no era una flor inglesa.

El silencio tan solo era roto por sus agitadas respiraciones. Le quitó la camisola sin dejar de besarla mientras la acariciaba por todas partes. No era justo que ella estuviese totalmente desnuda y él no se hubiera quitado ni tan siquiera una de sus botas.

Emma percibía un deseo tan intenso en él que la estaba consumiendo. Había venido decidida a entregarse, pero su falta de experiencia en el campo de la seducción la había dejado en clara desventaja frente a él. Porque los libros que cayeron por error en sus manos en la India solo ilustraban ciertas posturas muy sugerentes, algunas de ellas le seguían pareciendo poco probables de llevar a

cabo, pero esa teoría no le servía de nada, puesto que estaba realizando la práctica. O eso estaba intentando.

Lo tenía frente a ella escrutándola sin pudor. Se sentía enrojecer a cada segundo más.

—Eres exactamente lo que sabía que serías. —Al fin hubo confirmación. Emma apreciaba aceptación, deseo y placer al observarla.

—No puedo decir lo mismo, Ashton, puesto que no puedo verle como yo quisiera hacerlo —se envalentonó.

—No más excelencia, ni lord. Oliver. Soy Oliver. ¿Sí, pequeña? —inquirió con devoción.

Ella le sonrió.

—Oliver, estamos en desventaja. No solo por la experiencia, sino porque estoy totalmente desnuda y no me siento cómoda bajo tu inquietante mirada.

—Oh, Em. Eso tiene fácil solución. —Oliver sentía la necesidad de acortar su nombre en un diminutivo exclusivo para él.

Lo observaba con mucha admiración. Él comenzó a desvestirse. Primero se quitó la camisa y no pudo evitar morderse el labio inferior cuando vio ese increíble torso varonil, con un vello oscuro que lo hacía todavía más viril. Oliver dirigió sus manos hacia la presilla de los pantalones, pero antes se sacó las botas con suma facilidad. Ella seguía expectante aguardando para poder verlo sin secretos. Deseaba ver si realmente era el Dios griego que presumía que era. Cuando se retiró los pantalones, su miembro erecto captó toda su atención. Ella se aterró. Compuso una mueca porque definitivamente eso y ella no iban a encajar. Tragó saliva nerviosa. ¿En qué me se había metido? Eso tenía que doler mucho, era imposible que cupiera en su interior

Él la observaba con curiosidad.

—¿Te gusta lo que ves, pequeña? —le preguntó con arrogancia. La había visto componer una mueca y él sabía exactamente lo que ella estaba pensando.

—Sinceramente, Oliver, no me gusta. No me gusta nada —confesó aterrada. La seguridad con la que ella afirmó eso lo dejó dudoso.

Él se contrarió y frunció el ceño. No esperaba esa respuesta. Emma se había dado cuenta de la reacción de él y decidió ofrecerle una explicación. No era justo dejarle pensar que no le atraía, pues, sencillamente, ella tenía miedo de cierta parte de su anatomía… Una que definitivamente no debería ser tan grande.

—Oliver, eso —digo señalando su miembro— no debería ser tan… tan… ¡Enorme! —Al fin había podido confesar su miedo en alto.

—Cielos, Emma. Me habías asustado. Aunque confieso que tú sí sabes hacer que el ego de un hombre crezca —dijo con una sonrisa de autosuficiencia.

—No, Oliver. No. Es demasiado. Es aterrador. Yo no creo que eso… encaje en mí. Lo cierto es que no había previsto… esto —señaló todavía con más pavor.

Se acercó sigiloso como un cazador a su presa. Ya no era ella la cazadora. Ciertamente, hacía un buen rato que se había convertido en la presa fácil.

—Confía en mí, Em. Te haré tocar el cielo. —Era una promesa dicha con tanta autodeterminación que ella se dejó manejar.

Y así, sin más, con un dulce pero apasionado beso, la hizo callar. No sin antes susurrar multitud de tiernas palabras que consiguieron apaciguar su temor ante lo que se avecinaba. Él volvió a utilizar sus caricias para que se olvidase de su gran problema. No sabía cómo, pero Emma llegó hasta una cómoda butaca. Solo era consciente de que estaba ante ella arrodillado, y sus senos estaban en su boca. Mamaba de ellos con mucha devoción. Tanta que ella solo era capaz de gemir. Sus manos vagaban por todo su cuerpo y era deliciosamente encantador.

La señorita Harrelson no era capaz de articular palabra alguna. Los ojos le pesaban y quería cerrarlos para concentrarse en las sensaciones que le trasmitía esa boca pecaminosa. Su lengua iba rozando su muslo derecho y sentía que se encaminaba peligrosamente hasta su zona íntima. Su decoro le gritaba que debía detenerlo, pero no podía hablar. Esperaba tocar el cielo con él. Su lengua llegó hasta su centro de mujer y ahí, en ese preciso momento y lugar, ella supo que él iba a hacer lo que quisiera con su cuerpo, porque era esclava de sus deseos masculinos, lo que le encantaba y aterraba al mismo tiempo.

Su lengua estaba donde debía estar, en ese punto mágico que la obligaba a gemir más alto, más fuerte. Increíble. La transportaba al mundo del placer sublime. Sus dedos la acompañaban. Primero uno, luego el otro, y seguía, y seguía… Oliver no cesaba, no se detenía, no paró hasta que algo dentro de ella se rompió en gloriosa agonía liberada y solo pudo alcanzar a gritar de puro éxtasis.

No era capaz de abrir los ojos. No sabía qué había sucedido, pero había sido sublime. Debe de haber sido la famosa petite mort de la que hablaban los franceses y no sabía cómo demonios había podido aguantar tanto sin saber lo que era esto. Lo había probado y no podría vivir sin estas nuevas sensaciones que él había despertado en ella.

Pasaron unos minutos y todavía lo sentía de rodillas. Tocándola. Lamiéndola. Emma no era capaz de despertar de este sueño de placer.

—¿Estás bien, pequeña? —preguntó al verla inmóvil y con los ojos cerrados. Oliver sabía que había sido exigente, pero también que ella aguantaría como la poderosa mujer que era.

—Oh, sí. Estoy más que bien. —«No voy a poder olvidar tu lengua sobre mí, sobre ese punto exacto que tan magistralmente has movido»,

quiso confesarle.

—Quiero hacerte mía, Emma. No sabes lo deseoso que estoy de hundirme en ti. Lo desesperado que estoy por sentirte alrededor de mi miembro. De que vuelvas a gritar conmigo embistiendo, pero es que…

—¡Hazlo! —Este hombre sabía cómo encenderla. Ella intuía que iba a ponerle una excusa y no podía consentirlo. Deseaba. Lo deseaba con todas sus fuerzas. A él. Hasta el final. Dentro de ella.

Él se levantó y comenzó a caminar por la estancia con angustia. Frenó y la miró con agonía.

—No sabes lo que me pides. Nada volverá a ser igual entre nosotros si damos ese paso. Soy un duque…

—No hemos sido grandes amigos, Oliver. ¿Por qué no ser grandes amantes? —trató ella de retarlo.

—Soy un hombre de honor, no puedo arrebatarte tu virtud. —«Y no eres la mujer indicada para casarme», pensó con gran pesar.

—Jamás me casaría contigo. —Ella pareció leerle la mente—. No temas que esto sea una trampa. No pienso ser propiedad de un hombre nunca. —«Porque no creo que encuentre el amor», confesó en sus adentros—. No sufras por mi reputación. Sigamos, sin mirar atrás. —La última parte la dijo con todo su corazón.

—No sabes lo que me pides —reiteró él de nuevo—. No lo entiendes. Serás mi amante, no te compartiré. No serás de nadie más que mía. No puedo poner un anillo en tu dedo, pero igualmente me pertenecerás. ¿Estás dispuesta? Dime, Em, ¿estás dispuesta a convertirte en mi amante?

—Oliver, no soy una jovencita, no soy una mujer al uso. Quiero un amante, pero esto, si así lo decidimos, será nuestro. Has visto que no soy convencional —al menos él debería hacerse una buena idea de ello con todo lo que había hecho ella—, y mi relación con mi amante tampoco lo será. No será convencional. No deseo un contrato, ni joyas u otros privilegios. Solo deseo disfrutar de ti y que tú disfrutes de mí. ¿Estás dispuesto a ello?

—¿Qué quieres, Emma? ¿Qué me estás pidiendo?

—Quiero conocer la pasión, beber de la lujuria, saborear el placer y, sí, llegar al cielo una y otra y otra vez contigo, Oliver.

—¿Serás mía solamente? —Ella afirmó con la cabeza—. ¿Lo prometes?

—Sí.

Él la tomó del brazo.

—Ponte mi camisa y sígueme.

—Pero… ¿Qué…?

—Shhh, ¿confías en mí?

—Sí.

Se colocó su camisa y él se puso los pantalones. La asió del brazo y

la condujo por la casa. Dócilmente lo siguió. Subieron por una gran escalera señorial. Esa casa era digna de un gran duque. Ella sabía que la llevaba a sus aposentos. A su cama. Y así quedó constatado cuando abrió la puerta y vio un gran lecho de cuatro postes, en un amplio cuarto varonil que rezumaba su esencia por todas partes. La chimenea calentaba la alcoba. Estaba muerta de frío, pero la emoción no le permitía sentir más allá de la promesa de placer que le aguardaba entre sus sábanas.

—Dado que soy el primero, te tomaré en mi lecho, porque, pequeña, no mereces nada menos. —No podía ponerle un anillo, no a ella, pero sí le concedería ese honor.

Comenzó a besarla y la hizo arder de nuevo. Palabras de aliento y cariño resbalaban por sus oídos, pero ella no podía evitar recordar su tamaño. Lo sintió removerse entre sus piernas y su falo comenzó a rozar su entrada. Esto iba a ser desagradable, ella lo presentía. Él iba abriendo camino poco a poco tratando de ser gentil. Emma seguía aterrada con ese movimiento incipientemente doloroso.

—Pequeña, eres el paraíso hecho carne. Una hechicera que hace perderme. Una bruja que ha debido embaucarme con un dulce encantamiento. ¡Oh, sí! Y tan estrecha que no podré contenerme demasiado. Perdóname, no podré evitarte el dolor que vendrá, pero te prometo que te llevaré de nuevo al cielo, si me dejas.

Un grito de dolor escapó de su garganta. Intentó empujarlo, necesitaba que saliese de su interior. Dolía, ardía. No podía soportarlo. La calló con tiernos y dulces besos y la confundió con caricias. Dulces palabras en su oído la invitaban a relajarse. Él estaba quieto, y fue cuando notó que ella dejó de pelear cuando volvió a empujar. Em se tensó de nuevo esperando la llegada de más dolor.

—Tranquila, mi hechicera, ha pasado lo peor. Déjame entrar, déjame llevarte al cielo. Confía en mí. Pasará, lo prometo. Tu virginidad ya no está. No te dolerá más. Te doy mi palabra de que a partir de este momento solo conocerás el placer de mi carne.

Su rito era pausado, sus besos la subyugaron y volvió a dejarse ir por la promesa hecha de él. No tardó en conseguir acertar el ritmo y, con una mano experta, él acompañó sus embestidas para conseguir que llegase de nuevo al cielo. Un gemido escapó de su garganta pocos segundos después de que ella hubiese gritado su liberación. Los ojos de la mujer se cerraron mientras su boca componía una sonrisa de satisfacción.

***

Unas horas más tarde, Emma percibió una calidez extraña junto a

su cuerpo. Unas manos rozaban su mejilla y dulces palabras le pedían que despertase. Ella no deseaba hacerlo, se acurrucó junto a esa calidez otra vez, cerrando más fuertemente los ojos. ¡Estaba tan cansada!

—Despierta, pequeña. Es hora de que regreses a tu casa. Si no te vas, no seré capaz de dejarte ir de mi cama hasta que me vuelva a saciar de ti. No debo hacerlo aún. Estás sensible y tienes que descansar de mis atenciones. Vamos, Em.

—Nooo —dijo perezosa—, estoy cansada, quiero dormir más.

—Vamos, vamos. Vístete.

Había menos peso en la cama y la calidez que había junto a ella se había ido. Agua. Oyó agua siendo vertida. No quería abrir los ojos, deseaba dormir. Oliver retiró las mantas de un golpe. Emma percibió unas manos invasoras recorrer su sexo con algo húmedo. Se sobresaltó y se incorporó para ver sangre en las sábanas. Su virtud había caído en acto de servicio, y no pudo más que emocionarse y sentirse verdaderamente una mujer completa.

Promesa cumplida. Se sonrió. Tenía veinticuatro años y era una amante. No, no y no. Tenía veinticuatro años y él era su amante. Sí, así lo contaría a quien lo tuviera que contar.

Él era tan generoso, apasionado y cuidadoso que la tenía embelesada.

—Shhh, tranquila, pequeña, necesitas que te atienda. —Él la devolvió a la realidad.

—Oliver, duele —se quejó por la presión que él ejercía en la zona dolorida.

—Lo sé, cielo. Te prometo que la próxima vez no será así. —No iba a poder apartarse de ella. No después de lo que había descubierto con Emma en su cama. Era magnífica, puro fuego y magnetismo.

—Dios mío, ¿qué hora es? Debo irme rápidamente. —El alba estaba despuntando.

—Intento despertarte desde hace cuarenta y cinco minutos, Em, pero no he sido capaz de que abrieses los ojos. Eres una roca cuando duermes. —«Eso y que me ha encantado verte descansar sobre mi pecho. Deberían darme una medalla al mérito por no volver a tomarte…», se dijo a sí mismo.

—Bueno, es que no ha sido una noche tranquila que digamos. Estoy cansada. —«Tú me has dejado agotada», hubiera querido recriminarle.

—Vístete. James, mi lacayo, te acompañará a casa.

—No. Nadie debe verme.

—No dejaré que te vayas sola. James es de mi total confianza. Además, con la capa nadie te verá. Debemos ser discretos.

Oliver había traído toda su ropa a la habitación. Se vistió rauda y veloz. No podía demorarse más en llegar a casa. Su madre se volvería

loca de preocupación si la descubriese.

Se sentía cómoda con él aun estando desnuda. No era un extraño. Era un hombre tan apasionado que le hacía desear volver a la cama con él. Había encontrado a su amante al fin.

—Espera, pequeña. Quiero algo para recordarte, pero como no tenemos mucho tiempo me conformaré con un beso. —«E intentaré no tocarte, Em, más de lo necesario, porque si comienzo no podré contenerme», quiso gritarle con dicha.

Sus labios la volvieron a saquear. Fue un solo minuto, pero intenso y brutal. Cuando la soltó, Emma no pudo apartar la mirada de la suya. Era perfecto para ella, para sus planes.

—Vete de una vez, o te prometo que no saldrás de mi lecho en años. Eres mía, recuérdalo. —Oliver no iba a compartirla nunca con nadie. Lo de casarse tendría que esperar, porque no iba a desperdiciar la ocasión con la reina de las hadas. Porque la señorita Emma Harrelson era un tesoro que él había encontrado y que no iba a dejar de disfrutar, ni en un millón de años.

Suya. Ella era suya. Él se aseguraría de que ella nunca lo olvidase.

Capítulo 4

Y tocaré el cielo

A la mañana siguiente todo parecía diferente. Emma se había levantado sintiéndose extraña. Estaba tomando su desayuno en compañía de su madre y no tenía apetito. Ni había salido a montar, lógicamente.

—Emma, ¿qué te sucede? No me atiendes. Estás más dispersa hoy que cualquier día. ¿No estarás enferma, verdad? —Su madre se acercó para tocarle la frente a fin de comprobar su temperatura.

—Mamá, no estoy enferma. Te lo he dicho, no he dormido demasiado bien y estoy cansada. —De hecho había dormido unas pocas horas, pero para ella había valido la pena… ¡todo! Emma esperaba no llegar a sonrojarse, porque no podía dejar de pensar en Oliver en toda la mañana. Estaba tan ansiosa por volver a verlo y disfrutar del siguiente asalto…

—Si tú duermes profundamente, hija mía. Acuérdate de aquella vez en las Indias cuando cogimos un barco, durante la noche, y no te despertaste pese a que hubo un buen oleaje. —Su madre la miraba con preocupación—. Algo debe pasarte para estar tan inquieta. ¿Es por el compromiso de Leo? Sabes que tenemos que asistir al baile. Por mucho que te disguste el duque, debemos ir.

—Deber, deber y más deber. Mamá, no entiendes que odio Londres. No sé cómo accedí a regresar de nuevo. No puedes pretender que me adapte bien aquí. Papá y tú me habéis llevado por todo el mundo. Debes entender que esta rigidez no me gusta, no me siento cómoda con ellos. Sabes que no encajo. Si tan solo te replanteases dejarme volver con tía Lily… Todos dicen que soy una salvaje.

Pese a haber encontrado un buen pasatiempo, la señorita Harrelson sería mucho más feliz en su finca campestre o junto a su buena tía Lily, pero era incapaz de dejar a su madre atrás.

—¡Basta, Emma! Ya lo hemos discutido infinidad de veces. Aquí tienes tu casa, tus tierras y tu título.

—No empieces, madre —dijo Em poniendo mala cara.

—Sigo sin comprender por qué no haces uso de él. Fue el legado de tu padre. La Corona estuvo tan agradecida por su misión diplomática

que lo hizo marqués. Eres una ingrata. ¿Sabes a cuántas mujeres se les permite heredar un título? —le preguntó con irritación.

—Por favor, madre, otra vez no. Te lo suplico. —De pronto se sentía con un dolor horrible de cabeza.

—Pocas, Emma. Pocas o ninguna —continuó su madre haciéndole caso omiso—. Si no fuese por esa dispensa de su majestad, serías simplemente la señorita Harrelson, un tratamiento que te empeñas en mantener. ¡Y no lo entiendo, hija! Tienes tu lugar en la sociedad. ¡Eres una marquesa! ¿Por qué tenemos que ocultarlo? Explícamelo de nuevo, porque no veo el motivo. Uno esconde algo vergonzoso, pero no un título como ese. Toda la sociedad habla de ti, sin saber quién eres.

—Por favor, basta.

—Es que no lo entiendo hija mía. Si tan solo… —Su madre comenzó a ponerse nerviosa. Con el paso del tiempo pensó en que ella entraría en razón, pero Emma estaba muy lejos de permitir mostrar al público su identidad y sus grandes logros.

—Madre, ¿otra vez? No me importa ni el título ni esta sociedad. Ya me consideran una excéntrica en el mejor de los casos, una salvaje en el peor. Si además añadimos el hecho de que soy probablemente la única mujer con un título propio, eso me convertiría en un bicho más raro todavía. Quiero que las personas se acerquen a mí, por mí misma, no por un trozo de papel que para mí no significan nada. Prometiste respetarlo y por eso accedí a volver. No insistas.

—Está bien, está bien. Ciertamente, eres extraña… Espero que no te arrepientas de ello nunca. —La madre siempre acababa resignándose, pero lo volvería a intentar.

—Eso es porque solo nací aquí y no me crie en Londres. ¡Gracias a Dios! Además, no creo que me arrepienta de darme aires. Todo lo que hago lo llevo a cabo porque tengo necesidad de ayudar a quienes lo necesitan, así que nadie tiene que saber quién se esconde detrás del título. —Estaba harta de que los periódicos solo quisieran saber su identidad desde que saltó el chisme de que una mujer había heredado un título—. Estoy orgullosa de ser una espléndida solterona, sin compromiso y totalmente anónima.

—Y, dime… Hablando de compromisos… —A Emma no le gustaba cuando su madre se hacía la interesante—. ¿Qué opinas del compromiso de nuestro Leo? Todo el mundo dice que es una gran unión. Para él, claro está. Hermana de un duque, aunque sea Ashton, y con una gran dote. Pero dicen que la muchacha es puro amor y dulzura, aunque es hija ilegítima del anterior duque. Al menos, eso se rumorea.

—¡Oh, por favor! No pensé nunca que fueras una esnob de tan alto calibre, además de chismosa. —Su madre se estaba contagiando de las

malas maneras demasiado rápido.

—Sí, sí, Emma. Veo tu desaprobación, pero yo, al contrario que tú, fui nacida, criada e instruida en las costumbres de Inglaterra. Soy como soy. Si me pides que te acepte, debes hacer lo mismo conmigo. Te iría mejor si te pareciese más a mí, hija mía. —Al menos esta vez, se dijo a sí misma la señora Harrelson, no la había comparado con la madre de una de sus amigas como siempre hacía Emma.

—Sí, madre. Te acepto porque te quiero. —Se levantó de la mesa y se acercó para darle un beso en la mejilla para enfatizar sus palabras.

—Dime qué te parece el compromiso. Sé que estabas encariñada con él, pero no enamorada, ¿verdad?

—No, mamá. Es un buen hombre, pero más allá de una amistad, no me interesa lo más mínimo. Ciertamente, él es el único que me tolera tal y como soy. Además, no me queda a mano ninguna amiga. Están las dos felizmente casadas y Leo era el único que no había caído en las garras del amor. Me sentiré sola, pero me alegro mucho por él. —Al menos, Oliver volvería su soledad más atrayente.

—¿No estás deprimida, pues? Te noto nostálgica.

—En absoluto. Me alegro por ambos.

—Entonces, puedo aceptar la invitación. ¿No te sentirás violenta?

—Sí, madre. Acéptala. Es mi amigo.

—¿Y podría poner en la respuesta que asistirá la marquesa de Montrose al evento? —preguntó con cautela la señora Harrelson.

—¡Oh, mamá! Normalmente esperas un tiempo prudencial para volver a la carga, hoy ni eso. De ninguna manera te dejaré utilizar mi título. No insistas más.

—Entonces, ¿para qué lo tenemos si no podemos utilizarlo? Es un despropósito.

—¿Sabes, madre? He tenido suficiente de esto. Te deseo buen día. Me retiro a descansar, porque aunque no lo creas, he pasado una noche difícil. —No era mentira del todo.

—¡Oh! Imposible hacerte entrar en razón… Está bien. Pero recuerda que esta noche acudimos al baile de los Shater. Marquesa o señorita Harrelson, debes ir.

—Eso no va a poder ser, mi estimada progenitora.

—¿Qué quieres decir?

—Me comprometí a acudir a la cena de los Colson.

—No puede ser, Emma. Acepté la invitación en nombre de las dos. No podemos hacer esto.

—Por favor, tranquilízate. Lo había olvidado por completo, creo que si tú acudes al evento de los Shater y yo a la cena de los Colson, el mundo no se romperá en mil pedazos —explicó conciliadora.

—Emma, detesto que hagas eso. Es por cuestiones como esta, por las que siempre estás en boca de la buena sociedad.

—No, madre. Es por ser una mujer inteligente y avanzada, por lo que la buena sociedad no me quiere dentro. Me temen.

—¡Otra vez, Emma! Tu padre, Dios lo tenga en su gloria, hizo muchas cosas bien, pero no llevarte con mano dura y firme fue un error imperdonable que yo debo pagar.

—Vamos, vamos, no exageres.

La madre de Emma, Olivia, era una buena mujer, sin embargo encajaba demasiado bien en Londres. Claro estaba que Emma no había olvidado su compromiso con los Shater. Entre otras cosas, no podía haberlo olvidado porque aquella misma mañana, después de haber perdido la virtud, había aparecido en su casa una carta sin firma, en la que solo figuraba una palabra, Shater, y eso solo podía indicar que el duque la estaba citando. Ese hombre estaba acostumbrado a dar demasiadas órdenes. Si pensaba que Emma iba a quedar a su disposición estaba muy, pero que muy, equivocado. Serían amantes, sí, pero nada más lejos de la realidad, y era hora de dejarlo patente con acciones.

***

Aquella noche, la señorita Harrelson acudió a casa de los Colson y disfrutó de una velada más íntima de la que hubiese sido la de los Shater. Sin embargo, se sentía culpable por no haber atendido los deseos del duque, porque a ella le apetecía demasiado verlo. Poco le hubiese costado acudir a ese dichoso baile, ¿pero qué indicaría eso? Obediencia, abnegación y sumisión, algo que ella detestaba con todas sus fuerzas y esas cualidades no estaban en su lista, ni en su ser.

Mientras Emma disfrutó de una acogedora cena, su madre se vio asediada por comentarios nada favorecedores hacia su hija. Todo Londres opinaba que la señorita Harrelson no encajaba en las altas esferas sociales, y en más de una ocasión, Olivia Harrelson tuvo que hacerse la sorda y ciega ante miradas de desaprobación y comentarios de algunos invitados que, sutilmente, indicaron la conveniencia de que su hija hubiese decidido no acudir a un baile tan importante como aquel. Olivia hervía de rabia. Una sola palabra sería bastante para dejar a todos callados, y la palabra era: marquesa. Concretamente, marquesa de Montrose, pues su hija era todo un partido.

Pues, pese a sus veinticuatro años, su Emma no había querido deshacerse de su soltería porque no había encontrado el amor. Pretendientes no le habían faltado. Hombres de todo el mundo habían quedado cautivados por la espontaneidad, el ingenio, la frescura y la audacia de su hija, pero ninguno había capturado su corazón. ¡Todo hubiese sido tan diferente si su marido estuviese aquí con ellas!, se lamentaba Olivia mientras seguía esquivando a las víboras. Sin darse

cuenta, llegó junto a ella una sombra a quien no pudo esquivar.

—Buenas noches, señora Harrelson.

—Excelencia —saludó con una cortés reverencia Olivia al duque de Ashton.

—Es un placer verla.

—Lo mismo digo, Ashton. —¿Por qué estaba él tan amable con ella, si ella no era de su círculo social?, se preguntó la señora.

—Trasmita mis buenos deseos a su hija. Lo haría yo mismo, pero me temo que no la he visto todavía. Este baile está demasiado abarrotado esta noche.

—Desde luego. Lo haré nada más la vea en casa.

—¿En casa? —preguntó extrañado el duque. ¿Su salud se habría resentido por algún motivo? Ashton se preocupó por ella al instante con ese pensamiento.

—Sí, excelencia. Me temo que ella había aceptado de antemano la invitación de los condes de Colson y no le ha sido posible venir.

—Entiendo. Tenga usted buenas noches, señora Harrelson —respondió un irritado Oliver que le iba a explicar unas cuantas cosas a su… a su… A Oliver no le gustaba referirse a ella como su amante, pero, para ser sincero, ambos eran exactamente eso. Los dos así lo decidieron. Entonces, ¿por qué tenía remordimientos?

Pero antes de poder darse la vuelta e irse, lady Susan Dawson, una muchacha muy hermosa, de aspecto a la moda, con el cabello dorado y los ojos verdes como esmeraldas, que bien él conocía desde hacía años, y cuyo carácter Oliver aún no había catalogado certeramente, se acercó al duque y a la madre de Emma.

—Oh, querido, veo que conoces a la señora Harrelson. Venía a hacer las presentaciones oportunas, pero no es necesario, ¿cierto?

—En efecto, milady. Tengo ese placer —le explicó el duque.

—¿También conoces a la señorita Harrelson? Es nuestra peculiar nueva adquisición esta temporada. Nos divierte mucho con su… naturalidad. Me ha parecido oírle decir, señora Harrelson, que su hija no ha podido venir. Lo cual es toda una suerte, pues todos sabemos lo que le incomoda a la pobre señorita Harrelson desenvolverse en un ambiente tan refinado como este.

—¿Disculpe, milady? ¿Acaso está insinuando que mi Emma no sería aceptada en un ambiente formal? —preguntó indignada Oliva, queriendo una vez más escupirles a ambos el título de su hija a la cara para que todos los allí presentes conocieran las hazañas de ella. Esas acciones de las que todos los periódicos se hacían eco sin saber quién era la mujer detrás del título. Pero no podía hacerlo porque su hija se marcharía a su finca de Mannor House. O peor, con su tía a Grecia.

—¡Oh, por supuesto que no, mi señora! No me malinterprete —dijo con falsa inocencia Susan—, pero todos sabemos que su hija está

acostumbrada a otro mundo. Y no la culpo, todos somos conscientes de que hay pocos lugares tan civilizados como nuestro querido Londres. La pobre Emma no tiene la culpa de no haber adquirido nuestras elegantes costumbre y haber estado vagando sin rumbo por lugares tan lejanos y salvajes. Una vez contó una historia, durante el compromiso de los Alburn creo recordar que fue, sobre cómo un cazador furtivo fue apresado por el jefe de una tribu y cómo escaparon ella y su padre de las garras de un león. ¡Oh! Una historia terrible. Esa chica se ha enfrentado a muchas desventuras. Pero, claro está, su padre, su difunto esposo, señora, se debía a la Corona y de ahí que no consiguiera… dar las aptitudes necesarias para una joven dama de Londres. Estoy segura de que no debe apenarse. Tiene mucho potencial y ya sabe que Londres es el mercado matrimonial por excelencia. No es ninguna jovencita, pero, con el apoyo de todos, estamos seguros que conseguirá hacerse un hueco y conquistar a alguien acorde con su posición y situación. ¿Verdad, Ashton? —Al ver que el duque no contestaba, la mujer prosiguió—. Bien. Disculpemos, señora —la joven se dio la vuelta hacia Ashton—, creo que suena nuestro baile.

—Señora Harrelson, buenas noches —se despidió el duque, quien si estaba de acuerdo o no con las consideraciones de lady Susan no se pronunció. Ni tan siquiera con un leve movimiento de disgusto en su rostro.

Quien sí tuvo que contenerse fue Olivia. La señora Harrelson tenía ganas de agarrar a esa desgraciada del pelo y zarandearla. ¡Maldición! Las malas costumbres de su hija parecían haber calado en ella.

El vals comenzó a sonar y, con él, las esperanzas del duque porque Susan mantuviese la boca cerrada se esfumaron en un periquete.

—Estás demasiado pendiente de esa mujer y de su hija. No es apropiado, Oliver. Todo el mundo comenta que…

—No considero que ser cortés y educado no sea apropiado, pero tal vez las normas hayan vuelto a cambiar —la cortó intransigente Oliver.

—No es ser cortés que la lleves en brazos, que te pasees por Hyde Park a caballo con ella, que te la comas con los ojos en la ópera delante de toda la sociedad, y que sea la tercera vez esta noche que te oigo preguntar por ella. Eres tan evidente, querido.

—¿Celosa, Susan? No te pega. Además, a estas alturas eso está de más, ¿no crees?

—Oliver, nos conocemos desde que éramos niños. Por nuestra amistad te diré que, si pones tus miras en ella, harás el ridículo más espantoso de toda tu vida. Conoces tus obligaciones para con el ducado. Sabes que pocas mujeres estarán a la altura del cargo de ser la duquesa de Ashton, y esa señorita Harrelson menos que nadie. Por

Dios. ¡Una don nadie, salvaje como ella! ¿Después de siglos de tradición quieres poner en tela de juicio la honestidad del legado de tus antepasados? Tu padre no lo aprobaría.

—Basta, Susan. Soy consciente de mis deberes y obligaciones. No hace falta que te recuerde cómo las aprendí. Pero te aviso, soy un caballero pero, si sigues metiéndote en mis asuntos, te dejaré plantada en medio de la pista. Y no me arrepentiré un ápice de ello, pues te empeñas en señalar que debo ser digno hijo de mi padre, y ambos sabemos que eso sería una equivocación.

—Oliver, debes ser consciente de que tu padre hizo lo mejor para ti. —Susan no estaba muy segura de esa afirmación, pero la ocasión requería utilizar todas sus armas—. Nuestra educación es envidiable. A ti y a mí nos educaron para tomar nuestra posición. Aunque no tiene sentido remover el pasado. Ya te dije que no fue culpa tuya que…

—Alto, Susan. Pisas terreno resbaladizo.

—Bien, lo dejaré ahí. Pero no me silenciarás con respecto a nuestra situación. Parece que no acabas de decidirte. Todo el mundo está esperando a que anunciemos nuestro compromiso.

—No creo que sea hora de recordar al viejo. Te lo dejé claro, nuestros sentimientos son de amistad. Además, estás cualificada de sobra para ser toda una dama. No importa que no seas la duquesa de Ashton. Decidimos, ambos, liberarnos de aquella obligación, ¿recuerdas?

—¡Me educaron para serlo! Era el deseo de tu padre. No puedo creer que faltes a tu palabra con tu padre. ¿Tan interesado estás en ella? Ya te dije que pensaba ser una esposa permisiva. No me importa con quien compartas tu cama. Sabes que soy la única opción aceptable para tu legado.

—No pienso volver a discutir de nuevo este asunto, Sue. —Él la llamaba por ese apelativo cariño aunque en esa ocasión ella no lo mereciese—. Déjalo de una vez por todas. Estuviste de acuerdo cuando pensaste que serías la duquesa de Stone.

—No puedes culparme. Tú solo me dabas largas y él se veía tan…

—¿Dispuesto?

—¡Por una institutriz, Ashton! Me cambió por una miserable y patética institutriz. Soy de nuevo tu oportunidad. No voy a esperarte eternamente, Oliver. Además, estoy a punto de cumplir años. No toleraré que me conviertas en una solterona. —Susan se obligó a recordar que tenía que interpretar un papel para salvarlo a él de un destino cruel junto a esa horrible señorita Harrelson que amenazaba la felicidad de lady Amelia, y ahora la del duque de Ashton.

—No te lo he pedido. No me esperes. Siempre te he dicho que quiero que seas feliz, y conmigo no lo conseguirás.

—Oliver, ¿cuántos matrimonios conoces que sean felices? Todo fachada y conveniencia. Miente cuanto quieras, pero no a mí. Sabes que te conozco.

—Y porque nos conocemos y te aprecio no te he reprendido por hablarle así a la señora Harrelson. Sobre todo al menospreciar y faltarle al respeto a su hija, cuando ella misma no está delante para defenderse de tus ataques.

—No he dicho más que lo que todo el mundo en esta sala sabe. Y créeme que he sido benévola a la hora de referirme a ella, no te imaginas todo lo que se dice de esa salvaje. No toleraré que ella usurpe mi lugar.

—Te lo advierto, Sue, soy yo el que no va a tolerar esas palabras. No de ti, no ahora. —La hechicera lo tenía loco de deseo, aunque debía confesar que estaba molesto con ella por no acudir a este baile como él le había pedido.

—Así que es cierto todo lo que dicen de ti.

—¿Se puede saber qué se dice de mí, querida?

—Que te tiene comiendo de su mano. Algo que me he hartado de desmentir desde hace una semana, pero veo mi error. Te conozco y no puedes ocultarme la verdad. Nunca has defendido a alguien, y menos a una mujer en público. Y mucho menos por mis ataques, que bien sabes que son ciertos. Si tu padre viviese me daría la razón, y lo sabes.

—No deberías creer todo lo que oigas.

—No lo estoy oyendo, lo estoy viendo.

—Sea como fuere, sabes que no me casaré hasta que sea totalmente indispensable, y eso no ocurrirá hasta pasados unos cuantos años más —mintió, pues él estaba tanteando las opciones del mercado matrimonial, pero no quería darle esperanzas a ella. Y con la aparición de Em todo se acababa de complicar.

—Voy a aceptar el compromiso con Leonel. Será anunciado esta misma noche. Espero que no te arrepientas.

—Harás bien. Es uno de mis mejores amigos. Tengo confianza plena en él, de otro modo no le permitiría llevar todos mis asuntos. Además, desde que te conoció ha estado prendado de ti. Y debo admitir que estoy gratamente sorprendido, no concebiría jamás que te conformases con menos que un título.

—La Corona le ha dado un título. Va a ser marqués. No puedo esperarte más. Si no voy a ser duquesa, al menos seré marquesa. —La mujer tuvo que tragar saliva al decir esta afirmación. Todo era por el bien del ingrato de Oliver, se recordaba ella todo el tiempo.

—Mereces ser feliz. De verdad, espero que lo consigas, y el señor Jones es el hombre indicado para hacerlo. Si él no puede lograrlo, nadie más podrá.

—No es como ser duquesa, pero creo que es hora de renunciar al

sueño que mi madre me inculcó de pequeña. ¿Verdad, Ashton? —lo retó ella a desmentirla.

—Es lo mejor para los tres. Con él tendrás la oportunidad de ser feliz.

—Algún día te arrepentirás, excelencia.

—Puede que tengas razón, pero yo trazo mi camino.

El baile terminó y con una reverencia se despidió de la dama y dio por zanjada la conversación. Se sintió liberado al fin de una presión que llevaba sintiendo desde hacía demasiados años.

Caminó unos pasos para alejarse de la muchacha. Entonces, el duque sintió una corriente helada a su alrededor. Miró y vio que todas las ventanas estaban cerradas. Un escalofrío lo atravesó. Se sacudió intentando borrar esa sensación incierta que lo envolvía. Una figura femenina se situó a su lado. Sin necesidad de volverse, sabía quién era la mujer que estaba junto a él. La duquesa de Stone, una mujer llamada Lisa, cuyo apellido de soltera era Summer. Habían pasado largo tiempo desde que se vieran o hablasen. La duquesa tenía poca vida social, pero no era de extrañar que la duquesa de Stone hubiera aparecido de nuevo si lo había hecho lady Susan. Ellas, por lo visto, estaban unidas de alguna manera. Las dos compartían ciertos secretos de su pasado que él, en estos momentos, no tenía ganas de rememorar. La historia de Susan y Lisa… Bien cabe decir que ambas tenían sus propios problemas, errores, equivocaciones y aciertos. Pero la mujer que tenía junto a él, esa fémina, siempre le había dado mala espina.

Se refería a sí misma como una bruja… y para él que lo era hasta cierto punto, pero no en el mágico. Su aspecto era del todo extraño. No era bella, pero tampoco era fea. Tenía el pelo oscuro, negro. Sus ojos cambiaban de color a placer, unas veces los veía azul oscuro, otros negros. Pero, lo que verdaderamente le perturbaba de ella, es que era demasiado inteligente, demasiado despierta y nada convencional. La duquesa de Stone era peligrosa, tanto o más que su propio esposo.

—Excelencia, diría que es un placer verla, pero… No estoy seguro de que vaya a ser así.

—Veo que no me ha olvidado. ¿O fueron mis palabras las que no consiguió olvidar? —Él se tensó. Ella se alegró—. Sue ha regresado al fin.

—Lo sé.

—¿Recuerda nuestro encuentro de hace tantos años, excelencia? —la mujer le sonrió cuando él se giró a mirarla. Él se negó a contestar. Lisa decidió hacerle memoria—. Yo, Lisa Marie Summer, duquesa de Stone, invoco a mis antepasadas, las hechiceras Crusoe, para que hagan cumplir mi voluntad. —Lo vio con los ojos como platos y se sonrió—. Usted, Ashton, encontrará el amor allá donde menos lo

espera. Insultará a su futura esposa de todas las formas posibles tal y como ha hecho con lady Susan Dawson, y sufrirá por su futura duquesa hasta pagar la totalidad de la deuda que ha contraído con Sue. Le condeno también a que parte del mal le llegue propinado de la mano de Susan Dawson. Es lo justo, después de lo que le ha hecho.

—¡Basta! —la cortó él.

—¡Ah! Recuerda cada una de mis palabras…

—Por más que se empeñe en ello, no es usted una bruja —un nuevo escalofrío lo atravesó.

—¿Qué le ha pasado, Ashton? Cuando trabajé en su casa conocí a un hombre muy diferente del duro bloque de hielo que tengo delante. —Él suspiró. Esta mujer había estado en su casa como institutriz y acompañante de su hermana Melly. Cuando la conoció, no pensó que ella le traería tantos problemas.

—Soy un duque y no tengo por qué dar explicaciones.

—Como quiera, pero recuerde mi profecía, porque está muy próxima a cumplirse.

Él se rio con humor. Oliver no creía en absurdos cuentos de viejas. No estaba maldito, por más que esa mujer se empeñase en señalar lo contrario.

—Estoy muy lejos de encontrar a mi futura duquesa —la interrumpió. Una cosa era tener una amante y otra muy distinta casarse.

La duquesa de Stone alzó una ceja sardónica.

—¿Seguro? El hielo puede derretirse —y Lisa salió de escena, porque su cometido había terminado ahí.

***

Oliver se paseaba sin descanso por su habitación, de un lado a otro, cavilando en la reprimenda que iba a darle a Emma cuando consiguiera verla, por no haber acudido al baile tal y como le había solicitado. Bueno, más que solicitado, ordenado. ¿Acaso ella no tenía ganas de verlo?

Él no podía pensar en otra cosa más que en lo bien que se ajustaban el uno al otro, y esa habitación en la que estaba no cesaba en su empeño de recordarle cómo ella gemía a su toque y lo apasionada que se mostraba entre sus brazos. Se maldijo por su debilidad para con ella.

En sus pensamientos se coló la duquesa y sus escalofriantes palabras. Bruja. Sí lo era, sí. Pero de las que se merecían una verruga en la nariz. Uno nunca podía escapar del pasado. El episodio con lady

Susan era muy lejano, y esa misma noche ambos habían enterrado el hacha de guerra. Porque lo habían hecho, ¿verdad?

Entonces, ¿qué derecho tenía la duquesa de Stone a rememorar viejas heridas? Ashton tuvo ganas de reírse como cuando escuchó la maldición años atrás, pero esta vez algo lo impulsó a no hacerlo. Negó con la cabeza intentando olvidar esas palabras que la duquesa de Stone había repetido y que él no había recordado hasta el momento. Lady Susan era problema del señor Leonel Jones, futuro marqués de Spencer. Esos dos tenían que arreglarse porque ahí había mucha historia, y él no tenía ni tiempo ni ganas de revivirla. Su misión era su hermana, casarla con el señor Shell, y en cuanto a Emma… Bien, ya vería qué hacía con ella.

Un suave golpe en la puerta captó su atención.

—Adelante, James. —Invitó a pasar el duque al que creía que era su servicio.

—No soy James —respondió una voz femenina.

—Vaya, vaya. ¿Se ha perdido, señorita Harrelson? —dijo el duque furioso al verla aparecer como si nada hubiese pasado.

—En absoluto, excelencia. Estoy exactamente donde quiero estar —apuntó cantarina y coqueta.

—Y dígame, ¿lo ha pasado bien con los condes? ¿Ha sido su compañía más agradable que la de otros caballeros? —Continuó serio e imperturbable. Emma intuía que él estaría molesto, pero no era para tanto, ¿no?

—Oh, vamos, Oliver. ¿No estarás enfadado? —inquirió con diversión Emma.

—¿Acaso no te llegó mi nota?

—¿Me enviaste una misiva? ¿Cuándo? —preguntó ella falazmente sorprendida.

—No te hagas la boba conmigo, bruja. James se la entregó a tu doncella y se cercioró de que te fuese entregada.

—Bueno… Debo reconocer que llegó un trozo de papel con la palabra «Shater» escrita. ¿Acaso debí interpretar que era una cita para que acudiese a ese baile? ¿Y quién me pediría semejante convocatoria si dicho papel vino sin firmar?

—Emma, ya basta. —Ella se estaba burlando de él y no le gustaba en absoluto.

—Basta… Basta, basta… ¿De qué, Ashton? ¿De hablar de nimiedades? ¿O basta de seguir desnudándome para usted, excelencia?

—Basta de ambas cosas. ¿Por qué no fuiste? —quiso averiguar un duque enfadado, pero excitadísimo al comenzar a vislumbrar las curvas desnudas de la mujer.

—Oliver, tenía un compromiso previo. No estoy a tu disposición.

Somos amantes, pero no soy de tu propiedad. —continuó ella diciendo mientras seguía desprendiéndose de su ropa.

—Sí, eres mía —Ella rodó los ojos y decidió aparcar la cuestión para no enfadarlo más—. Te pedí una simple cosa y no has sido capaz de concederla. Y, por favor, no sigas quitándote la ropa. No te servirá para distraerme, hechicera.

—¿Servirme para qué, Oliver? —preguntó en tono sugerente, mientras arrojaba la última prenda de ropa al suelo.

—Maldita sea, Emma. Esta conversación no se ha acabado. Te lo garantizo.

En un abrir y cerrar de ojos, Emma estuvo sobre la cama del duque preparada para lo que Oliver tuviese en mente. Besos, caricias, lujuria y placer sin límites se dieron cita en el interior de esa habitación ducal.

Y no fue esa la única noche de pasión que compartieron, pues durante dos semanas ambos amantes, a escondidas, se entregaron al deseo sin remordimientos, ni restricciones, cada vez que lo estimaron oportuno. Una verdadera delicia prohibida.

***

Diario de la señorita Harrelson:

Su excelencia me está volviendo chiflada. Chiflada es quedarse corta. Su carácter arisco y frío se evapora cuando estamos en la cama, aunque incluso en el lecho es muy dominante, y eso es muy peligroso para mi cordura. No he llegado hasta aquí ocultándome de los hombres, del amor, a fin de poder ser dueña de mi vida para acabar siendo su esclava. ¡Pero qué bello cautiverio sería ese! Todo en él me invita a abandonarme en sus brazos, en esas cálidas sensaciones que tan bien me hacen sentir cuando me refugio en ellos.

Estas dos semanas he evitado verlo en bailes y demás citas sociales, tan solo en su casa abrazados por la noche. Somos amantes. Me hace sentir viva decirlo. Perversa… Sé que son encuentros casuales, pero él no imagina lo peligroso que se está volviendo para mí. Debo distanciarlo un poco o esta pasión me arrollará.

He tardado mucho tiempo en descubrir la seducción. Creo que he hecho un buen acierto con Oliver, pero es hora de que ponga cierta separación entre ambos. Porque en estos momentos, y más que nunca, estoy en una encrucijada, pues sé que estoy pensando en él más de lo que debería. He estado toda la vida negando el hecho de entregarme a un hombre, a una persona que me considerará una propiedad, y, después de dos semanas en

lo que lo más importante a cada hora son las visitas hechas a su casa y la imaginación para poder llevarlas a cabo, es hora de buscar algo más que hacer. No es justo que el amor me asalte en estos precisos momentos.

Emma dejó de escribir y guardó el pequeño libro que contenía sus pensamientos íntimos.

Las expertas en buscar nuevos retos e idear travesuras eran sus amigas de antaño, aquellas a las que había conocido brevemente en la corta estancia en su adolescencia en Londres, pero que por sus cualidades y similitudes habían sido fieles todos esos años. Pues, pese a haber mantenido poco tiempo de amistad con ellas en Londres, por carta sabían las tres lo que cada una de ellas llevaba a cabo. Lo lamentable de sus amigas, las dos de la misma edad que la marquesa, es que pese a haber jurado, como ella, que jamás se casarían, las dos estaban bien casadas y rodeadas de niños. Bueno, en honor a la verdad, una de sus amigas sí era más propensa a la idea del matrimonio que la otra. Realmente, Emma no las comprendía. Eran las tres espíritus afines —sí, cierto, una más que la otra— y, de repente, los hombres habían echado a perder a dos.

Emma comprendía lo de Lena, pues la actual baronesa Rosings se veía que era una joven enamoradiza y siempre tuvo claro que quería su propia familia, pues solo veía lo bueno en las personas y ella sabía que tarde o temprano sucumbiría al amor. Otra cosa era Valerie Manchester. Aquella mujer era de armas tomar y jamás, en toda su vida, Emma hubiese imaginado que su amiga V, como la llamaban sus allegados, acabaría casada tan pronto. Ah, no. Emma no iba a permitir que sus sueños de libertad acabasen. Bastante había conseguido capear el temporal frente a su madre, como para terminar echándolo todo por la borda. Se había resignado a no encontrar el amor. Lo que hacía con Oliver era pasión, lujuria, perversidad gozosa, trató de convencerse.

Oliver debía quedarse apartado a un lado hasta que Emma se aclarase las ideas. Llamaría a Lena para planear alguna travesura. ¡Maldición! Lena estaba otra vez embarazada, eso no iba a poder ser. Pero V, la duquesa de Lennox, le había dicho que había vuelto a Inglaterra después de hacer un tour con su marido y sus hijos, según le explicó en su última carta.

«Es hora de que V venga a la ciudad y nos divirtamos», pensó Emma mientras cogía papel y pluma y comenzaba a solicitar la presencia de su amiga más afín para pasar unos días o, incluso, con suerte, meses. Tenía que hilar bien sus palabras para convencer a esa mujer para que consintiese abandonar su nidito de amor y a sus niños.

Querida V:

Sé que, en estos momentos de amor y familia, debes de estar muy a gusto en tu casa, rodeada de todo aquello de lo que una vez aseguraste renegar. Sin embargo, creo que es hora de que atiendas a una vieja amiga que, además, es toda una solterona que se muere por hacer aquello que dijimos que haríamos y que todavía no hemos hecho del todo: nuestras correrías femeninas. Deja bien asentados a tus pequeños y despídete unos días de tu marido para darle una mano a tu querida Emma, que te necesita. No me defraudes.

Tu fiel amiga, que te apoya, te quiere y nunca te ha pedido nada en estos años,

Emma Harrelson.

PD: Lena está avisada también, pero dudo que pueda unirse debido a su estado.

Se quedó mirando la carta. Sintió que debía también llamar a Lena y por eso decidió escribirle otra misiva a lady Rosings. Su otra amiga estaba embarazada pero tal vez por ella vendría.

Bueno, el sedal estaba en el río, únicamente falta esperar a que V y Lena picasen y vinieran. Eso sin lugar a dudas sería fácil, aunque lo verdaderamente complicado sería evitar a cierto duque que llenaba sus ideas de fantasías del todo obscenas.

Por el momento, lo más fácil sería enviarle una nota a Oliver simulando una indisposición. Si bien no le gustaba mentir, lo cierto es que no era una mentira, pues ciertamente tenía un mal llamado Oliver. Por ese motivo debía mantenerse lejos de aquello que estaba haciéndole tener una cierta dolencia, dado que era un sentimiento que no deseaba estudiar demasiado y que estaba haciéndole estragos.

***

A los pocos días, aquellos en los que Emma había luchado con uñas y dientes para no acudir a ver a su amante —porque no nos engañemos, el duque de Ashton era a todos los efectos el amante de una solterona que había conseguido atraparla en las garras del placer—, V se presentó. Eso sí, no llevaba ningún equipaje con ella, cosa que alteró a Emma.

—Mi querida V, no sabes cuánto me alegro de verte al fin.

—Oh, Emma, mi preciada y alocada Emma. ¿Quién iba a decir que, de las tres, tú seguirías sin compromiso? Y nada más y nada menos que convertida en ¡una marquesa! Cielo santo, dime que ya has escandalizado a toda la sociedad con la revelación.

—¿Pero tú, como logras enterarte de todo? No me lo digas. Es por tu don —sonrió Emma mientras comenzaba a servir el té.

—Nada de eso. Esta vez mi primo Patrick me lo contó, dado que tú no te dignaste a hacerlo en tu última carta.

—No me gusta alardear de eso.

—No importa —dijo restando importancia al hecho—. Me sorprendió tu reciente misiva y no tuve más remedio que venir, pero no sin antes investigar tu situación un poco.

—Y dime, pues, qué revelaciones has conseguido.

—Nada importante, solo me han dicho que eres un desastre. Pero eso no debería sorprenderme. Yo era tanto igual que tú, o incluso peor.

—Desastre es una palabra muy fea, Valerie —dijo divertida Emma.

—Bien… La buena gente dice que la señorita Harrelson no encaja —apuntó con cautela V.

—Eso no es ninguna novedad, ¿no crees? —Emma sonrió porque de su amiga habían dicho muchas veces lo mismo.

—No. No nacimos para encajar. Aquí donde me ves, pese a ser esposa, madre y duquesa, sigo rompiendo reglas. Mi esposo, el duque de Lennox, sigue regañándome, pero no creo que nadie consiga hacerme cambiar. Soy como soy y me encanta. —Ella, en su juventud, había dado muchos problemas a su familia debido a sus temeridades.

—Eso espero. —Valerie era auténtica. Lo supo desde la primera vez que la vio. Se llevaron bien enseguida. Conectaron.

—Tranquilízate, no lo haré. Pero no creas que no me doy cuenta de lo que intentas hacer.

—¿Yo? Si no estoy haciendo nada —dijo Emma con cara inocente.

—Vamos, Em, sabes que intentas desviar el rumbo de la conversación.

—No sé a qué te refieres.

V suspiró. En todos aquellos años en los que no se habían visto su amiga no había cambiado ni un ápice. Le gustaba hacerse la difícil.

—Em, eres una marquesa. Puedo preguntar… ¿Por qué nadie parece saber que ostentas un título y que puedes hacer lo que se te antoje? Yo en tu caso sería un escándalo andante. —V se rio.

—Ya fuiste un escándalo andante. Lena y tú os cubristeis de gloria. —Ellas habían sido en su momento dos jóvenes muy alocadas.

—Lo hubiese sido aún más, te lo garantizo —afirmó con convicción.

—No puedo hacer eso. No quiero desvelar mi título. Sabes que todos me saltarían encima. Huyo de los cazafortunas, de los falsos y los aprovechados. No he llegado hasta aquí para caer en una trampa.

—No imagino a ningún caballero tramando un enredo para cazarte en matrimonio. Eres exasperante.

—No estoy dispuesta a arriesgarme. No quiero que se acerquen a mí por mi fortuna y mucho menos por mi título. Prefiero que sigan creyendo que soy la pobre señorita Harrelson que no encaja. ¿Crees que me ha sido difícil mostrar esa cara de señorita Harrelson? No, porque me muestro tal como soy… Mamá siempre me corrige y, aunque intento guardar la compostura, no es que haya sido fácil. Quiero que la gente a mi alrededor esté cercana por lo que soy. Y sí, he de confesar que mis modales no han sido impecables, pero hago lo que puedo para mantener un equilibrio justo. ¿Pero por qué tengo que seguirles el juego? No me mires así y no te atrevas a reprocharme nada —le dijo cuando intuyó que se avecinaba una regañina.

—Está bien, está bien. Sigue tu juego. Y hablando de juegos… ¿Qué estoy haciendo aquí? —Ella misma lo había tenido claro en sus años previos a Lennox, por lo que Valerie sabía que, dijese lo que dijese a su amiga, ella haría lo que considerase que era favorable a sus intereses.

—Digamos que me cansé de estar sola. No hay un alma aquí que me inspire. Con Leo ahora a punto de casarse… No tengo a nadie más.

—¿Nadie, nadie? No es eso lo que he oído —apuntó la duquesa en tono pícaro. Estaba por cumplir los veinticinco y V se acordada perfectamente de cierta lista. Eso y que ella misma tenía sus fuentes.

—Vamos, V. ¿No me digas que esa carta mía no te llegó como un salvavidas en plena tormenta? ¡Tú! Niños y marido. No me malinterpretes, no dudo que seas feliz, pero… ¿Qué pasa con todo lo que dijimos que íbamos a hacer? Bueno, y Lena… Ella se recluyó en su casa de campo y no quiere saber de nadie.

—No es todo como pensamos que sería, Em. Debo reconocer que estuve equivocada con respecto a muchas cosas. Si encuentras a esa persona, a la correcta, el mundo se convierte en un lugar maravilloso. ¡Y qué decir en cuanto a los hijos! Sencillamente, son maravillosos. —V deseaba que su buena amiga conociese la dicha de ser esposa y madre.

—No voy a tenerte envidia, V, pero eso no implica que no me alegre por ti.

—Veo que eres un hueso duro de roer.

—¿Acaso quieres que te recuerde por todo lo que tuviste que pasar hasta llegar a la plena felicidad? No quiero echarte en cara esas cartas tristes que me partieron el alma cuando estuviste sola a merced de su voluntad. ¿Qué me dices de eso?

—Todo fue para bien al final, Em, y debes reconocer que, después de que te conté la historia completa, tú misma me regañaste en aquel entonces.

—Basta de remover el pasado, ¿no te parece? Miremos al futuro y vivamos el presente. Casada o no.

—Entonces repito, ¿qué estoy haciendo aquí?

—Disfrutar, V. Vamos a tener nuestras correrías femeninas. Somos una duquesa y una marquesa contra el mundo.

—Ahora sí sacas a relucir tu título…

—Dime que has venido para quedarte unos meses, por favor —Em hizo un puchero.

—¿Meses? No puedo dejar a mis hijos solos con Jason. Se iría para no volver jamás —rio la duquesa a carcajadas pensando a su marido a cargo de sus cuatro hijos. Las gemelas estaban especialmente tercas, y su hijo mayor… Iba a ser todo un rompecorazones.

—Bueno, ¿unas semanas? —probó suerte.

—Sí, dos semanas para hacer lo que hayas pensado.

—¿Entonces, dónde están tus baúles? ¿Te has adelantado tú y el equipaje vendrá mañana? ¿Acaso tenías tanta prisa por escapar de tu jaula de oro que te has dejado tus vestidos allí? —preguntó bromeando.

—¿Escapar? Jamás. Mi jaula de oro, como tú la llamas, es el mejor lugar del mundo. Si no fueses tan tozuda e intentases averiguarlo me darías toda la razón. Pero no, no puedo quedarme contigo. Jason y yo nos hemos trasladado a nuestra casa de Londres. Ese hombre es incapaz de vivir sin mí, por mucho que se empeñe en jurar en público que tan solo ha venido para dejar claros unos negocios que tiene con mi primo Patrick.

—Entonces, ¿toda la familia está aquí en Londres?

—No te asuste, Em. Los niños se han quedado con los padres de Jason en la finca. Espero no recibir una misiva mañana mismo exigiendo que regresemos.

—Pero él no interferirá en nuestros planes, ¿verdad?

—No. Sabes que no lo hará. Pero es incapaz de estar lejos de mi cama ¡Tuve que traerlo! Lo cual me recuerda lo que llevo queriendo preguntarte. ¿Qué hay de tu último reto? Hace un par de meses me dijiste que estabas empeñada en buscar la pasión. ¿Cómo va esa misión? Somos de la misma edad y estás apurando el tiempo. Tic tac, muchacha.

—Digamos que esa prueba está superara y estoy con otros retos.

Valerie abrió los ojos como platos.

—¡Cielos! Debes contármelo todo. ¡Desvergonzada! Me encantas.

—No, no, no. Eso ya lo hablaremos, ahora tenemos que pensar en qué vamos a hacer esta noche.

—No me lo digas. Sigues queriendo colarte en una fiesta de mala reputación.

—Bueno… He pensado que podríamos ir a una casa de juegos —tanteó a su amiga—. Quiero ver ese ambiente.

—¿Máscaras? —La cabecita de V se puso a trabajar.

—¿Tu duque se enfadará si nos reconocen?

—No creo, pero se empeñará en venir con nosotras. Lo cual supongo que será de ayuda.

—Aguafiestas. Luego dices que es él quien no puede estar lejos de ti. ¡Eres tú la que no puede vivir sin él! —la acusó con humor.

—Querida, puedo vivir sin él, pero no quiero. Además, ese no es el tema. Quiero ir a una fiesta muy privada y Lennox nos dará el pase. Eso sí, debí convencerle primero y eso no fue tarea fácil —explicó enigmática mientras recordaba la compensación que tuvo su duque en la cama. Iba a repetir aquello más pronto que tarde, pensó.

—Seguro que a la antigua lady Valerie Manchester algo se le ocurrió —sugirió al ver lo pensativa que se había puesto su amiga.

—Cuánto tiempo sin oír mi viejo título. ¡Qué recuerdos! La inalcanzable Manchester me apodaron.

—Mejor eso que la escandalosa baronesa, ¿no? —Las dos se rieron sin tapujos, porque ese era el título jocoso que la buena sociedad le otorgó en su momento a su amiga Lena.

—Ese título también me hubiese gustado, no te creas. Una duquesa escandalosa… Suena interesante.

—V, pon los pies en el suelo y deja de recordar viejos tiempos, que para vieja ya estoy yo. Todo el mundo comenta que soy una solterona.

—Por Dios, Em. ¿Tú, vieja? Eres la persona con el espíritu más libre que he conocido.

—Bueno, pues debo señalar que me consideran una solterona respetable.

—En serio, Em. ¿Respetable tú? —rio a carcajadas V queriendo hacer enojar a su amiga.

—No soy una perdida. Te lo expliqué por carta. Estoy decidida a tomar la vida en mis manos. Debo confesar que me gustaría hacer cosas más extravagantes, pero me he contenido mucho en los últimos meses aquí en Londres. ¡Y dime de una vez a qué fiesta vamos a ir hoy! —Tuvo que alzar un poco la voz porque V no paraba de reír.

—Una palabra y saldrás de dudas: Chesterfield —susurró a modo de confidencia.

—Oh, no, no puede ser. Después de tantos años…

—Oh, sí… El más réprobo, libertino, apasionado y disoluto de todo el mundo ha llegado a Londres hace unas semanas. Hoy celebra una de sus famosas fiestas y tú y yo vamos a cumplir una de nuestras promesas ipso facto. Al fin nos adentraremos en la Mansión de la Perversión.

—No puedo creer que recuerdes aquello, y menos que te hayas hecho con una invitación de Chesterfield. ¿Recuerdas lo apuesto y seductor que era?

—Por supuesto, y recuerdo aún mejor que en una de las fiestas de

mi madre tú lo asaltaste. Te retamos a que le dieras un beso y vaya que se lo diste. Lena y yo no pudimos olvidar aquella historia, sobre todo por la reacción de él —que más que enfadarse, tronó sobre las tres.

—Dios, V, dieciséis años tenía yo. Estaba tan nerviosa que me llené de bollitos de canela. Pensé que rompería el vestido. ¡No puedo creer que fuese capaz de hacer semejante cosa! Todavía me ruborizo al recordarlo.

—Más se ruborizó él al ver quién fue la mujer que lo cautivó. Porque por mucho que dijese que pretendía darnos una lección, yo creo que mintió.

—Fue culpa vuestra. Lena y tú prendisteis la llama de mi orgullo y tuve que hacerlo. Un reto es un reto —trató de excusarse.

—Esperemos que no se acuerde de ti, o tal vez sí lo haga. Quién sabe… —V vio lo que a él le costó separarse de ella.

—Te recuerdo que mientras yo lo asalté, él no puso demasiados impedimentos… Si no fuera porque sé que es imposible, cualquiera diría que lo pudo haber disfrutado. —Casi, casi la dejó sin respiración. Em tuvo que luchar por respirar debido a sus besos.

—Debes reconocer que ese carmín y ese sugerente vestido que te pusiste consiguió engañar al pobre amigo de Patrick. Mi madre se tomó muy bien que le robásemos uno de sus vestidos. Creí que nos mataría. Menos mal que no lo hizo.

—¿Cuántos años tenía él entonces?

—Creo que es de una edad cercana a la de Patrick, año arriba o abajo. No lo sé con exactitud.

—No lo sé tampoco, solo recuerdo que era guapísimo. Me pregunto si seguirá igual de atractivo… —Era un hombre muy apuesto.

—Oh, sí, lo sigue siendo. Es todo un seductor hermoso. Su vida de perversión no lo ha inquietado, créeme. Pero me han dicho que es muy peligroso acercarse a él… por sus gustos.

—¿Lo has seguido viendo, V? ¿Qué diría tu amorcito si se entera? —la picó su amiga en su orgullo de enamorada.

—Sabes que Patrick y él son muy afines. Han sido uña y carne desde que yo tengo uso de razón.

—¿Estará Patrick en la fiesta de hoy? —No le apetecía encontrarse con el primo de su mejor amiga, el marqués de Ailsa. Siempre, siempre acababa por regañarla, por uno u otro motivo. Además, él seguramente no les permitiría la entrada.

—No creo, no está en Londres según tengo entendido, pero las fiestas de Chesterfield son famosas por sus excesos y atraen a un buen número de gente. Y ya conoces a mi primo… Se asemejará a un santo, pero me parece que es tanto o peor que Chesterfield. Recuerda que fue él quien aconsejó a Lennox seducirme primero. ¡Un escándalo!

—Comenzó a reír divertida de nuevo.

—Tal vez deberíamos ponernos máscaras, V. Los tres. No quiero que arrastren de nuevo vuestros nombres por el fango por mi culpa.

—Tú sí deberías, pero Jason no sé si querrá, y aunque me la ponga yo, todo el mundo sabrá quién es la mujer que lo acompaña. Así que no tiene sentido que yo gaste una, pero… —Se quedó pensativa—. Probablemente, lo mejor será que sí acudamos los tres con un antifaz, aunque me encantaría ir a cara descubierta. ¡Sabes que me ha encantado alborotar siempre!

—De acuerdo, máscaras entonces. —Se tomó un minuto para pensar en lo que estaban planeando—. ¡No puedo creer que tú hayas traído la fiesta de Chesterfield hasta nosotras! Es fabuloso, no pensé jamás que acabásemos cumpliendo la promesa de ir a una de sus fiestas. Así que, tras cumplir eso, esta noche tenemos que pensar en más cosas de esa lista.

—¿Montar desnudas a caballo? Eso no puedo hacerlo, Em.

—Nooo, V. Vamos a ir a un club de esgrima a practicar. Mañana por la mañana iremos. Siempre quise ver cómo son y qué tiene de especial agredirse con un florete.

—Sí, sí, pero que sea por la tarde. Esa fiesta nos dejará muertas por la mañana.

—Estoy deseando ver lo que allí pasa. ¡Madre mía! Chesterfield, V. ¡Una de sus famosas fiestas y tú y yo vamos a acudir! No lo puedo creer, después de tantos años lo conseguimos.

—Soy una mujer casada, Em, y hay pocas cosas que me sorprendan, pero te juro que tengo algo de temor al ir. No sé qué podemos encontrarnos. —Lennox no quería llevarlas, y que su duque se preocupase por acudir allí la inquietaba un poco.

—Oh, sí, V, espero que haya muchas cosas interesantes que ver en la famosa Mansión de la Perversión.

—Las habrá. Ya lo verás. Eso es lo que me temo —dijo recordando que a otra de sus mejores amigas, Gertrude, no le había gustado nunca que llamasen así a la casa de su hermano Ches.

¡Oh Santa Ger! Valerie se estremeció al pensar en ella. Había muchas novedades, pero su amiga Emma y Gigi —como cariñosamente V llamaba a Gertrude— no se conocían y no tenía sentido explicárselas.

Capítulo 5

La Mansión de la Perversión

Emma llevaba varios días sin visitar a Oliver. Le había costado horrores no ir, pero parecía que la misiva de ella alegando una indisposición había surtido efecto y el duque, tras haber enviado otras líneas deseándole una rápida recuperación, ya no volvió a decir nada. Emma no sabía si estar agradecida o enfurecida. Parecía ser que la única que tenía pensamientos sobre él —y eran muchos— era ella, pues Ashton no había dado señales de vida. Realmente, Em debería estar alegre por este motivo, pues eso facilitaría sus planes más próximos sobre sus correrías femeninas.

La noche de la fiesta. Esa en la que ambas iban a cumplir una parte muy especial de su lista de juventud. Los duques de Lennox pasaron por su casa para recoger a una Emma nerviosa y excitada por cometer la mayor travesura de su vida. La pareja estaba radiante. Lo cierto es que, en opinión de Emma, ambos hacían una hermosa unión. Se compenetraban muchísimo. Uno era capaz de ver eso al minuto de permanecer en compañía de ambos. Si ella encontrase a un hombre que la hiciera sentir como su adorada amiga se sentía con su Jason…

Lennox había alquilado un carruaje para no mostrar el emblema de su ducado, pues para esa fiesta era indispensable la discreción. Comenzaba la diversión.

La señorita Harrelson iba ataviada con un vestido de seda rojo con los hombros al descubierto. Era un modelo similar al que se puso cuando le robó un beso al libertino más célebre habido en la tierra, y por alguna extraña razón le pareció bien buscar algo similar. ¿Se acordaría él? En su fuero interior ella ansiaba que así fuese.

La mansión de Albus John Lamark, conde de Chesterfield, se encontraba en una respetable calle central de Londres y nadie en su sano juicio pensaría que en ese lugar se hacía lo que ellas estaban a punto de descubrir por sí mismas. Emma había escuchado que allí se daba cita la depravación, pero lo que vio la dejó sin palabras.

En un inmenso salón se representaba un picante espectáculo digno de los mejores locales de moda de París. Exultantes mujeres bailaban al son de una música muy sugerente mientras los hombres las

observaban con miradas lascivas que pondrían incómoda a cualquier mujer, por muy experimentada que fuese.

En otro espacio de la casa se llevaban a cabo varias partidas de cartas e incluso había una ruleta. Esto le pareció más decente. A medida que la visita se iba prolongando, Emma se acercaba cada vez más al duque de Lennox por temor a que alguien la robase en un descuido. Jason se paseaba con la cabeza bien arriba, con las dos bellas mujeres colgadas de sus brazos. Los demás caballeros lo miraban con recelo intuyendo que él compartía cama con ambas. Y ese sentimiento le llenaba de orgullo a él, de eso Emma estaba segura. Algo que V también debió percibir puesto que se apresuró a recordarle:

—No sonrías tanto, Lennox. Recuerda que una de las dos mujeres que llevas del brazo es una falsa amante. Cuando acabe la noche solo estaré yo en tu lecho.

—Cariño mío, no necesito nada más, pero déjame por una vez sentirme malvado ante estos infelices que no conocen las mieles de un matrimonio como el nuestro. —El duque hinchó el pecho al ver a su mujer celosa. Seguía en racha.

—Siempre sabes cómo ganarme, pilluelo.

—Siempre —respondió él a su esposa. El duque de Lennox ladeó el rostro hacia Emma—. ¿Entonces, señoría, está usted lista para cruzar la siguiente puerta? Debe saber que para una mujer inocente ese será un gran paso —preguntó el duque indeciso.

—Jason —tomó la palabra Valerie—, no utilices su título. Sabes que Em no quiere, y créeme, ella está más que preparada para cruzar esa puerta… ¿Verdad, inocente? —se mofó V.

—Por Dios, V, no seas indiscreta —se quejó su amiga. No quería que todo el mundo estuviese al tanto de su vida. De su vida… Bueno, de eso que hacía con Ashton. Se sintió incómoda con Lennox por el desliz de V.

—Em, el duque y yo no tenemos secretos. Además, no hubiese podido convencerlo para venir de no haberle contado… Bien, sobre tu búsqueda de la pasión, algo que él se empeña en poner en tela de juicio, aunque eso es solo porque aún no te conoce y se niega a creer que seas tan perversa como yo —rio coqueta V, pensando que tenía que haberle contado a su esposo lo que Emma consiguió hacer al bueno de Ches hacía tantos años. Así Lennox sí la hubiese creído.

—Dios mío, sois ambos incorregibles. Vaya matrimonio más bien avenido estáis hecho. —Emma por de pronto entendía muchas cosas. Eran perfectos el uno para el otro. Se alegró sinceramente por su amiga, pero sintió pena porque ella… Detuvo sus pensamientos. No quiso seguir analizando la situación.

—¿Entonces estás segura, Em? —lo preguntó V.

—Por supuesto, excelencias, siempre he querido ver una… una fiesta de ese tipo. No puedo morir con esa duda.

—Orgía, Em. Se llaman orgías y deberemos ser rápidos si no queremos acabar participando activamente en ella. Una vez que cumplamos esta promesa, disfrutaremos de algo un poco menos… depravado —prometió V mientras miraba a Jason con la mirada suplicante, pues intuía que su marido estaba a punto de sacarlas de aquel lugar corriendo.

—Oh, sí. Pero quiero ver lo que es, porque no concibo que eso de la… orgía… se pueda hacer. —No le cuadraban los números ni las partes del cuerpo que se podían utilizar.

El duque de Lennox miró a ambas mujeres sujetando el pomo de una puerta. Tras ver la aprobación en la cara de ambas abrió, no sin sentir remordimientos puesto que sabía que no debería haberse prestado a ese experimento.

Emma se quedó sin palabras. V desencajó la mandíbula al ver aquello. Ninguna de ellas se atrevió a cruzar la puerta. Era imposible que a una mujer la estuviesen asaltando tres hombres a la vez. ¿Cómo podía ella…? ¿Tres? ¡Cielos! Lo cierto es que la fémina en cuestión estaba usando la boca y dos entradas de su cuerpo a la vez…

Todavía se estaban escandalizando, cuando a pocos metros de esa escena se daba cita otra más curiosa. Una mujer estaba situada en el medio de un círculo con otros cinco hombres que acariciaban sus miembros con avidez. ¿Pero qué hacían con ella esos hombres? Y lo que vino a continuación dejó a Emma y a V con el estómago revuelto, puesto que varios chorros blanquecinos saltaron sobre ella uno tras otro. Aquello era repugnante. Depravado era poco, decidió Emma. Además, eso parecía que iba a ser difícil de sacar del cabello de aquella pobre mujer y de su boca… ¿De verdad era capaz de tragar todo aquello?

Jason, al ver la cara de estupor de su falsa amante y de su estupenda esposa, decidió cerrar la puerta tras unos cinco minutos que parecieron interminables para ambas. Emma no podía sacar las escenas de su mente, en especial la primera. Si es que los hombres estaban haciendo un bocadillo con la mujer mientras otro la instaba a darle placer con la boca mientras la sujetaba por el pelo…

Pasaron unos minutos hasta que consiguieron encajar las piezas.

—Cielo santo, V. Tú… has… ¿Lo has visto? —preguntó roja hasta las cejas Emma.

—Sí, Em, sí, y creo que será mejor no hablar nunca de ello. ¡Maldita la hora en que prometimos ver una orgía!

—Sí, V, pero a Dios gracias que no juramos participar en una. ¡Qué horror! —dijo Em haciendo un gesto de asco por lo visto.

—Y eso, señoritas, debería quitarles las ganas de seguir siendo

perversas. La depravación y la obscenidad no tienen límites en un lugar como este y vosotras no estáis preparadas. Deberíais haberlo sabido y pensado antes —les replicó Lennox.

—Vamos, esposo, ¡tú deberías habernos preparado mejor para esto! La culpa es tuya —lo acusó Valerie. Jason rodó los ojos. Su esposa era única dándole la vuelta a todo.

—¿Mejor? ¿La culpa es mía? Te dije que no estabas preparada para esto y te aseguré que ella —dijo señalando a Emma— lo estaría menos que tú.

—¡No puede ser verdad! Reconocería esas peleas estando sordo, ciego y mudo. —Habló una voz masculina muy conocida tanto para V como para Em, y sobre todo para Lennox, que se acercaba hasta ellos a grandes pasos.

Dos hombres a cara descubierta e inmaculadamente vestidos llegaron hasta el trío. Emma estaba impactada y no se percató de quienes eran al principio. La señorita Harrelson estaba demasiado ocupada repasando en su mente una y otra vez lo visto. No podía dejar de pensar en ello por más que lo intentase.

—Te dije, Patrick, que había reconocido a Lennox nada más entró. Me debes 100 libras —dijo otro caballero sonriendo, mientras miraba divertido y descaradamente a Emma, pues el anfitrión de la fiesta sabía qué sala se encontraba tras la puerta ante la que estaban el matrimonio y aquella preciosidad angelical que seguía aturdida, por lo visto.

—Y es por ello, Chesterfield, que te pagaré y daré gracias a la fortuna porque este mentecato —aludió mirando al duque de Lennox— no haya venido con ninguna furcia. Porque tan solo este infeliz se dejaría convencer por mi prima para venir a un antro como tu casa. Debes saber, Lennox, que venía a retarte a duelo, puesto que estaba seguro de que no tendrías agallas para llegar aquí con tu esposa. Confieso que no sé si estar agradecido o furioso porque no te acompañe una prostituta.

—¡Bueno, parad de una vez los dos! —estalló V—. Mi marido no es ningún mentecato, ni ningún infeliz. Es un hombre que sabe lo que le conviene y que recibirá una buena y excitante recompensa esta noche por sus servicios —subrayó la duquesa mirando con hambre a su marido. Pues aunque las escenas acabadas de observar le parecían a la duquesa del todo antinaturales, no podía ocultar que algo bajo su vientre se había encendido al ver a esa mujer disfrutar de aquellos tres magníficos ejemplares. Uno de ellos de color negro y que tenía entre sus muslos algo descomunal que aquella glotona estaba engullendo en su boca.

—Por favor, V, no metas imágenes de ese tipo en nuestras cabezas —se quejó Patrick haciendo una mueca de repugnancia. ¡Era su prima!

Prácticamente se había criado con ella y era más una hermana que otra cosa.

—¿Que no meta, yo, imágenes de ese tipo en tu cabeza, Patrick? ¿Pero tú has visto lo que se está llevando a cabo en esa sala? Eso es… es… es… ¿Te atreves a escandalizarte por lo que acabo de decir? Lo que yo he dicho que pueda hacerle a mi adorado esposo en el lecho es del todo apropiado, porque Dios dio el visto bueno y es mi deber de amante esposa cumplir gustosa con mis deberes maritales. Deberías estar avergonzado. —Estaba deseando darle una reprimenda desde hacía muchos años.

—Vamos, V. Si no querías ver cadenas, látigos y fustas, no deberías haber chantajeado a tu amante esposo —el marqués de Ailsa arrastró la palabra— para traerte hasta aquí, porque ambos sabemos que todo esto es obra tuya. —Demasiado conocía bien él a Valerie como para no ver la huella de ella en esto.

—Patrick, ¡por Dios! No hemos llegado a esa sala, no metas más la pata —se apresuró a señalar Lennox horrorizado por el desliz del marqués.

—¿Cadenas y látigos? ¿Fustas para qué? —dijo una tímida Emma de repente, quien pese a seguir asombrada quería saber qué sería todo aquello de las cadenas y demás enseres. ¿Sería algún tipo de carrera de caballos?, se preguntó inocentemente.

—Patrick… Tú siempre metiendo la pata —se volvió a quejar Lennox asustado al observar la cara de travesura de su esposa.

—Querida amiga, debemos ver eso sí o sí —exigió Emma a una V totalmente recuperada de la escena de la orgía. Porque, dado que estaba en esa perversa fiesta, quería ampliar sus conocimientos de todo. Ella deseaba sorprender al duque.

—¡Jamás! Habéis tenido bastante con la inspección de una simple orgía. No estáis preparadas para ver nada más —dijo intransigente Lennox.

—Pero ya que hemos venido, amor… —comenzó ella a decir con zalamería—. Queremos ver todo lo que hay. Te lo agradeceré en consideración, cariñito mío —suplicó en balde amorosa V a su marido.

—No, querida amante mía. A riesgo de perderme la recompensa que sugieres esta noche cuando llegásemos a nuestro cómodo lecho, no permitiré que veas eso. Ni ahora ni nunca. —No era bueno ampliar los horizontes de ella. El duque no estaba dispuesto a arriesgarse.

—Pero… Vamos, mi amor, piensa en si eso de los látigos me gustase. Sería divertido. Además… estoy muy sorprendida con eso, necesito saciar mi curiosidad.

—No, porque conociéndote como te conozco, V, sería yo quien sufriría los estragos de esa nueva afición tuya que podrías llegar a desarrollar, y bajo ningún concepto toleraré que me ates y me

tortures. Por muy atrevida o placentera que pudiese resultarme dicha experiencia, no estoy dispuesto a correr el riesgo de que me hagas más esclavo de ti, si cabe. —Le concedía muchas cosas, pero en eso iba a tener que negase por completo. No se arriesgaría a acabar atado a la cama con ella empuñando una fusta. ¡No! Aunque…

—Haces bien, Lennox, porque aquí todos sabemos quién lleva los pantalones —dijo Patrick mofándose del marido de su prima. El marqués de Ailsa sabía que Lennox estaba totalmente a merced de Valerie y aprovechaba a cada instante para recordárselo al duque.

De repente, una sonora carcajada llamó la atención de Emma, pues la señorita Harrelson no se había percatado de ese tercer hombre que estaba cerca de ella hasta el momento. Ladeó su cabeza y allí estaba aquel rostro que tan bien recordaba. Cincelado en piedra. Esos ojos marrones, color chocolate con leche, cargados de curiosidad la escrutaban, y apostaría su fortuna a que el hombre estaba deseoso de quitarle la máscara para averiguar su identidad. Emma agradeció la idea de V de cubrirse, no podría soportar que Chesterfield la reconociese, aunque eso sería poco probable, porque ese hombre habría tenido tantas y tantas mujeres que a buen seguro él no recordaría a una imprudente jovencita que se atrevió a ofender al más conocido libertino del mundo con un beso robado. Pero, ¡qué beso! Em se humedeció los labios al recordar el pasado con él.

Chesterfield no había cambiado. Bueno, sí, había pasado el tiempo para él, lo encontraba algo más mayor que Patrick, pero el paso de los años tan solo lo habían convertido en un fruto maduro que Emma estaría encantada de probar. ¿Qué? ¿De dónde salía esta afirmación? Y lo peor de todo, ¿por qué sentía que estaba traicionando a alguien al tener esos pensamientos? Definitivamente, Oliver estaba atravesando su piel, pues en esa tesitura, sintiéndose una libertina depravada, no conseguía olvidarse de su amante. Y se sintió mal por pensar en otro hombre que no fuese su duque. Pero es que Chesterfield…. Un momento… ¿Su duque? Emma agitó la cabeza tratando de obviar esos pensamientos.

—Y bien, Lennox. ¿No vas a presentarnos a esta magnífica mujer que está empeñada en conocer la sala del dolor y el placer? —preguntó un muy interesado Ches.

—Chesterfield, no me gusta compartir lo mío —se apresuró a decir Lennox. Si bien Jason no quería dar a entender que tenía una amante, era lo único que se le ocurrió para tratar de proteger a Emma. El duque sabía que el conde de Chesterfield era implacable cuando se trataba de una conquista.

—Vamos, Lennox. Ambos sabemos que esta mujer no es absolutamente nada tuyo. Incluso me atrevería a decir que es algo de tu mujer —dijo con una perversa sonrisa—, pero no tuyo. Se ve

atrevida como V, pero definitivamente no tan… experimentada como las mujeres a las que acaba de observar hace escasos minutos —espetó con sorna el conde divertido con toda la situación.

—Disculpe, milord, pero quien sea yo, o deje de ser, no es asunto suyo —intervino altiva Em.

—Se equivoca totalmente —refutó él con presteza—, pues, por si no lo sabe, está ante el anfitrión de la fiesta. Me gusta saber quién entra en mis dominios. Además, me resulta usted conocida… —Se acercó más para escrutarla mejor. Ches no era como su buen amigo Patrick, quien nunca olvidaba una cara, pero él también tenía sus dones y esa mujer… Algo en ella le era familiar. Muy conocido.

—Se quedará con las dudas, milord. No pienso revelar mi identidad —apuntó muy segura Em.

—No se preocupe, no será un secreto durante mucho tiempo. ¿Verdad, Patrick? —lo instó a desvelar la identidad de esa bonita dama.

—Ah, no, Chesterfield. No me impliques. Yo respeto el anonimato de la dama.

—¿Dama? Así que sabes quién es, viejo zorro. —Miró con picardía a su amigo, el marqués de Ailsa, esperando la confirmación.

—No sé de qué me hablas, amigo —dijo Patrick dándose la vuelta y huyendo despavorido.

—Bueno, Chesterfield, creo que la noche se ha acabado para nosotros. Diría que ha sido un placer, pero más bien no lo ha sido. —Al duque de Lennox no le gustaba cómo el conde estaba mirando a la amiga de su esposa, pero menos le gustaba tener a Valerie cerca de un hombre con la fama de conquistador que él tenía.

Lennox agarró a las dos mujeres por la cintura y se las llevó de inmediato de aquel lugar de pecado. A regañadientes, Valerie y Emma se fueron, pues se quedaron con las ganas de saber qué sería eso de los látigos, las cadenas y la fusta. Emma estaba más empeñada en saberlo que Valerie. La duquesa no insistió en quedarse y conocer aquello. V tenía en mente someter a un riguroso interrogatorio a su marido esa misma noche. Antes de que se iniciase la recompensa por los servicios prestados, Valerie iba a saber todo eso sí o sí.

***

A la mañana siguiente, Emma se despertó nerviosa. Había soñado con imágenes de lo más obscenas, y lo más irritante es que en todas ellas había un solo protagonista: Oliver. El duque era el que le hacía todo lo que aquellos hombre le habían hecho a las mujeres y ella había disfrutado como una descocada. ¡Cielo santo! Una cosa era

buscar la pasión, pero otra era convertirse en una depravada. Definitivamente, ir a aquella fiesta indecente a satisfacer la promesa de acudir a una fiesta de Chesterfield había sido un error.

Mientras Emma divagaba sobre su libertinaje aún tumbada en la cama con los ojos cerrados, su doncella entró en tromba a su habitación.

—Despierte, milady. Rápido, vístase. Su excelencia, el duque de Ashton, está abajo y solicita ser recibido. —La doncella estaba aterrada porque ese lord había sido muy grosero y tirano con un servicio que él no pagaba.

—¡Dios! No puedo bajar así. No puedo ni abrir los ojos. Estoy muerta de sueño.

—Llegó usted muy tarde anoche, señoría. Y, permítame la confianza, llegó muy extraña.

—Por favor, te he dicho que no gastes el título. Soy la señorita Harrelson. Un día de éstos se te escapará delante de quien no debes —la regañó con suavidad.

—Disculpe, señorita, pero no consigo entender ese absurdo de renegar de lo que es suyo por derecho propio. El marqués de Ailsa hizo un esfuerzo sobrehumano para que se cumpliese la voluntad de su padre, y creo que no está siendo agradecida. Su padre estaría molesto con usted. —Los años que llevaban la una con la otra les había dado la suficiente comodidad para hablarse con sinceridad.

—Me rindo. No quiero discutir contigo. —Sospechaba que detrás de esas palabras estaba la mano de su madre—. ¡Rápido! Ayúdame a ponerme presentable para el duque.

Media hora más tarde, la señorita Harrelson entró en la sala de estar amarilla y pidió al servicio que sirviera el té y trajese unos pastelitos de canela. Emma estaba con el estómago revuelto, pues los sueños con Oliver habían sido muy intensos y hacía varias noches que el uno no disfrutaba del otro.

—Buenos días, señorita Harrelson —saludó en tono frío y seco Oliver.

—Buenos días, excelencia —respondió igual de solemne ella.

—Veo que se encuentra usted mejor… de salud —prosiguió el impasible duque.

—¡Oliver, basta! ¿Por qué te empeñas en jugar ese papel si estamos tú y yo aquí solos? —No podía continuar con la farsa.

—Tengo una pregunta mejor: ¿me has visto cara de estúpido? —estalló él.

—Estás imposible, Oliver —espetó derrotada Emma.

—Y tú, eres una mentirosa, embaucadora y Dios sabe qué más. —Ahí de pie él la miraba mientras ella, sentada, no comprendía qué sucedía.

—Detente de inmediato. No voy a consentir que me faltes al respeto por muy duque que seas —le advirtió correcta y pausada.

Oliver se acercó en dos zancadas hasta el sillón donde Em estaba sentada y la levantó con violencia, pero sin llegar a hacerle el más mínimo daño. Ella no se amedrentó. Le plantó cara con su actitud altiva.

—No sé a qué juego estás jugando, pero te aseguro que se acabó. He perdido bastante el tiempo contigo —le escupió en la cara con toda su arrogancia, dicho lo cual la dejó plantada y boquiabierta sin saber qué contestar a aquello.

Emma no entendía nada y sus alertas saltaron al pensar que él pudo haberse enterado de que ella había estado en la fiesta de Chesterfield, pero desechó inmediatamente esa idea. Era imposible que nadie la hubiese visto y reconocido allí dentro. Algo había pasado con Oliver y tenía que averiguarlo pronto, porque esa misma noche había pensado en hacerle una visita. Ese arrebato de genio iba a dificultar sus planes.

Desde que vio aquellas depravadas escenas no podía pensar en nada más que no fuese satisfacer su necesidad.

Bueno, ya vería qué haría al respecto. Por de pronto, debía desayunar y preparar su disfraz para acudir a una clase de esgrima esa tarde. Oliver tendría que esperar hasta la noche.

Tenía preparados unos pantalones, una camisa con un cinturón, sus relucientes botas y un gorro bajo el que esconder su preciosa melena. Esperaba que Lennox no se echara atrás y cancelase la clase. Emma sabía que, tanto ella como V, estaban abusando de la benevolencia del duque, pero era su oportunidad de ver más cosas del mundo masculino, ese que tan prohibido estaba para las mujeres. Porque, aunque ella había viajado por medio mundo y había conocido multitud de fascinantes culturas, el Londres masculino era todo un misterio que Emma quería desvelar desde su juventud, y más en estos instantes que había conseguido descubrir la pasión. Debía seguir con sus promesas pasadas y Valerie la ayudaría.

***

Diario de la señorita Harrelson:

Finalmente tengo que aplazar mi cita con el esgrima. Mi madre me ha recordado que tengo un compromiso ineludible, uno al que no me gustaría tener que ir precisamente esta noche. Se trata de la fiesta de compromiso

de lady Amelia Worth y mi buen amigo Leopold Shell. Confío en que Leo haya entrado en razón y sea un buen marido, pues, por lo poco que he podido averiguar, la hermana del duque no es para nada como él. Ashton es duro, pero Amelia es todo dulzura y ternura. Toda la sociedad únicamente tiene palabras amorosas hacia ella. Dicen que es muy parecida a su madre.

Por suerte, no estaré sola. Valerie me ha enviado una nota advirtiendo que su marido también ha sido invitado, en la misiva también me pide que dejásemos la lección con los floretes para mañana ya que arreglarse para un evento como el compromiso de la hermana del duque de Ashton va a necesitar mucho tiempo.

Mi doncella ha sacado un vestido de raso azul oscuro, ribeteado con un escote en pico que seguro hará que mi duque se derrita. ¿Mi duque? No sé de dónde salen esos pensamientos. Si bien han sido dos semanas de pasión constante, no ha habido más que satisfacción íntima, ¿no? Entonces, ¿por qué lo veo como mi duque?

La pregunta quedó sin respuesta en el libro que ella tan celosamente guardaba bajo llave. La señorita Harrelson no estaba preparada para admitir nada, pero una cosa era segura: quería hacer las paces con Ashton. Necesitaba armar una tregua para continuar con sus hazañas nocturnas con él. Al menos esa noche iba a verlo.

Emma y su madre llegaron puntuales a la fiesta de compromiso y lo hicieron en carruaje, tal y como su bendita madre insistió. La señorita Harrelson estuvo agitada pensando en tener que volver a pisar ese lugar, su casa, su apasionado nido de amor, y sobre todo por tener que ver a un duque que seguro estaría muy enfadado. Pero Emma no tenía ni idea de qué le ocurría, por lo que tendría que averiguarlo esa misma noche. Una tarea que estaba segura que no sería nada fácil.

—Buenas noches, V.

—Buenas noches, Em. Me alegro tanto de verte. Al fin una velada en la que no seré la única salvaje… —señaló riendo Valerie, pues a su amiga también le había puesto el mismo apelativo que una vez la sociedad utilizó para apuntarla a ella.

—Yo también me alegro, lady Salvaje. ¿Su excelencia te ha dejado venir sola a la fiesta? —preguntó Em con una media sonrisa, pues demasiado bien sabía que ese matrimonio no se separaba jamás.

—Oh, por supuesto que no. He mandado a Jason a por un par de copas de champán. He oído como anunciaban a la señorita Harrelson… —Valerie compuso una mueca de disgusto—. De verdad, Em, no lo entiendo. ¿Por qué no hacerles saber quién eres realmente? Patrick ha puesto el grito en cielo cuando ha oído que no usaban tu título. Y todos los periodistas de Londres… Todos queriendo averiguar

quién hay detrás del título…

—¿Patrick está aquí? —preguntó Emma haciendo caso omiso a lo que tenía que ver con su título.

—Sí, no te alarmes. Tu querido Chesterfield no ha venido, si es eso lo creo que te inquieta —espetó con sorna al verla contrariada.

—No es mi nada, y mucho menos mi querido… —Em bufó—. V, por favor, sé discreta.

—¡Oh, vamos, querida! —dijo con retintín—. Sabes que después de lo vivido ayer, no creo que la palabra discreción exista para mí. Hemos trasgredido todas las normas de la buena conducta. Estamos condenadas al infierno ahora.

—Dijimos que no volveríamos a hablar de ello —le recordó Em.

—Y no lo haremos —mintió.

—Solo me quedé con las ganas de saber lo que se podría hacer con cadenas y fustas. No lo concibo. —Seguro que no eran carreras como previó en un primer momento. Allí dentro no cabría una pista para hacer una carrera de hípica.

—Será mejor que olvides eso por completo… No creo que estemos hechas ni para verlo ni para hacerlo, créeme.

—¿Así que finalmente conseguiste que Lennox te instruyera? —quiso averiguar divertida y curiosa Emma.

—Cambiemos de tema. —Por supuesto que V había sonsacado toda la información a su marido, incluso él lo había simulado anudando las manos de su esposa con un suave pañuelo. Hasta le dio un par de nalgadas para expresar su punto, pero a una mujer fuerte como ella todo eso no le inspiró en absoluto, cosa que hizo que desechase de inmediato su incursión en el placer que podrían dar las cadenas y los látigos. Eso no era para ellos, no al menos por de pronto, pensó V.

—Está bien —se conformó Em.

—¿Conoces al anfitrión? —Era hora de que V cambiase de tema, pues no quería explicar nada más al respecto.

—¿A Leo? No recuerdas a nuestro Leo.

—Em, claro que recuerdo a Leo, pero él no es el anfitrión. Me parece que es el duque de… ¡Ay! —V pateó el suelo como si fuese una jovencita—. ¿Cómo se llamaba? —preguntó con una sonrisilla.

—Ashton. El duque de Ashton.

—Ah, sí, eso es. Veo que lo conoces —sonrió aún más con malicia V—. Me ha dicho Lennox que es frío como el hielo, y tiene gracia que él lo diga, porque tendrías que haber conocido a Jason antes de mi llegada. Era mármol puro. —Cómo se divirtió con él antes de que su historia se convirtiera en oscuridad. Por suerte, todo tuvo arreglo. V no concebía su vida sin su mayor punto de apoyo. Su esposo era su vida entera.

—¿Quién era mármol puro, V? —Patrick se acercó con dos copas de

champán hacia ellas.

—Buenas noches, señoría —saludó cortés Emma al primo de V, haciendo una breve reverencia.

—Señoría —contestó Patrick mientras cogía su mano enguatada y depositaba un suave beso.

—Por favor, Patrick, no utilices mi título. No sé qué os pasa a todos con él —se quejó Emma.

Desde que la señorita Harrelson regresó a Londres había conseguido esquivarlo, al parecer eso había llegado a su fin.

—Teniendo en cuenta que fue la santa voluntad de tu padre dártelo en herencia y moví cielo y tierra para conseguirlo, es lógico que quiera que lo utilices. Más cuando solo he oído que de ti no dicen cosas muy agradables, señorita Harrelson. —El marqués de Ailsa tuvo que contenerse varias veces para no gritar a varias chismosas que estaban criticando a su protegida.

—Si soy un cielo, Patrick —señaló con falsa inocencia—. Lo que sucede es que no me comprenden. Además, todos sabemos que llevo con orgullo el título de lady Salvaje. —Puso ojitos de corderito ante el primo de V. Eso solía funcionarle muchas veces.

—Seguro que sí. Eres buena como el pan, sería a tu perversa hermana gemela a quien vi anoche en cierto lugar.

—Shhh. ¡Por favor, no me descubras! Ya saben que soy una bárbara, si se enteran de eso de ayer… Mamá se moriría.

—Vamos, Patrick, no seas malo —terció V.

—No soy malo, pero estoy harto de vosotras. Las tres habéis sido una piedra en mi zapato. Al menos solo queda una por situar. Gracias a Dios, Lena y mi díscola prima son al fin problema de otros. Pero tú, Emma, me preocupas. —De la otra amiga de Valerie que tenía siempre en la cabeza él no iba a hacer observación ninguna. Porque entre otras cosas, tenía cosas pendientes con su dama y era un asunto muuuy peliagudo

—Oh, Patrick, no me hagas reír. No imagino a Em casada. Ni tú, el todopoderoso Patrick, podrás hacerlo —dijo chistosa V.

—No pienso casarme —aseveró Em.

—Eso mismo dijo V en su momento y mira lo felices que son Jason y ella. No conozco a una pareja más enamorada —tomó un segundo y añadió—, ni más chiflada, si me permitís decirlo.

—¡Oye, primo! —lo amonestó V.

—No creo que encuentre a nadie como su Jason. Si encontrase a alguien así… ¿Quién sabe? Tal vez… No sé… —dijo una soñadora Emma.

—Em, mi marido no era así. ¡Si lo hubieses conocido! Fue muy difícil de conquistar, pero sabes que adoro los retos. —La historia era de lo más complicada, pero eso era un buen resumen de lo sucedido.

—Bueno, estamos en un baile, señoras. ¿Por qué no bailamos? —Jason se había acercado con otras dos copas de champán que pronto acabaron vacías sobre una bandeja que portaba un lacayo.

—Sí, sí, cielo, bailemos —dijo entusiasmada una Valerie algo ebria, pues no era su segunda ni tercera copa—. Patrick, puesto que tanto alardea Em de ser considerada una salvaje, deberías hacer algo al respecto. ¿Me entiendes? —V levantó una ceja al estilo que Patrick solía hacer cuando tramaban algún plan secreto.

—Sí, prima, entiendo. Pero no sé sí sabrá hacer el numerito.

—Patrick, venga, hace años que no escandalizas y yo soy una mujer respetable. Pero Em se merece que hablen de ella como la escandalosa y salvaje Harrelson, así no tendrá más remedio que acallar a las malas lenguas con su título. Cuando todos sepan quién es y lo que ha hecho… Piénsalo, todo son ventajas, Patrick. Hazlo —le ordenó.

—Me has convencido, Valerie. —Hacía tiempo que no se divertía y el marqués de Ailsa tenía ganas de hacer algo insensato. Además, sería una buena estrategia hacer lo del numerito para ver si su sospecha era cierta.

—Esperad, ¿yo no tengo nada que decir? —preguntó una irritada Emma—. No sé lo que es eso del numerito, pero no voy a participar en ello.

—Está bien, Em, pero aun así bailaremos. —Patrick guiñó un ojo a su prima al ver que V iba a replicar y Valerie calló con una sonrisa en sus labios.

Las dos parejas comenzaron el baile. Un vals. Emma estaba muy divertida y contenta al estar rodeada de sus amigos. Pero algo le ensombrecía la velada. Desde que había entrado en el gran salón, su mirada había seguido a Ashton sin descanso. Él, tal y como ella suponía, no la había mirado ni una sola vez. Había estado pendiente de su hermana y de su futuro cuñado, así como de otras personalidades destacadas. Pero ella no existía para él.

Emma sintió un nudo en el estómago. Parece que esas dos semanas no habían significado nada. Oliver era un ser desalmado, pues si era capaz de cerrar esa aventura de un plumazo sin más explicaciones… Emma no sabía qué haría al respecto y también era consciente de que bailar con el marqués de Ailsa, precisamente un vals, tampoco iba a ser algo que el duque de Ashton se tomase a bien. En fin, ella no podía hacer nada más que divertirse. Esperaba que en algún momento ambos pudiesen encontrase y él fuera mínimamente razonable. O, como poco, le ofreciese una explicación a su conducta. Eran personas adultas y civilizadas que podían arreglar sus diferencias dialogando, ¿cierto?

El baile estaba siendo muy agradable para Emma. Patrick era un bailarín magnífico y además era un hombre muy apuesto. Estaba

segura de que muchas mujeres estarían envidiándola. No pudo evitar preguntarse si habría alguien en el corazón de ese hombre tan maravilloso

—Em, ¿estás siendo buena en Londres?

—Claro que sí. Tu pregunta me ofende, Patrick. —¿Qué habría oído? Esa mirada que él estaba poniendo tan acusadora…

—Veamos, Em. Después de lo de ayer no esperarás que me crea que estás siendo sensata. —No era una pregunta.

—Soy buena, pero eso no quita que quiera hacer algo más con mi vida. Como adivinarás, tengo inquietudes muy peculiares. —«Y no soy la única, ¿o acaso olvidas quién es la bonita de tu prima?», quiso gritarle.

—No hace falta que lo jures. ¿Sabes que tengo a Chesterfield preguntando a cada minuto quién eres?

—No se lo digas jamás. Si se llegase a enterar alguien…

—No lo haré, pero me encantaría ver la cara que pone al saber que su mujer misteriosa es aquella chiquilla que le robó un beso al granuja más grande de todo Londres. —Él rio con suavidad.

—¿Cómo lo sabes? ¡Dios mío, qué vergüenza! Pensé que solo lo sabíamos Lena, V, yo y él, por supuesto.

—Deberías saber que a mí no se me escapa nada. No sería quien soy, ni haría lo que hago, si no fuese capaz de averiguar una simple travesura realizada bajo mi techo. Lo que me recuerda mi siguiente pregunta: ¿Qué hay con Ashton? —Emma perdió el paso ante la pregunta.

—No sé de qué me hablas, Patrick. —No tenía sentido mentir y menos ante Patrick, a quien no se le escapaba nunca nada, pero no pudo evitarlo.

—Mientes muy mal, preciosa. Llevas pendiente de él toda la velada, y él de ti. —Ella se quedó con la boca abierta por la última afirmación de Patrick—. No te asombres tanto, yo estaba hablando con él y al anunciarte se ha quedado en blanco. Yo pensé que era sorpresa por no haber usado tu título, pero al observarlo y verlo clavándome esa mirada asesina fría como el hielo que mantiene sobre mí desde que me acerqué a ti, sé que hay algo entre vosotros.

—Te repito que no hay nada. —Ciertamente no era una mentira, su amante había terminado la relación esa misma mañana. No estaba mintiendo tan descaradamente como antes.

—Sea lo que fuere, estoy a un paso de averiguarlo —la amenazó, y ella tembló.

La música llegó a su fin y, tal y como había sugerido su prima, el marqués de Ailsa hizo su numerito con la hija de su estimado amigo, el difunto señor Harrelson. Hizo girar a Emma sobre sí misma cinco veces seguidas y a continuación deslizó el cuerpo de la mujer sobre

sus brazos para inclinarla sobre la espalda de ella. Se quedó a escasos metros de la cara de su protegida. Emma se sobresaltó y miró expectante la cara del marqués para pedir una silenciosa explicación. Pero Patrick no estaba observando a la dama, él estaba mirando fijamente al duque de Ashton, quien en ese momento partió la copa de champán que sujetaba en su mano. Varios lacayos fueron rápidamente a socorrerlo.

Emma pudo oír el chasquido de la copa y juraría que también se oía el rechinar de los dientes del duque. Pero antes de esos sonidos, el salón había estallado en susurros censuradores hacia la señorita Harrelson y su imponente pareja de baile. No obstante, era el todopoderoso Patrick y nadie osaría contrariarlo.

—Te dije, Emma, que lo averiguaría. Veo que hay mucho más de lo que preveía en principio y no me agrada en absoluto. Estás jugando con fuego. Prometí a tu padre cuidarte y eso haré. No creí que fueses tan insensata para inmiscuirte con alguien como él.

Emma tragó saliva ante la reprimenda y no se atrevió a decir nada, pues sabía que era imposible engañar a ese hombre. Había quien decía de él que era un brujo, pues Patrick siempre lo sabía todo y su intuición era muy conocida entre las altas esferas de Londres. Es por ello que el marqués de Ailsa era uno de los consejeros reales más tenidos en cuenta por la Corona, debido a sus innumerables proezas, que por supuesto eran secretas.

***

Oliver Worth no daba crédito a lo que sus ojos observaban. No es que la señorita Harrelson pareciese el pecado hecho carne. Esa mujer había nacido para tentar a los hombres y para atormentarlo a él. Una vez pensó en ella como una solterona insulsa. ¡Qué equivocado estaba! Si no fuese porque vio su sangre virginal, diría que ella era la más exquisita de las cortesanas. Tenía talento natural y, lo más importante, no tenía ninguna inhibición en cuanto al deporte de cama se tratase. De no ser por la actitud de Em y sus deseos de apartarla de su futuro cuñado, no se habría fijado en ella. A Dios gracias por haberla descubierto. Su cabello oscuro y sedoso, junto con sus ojos verdes, competían en atención con sus suaves labios que ya no se encontraban hinchados y rojos a causa de sus besos. Su vestido ajustado a cada una de sus exuberantes curvas y sus pechos, llamándolo a gritos ensordecedores, hacían que cierta parte de él diese un brinco.

Ahí de pie, atendiendo a todos sus invitados, se maldijo por el curso de sus pensamientos y por su debilidad. Pero todo ello no era lo que verdaderamente importaba en ese mismo momento.

Ashton no salía de su asombro al verla en la puerta de su mansión, el día de la fiesta de compromiso de su hermana, acompañada de su madre. ¡Qué desfachatez! Su mirada parecía tan dulce. ¡Embustera! ¿Cómo tenía esa pérfida mujer el descaro de presentarse ante él, después de lo que había hecho? Una insulsa solterona, una pobre señorita Harrelson de la que nadie había oído hablar jamás. ¡Burlarse de él! ¡De un importante y distinguido duque! Sí, ella se merecía su ira, se dijo él mismo, porque Ashton era un hombre que podría tener a cualquier fémina a sus pies con solo chasquear los dedos.

¿En qué estaría pensado al haber caído en el juego de aquella insoportable mujer? Pero si ni tan siquiera le prestó atención cuando la vio por primera vez. Solamente se había dirigido a ella para evitar que su futuro cuñado, el señor Shell, se descarriara, trató de convencerse. Oliver era un hombre que prestaba mucha atención a los detalles y después de ver el interés que prestaba Shell en ella supo que ahí podría estar gestándose algo que no debería, pues él estimaba a su hermana Amelia por encima de su vida y ella estaba muy enamorada de ese hombre. Tras ver que en varias ocasiones el señor Shell había estado a punto de llevar a esa insulsa solterona a los jardines, decidió tomar cartas en el asunto. Su intención había sido la de llamar la atención de ella para desviarla de la de su futuro cuñado, pero esa mujer lo había hechizado por completo. Su sinceridad, su falta de máscara ante la sociedad, su frescura, su ímpetu… Todo en ella invitaba a querer más y a anhelar descubrirla. Emma había conseguido que él quisiera desnudarla día y noche. Y no sólo su cuerpo, sino también ansiaba conocer su alma.

Todo comenzó como un juego para él. El plan del duque era sencillo, mantenerla ocupada. Pero sin duda, en algún punto todo se había ido al garete. Al garete no, ¡al infierno!

¿Cómo había pasado aquello? Todavía repasaba las escenas en su cabeza y estaba seguro de que el primer error lo había cometido al no dejarla caer al suelo cuando ella se desmayó. Bueno, cuando simuló un vahído. Y aquel primer guiño de ojos, y aquella vez que lo miró de arriba a abajo tan descarada… Ahí ya debería haber sospechado de su perfidia ¿Qué dama sensata y respetable tramaría semejante ardid? ¿Y con qué fin? Con el fin de estar entre sus brazos. La propia Emma se lo confesó. Esa afirmación lo desarmó por completo. No pudo pensar en nada más que en tenerla pegada a su cuerpo, fuese sobre o debajo de él.

Si vestida le gustaba, desnuda era perfecta. Sencillamente, era sublime. Esas redondeces tan sugerentes… Esos senos perfectos… Había lamido y probado cada rincón de aquel manjar en los quince días en los que ambos se habían entregado a la pasión sin freno. ¿Quién iba a imaginar que ella se lanzaría a besarlo en la ópera? Y la

pregunta más importante, ¿quién habría dicho que poco después ella tendría el valor de presentarse en su casa? ¿Qué clase de mujer haría una cosa así? Una mujerzuela. No había dudas de ello.

Ashton estaba enfadado. Muy irritado consigo mismo por haber caído en su juego. Esa mujer era tan… tan… ¡tan maquiavélica! Y cuando descubrió su perfidia dolió. ¿Por qué se sentía herido si tenía muy claro lo que de ella quería? Eran amantes.

Él no podía simplemente resignarse a pasar una sola noche más sin ella. La culpa era de Emma, pues con sus visitas nocturnas había hecho que se enganchase a ella como una potente poción. Emma era opio puro para él. Así pues, a las pocas noches de no tenerla en su lecho, no pudo más. Oliver había respetado que ella no quisiese coincidir con él en ningún acto social, porque por las noches esa bruja, que había hechizado todos sus sentidos, se aparecía en su casa para poder saciarse de ella. Y podía respetar que no se viesen públicamente, porque estaba seguro de que si compartían un mismo espacio a la vista de la sociedad todo el mundo se percataría de lo que él no quería ser consciente, y era que estaba total y absolutamente prendado de ella.

Lo dicho, ya no podía estar una noche más sin ella. No pudo más y se dispuso a ir hacia su casa. Ahí estaba él, en mitad de la noche, investigando las ventanas y muros de la casa de esa hechicera para averiguar el mejor modo de asaltarla. Fue entonces cuando la vio. Impecablemente vestida y ataviada con una máscara para ocultar su identidad. Emma salía de su mansión para meterse en un carruaje de alquiler. Por descontado, tuvo que seguirla. ¿Indisposición? ¡Y un cuerno! Esa mujer tramaba algo e iba a averiguarlo.

El corazón le dio un vuelco al ver que de ese carruaje salían tres personas en mitad de la noche. Una de ellas era su bruja y con ella había otra pareja, un hombre y una mujer, ataviados con dos máscaras también. Los tres entraron en una gran mansión y los celos le picaron al ver cómo ella se agarraba del brazo de ese misterioso caballero.

Cuando el trío despareció hacia el interior de la casa, intentó entrar, pero en la puerta aquel matón, que parecía un armario ropero, le pidió su invitación y de la entrada no pudo pasar.

Tuvo santa paciencia y esperó, y esperó… Hasta que, horas más tarde, ella salió. Si antes había sentido celos al observarla del brazo de aquel hombre por estar tocando a su hechicera, por de pronto estaba que ardía de furia. Emma salió de aquel misterioso lugar colgada del brazo de un caballero, pero este no llevaba ninguna máscara. Pues el marqués de Ailsa no necesitaba ocultarse de nada. El bueno de Patrick. ¿Quién no conocía a Patrick? Ashton se pasó nervioso las manos por el cabello tratando de serenarse. Él conocía muy bien a Patrick, su fama era legendaria y antaño habían compartido un pasado

muy curioso, cuando un escándalo con lady Susan Dawson estalló. Era uno de los hombres más importantes de todo el reino. Nadie le hacía sombra a aquel hombre. Oliver había mantenido negocios con él, ningún hombre que no fuera importante no estaría al tanto de la fama y reputación de Patrick. ¿Qué hacía Emma con él? ¿Mantendría otra relación ilícita con el marqués? La furia comenzó a prender en su fuero interior de una manera descomunal. Y eso no era nada para el estallido de ira que se avecinaba.

Dos hombres, que acababan de salir por la puerta principal de aquella casa, pasaron por el lado de Oliver conversando alegremente sobre la gran noche que habían vivido compartiendo cada uno a tres damas. Ambos alardeaban con ímpetu del poder de aguante que habían tenido para hacer frente a las exigencias de no una, ni dos, sino de tres exquisitas y exóticas mujeres.

Aquel lugar había sido testigo de una bacanal de sexo, lujuria y depravación. Algo que quedó patente cuando, de nuevo, pasaron por su lado cuatro mujeres —que también acababan de salir de la casa y se disponían a entrar en un coche de alquiler que estaba situado frente al duque— y comenzaron a reírse y a felicitarse por haber descubierto el poder sensual de una fusta a manos de un tal Chesterfield. ¿De qué le sonaba a Oliver ese nombre? No conseguía recordarlo, pero sin duda lo había oído previamente, aunque no conseguía situarlo.

El duque no podía creerse que Emma hubiese participado en aquella bacanal, pero estaba todo más que claro. En esa casa se había llevado a cabo una fiesta obscena y esa mujer salía del brazo de Patrick. Oh, sí. El descaro de esa bruja, de esa ramera, no tenía límites. Por lo visto, ella se había cansado de él y buscaba explorar otras indecencias con otro amante. Otro que no era ni más ni menos que uno de los hombres más importantes del reino. Alguien con más poder que él y ¿con más prácticas de seducción? ¿Qué le habría hecho el marqués de Ailsa para que ella le prefiriese frente a él?

Oliver se consideraba un buen amante. ¿Sería Emma de esas mujeres que querían ser sometidas y torturadas? Por Dios, solo de pensarlo se le hacía un nudo en la garganta. Emma era un torbellino pasional, sin pudor ni inhibiciones, ¿pero hasta el punto de participar en orgías y utilizar fustas? Si era así, prefería haberlo descubierto de inmediato, puesto que él sería incapaz de llevar a cabo tales ejercicios íntimos. Una vez le dio una cachetada a una mujer en pleno vorágine —por probar lo que se sentía— y se arrepintió de inmediato. La seducción para Ashton era hacer el amor, procurar pasión y ternura, hacer estremecer a su mujer. Cierta parte de su carácter era fruto de la herencia de su madre, y él se empecinaba en no pensar en esos términos, pero todo en él le decía que debía adorar a Emma. Maldita sea. La debilidad de su madre volvía a aflorar en él, se lamentó.

Emma había jugado bien con él, pero eso había llegado a su fin. Él no compartía nada suyo. Se lo avisó la primera noche y ella accedió. No, él estaba buscando una esposa justo cuando esa bruja se cruzó en su camino. Era momento de acabar su extraña relación con ella y seguir buscando en el mercado matrimonial a su duquesa. ¡Sería por jóvenes bellas y dispuestas! Adiós, Emma, se dijo en aquel momento en que la descubrió en la fiesta, pues al día siguiente pasaría página de una vez por todas.

Y pasó página. Se presentó en su casa y le hizo saber que su relación había terminado. Pero, en toda su organizada y tranquila vida, nunca imaginó que esa hechicera se plantaría en su casa, en la fiesta de compromiso de su hermana, como si nada hubiese pasado. Como si no hubiese participado en una orgía o qué sabía Dios. Y encima tenía la poca vergüenza de coquetear ante toda la sociedad con su amante, el marqués de Ailsa. ¡Y delante de sus narices! Esa mujer no conocía el respeto ni el decoro.

De repente, un clic y un estallido de vidrio llamó la atención de todos sus invitados. El tranquilo duque de Ashton había partido la copa de champán en dos y se arrepintió al momento de no haber ocultado los sentimientos ante el gran Patrick. Pero a estas alturas le daba igual. Su enfado era descomunal, su interior bullía y solo su aguante podía contener a la gran bestia que se empeñaba en salir a la superficie. Debía mostrarse sereno, porque si esa bestia interior tomaba el control… Solo Dios sabía lo que le haría a esa mujer y a su amante.

Excusándose ante sus invitados, logró llegar hasta su despacho desesperado por acallar la furia. Maldito Patrick y maldita Emma por despertar en él al monstruo de los celos. Se convenció de que aquello estaba terminado. Esa mujer, esa don nadie, no merecía ningún pensamiento de él. Se paseó nervioso por su despacho como un león enjaulado. Se sirvió una copa de whisky escocés y la terminó de un trago. No tuvo bastante y pasó a servirse otra que volvió a beber rápidamente. Necesitaba calmarse porque le faltaba bien poco para coger al marqués de Ailsa por el cuello, ahogarlo con sus propias manos y ver la cara de esa bruja mientras mataba a su amante. A ella la dejaría con vida, tan solo para raptarla y encerrarla en su habitación hasta que se cansase de ella. Y entonces, solo entonces, la mataría con sus propias manos.

Tan concentrado estaba en sus ansias asesinas que no se percató de que la puerta se había abierto y alguien estaba a sus espaldas.

—Deberías avergonzarte. Has dado un espectáculo lamentable. Todo el mundo se ha dado cuenta de que te tiene comiendo de la palma de su mano. Ella no es buena para ser tu duquesa. No puedo creer que hayas caído tan bajo, Oliver. Dime que es lujuria. Que

ciertamente no la estás considerando —le espetó furiosa la mujer.

—Sostén tu lengua viperina tras tus dientes, Susan. Ve con tu prometido. Hoy no estoy de humor.

—Te has puesto en evidencia.

—No he hecho nada semejante.

—¿Acaso no has medido delante de todos tus invitados tu mirada con el hombre más poderoso del reino por ella? —le retó a desmentirlo.

—No es más que un marqués. ¿Acaso olvidas que yo soy un duque?

—Así que sabes de quién estoy hablando.

—No caeré en el error de subestimarte, Sue. Ambos sabemos de qué estamos hablando. O más bien de quiénes.

—Te has mostrado celoso ante todo el público. Un error imperdonable.

—Y tú lo estás haciendo ahora y no está bien, porque tu prometido, mi mejor amigo, está a pocos metros de nosotros.

—¿Acaso crees que nadie ha notado como la seguías con los ojos desde que ha entrado por la puerta? Sabes que ella no es la correcta, y que si él ha puesto sus ojos en ella no tienes nada que hacer —le espetó refiriéndose al marqués de Ailsa.

—Es una suerte, entonces, que no haya puesto mis ojos en ella.

—¡Claro! Y yo mañana seré la reina de Inglaterra.

—Créeme, Sue, Emma no está a la altura del ducado de Ashton.

—¿Emma? ¿Por qué utilizas su nombre de pila, Oliver? ¿Tan amigos habéis llegado a ser? —preguntó con malicia lady Susan Dawson.

—La señorita Harrelson es la última mujer en la faz de la tierra sobre quien yo pondría mis ojos. No es más que una don nadie que carece de atractivo y de actitudes. Es tan solo una pobre desgraciada, una mediocre e insulsa solterona, con unos modales toscos, falta de seriedad, incapaz de mantener la atención de un hombre, y menos un hombre como yo. ¿Crees que el duque de Ashton se conformaría con algo de tan bajo calibre? Ambos sabemos que jamás será una duquesa, ni tan siquiera podría aspirar a ser la amante del más pobre noble de título bajo. No me rebajaría jamás a poner el listón tan bajo con semejante espécimen. Estoy seguro de que la atención que le regala el marqués de Ailsa es por pura diversión. O tal vez por pura tristeza, pues todo el mundo sabe que está considerada una paria, una inadaptada, una salvaje, como una vez tú misma dijiste. Tal vez la señorita Harrelson solo sea una obra de caridad para él. Pues no creo que pueda ser considerada como algo más por ninguno de los caballeros aquí presentes. Podría estar bien para pasar un buen rato, los muslos de una mujer abiertos es lo que necesita un hombre. Pero nada más.

Después de aquella revelación, lady Susan se quedó asombrada. Pasaron unos minutos hasta que ella pudo recuperar el habla.

—Vaya, Oliver, estaba preocupada, pues sin duda malinterpreté tus sentimientos. Veo que eres consciente de dónde te meterías. Me dejas más tranquila. No soportaría que me hubieses echado a un lado en pos de una mujer que no es apta para el puesto. Ahora veo que mis preocupaciones son infundadas, pues después de tu discurso no me queda duda de que esa mujer no es nada para ti y que solo merece tu desprecio y tu repulsión.

Tras una entornada puerta maciza de color ébano, una Emma cargada de lágrimas se aferraba al brazo de un hombre para pedir en el más absoluto silencio que no entrase en aquella habitación. La señorita Harrelson era incapaz de contener las lágrimas pero sí podía ahogar los sollozos. Con sus manos atrapando el brazo de Patrick, pidió, tan solo con la trémula mirada, que la sacase de aquel lugar.

El marqués de Ailsa necesitó todo su autodominio para no cargar en tromba hacia Ashton. Quería entrar y patearle el hígado a ese hijo de mala mujer. ¿Quién demonios se creía ese maldito esnob para calumniar a Emma, la marquesa de Montrose?

Emma. Solo ella tenía la culpa. Emma. Demasiado bien sabía Patrick que el título que ella misma se oponía a utilizar era su mejor salvavidas para una sociedad británica tan llena de veneno. Si su amigo, el señor Harrelson, luchó por que ella lo mantuviese tras su muerte fue para, justamente, evitar una situación como la que se estaba dando. El marqués de Ailsa se lamentó en ese momento de haber dejado tan apartada de sus atenciones a Emma en estos años. ¿Quién iba a pensar que ella sola se iba a meter en todo aquel aprieto? Está bien, está bien. Él debería haberlo previsto. Con todo ese mundo y culturas visitadas, Emma era mucho más que una simple mortal. ¿Pero por qué demonios no había utilizado el título?

Tan solo las lágrimas y los ojos suplicantes de su querida Emma frenaron los impulsos homicidas que sentía en ese momento, pues vio en los ojos de ella su súplica. Emma no quería que él interviniese, le estaba pidiendo que la sacase de aquel lugar. Patrick suspiró a modo de resignación y la sacó de aquel lugar lo más rápido que pudo.

Al verlos salir apurados, V salió disparada en busca de la madre de su amiga para explicarle que Emma pasaría la noche en su casa. Valerie no quería alarmar a la señora Harrelson con aquello que hubiese pasado. Aunque no tenía todos los detalles, la mirada furibunda de su primo no presagiaba nada bueno y los ojos de Emma sí decían que alguien la había herido. Que el cielo se apiadase del pobre infeliz que había osado contrariar a Patrick, y más si lo había hecho enfadar a través de su protegida. Ese que había osado insultar al marqués de Ailsa y a la marquesa de Montrose era hombre muerto.

De ello V no tenía la menor duda.

Su marido, Jason, la siguió raudo. Una vez fuera, los cuatro subieron en silencio al carruaje. El mutismo tan solo era roto por el llanto contenido de una Emma hundida. Nadie se atrevió a decir ni una sola palabra. La escena era aterradora. V y su marido se miraban contrariados, mientras Patrick abrazaba a Emma para infundirle ánimos. V estaba asombrada de ver ese sentimiento paternal en Patrick. El marqués de Ailsa la había consolado multitud de veces, pero jamás lo había visto en una actitud similar con nadie, aparte de con ella misma y aquella otra vez que su amiga Gertrude cayó del caballo y él estuvo atendiéndola. V sacó pecho al ver a su primo en esa actitud. Estaba orgullosa de que siempre defendiese a quienes lo mereciesen.

Y en sus pensamientos, V no pudo evitar rememorar aquel día en Rosings Park en el que su Jason le escupió todo el veneno a la cara y le aconsejó ser la furcia de cualquier hombre, porque él no la querría jamás. Aquel día, el día que pensó que se moriría de pena, su primo había ido a su habitación para consolarla y calmarle el ataque de ansiedad que sufrió. Se estremeció al recordar aquella escena que aún sangraba en su corazón. Su marido pareció leerle el pensamiento y acto seguido deslizó un brazo por su espalda para atraerla hacia él y recostarla sobre su pecho. De la manera más tierna, pero dominante y posesiva, hizo que su mujer olvidase aquel pensamiento que había ensombrecido su rostro. Jason juró que su mujer nunca volvería a sufrir mientras él viviese, y ese sería su cometido hasta el fin de sus días.

—Te amo, pequeña. Nunca lo olvides, mi duquesa —le susurró el amor de su vida.

***

El corazón del marqués de Ailsa dolía. Llevaba dos de dos, pero la tercera iba a ser complicada de casar. Y sobre la cuarta… No quería ni pensar. Esas mujeres iban a acabar con él. Eso sin contar el cambio de actitud de su tía Elvina, la marquesa viuda de Ailsa. Porque la madre de Valerie había experimentado un cambio de aspecto que le llevaba de cabeza. ¡Estaba harto de pretendientes! Las mujeres de su vida eran un auténtico incordio.

—Voy a servirme una copa. ¿Me acompañas, Patrick? —pidió el duque de Lennox mientras las mujeres subían la escalera en dirección a la habitación que V había asignado a Em.

—Creo que… —Patrick las veía subir lleno de angustia.

—No te preocupes por ella. V la cuidará, no creo que la someta a

ningún interrogatorio, la ayudará a cambiarse y la acostará. Emma estará bien. Vamos al despacho —lo conminó.

—Tienes razón. Además, necesito una copa, o mejor la botella entera. —No eran únicamente los problemas que acusaba con Emma. Él mismo estaba viviendo un infierno personal de proporciones bíblicas.

Jason sirvió dos generosas copas y le pasó una al marqués de Ailsa. Tomó asiento en la silla contigua a la de Patrick. No quiso sentarse en su silla, detrás de su escritorio. Prefería mantener una conversación de igual a igual, como solía hacer el marqués de Ailsa habitualmente con los pretendientes de sus protegidas. Sabía que su amigo estaba muy alterado porque, aunque Patrick sabía ocultar muy bien sus emociones, el marqués era incapaz de enmascarar su rabia. Pasaron los minutos y ninguno de ellos abrió la boca.

Jason iba a dejar que Patrick se serenase. Sabía que él hablaría cuando estuviese preparado.

— ¡Malditos infiernos! —estalló el marqués.

—La madre de mi esposa te regañaría por ese vocabulario, amigo.

—Desde luego, Elvina me mandaría callar con una sola mirada. Pero dado todo lo que podría decir, es el menor insulto que se me ocurre en estos momentos.

—No lo dudo. Debe haber sido algo fatídico para conseguir ponerte en ese estado.

—Nadie me culparía por matarlo, puedes estar seguro de ello.

—¿A quién planeas dar muerte?

—¿Tú a quién crees, Lennox?

—Se me ocurren dos candidatos. La primera debería ser Emma, pues estoy seguro de que ha hecho algo que no debería, y apuesto mi título y mi felicidad a que el segundo es Ashton.

—Valerie te está enseñando demasiado bien —le dijo con admiración.

—Son ya algunos años viviendo entre leones, no puedes culparme por haberme convertido en uno.

—Desde luego. Al final serás tú más Manchester que nosotros mismos.

—¿Es irreparable? —preguntó desoyendo el comentario del marqués.

—No tengo todos los detalles, debo hablar con Emma primero.

—Patrick, si no quieres hablar del tema no pongas burdas excusas. Ambos sabemos que conoces al dedillo la situación. Tú eres tú, el todopoderoso Patrick.

—Siempre se me olvida que tú, mi querido amigo, y mi prima me conocéis casi mejor que yo mismo. —Patrick hizo una pausa para serenarse. Tomó aire y prosiguió—. Creí que mi época de niñera había

terminado. Considero que estoy como al principio. En algún punto del camino la sensata Emma se ha perdido. Se ha convertido en toda una mujer segura de sí misma, con unos objetivos demasiado ambiciosos y definitivamente es muy peligrosa para la cordura de muchos, incluida para la mía propia.

—¿No estarás diciendo que estás enamorado de ella? —Jason sabía que el corazón de Patrick estaba ocupado, pero cosas peores se habían visto.

—Tanto como un hermano mayor pudiese querer a su pequeña protegida, Lennox. —«Además, con un remordimiento tengo ya bastante», pensó el marqués.

—Por un instante me habías preocupado. Sobre todo por tu historial con otra cierta dama problemática y que ahora mismo está…

—¡Oh, no! No la nombres, Jason. No estoy de humor. Los problemas de uno en uno. ¡Por lo que más quieras! Ese es un puente que cruzaré en otro momento. —«No sé cuándo pero algo voy a tener que hacer…», pensó en sus adentros.

—¿Cuál es el problema aquí? Con Emma, quiero decir. ¿Tan grave es?

Patrick suspiró. Buscó la manera más resumida de explicar sus preocupaciones.

—Lennox, ¿cómo de grave era tu problema con V en Rosings Park? Tu última noche allí o los días previos, lo que quieras pensar me vale —Patrick intuía que había muchos problemas con su protegida Em, y por ello evocó aquel pasaje agónico que el duque había tenido en la finca de Rosings Park.

Jason hizo memoria y rememoró aquella fatídica noche. Aquel momento fue decisivo para los siguientes meses, pues esa noche él había declarado la guerra a su ya duquesa. Una V que se había metido bajo su piel y que a base de noches y momentos de pasión había conseguido despertar el amor, pero también el odio en su interior. Lennox hizo una mueca, dándose cuenta de la gravedad del asunto. Patrick comprendió que su amigo sabía de qué estaba hablando.

—Veo que lo has comprendido, Jason.

—Si es similar, tiene muy mala pinta.

—Es peor que lo tuyo. Pues a ti, aquella vez no te oí escupir todo tu odio a la cara de mi prima. Pero a Ashton lo he oído alto y claro, y está a un paso de cavar su tumba.

—Así que han discutido.

—No, mucho peor.

—¿Peor que una discusión de enamorados?

—No sé si de enamorados, pero sí es peor que una discusión, de lo que en este caso sería de amantes. Ashton ha calumniado de la forma más vil y rastreara a la marquesa de Montrose. Y lo peor de todo es

que no es consciente de que ha proferido los peores insultos a la mujer que él ama, porque dudo mucho de que él se haya dado cuenta de ello.

—Y tú eso lo sabes porque… —le animó a seguir haciéndole un gesto con la mano.

—De eso, Lennox, estoy seguro porque he oído en cada sílaba el eco de un odio visceral de un hombre ultrajado, despechado y celoso. Algo que si no me equivoco tú sabes exactamente lo que es, puesto que has estado en esa tesitura. —Patrick levantó una ceja para ver si él se atrevía a desmentirlo, cosa que no pasó—. Y créeme a pies juntillas, si eso no fuese una realidad, tan real como que tú estás ahora mismo sentado frente a mí, ese hombre, duque o no, estaría a dos metros bajo tierra. Le prometí al padre de Emma que la cuidaría y es lo que voy a hacer.

—Supongo que el baile y el numerito del final han contribuido a alimentar los celos de él, pero no le tenía por un hombre tan demente como para crear una discusión tan fuerte por un simple baile. —Lennox no veía cómo había surtido el mal entendido que desencadenara el mal estado de Em.

—No es el baile. Puede que eso fuera el detonante, pero hay más. Debe haberlo. Apuesto a que Emma ha debido hacer algo que lo ha hecho enojar y mucho. Ese hombre estaba fuera de sus casillas. Dolido. —Patrick lo miró con una brillante sonrisa—. Me ha recordado a otro cierto duque que una vez…

—Bueno —lo cortó—. No conozco en demasía a su señoría de Montrose —dijo Lennox para cambiar de tema, porque Patrick iba a volver a referirse a la situación vivida con V—, pero si no fuera porque sé que Elvina no tuvo más hijas, diría que es una Manchester. Tu protegida es igualita que Valerie.

—Emma tiene un carácter muy fuerte, sí. Mi buen amigo el señor Harrelson, al igual que mi tío, no puso freno al ansia de conocimiento de ella y ahora estamos en una rígida sociedad que tiene ante sí a una mujer que no se contenta con el papel al que la han relegado. Y en medio del polvorín tenemos a un duque tirano, frío e inamovible.

—¡Oye, yo no era un duque tirano y rígido! —Lo de frío no lo iba a discutir.

—Sí, lo eras. Pero no estaba hablando de ti. Ashton es aún más problemático que tú.

—¿Qué sabes de él?

—Rico como Creso. Criado por un padre que era un auténtico egoísta y una madre infeliz que se dedicaba a los chismes, la moda y a buscar la felicidad fuera de su matrimonio, tal y como hacía el viejo bastardo de su marido, solo que él la pilló. El antiguo duque era conocido por su maldad.

—Un panorama duro. Una infancia complicada.

—Nuestro actual duque de Ashton heredó el título con dieciocho años, o incluso algo más joven. Se hizo cargo de su hermanastra menor, Amelia, tras la muerte de sus progenitores a causa de un accidente con el carruaje. Su casamiento fue planeado desde la cuna con la mujer ante la que ha calumniado a Em, lady Susan Dawson. Una mujer con lengua viperina que está prometida ahora mismo con Leonel Jones, a quien la Corona le ha dado el marquesado de Spencer recientemente.

El duque de Lennox silbó.

—Veo que has hecho los deberes. ¿No crees que sea un buen partido para Em?

—¿Después de escupir todo aquel veneno tuyo en cara de mi prima, te preguntaste si tú eras un buen partido para ella o a la inversa?

—No. Definitivamente no quería saber nada de ella. —Lennox comprendió perfectamente lo que el marqués le había tratado de decir.

—Ni tú de V, ni V de ti. Y me temo que eso es lo que va a pasar con Em ahora. Siento que estoy en la misma situación que años atrás. Y ahora estoy más viejo y más cansado. Y, lo que es peor para Ashton, tengo menos paciencia.

—El caso de Valerie, nuestro caso, es diferente. Tu prima llevaba en su vientre a mi heredero.

Patrick lo miró y levantó una ceja.

—¿Y qué te hace pensar que Emma no lleva al de Ashton?

—¡Dios, Patrick! ¿Tú crees qué…? —Definitivamente, V y su amiga, o su amiga y V, eran idénticas.

—Será un milagro si no lo lleva. Ellos han compartido mucho. Lo sé. Lo que no tengo claro es cómo empezó, ni quién lo empezó, pero no tengo duda al respecto. Ella no está intacta. La conducta intachable del esnob de Ashton me da una idea de que Em ha sido malvada, pues en el caso de él no creo que su honor le permitiese tomar su virginidad sin un anillo de por medio… Aunque también puede ser que considere que ella no está a su altura, algo que me niego a creer y que sin embargo parece ser cierto por lo que le he oído decir. —Patrick suspiró cansado—. Solo si ella hubiese dicho que era la marquesa de Montrose…

—Tal vez no hayan llegado a ese punto… Sobre el heredero, digo. O tal vez él se contuvo durante el acto y haya prevenido el embarazo. ¿Entiendes lo que pretendo decir, verdad?

—¡Sí, hombre! Igual que hiciste tú, ¿no? —Contenerse era muy complicado. Él mismo lo sabía.

—Aquello fue distinto, yo estaba enamorado de ella y quería casarme. Daba por seguro nuestro matrimonio. Te recuerdo que fue

ella quien puso todos los impedimentos para no ceder. Además, alégrate, todo salió bien. Igual esta vez también se salda de la misma manera.

—Se avecina una nueva batalla, Lennox, y esta vez no sé cómo va a acabar.

—Cálmate. Lo solucionaremos. —El duque trataba de darle ánimos a su amigo—. ¿Qué vas a hacer con Emma?

—Esperar a ver si mis peores temores se confirman. Si hay un niño habrá de casarse.

—Casarse con Ashton, querrás decir.

—Casarse, quiero decir. Pero, aunque sería aconsejable, no es necesariamente obligatorio. —Patrick estaba enfadado con ese miserable.

—Ya empezamos con las confabulaciones. Te recuerdo que yo casi mato a mi esposa cuando me enteré que pensaba darle mi hijo a otro. No es plato de buen gusto. No lo hagas.

—Olvidas que Em es una marquesa. Su título es hereditario, pasará a su hijo. El legado de mi amigo Harrelson está vinculado a su familia. Hay una disposición especial para que el título no se pierda con un pariente cercano. Deberá ser la primera línea de sangre de la familia que se comenzó a tener en cuenta en el momento de la concesión del título. Es decir, ahora es de Emma. Ella es un buen partido para cualquier hombre. Será fácil casarla con otro en el peor de los casos.

—Es apresurado. Tal vez no esté ni embarazada. Pero, ¿y si tiene una hija?

—La Corona hizo una excepción con ella y se permitirá que la finca Montrose y las posesiones ligadas al título siga en la familia, como te he dicho. Sería recomendable que fuese un hijo, pero no indispensable. El título pasará al hijo de su hija.

—Lo que dices es imposible.

—Me debían un favor y me lo he cobrado —señaló orgulloso por ser un hombre importante para el reino.

—Pero no podrás luchar contra los orígenes del niño. Odio la palabra, pero será considerado un bastardo.

—No lo consentiré jamás.

—No puedes estar hablando en serio.

Lennox puso cara de pánico. Esto alertó a Patrick, quien apresuró a aclararse.

—No estoy pensando en casarme con ella. Relájate. Además, sabes que ahora es imposible que despose a otra. —Menudo lío tenía encima.

—¿Entonces?

—Enviaría a la marquesa de Montrose a Grecia con su tía Lily una temporada. La haré pasar por viuda. Algo se me ocurrirá o… Bueno,

siempre tengo un plan.

—Elvina siempre tiene un plan —le corrigió él. Patrick alzó los hombros despreocupadamente.

—Los míos funcionan igual de bien.

—No es eso lo que dice la marquesa viuda de Ailsa. —Lennox se tomó unos momentos para reflexionar sobre sus vivencias y los Manchester—. Ahora veo que yo no tenía nada que hacer en aquel momento. Sois autómatas maquiavélicos. Hacéis y deshacéis el destino de los otros a vuestro antojo. Malditos Manchester. Lord Rosings y yo hemos sido vuestras marionetas.

—A ti te veo muy complacido con ello, tal y como lo está Rosings. Te recuerdo, mi querido Lennox, que no soy quien soy, ni hago lo que hago, si no fuese siempre con un pie por delante de todos.

—Y yo, amigo mío, te advierto que no podrás controlar los pasos de Ashton tal y como controlaste los míos cuando decidí prometerme con otra dama.

—Y tú, Lennox, olvidas que somos hombres. Nos movemos por sentimientos de posesividad, egoísmo y celos, y es por ello que conozco exactamente lo que tengo que hacer. ¿Crees que Ashton simplemente se sentará a ver cómo Emma se le escapa de entre los dedos? Puede que quiera hacer justamente eso, pero su naturaleza le impedirá renunciar a lo que él considera suyo por derecho. Vamos, Lennox, tú mejor que nadie debería saber cómo va a ir esto. Es pan comido. —Al menos, así Patrick lo esperaba.

—Ten en cuenta que esta vez tu hermano Anthony no está soltero para librarte de una posible futura duquesa de Ashton, en el caso de que la elegida no fuese Emma. —Jason todavía recordaba cuando el hermano menor de Patrick entró en su fiesta de compromiso con Eliza Prescot y frustró sus planes de casamiento—. Sé que él está buscando esposa. Las matronas no hablaban de otra cosa en el baile de compromiso de su hermana. Todas quieren ese puesto. Emma lo va a tener difícil. Si está despechado, como tú dices, será capaz de todo y sabes que sé de lo que hablo.

Patrick terminó su copa y la dejó sobre el escritorio. Se dio unos toquecitos en la sien.

—Lennox, es hora de meter a un segundo en la ecuación. ¿No te parece? Veamos cuál es verdadero interés del duque en la dama. No puedo estar confabulando contra Ashton y ser al mismo tiempo un pretendiente creíble. Otro deberá serlo.

—No sé de qué hablas, pero por la expresión de malicia que veo en tu rostro no me agradaría ni un ápice estar en el pellejo de su excelencia, el duque de Ashton, en estos momentos.

—A mí tampoco, amigo mío. A mí tampoco. —Patrick sonrió con maldad al tiempo que dibujaba un plan en su cabeza. Su tía Elvina era

buena casamentera, pero él no se iba a quedar atrás.

Capítulo 6

Invencible

Nota para incluir en el diario de la señorita Harrelson:

Ahora sé lo que verdaderamente piensa de mí. Debería estar contenta por haberme enterado. Todos me decían que utilizase mi título, pero de haberlo hecho no habría sabido lo que el duque pensaba de mí. Me considera inferior a su posición. No soy digna ni de ser una amante del más pobre de los hombres, había escupido él.

Quién diría que ese hombre podía ser el mismo que semanas atrás me había hecho estremecer con sus caricias, con su boca, con todo su ser. Palabras de amor, de cariño, de ternura habían sido dichas. Todas ellas mentira, ahora lo sé. Lamento haber sido una mujer tan fácil para él. Creí que Oliver era diferente, que él sería capaz de ver más allá en mí. Ahora lo sé. He sido un entretenimiento ligero para él.

Todas esas noches donde habían sido el uno para el otro… Esos momentos de esa brutal intimidad… Esas veces donde él había suplicado que se quedase a pasar toda la noche, pues no era capaz de dormir sin sentir el calor de su cuerpo a su lado, tal y como él mismo le había susurrado en incontables veces… «Al infierno la buena sociedad y la gente, quédate a mi lado, sé mía todo el día, toda la noche, a todas horas», le había pedido una y otra vez.

Mentira, todo mentira. Ashton se había divertido con una solterona insulsa. Ningún hombre diría que no a una mujer abierta de piernas y ella se lo había puesto en bandeja.

Suerte que no se había enamorado de él. Suerte que no había sucumbido a su encanto, a su toque, a su hombría, a su amor. ¿Amor? Maldito corazón traicionero. «Te había prohibido que te abrieses y te enamorasen», le dijo a su propio corazón. Error. Había cometido un error.

Emma había sucumbido a todos y cada uno de los encantos de ese hombre. Lo amaba. Lo amó la primera vez que la exasperó, lo amó la

primera vez que la besó, lo amó la primera vez que la sumió en el poder del éxtasis, y ella había sido suya desde la primera vez que la poseyó. Emma Harrelson, marquesa de Montrose, conocida por todos como la señorita Harrelson, estaba arruinada para todos los demás.

Pero eso ahora no importaba. Él había puesto sus cartas sobre el tapete, por lo que la jugada estaba hecha y la partida decidida. Emma no significaba nada para él. Ella estaba empeñada en sacárselo de la cabeza a base de cumplir descabelladas promesas de juventud, cuando en realidad todo lo que debería haber hecho era pagarle a alguien para que hablase con él sobre ella. Así se hubiese enterado de todo. Hubiese sido humillante de igual modo conocer que ni siguiera la quería para calentar su cama. ¿Tan mal lo había hecho todas aquellas veces? Cuando él alababa su pasión innata, la destreza de su boca cuando le hacía aquello que tanto le agradaba… ¿Todo había sido por no herir su sensibilidad? ¿Por pura pena? «Lamentable, Emma, eres lo peor del mundo», se dijo a sí misma.

Un plan de seducción que no había servido de nada. Por lo visto, era la peor amante de todo el mundo, pues si un hombre tan experimentado como él había dicho que no sería apta ni como amante del más pobre noble, era porque ella no servía para ello, ¿no?

Emma no recordaba haber hecho algo muy diferente de lo que había visto en aquella sala de la casa de Chesterfield. De acuerdo que allí había una sola mujer para muchos caballeros, pero la teoría era la misma, ¿verdad? Ella había hecho —y le habían hecho— cosas muy similares a las que vio. Es cierto, no tan atrevidas y con tantos hombres…

Bueno. Sí. Lo admitiría. Aún no habían llegado a probar todo lo que ella deseaba hacer, porque había una cosa que tenía pinta de doler mucho y parecía muy antinatural… ¡Pero el inicio era prometedor!

A estas alturas de la situación no estaba segura de nada. Tal vez era lo mejor. Mejor que ella hubiese descubierto ahora sus sentimientos, los de él. Cuanto antes se arrancase la espina mucho mejor. Ahora él podría seguir con su vida y ella con la suya. Lo malo de este sencillo pensamiento era que dudaba que fuese capaz de concebir una vida sin él. Sin oír su voz, sin sentir sus caricias, sin su calidez… En definitiva, una vida sin él. Pero debía hacerlo. Oliver no había podido ser más claro en la exposición de sus motivos. Cruel, sí, pero sincero, y al menos eso Emma debería agradecérselo, pues no soportaría que siguiese con ella por pena, por no ser capaz de exponer su punto por temor a dañar sus sentimientos. ¿Por qué sino iba a seguir con ella si pensaba todo eso?

Ahora entendía por qué Oliver había ido a su casa esa misma mañana para poner fin a su juego. Seguramente el duque no quería

herir sus sentimientos exponiendo todas las faltas que le atribuía. Y en honor a la verdad, había sido ella la que lo había embaucado y lo había hecho caer en su juego, así que ahora ambos podrían seguir con sus vidas. Sí. Definitivamente, ella debería seguir con la vista al frente. Emma le estaría agradecida siempre por haber sido un amante tan excepcional y por haberle enseñado. Ahora tocaba pasar a otros menesteres.

El corazón le ardía en el pecho. El desánimo era patente en cada fibra de su ser, pero no había nada que ella pudiese hacer para que Oliver la quisiera. Le había mostrado al duque lo que había en su interior y él lo había desechado. Nada quedaba ya para ambos, tan solo el recuerdo de una pasión, que para la marquesa había sido inspiradora y llena de amor. Un amor que solo ella parecía haber sentido.

«La vida continúa, Emma», se dijo a sí misma. «Mañana me levantaré y volveré a ser la señorita Harrelson, y al menos no estoy sola. Tengo a V, a Patrick, a Jason y a mi madre que me apoyan».

Con esos esperanzadores pensamientos Emma consiguió conciliar el sueño esa fatídica noche en la que todo quedó desvelando.

***

Al día siguiente, la señorita Harrelson se levantó pronto y se fue a su casa. No quería enfrentarse a sus amigos por la mañana. En realidad, no quería la regañina de Patrick. Dejó una nota para V en la que le pedía que se vieran a las doce en el club de esgrima Engardé.

No nos engañemos, Emma estaba destrozada, hundida y totalmente humillada por el hombre al que sabía que amaba. Tan solo tuvo que perderlo para comprender eso: que lo amaba. Pero es que, tras sus argumentos, ella no podía hacer nada. No pensaba cambiar o mostrar su título para agradarle, así que… ¿qué otra opción le quedaba sino llenar de actividades su vida para no acabar ahorcándose o tirándose por un precipicio?

Valerie no salió de su asombro al ver que su amiga se había marchado de su casa sin ser vista ni oída. Todo aquel drama antes de acostarse… ¿Esas miles de lágrimas derramadas y los sollozos desesperados dónde habían quedado?

V había sido incapaz de alzar la cabeza durante semanas después de que Jason la dejase plantada aquella noche que le tiró su anillo de compromiso a la cara. Emma era fuerte, como una dura roca, pensó la duquesa de Lennox, pues después de que su esposo la pusiera en antecedentes la noche anterior, y al ver la nota —el escrito que

descansaba sobre la mesita de noche de la habitación de invitados de su casa que había ocupado su amiga—, debía reconocer el valor de Em por seguir adelante.

Su amiga hablaría con ella cuando estuviese lista. Pero ese malnacido de Ashton se había ganado dos poderosos enemigos. Patrick y ella iban a por él, en cambio su marido, Jason, no tomaba parte en ningún bando. Valerie no lo entendía al principio. Su marido debía estar de su lado, pero recordó que Jason le había explicado que no era todo tan fácil como Patrick y ella lo ponían. Jason, había estado en los zapatos de Ashton y podía entenderlo mejor que ellos.

A las doce en punto, el matrimonio Lennox se presentó en el Club Engardé. Lo que parecía un muchacho de bonitos ojos, ataviado con un gorro, una chaqueta azul, unos pantalones impecables, una camisa blanca y unas botas brillantes, los aguardaba a la entrada. V y Emma se reconocieron al instante. La duquesa iba vestida muy similar.

Lennox sabía que los problemas se avecinaban. A él le costaba mucho mantener a raya los caprichos de su mujer, pero desde el momento en que la marquesa de Montrose se había cruzado en el camino de ella, él había vuelto a perder los nervios y la cordura por culpa de V. Ambas eran iguales, idénticamente temerarias, igual de negligentes y, sin lugar a dudas, eran probablemente las mujeres más inteligentes, audaces, maravillosas y hermosas que hubiese conocido. Y entonces tuvo compasión de Ashton.

Entraron en aquel club masculino como si nada hubiese pasado la noche anterior. V volvió a reconocer el mérito de su amiga. Valerie estaría metida en la cama lamentando su mala suerte y queriendo morir, no así Em.

—Hacedme caso los dos, muchachos —Jason debía guardar la farsa—. No os separéis de mí y recordad vuestros nombres: Erick y Valentín.

Ambas asintieron. Lennox reservó una sala y entraron. El duque explicó la técnica y estuvieron practicando. Su esposa le siguió la farsa, porque Valerie había sido instruida en esa disciplina también por el propio Patrick, pero su marido era un maestro excelente y no quería arruinarle el ánimo.

Los primeros momentos de euforia por estar practicando algo que solo los hombres tenían permitido hacer fueron pasando. Emma quedó desilusionada pasada la hora de empezar la actividad. La mansión de Chesterfield era mucho más interesante que aquello.

—Buenos días, caballeros. —Patrick entró en la sala de modo muy autoritario y serio. Emma se estremeció al verlo. Bien sabía que tenían una conversación pendiente.

—Patrick, menos mal que has venido. Estos muchachos me están volviendo loco —se quejó Jason porque Emma no lo entendía y

Valerie lo hacía fatal.

—No me cabe duda, Lennox. ¿Pero les has podido enseñar algo a estos muchachitos? ¿Algo de coherencia tal vez? ¿O eso sería mucho pedir? —inquirió el marqués de Ailsa, mirando fijamente a Emma y no queriendo averiguar la farsa que estaba montando su prima al mostrarse torpe como espadachín. Está mal que él lo diga, porque había sido su maestro, pero V podía vencer a cualquiera con los ojos cerrados. Además, que las enseñanzas de su tía Elvina con su propia hija… Si ellos supieran lo que V podía llegar a hacer con un puñal…

—Vamos, primo, sabes que eso es una misión imposible, pues no hay mujeres más cuerdas y sensatas que Emma y yo. —Rio coqueta V sabedora de la mentira que acababa de soltar. Las dos estaban locas, según el resto de la sociedad.

—Debo decir, Patrick, que tu prima es aceptable con el florete. Está algo verde, pero la marquesa se defiende bien —explicó con admiración Lennox.

—Veamos entonces cómo lo hace, señoría —la animó Patrick, quien le dio una mirada de reprobación a V por engañar a su marido.

—Está bien, pero no utilicéis el título. Sabéis que no me gusta —volvió a reiterar una vez más Emma, desquiciada por su empeño en hacerla marquesa ante todos.

—A partir de este instante vas a tomar tu lugar en sociedad, querida, y eso está fuera de toda duda razonable.

—¡No! No me obligarás a ello. —Sabía que había sonado como una niña malcriada. No le importaba.

—Oh, sí, preciosa. Tú no tienes libertad conmigo, y la promesa que le hice a tu padre tiene más peso que tus deseos, señoría —volvió él a recordarle que ella era la marquesa de Montrose.

—Aunque tenga que enclaustrarme en un convento, Patrick, no voy a ser marquesa. No lo conseguirás.

—Lo veremos. Pero ahora, ya que tanto te gustan las intrigas, es hora de jugar. ¿Te atreves, pequeña? —la retó.

—¿Qué propones, Patrick? —preguntó divertida V.

—Bueno, estamos completamente entre amigos, ¿verdad? Aquí hay pocos secretos entre nosotros, así que, dado que su señoría, la marquesa de Montrose, se niega a dar explicaciones, lo haremos divertido para sonsacarle la verdad.

—Sí, sí, Patrick. ¡Oblígala! No suelta prenda. ¿No tendrás miedo a un reto, Emma? —la picó V.

—Por supuesto que no, pero Patrick es mucho mejor que yo en esto. Estoy en clara desventaja.

—Para equilibrar el nivel, por cada roce tuyo te concederé un deseo, pero cada dos roces míos tú contestarás con sinceridad absoluta a mis preguntas. Recuerda que sabré si mientes con solo observarte.

—Tú y tu maldito don, Patrick —se quejó Em.

—No maldiga, marquesa. No es correcto para alguien de su posición. —Usó la formalidad para burlarse de ella.

—Si yo gano no me impondrás mi título.

—Eso está fuera de petición. Te lo dije. Elige otra cosa.

—Me llevarás de nuevo a casa de Chesterfield. —Se resignó Emma, pues sabía que cuando Patrick decía algo, eso era sagrado.

—Oh, sí, sí, primo. Nos llevarás a todos de nuevo. Tengo dudas sobre… sobre muchas cosas. —Recordó que dos hombres estaban disfrutando de una mujer a la misma vez y… ¿Eso era posible?

—Por Dios, Patrick. Di que no. ¡No sabes lo que fue aquello! Apiádate de mí, del pobre duque de Lennox. La última vez casi acabo atado a la cabecera de mi cama. No puedes consentir que eso pase.

—Vamos, vamos, esposo —habló V con ligereza—. No te oí quejarte entonces. No mientas, que no fue así. Estuviste encantado —desveló su esposa molesta, pues ahora mismo él estaba mintiendo descaradamente también.

—Basta, ambos —ordenó Patrick, haciendo una mueca de disgusto—. Vuestros asuntos de alcoba no tienen por qué ser de dominio público. ¡Comportaos, por amor de Dios!

—No te escandalices, primo. No te pega nada. Además, no pensarás que los aquí presentes no nos imaginamos la clase de oscuro…

—Vaya, vaya, vaya. Mirad qué trajo la marea… —La interrumpió una potente voz masculina—. Si es el matrimonio chiflado, el viejo zorro y alguien que pide desesperadamente una entrada a mi casa. Ver para creer.

Patrick masculló una maldición al ver a su amigo apoyado en el marco de la puerta de la sala con una sonrisa pícara en la cara. Tenía que haber echado la llave nada más entró.

—Ches, no te esperaba. Te había dicho que nos veríamos en mi casa esta tarde.

—Sí, lo sé. Pero he ido a tu casa a dejarte los documentos que me pediste y tu tía me ha dicho dónde podría encontrarte. No he podido resistir la tentación de venir a ver qué te traía aquí, pues hace años que no vienes, y sospechaba que tendrías una buena razón. Ahora veo que os traéis algo entre manos y quiero ser partícipe, pues como sabéis es demasiado temprano para organizar una org…

—¡Chesterfield! —lo amonestó Patrick antes de que acabase la frase.

—… una fiesta. Una fiesta quería decir. No te pongas así, Patrick. No es como si ellos no hubiesen estado en mi casa. Te recuerdo que el otro día…

—No hacía falta que vinieses —dijo molesto Patrick cortando su explicación.

—¿Y perderme a lady Valerie Manchester en sugerentes pantalones y una liviana camisa toda sonrojada? ¡Estarás de broma, amigo! Venir es lo mejor que podría haber hecho hasta el momento —dijo bufón el conde. Valerie siempre le había parecido muy tentadora. Pero él sabía que era como una hermana para Patrick, y las hermanas de los amigos estaban prohibidas.

El duque de Lennox avanzó unos pasos hasta colocarse delante de Chesterfield.

—Vuelve a sugerir semejante cosa y estarás nombrando a tus padrinos en un momento, y muerto al siguiente, maldito bastardo —escupió un celoso Jason fuera de sí.

—Vamos, Lennox. ¡Estaba bromeando! —Levantó Ches las manos en señal de rendición—. Sé que tu mujer es fruto prohibido.

—Harás bien en recordar que su excelencia, mi duquesa de Lennox, mía, es de mi propiedad, mi costilla. Ni tan siquiera la mires.

—¡Jason, basta! —pidió una radiante V, quien agradecía en silencio y tragándose una sonrisa la galantería de ese magnífico conde de Chesterfield y los celos furiosos del amor de su vida —. Chesterfield solo está bromeando. Sabes lo que le agrada provocarte. ¿Verdad, Chesterfield? —preguntó más en tono de súplica que aseverando.

—Me has pillado, V —dijo en tono divertido el interpelado.

—Repito, ella es excelencia. ¡No te aviso más! Mejor llámala duquesa de Lennox y así no olvidarás que es mía.

—Chesterfield, ya te has divertido bastante. ¡Basta! —rogó Patrick.

—Bien, bien. Tú ganas, Lennox. Entonces decidme qué hacemos aquí. Veamos quienes estamos…

El conde perdió el hilo de sus pensamientos al percatarse de una figura que estaba ladeada, lejos de su curiosa mirada. Entonces sumó dos y dos y lo vio claro. Si Patrick estaba con su prima, su prima con su marido y había en la sala un muchacho, que de muchacho no tenía más que los pantalones… Esa sugerente mujer que se ocultaba de su visión sin éxito debía ser la misma pícara de aquella noche, o la otra amiga de Valerie, porque solo podía ser una de las otras dos locas. «Veamos», pensó Chesterfield.

Una de ellas se casó. Se casó la primera, tras un escándalo. Lena se había convertido en la escandalosa baronesa Rosings. Pero la otra, la otra loca traviesa no se había casado aún… Tenía su nombre en la punta de la lengua, de igual modo que tenía en la punta de la lengua su sabor. El sabor de un bollo de canela. Aquella malvada pilluela se había comido un bollo de canela antes de atreverse a robarle un beso. Sin saberlo, ella había hecho que él no consiguiese probar nunca jamás un dulce bollito de canela por miedo a recordar aquel beso que lo dejó sin aliento. Ella era apenas una niña, aunque no lo parecía en aquel momento. No la había reconocido al principio, pensó que se

trataba de una mujer experimentada, por su vestimenta y su porte, aunque sí le pareció demasiado joven para él. Pensó que tendría unos veinte años y cuando se enteró de que tenía dieciséis y de quién era, casi, casi, se muere de un infarto. Se pasó meses esperando a que Patrick le retase a duelo o exigiese un casamiento. Porque si Patrick le hubiese tocado un solo pelo a su hermana Gertrude, él le cortaría las manos. Así que suponía que Patrick no llegó a enterarse de aquello.

Aquel beso se convirtió en una obsesión para él que tuvo que inhibir, pues ella no tenía la edad adecuada y tampoco podría ser nada de él. Él estaba en una espiral de autodestrucción en aquel momento, y solo su amigo Patrick consiguió sacarlo de allí. Eso sí, renunció al vicio del opio, pero a las mujeres y otras artes, censurables por muchos, no pudo. No había encontrado a una mujer que estuviese a la altura de sus preferencias y de sus prácticas íntimas. Una joven dama no haría todo aquello que a él tanto le gustaba.

—Aquí está el viejo zorro de Patrick —retomó Chesterfield la explicación—, la encantadora duquesa de Lennox —dedicó una sonrisa hacia Jason al decir aquello e inclinó la cabeza en signo de rendición—, su flamante y orgulloso esposo, el duque de Lennox, el peor libertino sobre la faz de la tierra, es decir un servidor, y…. ¡Ah, sí! Creo que se os ha colado un lacayo o un pilluelo. ¿O acaso lo habéis traído para hacer prácticas de tiro con él? Está algo esquelético, no creo que sirva para tal cosa si es que ése iba a ser su cometido. —Aquello fue una vil mentira, pues de esquelético no había nada en esa contorneada figura que le hizo hervir la sangre con solo imaginarla bajo su cuerpo.

Chesterfield esbozó una ladina sonrisa al ver el rubor del pilluelo y cómo este apretaba los nudillos y la mandíbula. Había conseguido molestarla y estaba más que satisfecho con su hazaña. Si ella supiese lo que le costó olvidarse de ese regusto a canela… ¿Qué derecho tenía ella a inmiscuirse en su vida? Insensata, pensó el conde.

En ese justo momento, al ver sonreír a Ches, Patrick no tuvo la menor duda de que su buen amigo la había reconocido y comenzó a maquinar su plan. Sin embargo, no le gustó demasiado lo que vio en la mirada de Chesterfield. ¡Maldita Elvina! Su tía siempre tenía razón, pues vaticinó antaño que Ches le traería problemas con Emma.

No había hombre más bueno que el conde, le confiaba a él su propia vida muy a menudo, pero dejar a Emma a su cargo… era harina de otro costal. La vida de Chesterfield había sido disoluta en cuanto a los placeres de la carne. Nada parecía llenarlo. Ninguna práctica conseguía llegar a satisfacerlo y con el paso de los años se había convertido en el réprobo más célebre del mundo. Un cargo que a su amigo le encantaba poseer, del que le encantaba alardear y al que cada día le sumaba una nueva perversión. Mentiría si dijese que no

había pensado en inmiscuirlo en sus planes para con Emma. Pensó que tendría que suplicarle su ayuda y cambiarla por algún favor, pero viendo cómo había caído la mirada del conde sobre su protegida, dudaba que meterlo en sus planes fuese una idea sensata.

A punto estuvo de decirle que se abstuviera de hacer lo que veía en sus ojos, pero optó por callar y no hacerle saber a Ches que desaprobaba su atención hacia Em. Porque sabía que el conde era como un perro con un hueso si algo se le prohibía, y no quería alentarlo más.

—Ches, demasiado bien sabes que no es ni un lacayo, ni un pilluelo, ni mucho menos un muchacho. Ahórrate la pantomima —le espetó Patrick con cansancio.

—Estropeas toda la diversión, Patrick. Pensaba seguir bromeando, en especial con él —dijo señalando al muchacho que se mantenía callado—. ¿O debería decir con ella?

Emma suspiró. La había pillado y en un abrir y cerrar de ojos su melena morena cayó en cascada por su espalda y sus hombros.

—Loca. No has cambiado nada. —Mentira, pensó Chesterfield. Estaba más hermosa e imponente que entonces—. Sigues siendo la misma inconsciente. No debería sorprenderme demasiado si hiciste lo que hiciste y si sigues siendo tan amiga como eras de aquí… la duquesa de Lennox —la regañó Chesterfield.

A Emma le sorprendió que la recordase. Eso era toda una sorpresa. Pensó que ni tan siquiera la reconocería, y mucho menos se acordaría de aquel beso robado. No obstante, no iba a consentir que la calumniase.

—Prefiero ser una demente e insensata a ser alguno de los calificativos que se le atribuyen a usted, milord —le espetó cuando pudo recuperarse de la inesperada sorpresa.

Em no sabría nunca el dolor que le infligió aquella frase, pues el conde se había negado a reconocer que, en algún momento de su vida, el libertinaje sin freno le pasaría factura. Una observación que Patrick le había dicho en cada ocasión que pudo. Maldita su suerte y maldito su amigo, quien siempre tenía razón. Ches deseaba ahora ser digno de ella.

—Touché, querida —dijo el conde esbozando un extraño brillo en sus ojos. Ahora esta mujer estaba lejos de ser una inaccesible jovencita que tenía totalmente prohibida. Aquella audaz loca iba a conocer la gravedad de sus actos de juventud. Además, ella probablemente estaba igual de loca o más que él, pensó divertido.

Patrick maldijo en voz baja de nuevo. De todas las mujeres que habían pasado por la vida de su amigo tenía que ser precisamente Emma la que captase su atención. Y justo en el momento más inoportuno. El marqués supo que esto se le iba a ir de las manos.

De eso, el marqués de Ailsa estaba seguro. Y en estos momentos de su vida estaba más viejo y no tenía tanta paciencia como la que necesitaba.

Patrick se colocó delante de Emma.

—Recógete ahora mismo el pelo si no quieres que nos echen a todos a patadas, Em.

—Voy, voy, Patrick. —La mujer volvió a esconder su bonito pelo en su gorra.

—Entonces, ¿qué? ¿Aceptas el reto? —quiso averiguar el marqués.

—Pero, ¿he de contestar ahora? —preguntó mientras miraba a Ches. ¿Por qué la miraba como si ella fuese… como si fuese…?

—¿Tantas cosas vergonzosas tienes en tu historia que temes que nos enteremos? —Patrick la devolvió a la tierra.

—No, no es eso. Pero es que con…

—Chesterfield tiene cosas mejores que hacer, ¿cierto? —El marqués se giró hacia él para indicarle que se podía ir.

—¡Oh, sí! Por supuesto. —El conde entró en la sala, cerró la puerta con llave tras de sí, y se sentó en una silla junto al matrimonio de los duques para disfrutar de lo que viniese. Patrick suspiró y dio por hecho que su amigo se iba a quedar. Puesto que iba a involucrarlo en su plan, incluso vendría bien que él conociese los detalles y tal vez Ches quedase desalentado.

—Em, recuerda las reglas: tú me rozas y yo te concedo una petición, yo te rozo dos veces y tú contestas mi pregunta. Comencemos.

—¿Delante de todos, Patrick? —¿Iba a obligarla? No era una niña.

—Evitaremos su nombre. Además, no tienes por qué preocuparte. Ches maneja información sensible de Estado. Que conozca algo sobre ti no es ningún riesgo. —«Tal vez sea mejor para ti misma», quiso advertirle, pero se calló.

—Está bien —se resignó la mujer. Pero al otro lado de la habitación tres personas esperaban ansiosas por que comenzase el combate. Emma iba a desnudar todos y cada uno de sus secretos a manos del primo de V. Chesterfield imaginó que la joven había cometido algún desliz y estaba ansioso por conocer los pormenores.

Un minuto tardó el marqués en rozar dos veces la ropa de Emma con el florete.

—¡Patrick, no tengo ninguna posibilidad! Me has tendido una trampa —se quejó la marquesa de Montrose.

—Tu error fue no investigar a tu rival primero.

—Cierto. ¿Quién iba a pensar que el todopoderoso Patrick no sería excelente en algo? Vamos. Pensé que tendría alguna posibilidad, aunque mínima —se lamentó Emma.

—Bien, Em. Primera pregunta. ¿Lista?

—Sí.

—¿Qué ha pasado entre vosotros dos?

Emma se puso colorada hasta las cejas. Tenía confianza con ellos tres, pero tenía ahí —demasiado pendiente de esa conversación— al conde de Chesterfield. Estaba cohibida.

—Estoy esperando, Em —la azuzó Patrick.

Emma tragó saliva.

—Somos amantes.

Patrick no se inmutó al oír la confesión. Lo que sí lo descolocó —un poco— fue la sobriedad y el orgullo con el que lo dijo Emma. Y casi se caen de la silla los tres oyentes pasivos de la sala. A V y su marido se les desencajó la mandíbula al ver el orgullo de Em, mientras que Chesterfield esbozó una sonrisa ante el hecho. El conde tan solo estaba deseoso de conocer el nombre de aquel afortunado bastardo que se había apropiado de semejante mujer. Pero si él tenía algo que decir al respecto esa relación duraría muy poco más.

—¿Sois? —Patrick quiso saberlo exacto.

—Sí. O éramos… Ya lo oíste —ella aludió al momento en el que ambos habían estado ante la puerta del despacho de Ashton escuchando el veneno que él vertió—. No lo sé.

—Sigamos.

Otro minuto más y de nuevo el marqués tuvo a Em preparada para contestar a sus preguntas.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Durante dos semanas.

—En guardia, Em.

Otro minuto más y de nuevo Em estaba a su disposición. Entonces la marquesa tiró el florete a un lado.

—Esto no tiene ningún sentido. Comienza a preguntar, no me importa. Esto está amañado.

—Desde luego será más rápido, señoría.

Chesterfield plantó las orejas al oír un título y no pudo evitarlo.

—¿Señoría? —preguntó rápidamente.

—Tú no haces las preguntas, Ches —le advirtió serio Patrick.

—Y, desde luego, yo no voy a contestar a las suyas —replicó Em.

—Em, ¿hay consecuencias? —Patrick retomó el interrogatorio.

—¿Consecu…? —La marquesa no pudo terminar la palabra al comprender el porqué de la pregunta y se puso pálida, pero rauda recuperó la compostura. Tres en la sala se pusieron blancos, solo otro permaneció impasible. Ese fue el marqués.

—Veo que no lo sabes aún.

—No lo sé, aún —lo reconoció.

—¿Qué le has hecho a él para que dijese todo lo que escupió?

—¡Oh! Siempre pensando mal de mí… —Emma trató de quitar

hierro al asunto con algo de humor, pero por dentro estaba tan desquiciada que, sin percatarse de ello, las lágrimas comenzaron a brotarle al recordar todas y cada una de las palabras que dijo el duque de Ashton.

—Responde. —Todos la vieron compungidos llorar, pero nadie se atrevió a moverse de su sitio.

—No lo sé… ¿Tal vez ser una don nadie? ¿Tal vez ser la peor amante de todo Londres? ¿Tal vez ser una pobre y patética insulsa solterona que no sirve ni para calentar la cama del más pobre de los nobles? ¿Tal vez…?

—Basta, Emma —ordenó Patrick.

—No. Querías respuestas y respuestas tendrás. Sigue.

—Lo has ofendido. Piensa en lo que le has hecho. Él está agraviado.

—Maldita sea, Patrick. ¡No lo sé! Llegó ayer por la mañana a mi casa y me acusó de mentirosa. Me llamó pérfida y dijo que se había acabado. ¡No sé qué demonios he hecho para ofenderle! ¿Encima dices que él se considera ofendido? ¿Ofenderle yo? Oíste todo lo que dijo sobre mí. ¿Él tiene derecho a estar ofendido? Entonces yo… ¿Cómo debo estar yo? ¿Le corto sus partes íntimas, como diría Elvina, y se las doy a sus chuchos de postre?

—Yo lo haría —se atrevió a decir V en un susurro.

—¡Exijo saber el nombre de ese mal nacido ahora mismo! —pidió Chesterfield sobresaltándolos a todos. A todos menos a uno de los allí presentes.

—Esto no es asunto tuyo, Ches. Solo te he permitido quedarte por educación.

—¿Educación? ¡Ja! Me has dejado quedarme porque cumplo algún papel en este circo que hay montado. —Chesterfield alzó una ceja arrogante para retar al marqués a negar el punto. No lo hizo—. ¿Quién es? Y, lo más importante, ¿por qué no estamos en su funeral?

—No estamos en su funeral porque esta insensata no me permitió intervenir anoche —advirtió el marqués de Ailsa.

—¡Dios, Patrick! Es una pobre excusa. ¿Desde cuándo a ti te frena algo o alguien?

—¡Oh, sí, Chesterfield! Es fácil hablar cuando tú no estás rodeado de insensatas que se meten en líos y que encima te prohíben inmiscuirte. No tengo hijas. No pueden ser peor que estas insensatas, créeme.

—Loca, ¿quién es él? —Al parecer, Ches iba a llamarle por ese sobrenombre a partir de ahora.

Em bufó, agachó la mirada y se mordió la lengua. Esto irritó mucho al conde.

—Responde, ¡maldita sea! ¡Ahora! —tronó Ches a unos pocos metros de la cara de Emma.

—¡Ashton! ¡Es Ashton! —gritó Emma desesperada, tratando de contener los sollozos.

Chesterfield perdió el color de su rostro. Retuvo la información en su celebro negándose a asimilarla. Volvió derrotado hacia su silla donde se dejó caer. De entre todos los hombres disponibles, tuvo que inmiscuirse con el rey de los insensibles. Chesterfield dudaba que aquel hombre supiese lo que eran los sentimientos o el respeto por los demás. «¿Cómo habría acabado ella en esa tesitura si estaba bajo la protección de Patrick?», se preguntó incrédulo. Y Ches dejando a su cargo a su propia hermana…

—No es ninguna insensata, Patrick. Está completa y absolutamente loca. Enciérrala en el manicomio, en Bedlam, y tira la llave. —Ches estaba muy disgustado. Aunque no debería sorprenderse. Ella se metió en la boca del rey de la perversión, tal y como la buena sociedad se refería al conde, entonces no debería sorprenderle que ella hubiera saltado sobre los brazos del otro.

—Todo tiene solución, Ches —habló Patrick.

—Oh, no, marqués. Esto no va a acabar bien y lo sabes. —Ches conocía algunas historias de Ashton.

—Repito que todo tiene solución. La tuvo con Lennox y Rosings, la tendrá que tener ahora.

—¿Te atreves a comparar a esos mentecatos con Ashton?

—¡Eh, oye! —se quejaron V y Jason a la vez.

—Vamos —continuó Ches sin hacer caso a la queja de ambos—, ese hombre es puro hielo, esnob, rígido, inaccesible, insensible… ¡No conoce el perdón! ¡Esa palabra ni tan siquiera está en su vocabulario! Sabes lo que le hizo a su madre, Patrick. Emma estará mejor fuera de su vida.

—¿Qué pasa con su madre? —preguntó una muy curiosa señorita Harrelson que quedó sorprendida al ver que Ches utilizó su nombre de pila.

—Veo que no conoces al hombre con quien te has metido en la cama —dijo rabioso el conde.

—Cuidado, Ches —le advirtió Patrick.

—Tiene derecho a saber a qué se enfrenta. Lo único que puedes hacer por ella es meterla en un barco y esconderla de él. Si está despechado, como dices, hará de su vida un imposible. Y si encima ella lleva en su seno a su heredero, le darás la excusa perfecta para condenarla para toda la eternidad a su lado. Reclamará lo suyo y hará de ella una infeliz amargada. Aléjala de aquí mientras aún sea posible.

—Vamos, no dramatices, Chesterfield. Ashton no me querrá ni aunque me dejéis abandonada como un cachorrito en su puerta o, mejor aún, desnuda ante su puerta. Lo ha dejado bien claro, no quiere saber nada de mí —tomó la palabra Em, quien ya se había serenado.

—¡Sigue soñando, loca! Ese hombre está ahora mismo maquinando la ejecución de su venganza sobre ti.

—Tú no le oíste. No sabes todo lo que dijo acerca de mí. Él no va a acercarse a mí jamás.

—Incrédula. Patrick, díselo o lo haré yo.

—Emma, te has involucrado con una persona… complicada. No sé cómo lo has conseguido, pero te aseguro que Ashton es peligroso.

—Es digno hijo de su padre. No le endulces el pastel —pidió Chesterfield.

—Lo pintáis como un ogro y el hombre que yo conozco no es como decís. Ha sido cruel conmigo, sí, pero él no es…

Comenzó a desternillarse sin humor el conde.

—Emma, un hombre envuelto en el placer no es él mismo que cuando está en sus cabales —le explicó Patrick, mientras miraba con ferocidad a Ches.

—Exijo saber lo que ambos sabéis sobre él. Me niego a pensar que ese hombre es peligroso para mí. Tú lo oíste, Patrick. Él no va a querer saber nada de mí.

Patrick suspiró cansado. Él sabía que algo se avecinaba. Con Ashton nunca se sabía lo que podía pasar y confiaba que al menos Emma hubiese conseguido meterse en su duro corazón, así como lo hizo V con el duque de Lennox.

—Estás asustando a Emma sin motivo, Patrick —saltó V—. Además, si yo pude lidiar con un duque díscolo, ella también podrá hacerlo. —Valerie trataba de apaciguar las aguas.

El marqués de Ailsa volvió a inspirar profundamente. Jason era frío pero sus defensas bajaron rápidamente ante su prima. Su orgullo fue lo que se interpuso en un principio entre los duques de Lennox, pero, dada la poca suerte que Patrick estaba teniendo, estaba seguro de que Ashton no iba a poner las cosas de igual modo que las había puesto Jason. Con Lennox fue complicado, pero no imposible.

—El padre, el anterior duque de Ashton, era un maniático de la disciplina con unas miras muy estrechas. Un auténtico hijo de mala madre. Los sirvientes eran basura para él. Todos quienes estaban por debajo de su posición no eran nada para él. Te imaginarás que eso mismo le inculcó a su hijo. Hizo a su madre una mujer desgraciada. Hay quien dice que se le iba la mano con ella. Era de los que pensaban que una mujer era un objeto decorativo, una yegua de cría para parir a los herederos y que no servía para nada más. La madre de Ashton era una mujer fuerte, dura, con mucho temperamento que aquel amargado consiguió extinguir. Ella buscó la felicidad fuera del matrimonio y cuando tu amigo Ashton se enteró la echó de su casa. El padre de Ashton se cayó del caballo y estuvo en cama dos semanas, cosa que fue aprovechada por su esposa para poder visitar a su

amante, un amor de su juventud con quien se hubiese casado si no hubiese sido por la familia de ella. Así, la mujer intentó escapar de su cárcel por unos momentos. Oliver se enteró de todo, la encontró y la humilló en medio de un gran evento social. Te ahorraré los detalles, pero no fue bonito para nadie. Luego la llevó hasta casa para volverla a humillar y echarla del lugar. Él no le dijo nada a su padre sobre el suceso, pero juró no perdonarla jamás. Si él sabía en qué tesitura estaba la relación con sus padres, eso no lo podemos saber…

—Vamos, Patrick, no sigas endulzando el terreno. Estás pensando en servírsela en bandeja en caso de que esté preñada —lo acusó Chesterfield.

—Ella tiene que saber todos los puntos. —Chesterfield apretó los labios y calló—. Como decía, cuando el bastardo salió de la cama, cuando se repuso de la caída, fue a buscar a su mujer para traerla a casa y darle su merecido, pues su hijo le había contado lo que hizo su madre. El viejo duque estaba muy enfadado con la mujer porque ella le había sido infiel. El viejo bastardo no pudo soportar que su hijo conociese la traición de su esposa, a sus ojos eso le hizo vulnerable ante él. Aquella noche Oliver se convirtió en el duque de Ashton. Sus padres murieron cuando regresaban de Londres a la finca familiar. Sufrieron un accidente en medio de la noche con el carruaje. Hay quien dice que Ashton se enteró luego de lo que en realidad era su padre y no se perdonó por ello. La historia no está clara del todo.

—No quiero ni pensar lo que sufrió su esposa a sus manos antes de salir de la casa de la ciudad… y todo por causa de su hijo. —dijo Chesterfield a bocajarro.

—Ches, tú y yo sabemos lo que pretendes y no puede ser. Ahora, ya, definitivamente no.

Chesterfield volvió a callar. ¡Un cuerno iba a permitir que ese bombón de mujer cayese en las garras de aquel desalmado!

—Pero Oliver no tiene la culpa de nada. Él no hizo nada —señaló Emma ajena al duelo de miradas que allí se gastaban Patrick y su amigo, el conde.

—Oh, no. Solo permitió a su padre acabar con su madre —soltó de nuevo Chesterfield—. Tu amante, querida mía, está a la altura de los más viles villanos.

—Ches, ¡basta! —Ahí estaba un perro con un hueso. Era culpa de Patrick y lo sabía. Le había dicho que no era posible poner sus miras en ella y ahora había abierto la caja de Pandora.

—Imposible. El hombre que yo conozco no es… —siguió ajena Emma, pues estaba muy metida en sus pensamientos.

—Emma, no sé los pormenores de todo lo que ha pasado, pero si te ha insultado de la manera que dices que lo ha hecho… Estás en clara desventaja frente a él. Ese hombre no se contentará con una mujer por

debajo de su posición. —Se acercó Chesterfield, quien se permitió secar las pocas lágrimas que todavía quedaban en sus mejillas.

—Ah… Pero Emma no está por debajo de su posición. ¿Verdad, preciosa? —apuntó Patrick para romper el momento de intimidad que se había creado entre su amigo y ella.

—No pienso gastar el título. Ni ahora ni nunca. Te lo dije.

—¿Título? —preguntó sorprendido el conde.

—Te presento a la marquesa de Montrose, mi querido amigo. Titular de la magnífica finca de Montrose con una fortuna esplendorosa.

—Imposible. —El conde de Chesterfield se apartó de ella como si quemase.

—Oh, sí, Ches. Una de las mujeres más ricas y con poder de Londres.

—¿Estás diciendo que es ella de quien todo el mundo habla y de la que nadie sabe nada?

—Desde luego, Ches. Emma deja de ser la señorita Harrelson para convertirse en la marquesa de Montrose. Conocida por sus obras de caridad, por su contribución hacia los más necesitados, e instigadora de muchas de las leyes del parlamento que presenté en su nombre. Una revolucionaria.

—¡Cielo santo, loca! Te subestimé por completo, pero aquel día ya debía haberme hecho una idea de quién llegarías a ser, ¿verdad? —Ches volvió a acercarse y la miraba con ternura, tratando de contener las ganas de tocarla otra vez.

Patrick se incomodó aún más. Emma se sonrojó al recordar aquel beso. Pero en lugar de agachar la cabeza la levantó con orgullo.

—Muy a mi pesar —continuó hablando Chesterfield—, debo admitir mi derrota. La marquesa de Montrose definitivamente sí estará a la altura de ese estúpido que no será capaz de ver la suerte que ha tenido.

El conde se separó de ella sintiéndose lastimero y maldiciendo su destino. Preguntó el siguiente paso:

—¿Y bien, Patrick? ¿Cuál va a ser mi papel?

—Tú, mi buen amigo, vas a buscar algún trapo sucio sobre él —improvisó Patrick.

—Ese hombre está tan limpio como una patena. Su conducta es intachable, salvo por lo sucedido con su madre. No se ha desviado del camino, hasta ahora. Es un insensible de corazón de piedra, pero no hay nada sobre él que puedas guardar en caso de salvavidas.

—Si no lo hay, lo construiremos. —Patrick tenía un plan.

—No será tarea fácil.

—Lo que no será tarea fácil será protegerla a ella de su ira. Tendremos que esperar para ver cuán hondo ha calado ella en él. Pero

la señorita Harrelson dejará de ser lady Salvaje, para ser la fabulosa marquesa de Montrose.

Allí, en una sala de esgrima, comenzó a gestarse ante los ojos del matrimonio de Lennox y la resignación de Ches el plan de Patrick.

Valerie pensó que Emma estaría bien. Los planes de su madre, de Elvina, siempre salían bien, pero los de su primo no se quedaban atrás. Pobre duque de Ashton, pensó Valerie con una brillante sonrisa en los labios.

Capítulo 7

La marquesa de Montrose

¡Maldita sea! Todo se había torcido. ¿Cómo había sucedido aquello? Ashton no lo sabía. Su hermana era la única mujer en la que se había permitido confiar. Todas eran unas manipuladoras. Al final, su padre hizo bien en enseñarle sobre lo que se podía esperar de una mujer. En su momento no lo tuvo claro, pero ahora estaba convencido que aquel viejo amargado lo había hecho por su propio bien, ¿no?

Estaba molesto por haberse permitido bajar la guardia con ella. Esa maldita mujer que casi consigue que él abriese su corazón. Después de tantos y tantos años sin sentir más que placer carnal, algo había comenzado a surgir en él. Débil. Oliver era débil. Cada vez que su padre lo despreciaba por ser demasiado parecido a su madre, él se esforzaba por parecerse a su progenitor, por ganar su aprobación, pues sabía que jamás tendría su estima, por lo que al menos se contentaría con su aprobación. Se sintió tan orgulloso cuando impartió justicia sobre su madre aquellos días. Su madre los había traicionados a todos ellos, poniendo en tela de juicio a todo el ducado de Ashton. Adúltera. ¿Cómo había podido haberle hecho eso a sus hijos? Desechó aquellos amargos recuerdos de inmediato. Hacía años que no abría aquella caja de malas remembranzas y la culpa de nuevo era de ella. Pero… ¿entonces por qué se sentía culpable? No era el momento de hacerse esa pregunta.

La maldita señorita Emma Harrelson. ¿Cómo aquella maldita solterona había podido colarse en su interior y hacerle olvidar de todo aquello por lo que él había luchado? Furcia. Ella era una furcia de la peor clase. Toda la vida adulta interpretando el perfecto papel de duque intransigente, de caballero ejemplar, se había ido al garete. Maldita ella y su frescura. Maldita fuese por querer hacer que él quisiera algo que sabía que no le reportaría más que disgustos.

Él se sentía perdido. Hacia demasiadas noches que se despertaba en su lecho vacío añorándola. Emma no merecía que él pensase en esos términos acerca de ella. ¿Pero qué iba a hacer? ¡Dios! ¿Qué iba a hacer? No podía perdonarla. ¡Jamás le perdonaría su perfidia! Pero tampoco podía vivir sin ella. Ella, una don nadie, había conseguido

someter al duque de Ashton. Su padre se revolvería en su tumba.

Lanzó la copa llena de brandy contra la pared de su pulcro despacho.

Tenía que tenerla. Tenía que tenerla para él. Ella no iba a escapar de sus garras. Era una falda ligera, sí. Pues sería su concubina. Al diablo el marqués de Ailsa. Él la había visto primero. Si ella quería depravación, él se la daría. No sabía cómo se aseguraría de ello, pero esa mujer no iba a conocer más hombre a partir de ahora y cuando se cansase de ella la dejaría en la mismísima calle. Le infligiría el mismo daño que ella había infligido. Ojo por ojo, esa era la máxima de los Ashton, la ley del Talión.

Oliver hizo que James, su sirviente, averiguase qué compromiso iba a atender Emma. Debía verla, pero no quería rebajarse a ir a su casa. También la odiaba por mostrase tan altiva. Él tenía la esperanza de que estuviese llorando por las esquinas por su rechazo. Al poco se dio cuenta de que eso no iba a pasar. Ella parecía haberlo olvidado y eso no lo iba a consentir. Esa cortesana era suya. Sería de él o de nadie más, se juró. No era más que un entretenimiento para él, trató de convencerse.

Sí, él la volvería a encandilar. La establecería como su amante y buscaría a la perfecta duquesa de Ashton para que pariese a sus herederos. Ese sería el plan. Un plan perfecto para una pérfida mujer que no se merecía más de él. Le dolía el corazón, estaba furioso con ella y ese era el castigo que Emma merecía por haberle engañado y traicionado.

Con ese plan dibujado en su mente comenzó a vestirse. La señorita Harrelson iba a conocer al verdadero duque de Ashton y sería esa misma noche. ¿La ocasión? La cena y el posterior baile de los Connor.

Llegó puntual. Tranquilo, pero la tranquilidad desapareció pronto… Patrick, maldito Patrick. Oliver no contaba con que él estaría allí. La sangre le hirvió al ver la familiaridad que había entre ellos dos. ¿Por qué tenía que llevarla de la cintura? El duque no tenía duda alguna de que él se la estaba beneficiando. No le importaba. Esa mujer volvería a su cama y probablemente la experiencia que Patrick le hubiese aportado sería grata para él.

***

Emma estaba preciosa. Envuelta con sus mejores ropas y joyas llegó a aquella cena del brazo del hombre más poderoso del reino. Esa noche se iba a dar a conocer. Patrick la había convencido de ir preparando el terreno en caso de que ella estuviese embarazada, y aunque Emma trató de convencerse de que ese era el único motivo

para volver a conquistar al duque, la verdadera razón era que ella amaba localmente a ese hombre. Pese a haberla calumniado por un motivo que ella desconocía, su corazón rebosaba tanto amor por él que estaba dispuesta a perdonarlo e intentar ser feliz a su lado.

—Estamos de suerte, preciosa. Tu duque está aquí.

Emma trastabilló y Patrick tuvo que sujetarla por la cintura para que no cayese de frente.

—Relájate. Todo saldrá bien. Está celoso y es un buen presagio en casi todos los hombres, pero en este es algo peligroso —tuvo que reconocer al ver que Emma se había percatado de la mirada furiosa de su duque.

—Después de todo lo que dijo, dudo que tenga derecho a sentir celos. Pero los tiene. Lo veo.

—La mente humana es algo difícil de entender, pequeña.

—Me sentiría más cómoda con V y Lennox aquí. Incluso con el malvado de Chesterfield.

Patrick se colocó delante de ella. La miró con ternura.

—Emma, no le des opciones a Ches si tus miras están puestas en otro lugar.

Emma, frunciendo el ceño, preguntó llena de sorpresa:

—¿Qué quieres decir?

—Muy enamorada estás si no te has dado cuenta.

—Pero él… En fin, que él… Yo no… ¿Ches? Es Ches, no tiene sentido. —No salía de su asombro ¿Chesterfield… sentía algo por ella? Imposible, ¿no?

—Dejémoslo aquí. No es momento. Además, tenemos público. Tu querido duque trata de asesinarme con la mirada.

—Definitivamente no entiendo a los hombres. Me dijo que se había acabado. Me desprecia y, sin embargo, ¿sigue interesado?

—Una cosa es lo que la mente diga y otra lo que manda el corazón.

—Decís que él no tiene corazón.

—Eso lo descubriremos pronto, querida.

La cena pasó lenta y amarga. Los anfitriones sentaron a Ashton a la otra punta de la mesa. Emma pensó que era mucha casualidad, pero con Patrick la casualidad no existía. Sintió su mirada clavada sobre ella durante los siete platos que trajeron a la mesa. Tras el banquete fue hora de abrir el baile. Patrick muy convenientemente la dejó sola con la excusa de ir a hablar con unos caballeros. Demasiado bien sabía ella que era una trampa para tantear a Oliver. A los pocos segundos lo tuvo delante.

—Sígueme o montaré una escena aquí y ahora.

Frío y duro como el granito. Emma siguió sin rechistar a Ashton. Él no se dignó a darse la vuelta, ni tan siquiera la miró a los ojos cuando le ordenó seguirle. Oliver la condujo hasta un despacho. Abrió la

puerta, esperó a que ella entrase y cerró. Emma se dio la vuelta para enfrentarlo, pero lo que siguió la dejó aturdida y anuló su voluntad.

Los labios de Oliver cayeron hacia los suyos en un suspiro. Hambre. Ambos tenían hambre el uno del otro. Los besos y las caricias de Oliver la dejaron aturdida. Lo había echado tanto de menos…

Oliver la apoyó sobre la pared y comenzó a besar su cuello. Gemidos, suspiros de placer resonaron en toda la estancia. El duque se apresuraba a subir la falda de su amante para buscar sus suaves pliegues carnosos. Ella estaba más que lista para él. Acarició el botón de su placer y poco después metió un par de dedos en su interior. Emma apoyó la cabeza sobre la pared. Dejó de pensar para comenzar a sentir. Oliver continuó asaltándola con sus salvajes besos mientras consiguió desabrocharse el pantalón y sacar su miembro que permanecía erecto en espera de atención.

De una brutal embestida la empaló obligándola a rodearle la cintura con sus piernas. El ritmo frenético que Oliver impuso hizo que Emma llegase a la cumbre del placer rápidamente, a lo que el duque no tardó en seguirla. Jadeantes y saciados ambos se miraron a la cara en espera de algo que decir.

Oliver le pasó un pañuelo para que ella pudiese asearse y comenzó a recomponerse la ropa mientras ella hacía lo mismo.

La puerta de la estancia se abrió de inmediato para dar paso a un furioso Patrick y un enojado Chesterfield. No era difícil saber lo que en aquella estancia había pasado. El marqués dio una mirada de evaluación a su amiga, mientras que Chesterfield parecía ansioso por saltar a la yugular del duque.

—Mañana te trasladarás a una de mis propiedades. Está todo dispuesto, solo nos falta hablar de los detalles. —Comenzó a hablar el duque con mucha tranquilidad. Ella había demostrado que lo correspondía.

—¿Disculpa? —preguntó Emma totalmente sorprendida.

—He dicho que mañana partirás a Sunset. Señores, la mujer ha decidido —miró con desprecio al marqués de Ailsa y al otro hombre—. Supongo que ha ganado el mejor amante. ¿No crees, Patrick? —señaló retóricamente Ashton retándolo con la mirada.

—No entiendo… Oliver, ¿qué…? —se atrevió a preguntar en un susurro ella.

—Emma, el duque pretende establecerte como su amante permanente en su casa de Sunset —le explicó Patrick, viendo lo que ese hombre pretendía.

Chesterfield ya se acercaba hacía él con los puños en alto. Su amigo Patrick lo contuvo poniéndose delante de él. Consiguió pararlo.

—Un momento, Chesterfield —le dijo Patrick frenando el avance del conde.

El estupor pasó por la mente del duque. Chesterfield. Chesterfield era el libertino y depravado más conocido en la faz de la tierra. La verdad lo golpeó. ¡Oh, cielos! Emma había ido a su casa. Ella salía de allí cuando él la siguió aquella fatídica noche. La furia le hizo hervir la sangre. ¡Maldita mujer! Embustera, embaucadora, libertina… ¡Furcia!

Patrick supo todos los pensamientos que pasaron por la mente de Ashton al ver y reconocer a Chesterfield. Ahí tuvo el misterio resuelto. No podía afirmarlo con total seguridad, pero el despecho del duque se debía a él mismo y a su buen amigo Chesterfield.

¡Eso era! Ahora todo tenía sentido, se dijo Patrick. El enfado… ¡El enojo del duque era por celos! Celos de amor. «Pongamos a prueba el punto», se volvió a decir el marqués.

—Debo suponer que cuentas con un contrato… —comenzó a decir despreocupadamente el marqués de Ailsa.

—En efecto, pero viendo… viendo la pericia que advierto que ha ganado la señorita en estos días, las 10.000 libras habrán quedado obsoletas —dijo tratando de mostrarse neutro e indiferente mientras tomaba asiento en la silla de su escritorio.

Ahí estaba. Celos puros y duros. Él creía a Emma traidora. Traidora hacía él. Eso confirmaba que ese hombre estaba enamorado, pero también confirmaba su peor temor. Si Ashton la consideraba traidora, Emma iba a pasar por un calvario. Un tormento mucho peor que su prima.

Valoró la situación. Patrick podría entregarle a Emma a Chesterfield, no le cabía duda de que su interés en ella era genuino y con el tiempo ella podría enamorarse de él, pero su amigo tenía oscuros gustos en cuanto al placer y Emma no tenía ni una pizca de sumisa en su cuerpo. Era por ello que Chesterfield se había fijado en ella, pues Patrick reconoció en su buen amigo el reto de dominarla. Sin lugar a dudas, ella le gustaba, pero lo que Ches no sabía y él sí es que Emma jamás se dejaría hacer lo que él necesitaba para alcanzar las cuotas de su placer.

—¿Cuál sería pues la cantidad adecuada? —Patrick tenía intención de provocar que Emma despertase y mostrase las uñas, una tarea difícil porque, además, él mismo debía contener a Chesterfield. Debió haber adivinado que se inmiscuiría en ese tema y aparecería esta noche sin ser invitado.

—No lo tengo claro… Teniendo en cuenta las habilidades que ha demostrado en la cama y fuera de ella —en clara alusión a lo que habían compartido hacía escasos momentos—, creí que 10.000 libras sería un precio justo, demasiado para una mujer sin nombre, pero digno pago por una de las mejores meretrices que he probado hasta la fecha. De hecho, hace unos minutos ha hecho gala de lo que vale. Sus gemidos despertarían la hombría del hombre más impedido. Tomarla

es una delicia, como imagino que ya sabrás. ¿Cierto, Patrick?

De nuevo el marqués tuvo que contener a Chesterfield.

—Ches, o me dejas hacer o te largas ahora mismo —le dijo en un susurro.

—Bueno, supongo que debería poner sobre la mesa otras 5.000 libras más. Si el gran Chesterfield la ha instruido, estoy seguro que bien las valdrá. No concibo que alguien pueda fustigar o atar a una mujer para conseguir la liberación, pero si ella sabe cómo hacer de ello una experiencia placentera podría intentarlo. Estoy dispuesto a llegar ahí si es que es eso lo que ella necesita.

—¡O le das tú su merecido o lo hago yo! —le escupió al marqués el conde.

—¡Ches, espera! —ordenó el marqués.

Emma estaba conmocionada. ¿Quién era ese hombre que estaba ante ella? Ella no reconocía ni un ápice a Oliver. Ese monstruo tenía la apariencia de su duque, pero aquella bestia no era él. ¡Cielo santo! Ellos tenían razón: no tenía corazón.

—¿Puñetazos? ¿Por una meretriz don nadie? ¿Acaso vale la pena, amigos? Ella acaba de elegir. La he gozado contra la pared. Ella ha dejado bien claro que me prefiere a mí antes que a vosotros.

Chesterfield consiguió apartar a un lado a Patrick para salir a la caza de aquel despreciable. El conde no daba crédito al comportamiento de Patrick. Por mucho menos había disparado a otros hombres. No entendía nada.

—¡Basta! —gritó una Emma con los ojos llorosos y con la cabeza bien alta.

Con suma elegancia se colocó delante de Chesterfield y apoyó la palma de su mano contra su pecho para, en muda petición, decirle que no interviniese.

Patrick se quedó esperando su reacción. Emma había tardado en tomar parte en la discusión, pero estaba seguro de que ella le daría un buen toque de atención al duque.

Con altivez, con orgullo y totalmente segura de su fuerza, se giró hacia Oliver y se situó ante él como una igual. Con parsimonia. Levantó aún más su mentón hacia él y enfocó sus ojos con los suyos mientras apoyaba ambas manos sobre el escritorio del duque. Era una reina vista desde atrás, pensó el marqués.

—Una vez le dije, excelencia, que era usted el primero. Me comprometí a no ser compartida. Hemos sido amantes porque ambos lo decidimos. No le he fallado y usted me ha insultado de todas las formas que ha podido, y si bien puedo agradecerle que alabase mis… aptitudes en el lecho y fuera de él, debo declinar su generosa oferta.

—Ambos sabemos que no encontrarás nada mejor después de esto. Nadie te querrá ahora. Eres una simple mujer mancillada. Ser la

amante de un duque es mejor que serlo de un conde o de un marqués. Piénsalo, no tendrás una oportunidad mejor en tu miserable vida.

—Ahora, Emma. ¡Hazlo ahora! —la conminó Patrick. Emma se giró para mirar al marqués a la cara sin despegar sus manos del escritorio de Ashton y entendió lo que le pedía. La mujer volvió a encarar al duque. Estaba preparada.

—He tolerado sus insultos, su desfachatez, su ingratitud e incluso me ha hecho gracia su oferta para ser su amante. No sé de qué crimen me acusa, pero usted no necesitaba ni 15.000 libras, ni un contrato, porque yo era suya por voluntad propia. Si hubiese prestado atención, lo hubiese visto tan cierto como que el cielo es azul, y se hubiese percatado de que yo vi al hombre, no al título. Era suya, excelencia, pero a partir de ahora se dirigirá a mí, a la marquesa de Montrose, con el respeto y la atención que merezco, con seriedad, o no lo hará en absoluto.

Emma se enderezó, dio media vuelta, los miró, otra vuelta, y salió de la habitación con una gracia digna de una soberana. Patrick sacó pecho ante su actuación.

No sería una Manchester, pero bien sabía cómo había de actuar una, pensó el marqués.

Chesterfield se fue tras ella y Patrick comenzó a regodearse de su triunfo. Había cazado al duque.

—Ya tiene trabajo, excelencia. Averigüe quién es la marquesa de Montrose. Pero no creo que le haga falta, ¿cierto? —Usó la formalidad para burlarse aún más de él.

—Mientes. Ella no puede ser… No es posible —comenzó a decir derrotado. Mil pensamientos pasaban por su mente.

Patrick esbozó una media sonrisa.

—¿Seguro?

—Aunque lo sea, ella está arruinada. Veinticuatro años y con la virtud perdida. No prosperará —dijo Ashton más para sí que para el otro hombre.

—Bueno… Tal vez Emma tenga razón y usted no presta suficiente atención, porque había en esta estancia un conde muy interesado.

—Que se la quede y la instale como su amante. No me importa. —El duque movió los hombros despreocupadamente.

—Oh, Ashton… Él no está valorando hacerla su amante. Ella sería su esposa.

El corazón de Oliver se saltó un latido.

—No puedes estar hablando en serio… La destruirá.

—Si no lo has hecho tú, no creo que él lo logre. Más bien la recompondrá.

Oliver se pasó las manos por la cabeza. ¿Qué podía hacer ahora? Emma se le estaba escapando, como el agua, entre las manos.

—Ella será el hazmerreír de toda la sociedad.

—Mejor ser una esposa legítima de un conde que en lo que la has convertido tú: en la pérdida de un duque. Aunque la marquesa de Montrose, como bien imaginarás, no necesita ninguna de las dos cosas.

—Ella se metió en mi cama. Fue ella quien vino a mí, no al revés. No puedes exigirme que restaure su honor y más si ella no lo necesita, como bien dices.

—Bueno, sea como sea tendrás que ver cómo esa mujer toma ahora su lugar en la sociedad. Apartada de ti.

—No me importa. —¿Su corazón se estaba rompiendo en mil pedazos o era un ataque lo que estaba sintiendo?

—Te mientes a ti mismo, Ashton.

—Está demasiado usada para mi gusto. Es vuestra, o bien para uno de vosotros o para el otro. O para los dos… Quién sabe qué perversiones hizo ella en su casa la otra noche.

—¿Me conoces, Ashton?

—¿Quién no te conoce, Patrick? Incluso estuvimos involucrados en un asunto para la Corona. ¿Lo has olvidado?

—No lo he olvidado. Del mismo modo que no he olvidado que una vez viniste a mi casa a pedirme mi ayuda. ¿Lo recuerdas?

—Sí —hubo de reconocer a regañadientes.

—Sabes que no miento. Sabes que soy un hombre de honor.

—Lo sé.

—Ella estuvo en casa de Chesterfield. No sé qué locura la impulsó a ir hasta allí. Bueno, sí lo sé. Ella quería ver una fiesta salvaje… —Patrick suspiró—. Las mujeres que me rodean son así de insensatas y, por ello, hombres como vosotros ponéis vuestras miras en ellas.

—¿Y eso a mí qué me importa? —¿Montrose? ¿Ella era..? Era la mujer perfecta. No solo por su linaje, no solo por ser una cortesana magnífica. ¡Infierno! Su mente comenzaba a darse cuenta de lo que había hecho. Su hermana Melly lo había acusado de convertirse en un ser sin alma y corazón, frío y oscuro. Comenzaba a pensar que algo no había hecho bien.

—Teniendo en cuenta que tu agravio es porque crees que ella te traicionó, debo decirte que Emma entró en esa casa y salió igual de pura… —Patrick bufó—. Igual de pura no, porque de eso tú ya te habías ocupado previamente. Pero sí igual de… ¡Maldición! Ella solo ha estado en tu cama, Ashton.

—Por eso Chesterfield está hecho un loco, ¿no? —ironizó Ashton.

—Maldita sea. Yo no la he tocado. ¡Es como mi hermana! Chesterfield no ha tenido ocasión de tocarla. —Aún, pensó Patrick—. ¡Ella no se ha acostado con nadie más que contigo! Además, Chesterfield la quiere para él, eso lo has visto, y si no te das prisa

podría estar criando a tu hijo en poco tiempo.

Patrick dejó caer la bomba y salió disparado del lugar en busca de su protegida. El juego estaba en marcha, ahora tocaba esperar a ver el siguiente paso de Ashton y no podía demorarse porque Emma y Ches estarían solos en algún lugar y no podía permitir eso. No ahora.

—¿Dónde está Emma? —Patrick se acercó hacia su amigo preocupado al ver el estado de ánimo de él. En un jardín… ¿Por qué acababa o empezaba todo siempre en un maldito jardín oscuro?

—Se ha ido. La he metido en el carruaje para que la dejase en su casa. Ha estado magnífica. Siempre supe que ella sería deslumbrante.

—Lo sé. —Patrick le escudriñó buscando indicios de…

—No me mires así. No la he tocado.

—De acuerdo. Te creo.

—No es justo, Patrick.

—También lo sé.

—Si solo yo hubiese llegado primero…

—Ches, sabes tan bien como yo que lo que te atrae de ella es querer domarla. Lo he visto otras veces.

—Te equivocas, esta vez es diferente. Lo sé. Desde aquel maldito inocente beso… yo… Ella ha sido algo que no quise examinar entonces, y ahora, al volver a verla… algo se ha despertado en mí.

—¿Podrías ser feliz sin las cadenas y la fusta?

—No hace falta que conteste. ¿Verdad, amigo?

—No. Pero necesitabas verlo claro.

—Ella podría aprender… Podría ser tan perfecta.

—Ches, conozco a las personas. Por muy placentera que pudieses hacer la experiencia para ella, y no me cabe la menor duda de que podrías hacerlo, acabarías destruyéndola.

—Ni el gran todopoderoso Patrick puede saber eso.

—Ella es como Valerie. Es fuerte. No se doblegará ante nadie, y tú necesitas una mujer sumisa, o al menos una que pueda adquirir ese estado y Emma sencillamente no puede. No ahora.

—Insisto en que eso no puedes saberlo con certeza.

—¿Coincides conmigo en que ella es muy similar a Valerie?

—Sí.

—¿Eres consciente de la confianza que tengo con Lennox?

—Sí. ¿Dónde quieres llegar?

—¿Me creerás cuando te diga que Jason le ató las manos a la cabecera de la cama con un suave pañuelo de lino en uno de sus juegos, y que Valerie casi le arranca la cabeza por ello?

—Lennox puede ser un patán.

—Vamos, sabes que la adora y que lo hace todo siempre en beneficio de ella. No puedes negar que él lo hizo lo mejor que supo.

—Todas pueden llegar a ser sumisas.

—Ni tú te crees lo que acabas de decir.

—Diga lo que diga no me vas a animar, ¿cierto?

—Sé que no es para ti. No serías feliz con ella y la destruirías. O ella a ti.

—Entonces, ¿solo me queda desaparecer?

—No tienes por qué irte.

—Lo sé. Felicítame al menos por haber desempeñado un buen papel como hombre celoso e interesado. Tu pantomima ha sido excelente. ¿He desempeñado bien tu plan al menos?

—Ambos sabemos que diseñé tu estrategia, pero nunca has interpretado un papel. Era la realidad para ti.

—No te lo perdonaré. Me has hecho darme por vencido sin tan siquiera dejarme intentarlo.

—Maldita sea, Chesterfield. No eres capaz de ver que ella está endemoniadamente enamorada de él. ¿Quieres ser toda tu vida una sombra de Ashton para ella? Te estoy salvando, aunque no lo veas.

—Sabías que yo tenía una posibilidad con ella y no me has dejado intentarlo. Podría haberla hecho olvidarlo.

—¿Y si está embarazada? Ese niño sería el recuerdo viviente de su gran amor por él.

—¿Y si no lo está? ¡Yo hubiese sido mejor para ella que ese bastardo! Con mis pecados y mis virtudes podría haberme querido. Una vez lo hizo.

—Ha pasado demasiado tiempo desde aquello.

—No para mí.

—Lo sé, pero tú no quisiste verlo. Cuando murió su padre te dije que debías actuar.

—Entonces no te importaron mis vicios, mis fustas y mis cadenas. ¿Por qué ahora sí?

—No creo que necesites una contestación para ello. Si la necesitas es que eres más ingenuo de lo que me temía.

—Quiero oírlo.

—Bien, pero no te diré nada que no sepas. Ella en aquel momento era inocente y tú podrías haberla instruido y moldeado a tu gusto. Difícil, muy difícil, pero no imposible. Pero ahora es una mujer con cierta experiencia. Ashton la ha amoldado a él y ella ha hecho lo mismo con el duque. Está enamorada y no habrá más hombre para ella. Te dije que tarde o temprano te arrepentirías de no tomar aquel tren, pero no quisiste escucharlo.

—¡Va a hacer de su vida un infierno! Lamentarás el día en que me hiciste apartarme. Lo malo de ti, amigo mío, es que has jugado tanto tiempo a ser el todopoderoso Patrick que ya no ves más allá de lo que quieres ver. Libertad se llama, algo que tú te empeñas en no respetar.

—Lo siento, Ches. Cuando dejes de estar tan furioso me darás la

razón.

—Podrían pasar años.

—Lo sé.

Chesterfield suspiró.

—Mañana salgo para París.

—Es lo mejor.

—¡Maldito seas, Patrick!

—Te estaré esperando cuando estés listo, viejo amigo —dijo el marqués mientras su más querido amigo desaparecía de su vista. Ches se marchó de allí maldiciendo a Patrick, odiando al duque de Ashton con toda su alma y jurándose que algún día el duque se las pagaría.

Ches no sabía cómo, no sabía cuándo, pero en algún momento su vida podría tropezar con Ashton y él saborearía la dulce venganza.

***

Emma se despertó varios días después con un grito ensordecedor de su madre, quien le colocó poco después el periódico en las manos.

—¿Qué significa esto? —Su madre entró en tropel en la estancia donde ella estaba tranquilamente.

—Es temprano, madre, para poder lidiar con una de tus crisis. Pensé que después de que me decidí a utilizar el título ya no tendría que pelear más contigo. Me equivoqué —señaló derrotada.

—Por Dios, Emma. ¿Acaso no creías que tu madre tenía derecho a saber de tu compromiso con el duque de Ashton?

Emma abrió los ojos de repente y cogió el periódico para buscar los cotilleos de sociedad. Pero aquello no era un cotilleo, era un anuncio formal. Al parecer, los periodistas no solo no se cansaban de escribir sobre la recién conocida marquesa de Montrose, sino que también daban noticias sobre un inventado compromiso. ¿Quién estaría detrás de aquello? Un nombre se le pasó por la cabeza: Patrick. «Ha debido ser él», se dijo a sí misma.

—No sé lo que sucede, madre, pero voy a averiguarlo.

—Y yo tengo que planear una boda por lo visto.

—No habrá tal boda —aseveró, negando repetidamente con la cabeza

—Cielo, sí la habrá. Está aquí escrito.

—¡Sobre mi cadáver!

La marquesa se vistió rápidamente para salir rumbo a casa del marqués de Ailsa. Un lacayo la acompañó hasta el despacho de Patrick. Aquello era un concilio en su contra. Se quedó perpleja al ver al marqués tras su escritorio, al duque de Ashton sentado frente a él y,

a unos pasos, acomodados en el diván, una V contrariada, un esposo serio y la madre de Valerie, Elvina.

La marquesa viuda de Ailsa se acercó a ella para darle un abrazo.

—Mi pequeña niña. Me alegra mucho verte, aunque sea en estas circunstancias.

Elvina le dio un beso en la mejilla y salió de la estancia, no sin antes invitar a Valerie a hacer lo mismo, algo que la duquesa de Lennox no hizo y, dado que su marido no iba a ningún lugar sin ella, él también se tuvo que quedar.

—Emma, no es ningún entierro —señaló Patrick al ver la cara de su protegida.

—No es un entierro, pero todo aquí huele a emboscada, Patrick —dijo una furiosa Emma.

—Siéntate, Em. Te estábamos esperando —la invitó el marqués de Ailsa. Emma tomó asiento en la silla vacía que estaba junto a Ashton. No lo miró.

—¿Te lo ha dicho tu bola de cristal de brujo? —se mofó Emma.

—No ha hecho falta. El anuncio en el periódico te habría hecho sumar dos y dos, y daba por supuesto que no tardarías en aparecer.

—Bueno, estamos casi todos los participantes de este circo. ¿Debo suponer que Chesterfield está por llegar? —preguntó con humor.

—¿Cuánto te importan a ti los asuntos de ese libertino, mujer? —saltó un furioso el duque de Ashton.

—Se dirigirá a mí con respeto o no lo hará, excelencia. Creo que dejé muy claro que no soy una don nadie. Su rango será más alto que el mío, pero ambos sabemos que tengo más poder que usted. —Ella no se giró para hablarle.

—Emma, ya basta, por favor —terció Patrick—. Chesterfield ha dejado Londres.

Emma se contrarió. No sabía que se había ido, pero no le sorprendió. El conde era un hombre inquieto que no permanecía demasiado tiempo en un mismo lugar.

—¿Qué está pasando, Patrick? ¿Qué hace él aquí? —Emma estaba angustiada.

—Planear una boda, querida. Si sabe leer, señoría —escupió Oliver el dichoso título—, sabrá que hay un enlace que planear.

—Pues planee una boda. Le deseo lo mejor a usted y a la pobre desgraciada que tenga el valor de convertirse en la compañera de la gran capa de hielo que es usted.

—Basta, los dos. Os comportáis como niños —los regañó Patrick, quien se frotaba las sienes. Definitivamente, estaba viejo para esto.

—No tienes derecho a inmiscuirte, Patrick —le reprochó Emma.

—¡Oh, sí, amiga mía! Tú te has metido en un gran lío y no tienes libre voluntad, como la tuvo aquí la antigua lady Valerie. Ya que no

sois capaces de arreglarlo, ni tú ni él, tendré que hacerlo yo.

—Maldita sea, Patrick. Es mi vida, yo vivo con mis decisiones. No tienes ningún derecho sobre mí. —La morena estaba apretando los dientes.

—Tengo todo el derecho que me dio tu padre cuando me hizo responsable de ti.

—Di algo, Ashton. ¡No puedes estar de acuerdo con este desaguisado! —le instó Emma al duque, sin mirarlo aún.

—Me temo que no tengo más remedio. Tú te has asegurado de que no tenga más remedio. Me cazaste, hechicera. Debí haberlo visto venir. —Intentó sonar apenado, esperaba haberlo conseguido.

—Yo no he hecho tal cosa. No me casaré jamás contigo.

—¿Acaso no llevas en tu seno a mi hijo?

Emma parpadeó varias veces y miró atónita a Patrick, quien permaneció impasible.

—No es seguro, excelencia —dijo sin mirarlo.

—¿Podrías estar llevándolo? —preguntó directamente Oliver.

—¿Y qué si lo llevo? La señorita Harrelson era la última mujer en la faz en la tierra sobre quien vos pondríais vuestros ojos. Una don nadie sin atractivo, sin actitudes. En definitiva, una pobre desgraciada, una mediocre e insulsa solterona. Ni tan siquiera podría aspirar a ser la amante del más pobre noble de título bajo. No era más que una obra de caridad para Patrick, ¿verdad? ¿Qué te hace pensar que la marquesa de Montrose se dignará a casarse con un bastardo como tú? —Ella quería darle a probar su propia medicina nauseabunda.

Ashton permaneció imperturbable ante la retahíla de la marquesa. No sabía cómo, pero ella había escuchado cada una de las palabras que había dicho cuando la creyó traidora. No se avergonzaría por haber mostrado su ira ante ella, así que hizo lo que mejor podía haber hecho: colocó más leña al fuego.

—Ambos sabemos que la señorita Harrelson no existió. No al menos cuando te metiste en mi cama dispuesta a que te diese placer. En aquel momento ya eras la marquesa de Montrose y ella sí puede ser digna de estar al lado de un duque. Aunque tendrás que demostrar estar a la altura, no te quepa la menor duda.

—Maldito seas, y maldito tú, Patrick. Estáis locos si pensáis que me casaré con este desalmado.

—No te cases conmigo, pero si tienes a mi heredero te lo arrancaré de los brazos nada más acabes de parirlo. No tendrás tiempo ni de acunarlo por primera vez. Alégrate de que te permita ser parte de su vida. Bien podría negarme a casarme contigo y simplemente quitártelo. La ley me ampara, pero no puedo consentir que por tu capricho él sea mi bastardo.

—Huiré de ti. No me encontrarás jamás.

—Te buscaré allí donde te escondas. Y juro que te encontraré y te lo arrebataré aunque para ello deba matarte con mis propias manos. Él es mío. —Era la ira más cruda la que hablaba. Ni él mismo se reconoció en sus palabras.

—¡Patrick! —saltó V— No puedes estar de acuerdo con esto.

—Tú, prima, eres la menos indicada para hablar. ¿Acaso no recuerdas el aspecto de tu marido el día de tu boda? Y como un corderito recitaste tus votos —aludió ante un avergonzado Jason.

—¿Por qué siempre soy yo quien paga los platos rotos, Patrick? —se quejó el duque de Lennox—. Busca otro ejemplo para tus palabras, estoy harto de ser el blanco de tus razonamientos. Rememoras en mi esposa recuerdos que luego he de esforzarme en borrar.

—Eres tú quien está aquí y es tu mujer quien ha interrumpido. ¿Algo más que decir, V? —preguntó Patrick.

La duquesa de Lennox se levantó furiosa. Se aproximó hasta el escritorio para ponerse al lado de Em.

—Eres cruel, Patrick. Emma, te daré cobijo si decides no casarte. En mi casa te podrás esconder, y pobre de él si se atreve a venir. Le mataré con el mejor de mis rifles y le daré sus entrañas a mis perros por alimento. Sus nobles partes no son dignas ni de los mejores chuchos de mi madre.

—¡V! —la amonestó Patrick.

—¡Lennox, nos vamos del maldito Londres! Ya he visto todo lo que tenía que ver. Vamos antes de que acabe cometiendo, no uno, sino dos asesinatos —sentenció, mirando fijamente a los ojos de su primo.

Así, los duques de Lennox salieron de la estancia y del maldito Londres para poner rumbo a su casa. V ansiaba ver a sus hijos. Pero la discusión entre los tres seres más tercos de todo el reino estaba lejos de terminar.

—Bien. Creo que es hora de hablar como personas civilizadas y que lleguemos todos a un entendimiento. Tal como yo lo veo, una boda es lo mejor —habló el marqués de Ailsa.

—No puedo creer lo que oigo, Patrick —dijo derrotada Emma.

—Te metiste en su cama y no tomasteis precauciones ninguno de los dos. Maldita sea, ¿es que acaso no sabéis lo que pasa cuando un hombre toma a una mujer?

—Podría no estar embarazada. Es difícil que una insulsa solterona de veinticuatro años quede en estado de buena esperanza

—Em, piensa en la frecuencia y las veces que él… ¡Infierno! ¿Por qué siempre me toca esto a mí? —se quejó Patrick— Ashton, ¿hiciste algo para evitarlo?

—No. —¡A Dios gracias!, pensó el futuro esposo.

—¿Eres consciente de que podría no estar embarazada? —le

preguntó Patrick al duque.

—Es muy posible que lleve a mi heredero. —Ella no se le iba a escapar.

—No lo sé aún —reiteró Emma.

—No me arriesgaré a que todo Londres haga las cuentas y pueda poner en duda mi honor y el de mi hijo.

—¡Maldita sea! ¡Tal vez no haya niño! No es seguro que esté embarazada.

—Sea como fuere, serás la duquesa de Ashton. Patrick está de acuerdo y yo, muy a mi pesar —mintió como un vil bellaco—, no tengo otra opción. Debo pensar en el futuro de mi heredero, en caso de que puedas estar embarazada.

—Patrick, te lo suplico. No me obligues. ¡Ayúdame! —imploró con desesperación—. No me vendas a él —rogó llorando.

—Em, no te he vendido a él. Te entregaste libremente. Debes asumir las consecuencias. —Patrick sabía que era lo mejor. Ellos estarían bien juntos en cuanto… Bueno, estarían bien.

—Te lo suplico, Patrick, no me hagas esto. Ten piedad de mí. Me condenas al infierno con él —dijo sin mirarlo, pero señalándolo.

Ashton apretó los labios. No sabía lo que iba a hacer con ella, pero le dolió escuchar lo que Emma acababa de decir.

—La boda será en dos semanas —sentenció Ashton.

—No —consiguió articular Em.

—Emma, por favor… Debes comprender… —comenzó a decir Patrick.

—Eres mi verdugo, Patrick. Lo he asumido. Habrá boda, pero será ahora. Ahora mismo, porque si me dejáis salir por esa puerta huiré y, dado que tú me encontrarías enseguida —dijo señalando al marqués de Ailsa—, es mejor que nos ahorremos tiempo y sufrimiento. Estoy dispuesta a ir al infierno. Ahora mismo o nunca.

Patrick permaneció impasible. Miró a Ashton y este asintió.

—Mandaré llamar al obispo y a tu madre. Puedo pedirle a la señora Harrelson que te traiga un vestido de tu casa

—¡No! Esta insulsa solterona no dejará de serlo por más que se envuelva en bellos ropajes.

De este modo, a las seis de la tarde, sin ningún anillo de por medio, la recién descubierta marquesa de Montrose dejó su título para convertirse en la nueva duquesa de Ashton. Emma sintió los grilletes del matrimonio aferrándose a su garganta tan fuerte que, después de pronunciar sus votos, se desmayó. Esta vez de verdad.

***

Los planes de hacerla su amante se habían ido por la borda. Tenía

que admitirlo, desde que vio por primera vez a la señorita Emma Harrelson su irreverencia lo había despertado de su letargo. La revelación de que ella era en realidad la conocida marquesa de Montrose, rica como Creso, y que había invertido en varios orfanatos y había estado detrás de varias propuestas que el bueno de Patrick había presentado en el parlamento, solo confirmaba una cosa: su intuición no había fallado. Oliver estaba seguro de que Emma era mucho más de lo que aparentaba. Si en un primer momento había pensado que podría ser a causa de todos los rincones del mundo que ella había conocido, su conjetura no iba mal encaminada. Su visión sobre el mundo, su rica educación, su temperamento, su frescura y su ingenio, lo habían subyugado para siempre. Ella era la suma de muchas cosas, todas buenas. Su pasión y su lujuria en el lecho solo habían contribuido a que él la ansiara para sí hasta el fin de los días. Había poseído su cuerpo pero, ¿y su alma? ¿Su corazón? Él lo quería todo de ella.

Aunque… ¡Maldita fuera por haberlo echado a un lado! Por dejarle creer que lo había cambiado por Patrick y que Chesterfield podía haberla usado a su conveniencia.

¿Quién le garantizaba que eso no fuera así? El marqués de Ailsa. Su palabra era la ley y si Patrick decía que ni él ni su amigo la habían tocado, él lo creería. Pero que lo matasen si Oliver iba a perdonarla tan fácilmente por esas largas noches de angustia que había pasado por estar loco de celos. ¿A quién iba a engañar? Él ya la había perdonado. La necesitaba. ¿Su amante? Ella siempre iba a ser algo más para él.

Cuando supo que el conde de Chesterfield pensaba hacerla su esposa se vio derrotado. El conde pudo haber estado actuando —montar una farsa en cooperación con Patrick— para tenderle una trampa. Pero Oliver, al igual que Patrick, también conocía a las personas, y no le fue difícil ver una atracción genuina de Chesterfield hacia ella. ¿Por qué ese hombre que podía tener a cualquier mujer se había inclinado por ella? Era algo que le carcomía el alma. Solo pensarlo cerca de ella, besándola o tocándola, le partía el alma. Era algo que acabaría descubriendo tarde o temprano. Lo que sí sabía era que la furia de Chesterfield ante sus palabras, ante los insultos que Oliver había prodigado a Emma delante del conde, no podía ser una interpretación. Ciertamente ese hombre, su rival, estaba furioso y sabía que de haber podido lo habría asesinado allí mismo.

Temió que ella estuviese furiosa y que en un acto de despecho decidiese aceptar una posible propuesta del conde. Y, cuando el marqués de Ailsa le hizo saber de un posible embarazo de la marquesa de Montrose, supo que tenía que hacer todo lo que estuviese en su mano para recuperarla. Lo tenía claro. Suplicaría, se arrodillaría,

pediría su perdón una y mil veces mientras ella consintiese ser su esposa. Ese embarazo era la excusa perfecta para reclamarla. Fue una suerte que a la mañana siguiente el marqués de Ailsa le entregase una nota explicándole que Chesterfield le había dejado el camino libre para que él hiciese lo correcto, y que lo correcto era desposarla a la mayor brevedad posible. En caso de una negativa por su parte, el conde la tomaría como suya. Casi saltó loco de contento al leer la misiva. Le habían entregado a su mujer y encima no había tenido que rebajarse a pedir perdón.

¿De qué era él culpable? Se le había partido el corazón cuando Emma recitó las palabras que había dicho acerca de ella, sobre su falta de título, sus pocas cualidades, que ella no era digna de él y un sinfín más de descalificativos. No sabía cómo había podido oír una conversación privada, aunque también sería posible que Susan Dawson, la futura marquesa de Spencer, se hubiese ido de la lengua, cosa que no le sorprendería en absoluto. Si había sido Sue, que el cielo la amparase porque esto no iba a quedar así.

Sinceramente, él pensaba que no era culpable de nada más. Aquella retahíla de insultos había sido dicha al calor de los celos, de la rabia y del momento de sentirse traicionado.

Ahora bien, ¿de qué era ella culpable? En primera instancia, Emma le había mentido al ocultarle su identidad. Eso tampoco lo iba a poder pasar por alto puesto que, si no podía confiar en ella, su matrimonio iba a ser un infierno para los dos. ¿De qué más era culpable ella? De haberlo subyugado, de haberlo hecho querer y ansiar a una mujer por encima de su vida. Eso era una debilidad que no estaba dispuesto a admitir. Sí, lo había manipulado, con esos guiños sutiles de ojos, esas sonrisas encantadoras. ¡Si incluso simuló un desmayo para estar entre sus brazos! Pero ella realmente no había sido de nadie más, tan solo suya. Su pecho se hinchó orgulloso al saber que esa magnífica hembra no conocería jamás otro varón que no fuese él, y se supo satisfecho por haber conseguido una esposa que pariese a sus herederos, que a la vez era mejor que la más exquisita de las cortesanas. Ella le satisfacía en todos los aspectos carnales. Tenía linaje, bien sí, pero eso a él ya le importaba un pimiento. Cuando se vio sin ella ante un Chesterfield dispuesto a conseguirla, fue cuando supo que la falta de título de esa diosa le daba absolutamente lo mismo. Sería su duquesa de igual modo.

Ambos habían obrado mal. En su adolescencia aprendió, por las malas, que nada era del todo blanco o del todo negro. El matrimonio de sus padres había sido un desastre mayúsculo. Su padre lo había manipulado a su antojo, mientras que su madre era una persona infeliz que buscó encajar desesperadamente en la sociedad. Cuando supo que su madre estaba en Londres con un amante sintió una

traición tan severa que humilló a la pobre mujer sin compasión. Sus padres murieron por una situación que él propició. La culpa estuvo ahí durante años.

Su padre siempre le decía que había heredado la debilidad de su madre. Su compasión era un defecto para el viejo bastardo y para un joven que solo buscaba la aprobación de su padre. La palabra de este era la ley. Así fue como Oliver creyó a fe ciega todas las difamaciones que empleó el antiguo duque para con su madre.

Con el paso de los años había conocido la verdad sobre la historia. Su madre estaba locamente enamorada de aquel hombre, el conde de Gaus. No pudo casarse con él porque su padre no lo permitió. La quería para él. Pese a no amarla, ella tenía un buen pedigrí y la quería para sí. Maldito bastardo por haberle hecho creer que su madre era una falsa, una mentirosa y culpable de todo. Ella había sucumbido finalmente a la pasión que sentía por el amor de su juventud. Después de que ella hubiera tratado ser feliz con el antiguo duque —su padre—, la oposición y la humillación de su marido la habían hecho sumamente infeliz.

Todo lo que le había inculcado su padre habían sido mentiras y más mentiras. Oliver se había convertido en un esnob. Sí, en un frío hombre también, pero gracias a la calidez y la bondad que su madre le había hecho heredar, poco a poco se fue convirtiendo en un hombre justo. Pero luego se volvió a malograr, según le había dicho su hermana hasta la saciedad. Era por los engaños de su padre por lo que él no podía perdonar la traición. La sociedad pensó que el acto de su madre le había hecho ser tan intransigente con respecto a la falsedad y las mentiras, pero justo fue lo contrario. La mala fe de su padre era la causa de que él no soportase las farsas y las mentiras. Vio el carácter de Sue a tiempo y se alegró de que ella lo intentase cambiar por otro duque con más peso social y más rico que él. Susan había sido una buena amiga de su infancia, y por su lealtad hacia ella no pudo romper el compromiso cuando vio que con el paso de los años se fue convirtiendo en una arpía sedienta por escalar en el escalafón social, y de nuevo casi saltó de alegría cuando ella lo liberó de su obligación. Además, la que fuese antaño su querida amiga, Sue, también contribuyó, y mucho, a hacer de él un frío estirado. Susan también le había fallado y engañado, pero esa era otra larga historia que aún no había conseguido esclarecer.

Oliver suspiró. Bendijo su buena suerte mientras degustaba una generosa copa de whisky para templar los nervios en la soledad del despacho del marqués de Ailsa. Ahora era ya un hombre casado, cuya esposa se había desmayado en sus brazos por la impresión de verse casada a la fuerza. Era irónico que hubiese miles de damas que darían su mano derecha por ser la duquesa de Ashton y él se hubiese dado de

bruces con la única que veía aquello como una penitencia por sus malas acciones. Sin embargo, mirando hacia el pasado, debería estar agradecido de que la vida le hubiese llevado hasta los brazos de una mujer como Emma.

Al verla perder el equilibrio y caer en sus brazos hacía unos pocos minutos pensó que era una treta, que Em se había arrepentido de su decisión y que estaba haciendo tiempo para urdir algún tipo de plan. Creyó que estaba fingiendo, pero al verla pálida y casi muerta solo pudo hacer una cosa: susurrarle palabras de amor, de sosiego, para que ella volviese en sí. «Mi amor, tranquila, todo saldrá bien. Despierta, mi vida», había mascullado el duque. ¡Estúpido! Él no quería mostrar sus sentimientos por ella ante el marqués de Ailsa, pero al verla en esa tesitura el corazón se le aceleró y pensó en que podría perderla, por lo que todo salió a la luz.

Tal y como Oliver pensaba que haría, el marqués de Ailsa lo miró con suficiencia y esbozó una amplia sonrisa de satisfacción al ver su reacción ante el desmayo de la marquesa, su ya esposa, la duquesa de Ashton.

Y, con esa misma expresión, Patrick volvió a entrar en el despacho. Las cartas estaban sobre la mesa.

—El doctor acaba de examinarla —le explicó un Patrick pletórico.

—Imagino que está todo bien. De lo contrario considero que me hubieses mandado llamar.

—Sí, lo está. Ha sido un ataque de pánico. ¡Felicidades, hombre, has ingresado en tu matrimonio haciendo que tu esposa tenga un ataque de pánico! —señaló sardónico Patrick, mientras le palmeaba la espalda—. Pero, créeme, he visto escenarios peores en algunas bodas. Deberías haber visto la de la baronesa de Rosings —Patrick todavía recordaba cómo el barón robó a Lena—. Aunque, sin duda, la mejor de todas fue la de los duques de Lennox. Yo diría que no conseguirás quitarles el título al matrimonio más bochornoso del momento, pero estuviste cerca…

—No estoy para bromas —Le dolía que ella estuviese así por su culpa.

—Lo sé, vi tu genuina preocupación por tu esposa.

Oliver no dijo nada aparentaba indiferencia, por lo que el marqués continuó con su exposición

—Debo admitir, Ashton, que tenía mis dudas sobre esta boda al principio —su tía Elvina lo tuvo que obligar a actuar—. No tenía ganas de aguantar todos los desaires de mi bendita familia —los de V, más bien— y los de tu esposa. Pero sé que ella estará bien a tu lado. —Oliver continuó sin soltar palabra alguna—. Estate tranquilo, no le contaré tu secreto —dijo Patrick con cierta complicidad.

—¿Secreto? —preguntó extrañado el duque.

—Sí, que estás enamorado hasta las cejas de tu esposa.

—Yo no estoy… —comenzó a decir incómodo.

—No olvides con quien estás hablando. Yo no sería quien soy, ni haría lo que hago, si no fuese capaz de distinguir a un hombre enamorado y preocupado por su esposa.

—El sentimiento parece no ser recíproco. —No tenía sentido negar la mayor.

—Eso, amigo mío, es algo que vas a tener que averiguar tú mismo. Sería demasiado fácil desvelar ese misterio. ¡No te lo voy a dar todo hecho! Pero te adelantaré que, hasta la fecha, ella no ha hecho nunca nada que no haya querido.

—La hemos obligado.

—Si ella no hubiese querido, no se habría casado. Te lo garantizo. Yo era íntimo amigo de la familia, la conozco. Su padre, el señor Harrelson, que fue nombrado marqués de Montrose en sus últimos días de vida, fue una excelente persona. Brillante a más no poder. Le habrías gustado, salvo por lo de enfadar y calumniar a su hija, claro.

—Sigo sin estar de humor, Patrick.

—En fin, Ashton, sí te adelanto que vas a tener que hacer un gran esfuerzo para ganártela. Y espero que no tardes en lograrlo, pues hasta que ella no se vea feliz no será capaz de perdonarme y agradecerme mi parte. Debo señalar que no ha ayudado que no tuvieses el anillo de boda. Entiendo que no te haya dado tiempo a hacerte con uno debido a la premura del enlace, pero no tienes excusa para no haberle dado al menos uno de compromiso, pues hace días que sabes el futuro de ambos.

—Tengo un anillo de compromiso, el sello de mi casa ducal, y también la alianza de boda. Los tengo aquí en mi bolsillo. Para saberlo todo, se te ha escapado esto.

—Me preguntaba por qué no se los habías dado, pues adiviné el bulto del interior de tu chaqueta. Lo cual significa que, tal y como me temía, no se lo has dado para castigarla… ¡Empiezas bien, pues! Lo he visto antes, si ambos empezáis a querer castigaros perderéis un tiempo precioso en disfrutar de vuestra felicidad. Te aconsejo que hagas borrón y cuenta nueva con ella. Además, vista tu reacción y oída tu preocupación sobre el estado de salud de tu duquesa, no creo que te cueste mucho mostrarle tu amor y volver a cosechar el suyo.

Ashton suspiró.

—Me temo que me has pillado. Es inútil intentar engañarte —dijo el duque al fin resignado a confesar sus sentimientos—. Ciertamente esperaba darle una lección, pero ahora solo temo que esté furiosa y ponga las cosas difíciles. Ambos sabemos que es toda una fiera. Sé que está disgustada porque piensa que la considero una don nadie. Una mujer…

—No hace falta que lo repitas. Yo estaba allí aquella noche, en el baile de compromiso de tu hermana y te oí, cada palabra. Estás vivo porque ella me pidió no interceder y porque en aquel momento detecté tu amor por ella, pues cada insulto denotaba despecho y eso es fruto de un hombre enamorado. Además, eso no creo que sea lo que tengas que remendar rápidamente. Lo que ella no va a perdonar tan fácilmente es que la tratases como la peor de las rameras. Ahí lo tendrás complicado.

—¿Qué hacia ella en casa de Chesterfield? ¿Por qué tuvo que ir? —Era una pregunta que le carcomía el alma desde hacía ya tiempo. Quería todos los detalles.

—Saciar su curiosidad. Creí que después de… de lo que habéis compartido, la conocerías mejor. En fin, ¿quieres saber algo importante, Ashton?

—No pienso pedirte consejo, si es lo que estás esperando que haga.

—Lo imagino. Pero te lo daré de igual manera. Muéstrate manso, respetuoso y arrepentido. Ella es una fiera, pero si está embarazada te esperan meses difíciles. —Lena fue una mala bestia durante aquellos meses, recordó el marqués—. Tratarás con una fiera embarazada que te volverá loco, y sé de lo que hablo. —Patrick hizo una pausa dramática.

Ashton agudizó sus sentidos. Miró al marqués con interés. ¿Qué quería decir con esa frase? ¿Qué le estaría pasando al imperturbable marqués de Ailsa que mostró cierta debilidad ante él? Pero Patrick solo suspiró y no profundizó en su explicación.

—Lo intentaré —señaló Ashton mientras salía del despacho del marqués en dirección a la habitación donde habían dejado descansando a su mujer. A su esposa. El corazón se le llenó de una calidez totalmente nueva y desconocida al pensar en Emma como suya. Como su compañera de vida, la madre de sus hijos. Porque si ella no estaba embarazada aún, pronto lo estaría.

Capítulo 8

¿Un nuevo comienzo?

Emma estaba casada. Ya no sería nunca más Emma Harrelson. Acostada en una cama de la impresionante mansión de los Manchester y arropada por una tranquila Elvina —la madre de su amiga Valerie— y su propia progenitora —la señora Harrelson— Emma estaba totalmente abatida. Había pasado lo peor que le podía haber pasado a una mujer como ella. Ahora era propiedad de su marido, no sería nunca más la señorita Emma Harrelson, ni tan siquiera sería la marquesa de Montrose —volvió a repetirse—, ahora era la nueva duquesa de Ashton. Tragó saliva ante este último pensamiento.

«¿Dios mío, qué he hecho? Ahora mi vida no me pertenece. Seré un florero más, un bello jarrón que acompañará a mi marido. ¿Bello? ¡Si él me consideraba una solterona insulsa!», comenzó a pensar con desespero.

Cielo santo, nada tenía sentido. Traicionada por Ashton, por Oliver, abandonada por su amiga Valerie y sola. Estaba ahora sola, y por primera vez en su vida no sabía qué iba a hacer con todo este gran enredo del que ni había sabido, ni querido, salir.

La respiración comenzó a agitarse, Emma notaba un nudo oprimiéndole el pecho. La marquesa viuda de Ailsa, Elvina, se percató del nuevo ataque de ansiedad que la nueva duquesa estaba a punto de sufrir y discretamente hizo a la madre de Emma salir de la habitación.

—Bien, jovencita, es hora de que hablemos tú y yo de mujer a mujer.

—¿Jovencita? —preguntó sin humor Emma mientras su respiración se hacía más costosa.

—Cuando llegues a mi edad comprenderás que en este momento sí eres una jovencita y ahora deja de una vez de provocarte ataques de pánico.

—Yo… no estoy… provocándome… nada. —Le costaba respirar.

—Mírame a los ojos, pequeña. Mírame y cree lo que te digo. —Elvina le cogió las manos para infundirle ánimo—. Vas a estar bien, eres una mujer fuerte. No has llegado hasta aquí para echarlo todo a

perder. Ahora quiero que inspires por la nariz y comiences a soltar poco a poco el aire por la boca. Cuenta desde cien hasta uno. Concéntrate en mí y solo cree mi palabra. Siente tu fuerza. Siente lo magnífica e imparable que eres.

Emma comenzó muy poco a poco a normalizar su respiración. Las palabras de aliento de Elvina estaban obrando milagros.

—Elvina, ¿cómo lo has hecho? Ciertamente sois una familia de brujos… Me siento como nueva.

—Yo no he hecho nada, tú has sido la que has provocado el ataque y tú sola has podido con él. Aquí no hay brujos, querida. Aquí hay mujeres fuertes. Tú siempre has sido tan poco común como Valerie, como la baronesa de Rosings y como Gertrude.

—¿Gertrude? —preguntó curiosa Emma, pues era la primera vez que oía ese nombre.

—Cierto, no la conoces todavía. Olvida lo que dije. Emma, atiende bien lo que voy a decirte ahora. Sois mujeres diferentes. Criadas desde otra perspectiva, inquietas, raras. Para muchos sois parias sociales, pero nosotras sabemos lo que somos.

—¿Y qué somos, Elvina? —preguntó con curiosidad.

—Pequeña, somos seres grandes. Somos mujeres con poder.

—Tal vez sí fuese entonces una mujer con poder, pero eso fue antes del día de hoy. Me arrepiento tanto de no haber utilizado mi título… No creí que perderlo me haría extrañarlo tanto, pero ahora que no lo tengo… Dios, Elvina. Soy suya. No va a dejar que alce mi voz. Debí haber luchado con uñas y dientes para conservar mi libertad. Es realmente irónico. ¡Yo, casada, Elvina! Obligada a casarme. Juré que solo aceptaría si realmente estuviese enamorada, pero no así. Así no, Elvina… Estoy prisionera ¿Cómo…? ¿Cómo ha pasado esto? —Comenzó a llorar y sollozar Emma mientras se abrazaba inconsolable a la madre de su mejor amiga.

—¡Oh, vamos! Ya está. Tranquila, tranquila… ¿Acaso no lo ves, Emma?

—¿Ver qué? Mi vida ha terminado, él tiene la potestad incluso de quitarme a mi hijo.

—¿Estás embarazada, querida?

—No lo sé, Elvina, pero si lo estuviera es su hijo, y yo soy una yegua de cría. No podía arriesgarme a que me lo quitase.

—Emma, ¿recuerdas la historia de los duques de Lennox? ¿De los barones de Rosings?

—Ellos se querían, solo que estaban obcecados en castigarse. Esto es distinto. No nos amamos. Yo no puedo perdonarle, me ha rebajado a la nada y él definitivamente no está enamorado de mí. Solo me odia y quiere cumplir con el papel de perfecto duque de Ashton, porque ha descubierto mi título y al fin tengo el pedigrí necesario.

—Se ha casado contigo, ¿eso no te dice nada?

—Solo me dice que no podría obviar a su heredero.

—Le has dicho hasta la saciedad que podrías no estar embarazada.

—No quiere habladurías, Elvina.

La marquesa viuda chasqueó la lengua.

—Estás más ciega de lo que pensaba.

—No entiendo…

—Emma, un hombre que no quisiera casarse hubiese esperado a ver si había bebé o no. Hubiese retrasado echarse la soga al cuello lo máximo posible, pero tu duque no solo se la ha echado al cuello, sino que él mismo se ha hecho el nudo de la cuerda. Él quería esta boda. —De no ser así ella no habría alentado a Patrick a llevar el plan hasta el final. Pobre de su sobrino que siempre creía que las ideas eran de él…

—¡Pero yo no, Elvina! ¡Yo no!

La mujer más mayor alzó una ceja.

—¿Seguro?

—¡Preferiría estar muerta! Me ha degradado, me ha quitado mi libertad y me ha humillado de todas las formas posibles.

—Ah, ah, ah. Solo veo aquí obcecación, Emma. No insistiré pues en lo que no quieres ver, porque no hay más ciego que el que no quiere ver. —Ella estaba harta de tener que convivir con ciegos, el mayor de ellos lo tenía viviendo bajo su techo.

—Él no quiere esto, igual que yo. Nos hemos condenado. —Emma volvió a llorar inconsolable.

—Emma, no lo ves, pero vas a estar bien. Tú podrás con él. Solo tienes que hacer lo que hacemos todas las mujeres fuertes que no nos contentamos con menos de lo que sabemos que nos toca en esta vida.

—¿Y qué es eso?

—Un plan, pequeña. Tener un plan. ¿Alguna vez te has frenado por algo? Vamos, ¿estoy ante aquella mocosa que se atrevió a desafiar a Valerie y a Lena por un beso del réprobo libertino más conocido del mundo?

Em abrió los ojos como platos ante esa afirmación.

—Pero… ¿Lo sabíais todos? ¿Cómo? ¡Si era un secreto!

—Somos Manchester, pequeña. Además, soy una Crusoe de sangre. No se nos escapa nada. Piensa un plan y llévalo a cabo. Ponte una meta. Tú, Emma Harrelson, marquesa de Montrose y ahora duquesa de Ashton, eres esas tres cosas y mucho más. Una indomable como nosotras. Solo hazte una pregunta y contéstate a ti misma con honestidad.

—¿Cuál? —preguntó una Emma mucho más animada.

—¿Lo amas?

Emma se quedó pensando. Elvina vio los miles de pensamientos

que pasaban por su mente y, antes de que respondiera, salió de la habitación. Elvina conocía la respuesta a esa pregunta, no necesitaba que Em la dijera en alto.

La nueva duquesa de Ashton no estaba preparada para contestar ahora mismo, porque si hablaba en esos precisos instantes su respuesta sería un «no» rotundo y sin lugar a dudas. Se sentía ultrajada y humillada por un hombre al que ella sí había querido.

Ambos se sentían traicionados por el otro. En su fuero interior esperaba que no hubiese embarazo. Temía que la furia de Ashton pudiese llevarlo a quitarle a su bebé. Pero si ella no estaba embarazada y ambos habían consentido en unirse a una persona que detestaban, ¿qué sería de ellos? Estaba en una encrucijada ahora mismo.

¿Un plan? No era mala idea. Elvina tenía razón, Emma no era de las que se quedaban quietas a esperar. ¿Quieta a esperar? Emma cerró los ojos y caviló sobre esta pregunta. Quieta a esperar… Todo el mundo decía de ella que no encajaba en sociedad, demasiado salvaje, demasiado audaz, demasiado todo… Así la habían calificado en numerosas ocasiones. Pero, ¿y si ella se quedaba quieta y esperase?

Si no hacía enfurecer a Ashton, si no mostraba su verdadera esencia, si se convertía en una de ellos, de esa sociedad rígida y cruel, tal vez podría conocer mejor su situación y pensar un plan para poder proceder en el futuro, porque en esos instantes no tenía ni idea de lo que podría hacer. Lo mejor sería esperar y, sobre todo, estar quieta, lo que en su caso se traducía en estar quieta y callada. Así vería cómo iba a ir todo y podría tratar de conocer a Oliver más allá del lecho, a fin de tomar la mejor decisión para ambos.

***

Ashton ascendió las escaleras para ir en busca de su esposa. Su esposa… No se acostumbraba a referirse a Emma en esos términos. Esperaba que ella estuviese mejor. Se sentía terriblemente culpable por lo que le había acontecido con su mujer. Aguardaba a que ella estuviese bien para llevarla a su casa. Se moría de ganas por disfrutar de su noche de bodas con su lady Salvaje.

Tan absorto iba en sus pensamientos que se topó con una mujer y se sobresaltó.

—Ashton, nos conocemos poco usted y yo pero tengo entendido que ha tenido la suerte de conocer a mi hija, Valerie.

—Sí, señoría. —Él miró con atención a la marquesa viuda de Ailsa. Estaba muy diferente a como la recordaba… Se veía mucho más… ¿joven?

—Yo soy infinitamente más peligrosa que la alocada de mi hija. Si

le hace daño a esa mujer que está ahí dentro luchando por contener la ira y la rabia, le juro que le cortaré sus partes íntimas y se las daré de comer a mis chuchos.

—Veo que la duquesa de Lennox es digna hija de usted, señoría. —Esbozó una sonrisa ladeada. Definitivamente, las mujeres que se estaban metiendo en su vida eran peligrosas.

—Queda advertido, Ashton.

—Lo sé, señora.

—¡Ah! Una última advertencia —dijo la marquesa viuda mientras pasaba por su lado para ir descendiendo las escaleras.

—Usted dirá, señoría —apuntó mansamente.

—Si yo la escondo, ni el mismísimo todopoderoso Patrick dará con ella, y mucho menos usted —explicó tranquilamente la marquesa viuda como quien da los buenos días. Y todo sin mirar ni llegar a ver la cara de estupefacción que se le quedó al duque ante la seguridad con la que esa mujer le amenazó.

Oliver tocó levemente la puerta donde estaba recobrando fuerzas su mujer. Se sentía muy nervioso. No tenía ni idea de cómo proceder o cómo tratar con su flamante esposa. Suspiró y se dio a sí mismo ánimos mientras oyó la voz de Emma indicándole que pasase.

Su esposa estaba recostada en la cama. Parecía una diosa ahí tendida. Él solo podía pensar en acercarse y desnudarla lentamente para hacerla suya. Esa hechicera lo tenía totalmente subyugado. Su cuerpo reaccionaba rápidamente ante su visión. Llevaba muchos días sin tomarla y estaba famélico y sediento de ella.

Emma se incorporó. Lo miró unos instantes a los ojos y enseguida desvió su mirada. Ashton vio sus ojos rojos y aún brillantes por las lágrimas que había derramado hacía unos instantes y se sintió rabioso por ser la causa de su malestar. Estaba seguro de que ella había llorado y maldecido por su matrimonio. No ganaría nada diciendo o haciendo algo más que no fuese decir lo evidente. Optó por callar lo que sentía, porque realmente no sabía qué decirle.

—Se está haciendo tarde, Emma. Será mejor que nos traslademos a casa cuanto antes.

—Sí.

Emma se levantó de la cama y se puso a su lado. Oliver le ofreció su brazo y lo tomó con mucha discreción. Tan solo rozaba levemente sus dedos en su antebrazo. Ella en esos momentos no quería saber nada de él y, como era su marido, tenía que hacer todo lo que él lo ordenase. ¡Maldita sea!

Ambos subieron al carruaje sin decir una palabra. Emma no lo miró ni una sola vez. Se sentó lo más alejada que pudo de él, no quería tener ni el más mínimo roce tan siquiera.

Ashton estaba desconcertado por esta nueva actitud de lady

Salvaje. ¿Ahora era lady Dócil? Esa no era la respuesta que esperaba de ella. No había opuesto resistencia y se mostraba demasiado conformista. Se puso en alerta, mas continuó sin decir nada al respecto. Pasaron los segundos, los minutos y estaba cada vez más nervioso por el silencio incómodo que había entre ellos. Optó por decir algo.

—Mañana irás a la modista para encargar un nuevo vestuario.

—Bien —dijo Emma girando la cabeza y asintiendo, pero sin mirarlo a los ojos.

Oliver tragó saliva de nuevo. Esto no presagiaba nada bueno, se dijo.

El carruaje se detuvo ante la entrada de esa casa que ella tan bien conocía. Habían pasado tantas cosas desde sus indecorosas pero placenteras incursiones allí… Parecía que había transcurrido un siglo desde aquellas noches de pasión y amor. Sí, amor, porque lo había adorado, y él también a ella.

No había nadie para recibirlos en la entrada, ni tampoco dentro de la casa. Emma no se sorprendió lo más mínimo. Oliver ni tan siquiera le había dado una alianza el día de su boda. Se había casado en la más secreta intimidad, como si la elección del duque de Ashton hubiese sido un sucio secreto que había que ocultar. Emma sabía que ella era ese secreto sucio. Ni desayuno de bodas, ni presentación de los criados de su nueva casa. Así iba a ser su vida. Sería la duquesa de Ashton, pero no había nada de celebración por parte de ninguno de los dos. El error cometido al pensar que se había metido en una cárcel voluntariamente la llevó a comenzar a respirar con dificultad. Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas y el nudo en el pecho comenzó de nuevo a aparecer. En tres segundos todo se volvió negro y cayó al suelo. Esta vez su marido no pudo llegar a tiempo para sostenerla, puesto que al entrar se había separado para ir hacia su despacho.

Oliver se maldijo al girarse tras oír un fuerte golpe contra el suelo. No sabía cómo lidiar con ella, y su actitud de sumisión lo estaba volviendo loco. Si se quedaba unos minutos más junto a Em explotaría, y no quería tener una nueva discusión. Había pensado que lo mejor sería que la dejase sola en la casa, por lo que había decidido que debía separarse de ella sin mirarla.

La nueva duquesa se dio un fuerte golpe en la cabeza que la mantuvo inconsciente varias horas. En cuanto despertó se vio en una preciosa cama que reconocería a la legua. Era la cama de Oliver, y estaba en camisón. Un camisón para nada recatado, digno de una cortesana. Otra nueva humillación que añadir a su lista contra su marido. No había anillo, pero sí un sugerente camisón para que le dejase claro que era una cortesana a su servicio. «Muy bien, Emma, y tú te metiste aquí por voluntad propia y sin luchar», se regañó ella

misma.

¿Qué había pasado? Emma no recordaba cómo había llegado hasta allí, pero sí sentía un fuerte dolor en la cabeza. Entonces recordó que había vuelto a tener un ataque de pánico. Oliver la había dejado sola en la entrada y se desmayó. ¿Quién la habría cambiado? ¿Quién le habría puesto esta prenda de ropa? Una doncella, seguro. Una doncella que estaría escandalizada. Él ni siquiera estaba a su lado ahora que Emma había despertado. ¿Por qué iba a preocuparse Oliver por ella?

Notó que tenía la boca seca. Necesitaba beber. No vio ni jarra de agua ni vaso. Se levantó con algo de dificultad de la cama y fue a buscar a la cocina un poco de agua. Al incorporarse su estómago rugió. Tenía sed y hambre. No sabía la hora que sería, tampoco tenía idea de dónde estaría su recién estrenado marido. Probablemente, estaría en su club o en alguna fiesta social. Al parecer, ella no era lo bastante importante para cuidarla. Su corazón se estremeció al pensar que Ashton ni tan si quiera se preocupaba por su salud. Ni la de ella ni la de su posible hijo. «¡Vaya decisión más buena tomaste cuando decidiste meterte en la cama con él, Emma!», se censuró a sí misma.

Tomó una bata para tratar de cubrir esas trasparencias de seda blanca. No había nadie en la casa levantado. Era una casa muy grande y ella, aparte de la entrada y la habitación de él, no conocía nada más. Bueno, sí, el salón de baile y el despacho, pues recordaba la noche del compromiso de la hermana del duque con su amigo Leo. En concreto, recordaba cómo Oliver la calumnió sin piedad en aquel despacho. Sacudió la cabeza a ambos lados, no quería volver a revivir aquella conversación.

Emma, descalza, recorrió los pasillos de la casa sin hacer apenas ruido. Unas voces captaron su atención. De nuevo, como en aquella noche, la nueva duquesa de Ashton se encontraba ante esa gran puerta maciza de color ébano espiando, sin haberlo querido.

—Maldito seas, Oliver. ¡Maldito seas por siempre!

—Basta, Sue.

—¿Basta? ¿Basta, te atreves a decirme? Maldito tú y todo tu legado.

—Era lo único que podía hacer y lo sabes. Tenía que casarme con ella.

—Sabía que ella te traería problemas, te lo dije cuando volví de Irlanda y no quisiste oírme. Sabía que lo único que quería era cazarte. ¡Y bien que lo ha hecho! Te lo dije y no me hiciste caso, y ahora estás así. Leonel me dijo que pensaba redactarte un contrato muy suculento para cualquier mujer. No entiendo cómo al final te dejaste atrapar. Debiste haber incrementado el montante y hacer que ella no se pudiese negar. No has sabido jugar bien tus cartas, Ashton, tu padre se

removería en su tumba. Esa mujer primero ha jugado con la felicidad de nuestra Melly y ahora te tiene en su red.

Ashton se extrañó que su amigo hubiese aireado algo tan íntimo como aquel contrato. Tenía una conversación pendiente con el señor Jones al respecto. Cierto que era un marqués o estaba a punto de serlo, pero su todavía administrador no debería haber hablado de eso con nadie. Por muy futura esposa de él que fuese Susan Dawson, su amigo no tenía derecho a airear sus intimidades. Y, por él, su difunto padre podría estar pudriéndose en el infierno. Bastante mal había hecho el viejo duque en vida como para preocuparse ahora por él.

—Te recuerdo que estás hablando de mi esposa, Sue —dijo con el rostro contrariado.

—Y yo te recuerdo que tú estás hablando conmigo. Dijiste que ella no era digna de ser ni tu amante y, sin embargo, le ofreciste 10.000 libras y viendo que ella no las aceptó le diste el ducado. ¡No puedo creerlo!

—¡Sue, basta!

—¿Cómo has podido hacerte esto, Oliver? ¿Cómo? Creí que eras más inteligente —señaló Susan llena de furia.

—No tengo que darte explicaciones.

—Al menos no le has dado el anillo del ducado. Lo llevas puesto… Tienes algo de sentido común después de todo. Dime que la vas a llevar al campo y que la dejarás allí. No soportaré verla, Oliver. ¡No puedes hacerte esto! Esa mujer es inapropiada, embustera. Te dije que iba detrás de Shell y no sé muy bien cómo, pero tú has acabado en su telaraña.

—No sé lo que haré con ella. Yo no soy tu responsabilidad. Sé cuidar de mí solo.

Susan Dawson no aguantó más la presión y comenzó a llorar desesperada. Sentía que le había fallado a él.

—Oliver, no puedo soportarlo. No puedo. Yo te quiero. No puedes deshacer el matrimonio, pero sí podemos hacer algo. Por favor, Oliver.

—Sue, no llores, por favor. Sabes que nunca he podido verte llorar. Te lo ruego, detente.

Oliver se levantó de su silla y se acercó a ella para reconfortarla. Sue se levantó y se colocó al lado de la ventana. Él la abrazó para que ella dejase de llorar. Siempre se sentiría responsable de ella. No podía evitarlo. Ella había estado a su lado toda su vida y era la única amiga que tenía, además de su hermana, Amelia. A Susan se le acababan las opciones. Él no lo sabía, pero lo estaba salvando. Tanto lo amaba que debía salvarlo de sí mismo. Sue se dio media vuelta dispuesta a marcharse. Algo la hizo cambiar de opinión. Regresó junto al duque y lo abrazó.

—Oliver, instálame a mí como tu amante. Romperé mi compromiso

con Leonel, podremos estar juntos los dos. Ella puede residir en el campo y yo aquí junto a ti, en la ciudad. Dime que sí, dime que sí. Mi amor, dime que sí.

Oliver no asimilaba lo que ella le acababa de decir. ¿Mi amor? Sue, definitivamente, había perdido el juicio. Ella no lo había llamado así en su vida. ¿A qué estaba jugando? La despegó un momento para mirarla a los ojos y comprobar si ella estaba en sus cabales. El gesto debió ser malinterpretado por ella, quien rauda y veloz estampó su boca contra la de él.

Emma se tapó la boca con la mano al ver la escena. Se dio media vuelta y corrió hacia su habitación, hacia el lecho del traidor de su marido conteniendo su ataque de pánico y su melancolía. No podía arriesgarse a que él supiese que lo había oído todo. Así la iba a castigar. Emma sería la duquesa, pero la haría el hazmerreír de la sociedad.

—¿Te has vuelto loca, Sue? Te he dicho una y mil veces que la amo. Ella es toda mi vida. Tenía que casarme con ella. Creí que lo nuestro lo habíamos superado hacía años. —Ashton suspiró—. Me duele hacerte daño, pero es así. La quiero. Estoy loco por ella y haré todo cuanto esté en mi mano para hacerla feliz. Te quiero, Sue, pero te quiero como a una hermana. No hay nada más que ese amor entre nosotros. Tú lo sabes, yo lo sé. Siempre lo hemos sabido. Por favor, no vuelvas a hacer esto —dijo refiriéndose al beso—. Jamás. No estás siendo leal, ni conmigo ni con el señor Jones. Ve a vivir tu vida. Se feliz, Sue. Deseo de todo corazón que encuentres la felicidad como yo la he encontrado. Sabes que lo nuestro estaba condenado al fracaso. No nos hemos visto nunca como un hombre y una mujer, somos como hermanos —repitió—. Tú estás furiosa ahora porque crees que ella te ha robado algo que era tuyo, pero pronto verás que no es así. Ella solo ha robado mi corazón. La amo.

—¡Maldito seas, Oliver! Maldito seas por no ver tu error y haber entregado tu corazón a una pérfida mujer —gritó Sue mientras salía del despacho de Oliver corriendo y volviendo a maldecir.

Oliver se sirvió una copa de brandy y se la tomó de un solo trago. Necesitaba olvidar la aparición de Sue.

Fue directo a su habitación tras bebérsela para ver el estado de su esposa. Esperaba que esa copa le hiciese olvidar el mal rato que había pasado con su amiga de la infancia. Si su Emma despertaba, él quería estar a su lado y, aunque quería que ella despertase, esperaba que no lo hubiese hecho porque no estaba junto a su amada.

Maldijo a James cuando entró en la habitación para avisarle de que tenía una visita. A Oliver se le había hecho la boca agua mientras iba desvistiendo a su esposa y le iba colocando un camisón que había ido a comprar para ella. Era un camisón nupcial. La modista se había

sorprendido cuando él había ido a comprar el ajuar de noche. Quería verla radiante y dispuesta. Quería disfrutar de la visión de su esposa con esas prendas escandalosas mientras estaba recostada en su cama, o de pie, antes de tomarla.

Pero nada estaba saliendo como quería. La boda había sido una decepción para ella, de eso estaba seguro, y ahora, su noche de bodas, estaba siendo un infierno para el duque.

Al llegar a casa, su mujer se había desmayado de nuevo, se había dado un golpe en la cabeza y él mismo, después de depositar a su esposa en su cama, había salido en busca del doctor a toda prisa.

El médico le dijo que su mujer estaba sometida a mucha presión y que eso no era bueno, ni para ella ni para un posible bebé. Patrick le había dicho al médico, la primera vez que ella se desmayó en casa del marqués de Ailsa, que podría estar embarazada. Oliver se sintió culpable por ser el objeto de toda la pesadumbre de Emma.

Los tres —ellos dos y su posible bebé— necesitaban tranquilidad. La tranquilidad del campo. Allí, él podría dedicarse en cuerpo y alma a demostrarle que sería un buen marido. Sí, era lo mejor. Así se evitarían visitas molestas como la de esa noche.

Maldita fuese Sue por haber aparecido en el momento menos adecuado.

Oliver abrió la puerta de su recámara lentamente. Se acercó a la cama y la vio tapada. Su esposa estaba de lado. Su respiración pausada le indicó que ella seguía durmiendo. No iba a despertarla y mucho menos iba a exigirle que cumpliese con sus deberes maritales, por mucho que estuviese desesperado por hacerla suya. Además, tenían toda la vida para satisfacerse. Una noche más no iba a ser un sacrificio tan difícil de cumplir, ¿no?

Oliver se desvistió y se acostó junto a su esposa. El duque no dormía con ropa, estaba más cómodo desnudo, pero no sabía cómo tomaría Emma despertarse junto a un hombre desnudo con quien estaba verdaderamente enfadada, por lo que se colocó una estúpida camisa de dormir. Porque la actitud sumisa de ella no engañaba a nadie, y mucho menos a él. Oliver sabía que su esposa estaba muy, pero que muy, molesta.

Lo que no se imaginaba Ashton era que él estaba a punto de descubrir cuán enfadada y dolida estaba su flamante esposa. Y sería un descubrimiento que no iba a gustarle nada.

Y así, ajeno a todo, orgulloso y con una sonrisa en los labios, Oliver se acomodó a la espalda de su mujer para cogerla y dormir por primera vez toda la noche con ella, con todo el derecho que le daba ser su esposo y sin miedo de que ella huyese para estar de vuelta en su casa antes de que todos se levantasen como había hecho cuando eran amantes.

***

Siete de la mañana. No hacía falta que Emma mirase la hora para saber cuál era la hora exacta. No había dormido más que unas pocas horas desde el momento en el que descubrió que Oliver tenía una amante. ¿Qué iba a hacer ella con esa información? No tenía ni idea. No quería pensar, no quería sentir, pues su corazón estaba sangrando por la traición que le atribuía a él.

Como pudo, despasó el brazo del traidor que tenía sobre su costado y poco a poco fue despegando su cuerpo del de él. Con cuidado de no despertarlo, se lo sacó de encima. ¡Esa gran cama de cuatro postes era inmensa y lo había tenido toda la santa noche pegado a ella!

Cuando el duque entró en la habitación se había hecho la dormida. Bajo ningún concepto iba a tolerarlo en su cama. Jamás. Ya encontraría la manera de que él no se le acercase y de dormir en su alcoba sin él. Cuando lo notó acercarse a ella la noche anterior, le hizo falta todo su autodominio para no asesinarlo. ¿Cómo tenía la poca vergüenza de acercarse a ella mientras andaba besándose, y quién sabía qué más, con la denominada Sue?

Tenía tanta furia en su interior que si no la sacaba todo saltaría por los aires. Se puso el único vestido que tenía en aquella casa y salió por la puerta. No se atrevía ni a parar en la cocina y eso que estaba muerta de hambre, pero la angustia de la noche anterior la había mantenido saciada.

Se coló en su casa como cuando se escapaba para estar con Oliver. Entró sin dificultad. Se fue a la despensa, partió pan y queso y tomó uno de los bollitos de canela que tanto le gustaban. Cuando estuvo servida subió a su antigua habitación. Parecía mentira que solo hubiese pasado un día desde que todo se había ido al infierno. Se colocó su traje de amazona y salió disparada hacia las caballerizas. No había nadie allí, pero su Archy, su pura raza, su campeón, relinchó nada más sentirla cerca. Emma lo ensilló, lo acarició y se subió sobre él.

Por primera vez desde las últimas horas se sintió libre. Necesitaba esa cabalgada. Necesitaba volcar su furia, su ira, y Archy la ayudaría. Desde que ese pura sangre estaba en su vida, pocas mañanas había faltado a su cita con él. Y ese día de verdad lo necesitaba.

El animal notó el estado de ánimo de ella. Con un solo y suave tirón de las riendas de su dueña se puso al trote. Al llegar a Hyde Park buscó el camino más oculto para poder apurar al máximo a su corcel. Allí, a esas horas y con pocos jinetes, comenzó a trotar sin percatarse de nada, sin pensar en nadie, olvidando su angustia, su pena, su dolor. Libre.

Tras treinta minutos ya había tenido suficiente y decidió volver. Esperaba que el traidor no se hubiese levantado aún. No tenía miedo de su reacción, pero no le apetecía dar explicaciones. De hecho, ella nunca había dado cuentas a nadie en toda su vida y se le hacía muy raro e incómodo tener que darlas a un esposo, y más si ese marido era el traidor.

—Buenos días, Em.

La duquesa paró a Archy para buscar a su interlocutor. Su buen amigo Leo estaba a pocos metros de ella.

—Buenos días, Leo —le dijo con una sonrisa al percibirlo contento.

Su amigo la examinó de arriba a abajo con mucha curiosidad. Emma lo notó y no pudo evitar sentirse incómoda.

—¿Qué observas con tanta acritud, Leo?

—Estoy comprobando si es cierto lo que dicen.

—¿Y qué dicen ahora? —preguntó sin ánimo Emma, quien intuía que ella y Ashton serían el centro del cuento.

—Por lo visto, pamplinas y habladurías.

—Eso suele ser costumbre.

—Sí, pero el último rumor es muy gracioso. Ambos lo son, ciertamente.

—Ya sabes que si es sobre mí, siempre se ensañan. Así que con el paso de los meses aprendí a no darles crédito. Harías bien en hacerlo tú también.

—Sí, pero en este caso es inaudito.

—¿A ver qué ha hecho ahora lady Salvaje? Desembucha de una vez que sé que mueres por decirlo.

—Bueno, si insistes te lo diré. Hay dos versiones circulando ahora mismo. —Leo hizo una pausa dramática y Emma comenzó a impacientarse.

—Leo, no tengo todo el día…

—Está bien. La más respetable historia es que te has convertido en la nueva duquesa de Ashton, cosa que veo que es una flagrante mentira. —Porque ella estaba ahora mismo ahí ante él ¿No? Y si fuese cierto, su amiga estaría… En fin, ¿con su esposo?

—¿Cómo estás tan seguro de ello? —Emma pensó en la gran velocidad con la que corrían las noticias en Londres y en la vehemencia con la que Leo negó su matrimonio.

—Para empezar, no llevas alianza ni sello. Para continuar, estás aquí a poco más de las ocho de la mañana subida a esa mala bestia como cada día haces. Por lo que me preocupa aún más darle crédito al segundo rumor que corre.

—¿Y ese es…? —Emma no se iba a escandalizar acerca de nada.

—Que el impoluto duque de Ashton te ha instalado como su amante por 10.000 libras.

Emma no se sorprendió de que la sociedad ya supiera que el primer papel de ella para Oliver había sido el de amante. Estaba claro lo que opinaba el duque de ella, lo que sí le llamó la atención es que todos supieran la cifra exacta de aquel contrato que había hecho redactar el traidor. Más humillación para ella. Grandioso. No le extrañaría que el propio duque de Ashton lo hubiese aireado, así que decidió tomárselo con un humor que no tenía, porque si se volvía a derrumbar llegaría a su casa, cogería su saco de dinero para emergencias y se largaría con viento freso a cualquier lugar.

Emma estalló en una franca risa y respondió.

—Bueno, no está mal. 10.000 libras es un cifra suculenta para una don nadie como yo, ¿cierto?

Su amigo frunció el ceño.

—¿La marquesa de Montrose una don nadie? ¿Desde cuándo, Em?

—Bueno, ahora yo no soy… —Emma no pudo concluir la frase. Un carraspeo y el consiguiente saludo los interrumpió. Oliver acababa de hacer su aparición.

—Buenos días.

—Buenos días —contestaron Leo y Emma, pero solo uno de los dos lo hizo mirándolo a los ojos. Esa no fue Em.

Leo miró con atención a Ashton y luego a Emma. Su amiga había cambiado radicalmente su actitud. De estar cómoda y tranquila, ahora se mostraba fría y distante. Ahí estaba pasando algo y él quería averiguarlo. ¿Cuál de las dos versiones sería la verdadera? ¿O ambas eran una invención? Imposible, algo de verdad había ahí. Esos dos tenían algo. Emma no levantaba la mirada y Ashton lo estaba fulminando con la suya. Esa mirada de hombre celoso marcando su territorio. Esto no era por su hermana, era por él mismo. Leo lo sabía.

—¿No le esperan en otro lugar, señor Shell? —Fue una invitación directa para que Leo desapareciera de allí.

—Por supuesto, excelencia. Tengo una boda que planear. Si su hermana está despierta iré a ver qué tal van los preparativos del enlace.

—Puede ir, pero ella no se levanta hasta más tarde, como bien sabe.

¿Amelia vivía en la mansión? ¿Con ellos dos? Primera noticia. Ella no lo sabía, no lo había preguntado, ni se lo habían dicho. Ni tampoco —gracias al cielo— se había tropezado con ella en las escapadas que había realizado en aquellas noches pasionales.

Ashton giró su caballo y con un rígido movimiento de cabeza indicó a Emma que lo siguiese. Ambos dejaron atrás a Leo rápidamente.

Emma no se sorprendió. Ahora él inclinaba la cabeza y ella obedecía. La cabalgata de treinta minutos no había servido para

deshacerse de la furia y la ira. ¡Maldición! ¿Qué clase de vida le esperaba?

—¿Te parece buena idea salir a cabalgar con él a estas horas y sola?

La comenzó a regañar mientras se situaba a su lado para continuar reprendiéndola.

—No —fue toda la respuesta de ella. Porque, ¿para qué molestarle en explicarle nada si él iba a creer lo que quisiera? Ella era un escándalo para todo Londres. ¿Qué más daba lo que pensase de ella el traidor? Emma no tenía ganas de discutir ni de ofrecer explicaciones. Mejor dejar las cosas como estaban. Tal vez él se cansaría y ambos harían su vida por separado. Sería lo mejor para los dos, pensó la duquesa.

Oliver volvió a notar que su esposa no le miraba a los ojos. No le había mirado a los ojos desde el día de la boda, ni tan siquiera cuando recitó sus votos. Su actitud lo ponía nervioso.

Lo que Emma no sabía es que él se estaba conteniendo. Hacía escasas horas que se había levantado de su lecho vacío, frío, sin el calor de su esposa. Despertó a base de gruñidos y quejas a todos sus criados para que buscasen a su esposa. Nadie consiguió dar con ella y nadie sabía dónde estaba. Oliver ensilló su caballo y pasó por casa de Patrick primero para exigir ver a su esposa. Tuvo que aguantar las suspicacias y bromas del marqués, quien le acusó de ser el peor marido de la historia al perder a su esposa en la primera noche de bodas. Tras comprobar que no mentía, porque ese hombre no mentía jamás, pasó por casa de Emma y, de nuevo a base de aporrear la puerta y entrar en tromba dando gritos, despertó a la señora Harrelson y a todo el personal de la casa. Nadie la había visto. Se temió lo peor, que ella hubiese salido huyendo de allí. Pensando en una acción en caso de que su esposa lo hubiese abandonado en plena noche, detuvo sus pasos al pasar por delante de las caballerizas. Por una corazonada fue que entró para ver a ese magnífico pura sangre que ella montaba cada mañana, y por esa misma corazonada fue a dar con ella en Hyde Park.

Los celos se lo llevaron a los infiernos al verla acompañada del prometido de su hermana y, sobre todo, por haberla oído reír. Ese pequeño gesto, no ser él quien propiciase su risa, le hizo hervir la sangre. Todo su autodominio fue necesario para no retar a duelo a Shell y para no agarrar del cuello a su flamante esposa. ¿Por qué demonios habían quedado ambos para montar a caballo? Si montar a caballo era lo que quería lo haría con él, con ningún hombre más. Ella era suya. Solo él tenía la potestad de verla sonrojada por el esfuerzo de la cabalgada, trotando sobre ese semental que envidiaba porque llevaba a cuestas a su Emma.

—No vuelvas a salir de mi cama a escondidas, y menos de mi casa sin decir a nadie dónde estás.

—De acuerdo —contestó ella sin mirarle a los ojos y totalmente dócil.

A Oliver no le gustó lo más mínimo su actitud servicial. Pero sí agradeció que no plantase cara, porque en su estado ambos volverían a terminar enfadados.

Sin embargo, el corazón de Emma estaba tan estrujado por el traidor que ya el dolor era algo a lo que debería acostumbrarse hasta el fin de sus días.

—Hoy acudiremos a la fiesta de los Lemon.

Emma asintió sin mirarlo. Oliver se volvió a tensar. No le gustaba lo más mínimo esa nueva Emma tan cordial y dócil, porque sabía que cuando explotase todo se convertiría en una gran tormenta. Pero tenía que hacerla saltar, porque si no se volvería loco. La necesitaba salvaje, pasional, inconformista. Oliver necesitaba desesperadamente que su Emma regresase y no sabía bien cómo hacerlo. Pero contrariarla sería un buen comienzo, ¿qué sería lo peor que podría pasar? Que ambos se enfadaran… ¡Pero es que tenía que hacer algo porque ella ni lo miraba!

—Espero que tengas un vestido adecuado. Tus cosas deben estar a estas horas en mi casa. Me enseñarás un vestido para que dé mi aprobación.

Emma tragó saliva. Contrajo la mandíbula y asintió de nuevo.

—No te he oído, mujer.

—Sí —respondió ella con ganas de asesinarlo y de llorar. Estaba sola. Sola y a su merced.

Llegaron a casa, subió tras ella hasta la alcoba de Emma, donde estaban ya las criadas preparadas dejando los baúles.

—La duquesa no precisa ni precisará de vuestra ayuda. ¡Dejadnos! —gritó el duque.

Cuando la habitación se quedó con ellos dos solos, Oliver prosiguió con sus órdenes. Emma iba a despertar sí o sí.

—Muéstrame tus vestidos. No puedo consentir que mi duquesa no esté a mi altura.

Emma volvió a tragar saliva. Como una dócil esposa fue hasta su baúl. Los ojos se le empañaron, pero consiguió mantener a raya las lágrimas.

Uno a uno fue mostrando sus mejores vestidos y uno a uno él fue desechándolos, aludiendo a que eran feos, escandalosos, demacrados, inservibles y un sinfín más de descalificativos. Emma aguantó estoica toda la humillación.

Quieta y callada, Emma, quieta y callada, se repitió una y otra vez. Pero su corazón estaba a un paso de dejar de latir. ¿Quién era ese

miserable? ¿Cómo no lo había visto antes? ¿Cómo consiguió engañarla? Sus pensamientos fueron interrumpidos por una nueva orden.

—Nos vamos a la modista de inmediato. Yo mismo tendré que elegir tu vestuario, puesto que no eres capaz de contar con nada digno de mi duquesa en tu guardarropa.

Emma asintió y salió tras él como una obediente y abnegada esposa. Eso sí, conteniendo las ganas de darle un empujón para que se rompiese el cuello mientras caía por la escalera. Desechó ese mal pensamiento. Tenía un plan. Debía estar quieta y callada para descubrir al verdadero Ashton, y lo que estaba viendo no le gustaba ni un pelo.

En la modista, todo fue como ella había pensado que sería. Le tomaron las medidas y ese fue su único cometido: posar. Él encargó todos y cada uno de sus vestidos. Le indicó a la modista cómo los quería, cómo debían ser los cortes, sus escotes, los colores, las telas… Él decidió todo.

Oliver estaba preocupado, pues nada conseguía despertarla, así que continuó y continuó. Nada parecía hacerla reaccionar y decidió jugar su última baza por el momento.

—No tienes nada aceptable que ponerte esta noche para el compromiso que tengo. Será mejor que te quedes en casa hasta que tengas los nuevos vestidos hechos. Le he pedido a la modista que los tenga lo ante posible, pero será una semana como mínimo.

Emma asintió derrotada. Su nueva vida era una pesadilla. Una podrida mentira que había consentido y solo de ella era la culpa.

Lejos de mejorar las cosas todo empeoró cuando a las ocho de la tarde se presentaron en casa el señor Shell, el administrador del duque de Ashton y futuro marqués de Spencer, y lady Susan Dawson, su… ¿prometida?

Emma permanecía recluida en su alcoba disfrutando de un libro ajena a los visitantes que acababan de llegar. Una criada tocó la puerta y le dijo que su presencia era requerida por el duque. Emma se armó de paciencia, recompuso su vestido de tabernera, tal y como el duque había señalado que era su atuendo hacía escasa horas, y salió directa a una cita con lo que sabía que sería una nueva humillación.

Al llegar al borde de la escalera sintió cómo sus fuerzas se estaban esfumando de estar callada y quieta. Al parecer, para lo que tuviese pensado su marido la actuación iba a tener público, pues mirándola con desaprobación estaba Susan Dawson —Sue para el traidor—, más compasivo estaba su amigo Leo y, con indiferencia, la miraban su esposo, junto a alguien a quien Emma no supo ubicar.

El duque abrió la boca para decir algo, pero pronto la cerró al ver a su hermana descender por las escaleras. Emma se giró para seguir las

miradas de los invitados y divisó a su lado a lady Amelia Worth, una joven preciosa, angelical, tan llena de luz que sería capaz de encender la oscuridad más imposible. Fue lady Amelia quien preguntó:

—Emma, hermana, ¿por qué no estás todavía vestida?

La nueva duquesa fue a contestar que ella no podía asistir a la fiesta pero, como de costumbre, su marido decidió por ella.

—Melly, Emma no vendrá a la fiesta. Como bien sabes hemos estado en la modista y no tiene todavía ningún vestido apropiado —explicó el duque muy pendiente de la reacción de su mujer. La iba a despertar de su letargo aunque le costase la vida en ello. Maldijo al ver que ella agachaba los ojos en dócil cordialidad.

—Ashton, dudo mucho que la marquesa de Montrose no tenga nada apropiado para lucir en una fiesta como a la que vamos a asistir—terció en su favor su buen amigo Leo.

Ashton hirvió de furia al ver que el fiel vasallo salía en defensa de ella y más le hirvió la sangre cuando ella levantó los ojos, miró directamente a Leo y negó levemente con la cabeza. ¡Lo que faltaba! ¡Complicidad secreta entre ambos delante de sus narices!

—Lo que dice mi prometido es cierto, hermano. Emma tendrá algún vestido que pueda servir. Cámbiate, querida. Te esperaremos.

—He dicho mi última palabra al respecto —sentenció Ashton furioso por la falta de actividad de Emma y por la defensa de Shell y de su hermana. Estaba seguro de que en la escena él se había convertido en el villano, pero su mujer no reaccionaba y ya estaba desesperado. Nada había funcionado aún.

Ninguno de ellos se percató de la cara de satisfacción de Susan, quien se deshizo del brazo de su futuro marido para situarse al lado de Ashton y tomar posesión de su brazo. El señor Leonel Jones se tensó, pero no dijo nada al respecto. Emma contempló la salida del grupo con ganas de romper algo. El traidor se estaba saliendo con la suya. ¡Había traído a su amante y se la había restregado por la cara!

Los ojos comenzaron a anegarse de lágrimas. No de lágrimas de pena, no. ¡De gotas de furia contenida! ¿Qué iba a hacer? Estaba sola en el mundo. Debía haber hecho algo muy malo en otra vida, pues el pago que se le estaba exigiendo, era como para haber matado a alguien mínimo

Derrotada, Emma subió a su alcoba —no a la de Ashton— para meterse en la cama y esperar el fin de sus días. Le estaba costando mucho conciliar el sueño. Estuvo tentada de utilizar un poco de láudano, pero se resistió. Había visto lo esclava que podía ser esa medicación y temía acabar dependiendo de ella.

Se incorporó nerviosa para centrarse en el crepitar del fuego y observar las llamas. Era una técnica de relajación que le había funcionado en alguna ocasión y no era mala idea ponerla en práctica.

La puerta de su habitación se abrió y una sombra se introdujo. Emma no fue capaz de determinar quién se había metido, pero era una figura imponente. No obstante, la duquesa no sintió temor alguno. Conocía a esa sombra.

—¡Levántate de inmediato!

—Tú no eres mi marido para ordenarme nada.

—¡Ahora, Emma! —le gritó.

—No.

—¡Por todos los infiernos! Te llevaré a rastras y pataleando a esa maldita fiesta como la mocosa que pareces ser.

—¿No te has enterado, Patrick? —preguntó bufando

—Por Dios… Estoy viejo para esto… —dijo más para él que para la otra— ¿De qué no me he enterado?

—No tengo permiso de mi marido para acudir a la fiesta. Al parecer, no poseo nada en mi vestuario que sea de su aprobación.

—¡He dicho que te levantes! —le gritó mientras iba a su baúl. Rebuscó uno a uno en sus vestidos y divisó el más escandaloso que había. Un vestido de seda rojo que realzaba demasiado bien sus senos—. ¿Cómo se llama tu doncella?

—No tengo doncella.

—¿Quién se ocupa de ti, de tu aseo, de tus cosas?

—¿Tú quién crees? —ironizó. Ella misma, por supuesto, era la que se ocupaba de sus cosas.

—No sé lo que ha pasado pero me importa un infierno. Levántate ahora mismo. —Emma no se inmutó por el lenguaje mal sonante, ya lo conocía bastante bien y estaba segura de que se contenía, porque si él comenzaba a decir todos los insultos que sabía que le estaban pasando por la cabeza…

Emma salió de la cama. Al parecer, cumplir el papel de mujer dócil había calado en ella hondo.

El marqués de Ailsa se asomó al borde de la puerta y comenzó a dar voces.

—¡Que venga rápido ahora mismo una doncella!

Los gritos de Patrick resonaron por toda la casa. Emma vio que James, el hombre de confianza del duque, estaba tras el marqués sin decir una palabra.

—¿Tú sabías de todo esto? —le preguntó Patrick a James.

—Sí, pero no lo apruebo.

Patrick volvió a maldecir por lo bajo. Estúpido Ashton, al parecer era más inepto que Lennox y Rosings juntos. A los pocos minutos se personaron ante él tres doncellas que se habían vestido con prisas. Patrick las miró a las tres.

—Tú —le dijo a la primera—, arregla lo antes que puedas este vestido. Tú —le ordenó a la segunda—, arregla a su excelencia. La

quiero brillante. Serás recompensada.

—Pero, señoría —comenzó a decir la tercera doncella tímidamente—, tenemos órdenes del duque de no asistirla. —Vaya, una nueva humillación que yo no conocía, pensó resignada Emma.

Patrick apretó los puños.

—Bien. James, reúne a todos los criados en la entrada de la casa en la mayor brevedad. Los quiero a todos despiertos y formados ante mí en menos de un minuto.

James no dudó un instante y empezó a llamar a todos.

—Comienza a prepararte, Emma. Tenemos una fiesta a la que acudir. Vosotras tres, venid conmigo. Excelencia —se giró para enfrentar a Emma—, ellas estarán aquí enseguida. Os recomiendo que comencéis a asearos, porque sea como sea vais a venir conmigo.

Dicho lo cual, el todopoderoso Patrick bajó las escaleras y Emma le siguió en la distancia. Quería saber lo que allí iba a pasar. La nueva duquesa aún no se creía a lo que estaba aconteciendo ante sus ojos. Su protector no tenía miedo de nada. De nadie.

—Buenas noches a todos. — Patrick levantó la vista y vio a Emma ataviada con un camisón y la bata. La señaló—. Esa mujer de ahí arriba es la duquesa de Ashton. La trataréis como a la señora de la casa, con respeto y devoción, conforme se trata a una patrona. No consentiré desaires ni falta de respeto hacia su excelencia.

—Con permiso, milord —dijo la que debía ser el ama de llaves—. Tenemos órdenes de su excelencia, el duque de Ashton.

—Para quienes no me conozcan —la cortó— yo soy Patrick Manchester. Sí, habéis oído bien —explicó el marqués tras los susurros de sorpresa de algunos—. El todopoderoso Patrick me llaman. Si el duque no os abona el suelo, yo pagaré el doble de vuestros honorarios, pero en esta santa casa se tratará a esa mujer con respeto y devoción, porque en caso contrario averiguaré los trapos sucios de cada uno de vosotros y ya sabéis de lo que somos capaces los Manchester, pues muchos conocéis el escándalo más sonado de mi familia y para los que no lo sepáis lo digo abiertamente. Yo hice desaparecer a Bruce, el marido de mi tía Bethany, así que os he dado toda la información que necesitáis. Ahora veamos. Tú —dijo señalando a la criada que antes le había dicho que tenían órdenes de no atender a Emma—, trabajas para mí. Vas a ser mis ojos y mis oídos en esta casa, y la dama de compañía de su excelencia. Sea lo que sea que le pase a ella, tú serás responsable ante mí. Y va por todos. Las cosas aquí van a cambiar. Las tres mujeres que habéis estado en la habitación de vuestra patrona, venga. ¡Rápido! La duquesa y yo tenemos una fiesta a la que acudir y quiero salir en veinte minutos. La quiero perfecta. ¡Vamos!— dijo al ver que las tres no se movían mientras palmeaba con las manos.

Emma estaba arriba en la escalera sin dar crédito a lo que veía y

oía. Nunca nadie había tenido que defenderla, pero Patrick se hubiese convertido en su héroe si no fuese porque en toda esta historia era tan culpable y villano como el traidor de su marido.

Tal y como había exigido el marqués de Ailsa, a los veinte minutos bajaba por la escalera la duquesa de Ashton con su mejor vestido. Era una tentación para cualquier hombre. Maldito Ashton por tener que hacerlo intervenir de nuevo. Al ver la desnudez del cuello de ella y de sus orejas maldijo de nuevo.

—¿Dónde están tus joyas?

—Según me explica mi madre en una nota, su excelencia no consideró oportuno que su mujer necesitase de baratijas que la adornasen y por ello las devolvió cuando fueron enviadas a esta casa.

—Maldita sea, Emma. ¿Qué has hecho ahora?

—Te juro, por lo más sagrado, Patrick, que he sido la esposa más sumisa y dócil habida en la historia de los matrimonios. Deberás preguntárselo a él. Yo no soy capaz de contestarte, pues no he hecho nada malo. —«No me ha dado tiempo», quiso gritarle.

—¡Por Dios bendito, mujer, apenas lleváis unas horas casados y me encuentro con este panorama! Vamos, se hace tarde y por lo visto debemos hacer una pausa en mi casa.

Emma asintió y Patrick comprobó que realmente estaba muy sumisa. Entraron al carruaje. Ella no dijo nada. Patrick se puso nervioso al ver la situación tan incómoda en la que estaban.

—Dilo —la conminó Patrick.

—No tengo nada que decir.

—Basta, Emma. ¡No te atrevas a jugar conmigo! No eres rival para mí.

Emma siguió callada. Tras unos cinco minutos decidió hablar:

—¿Quién ha sido?

—Deberás ser más específica.

—Contigo, no creo.

—Ha sido Shell.

—¿Qué dijo exactamente?

—Lo suficiente para que yo tenga que intervenir.

Emma no dijo nada más. Observó por la ventana sin mirarlo.

—¿Qué ha pasado para que te dejes aplastar como a una mosca? —preguntó el marqués. Emma siguió sin contestar—. Reacciona de una vez. ¡Vamos!

—Soy su esposa. Él decide todo por mí. No tengo fuerzas ni ánimos para discutir con él. Sea en mí según su palabra, Patrick.

—¡Maldita sea, Emma! ¿Cómo has conseguido que te rebaje en menos de un día?

—Patrick, callada y quieta estoy para comprender mejor su persona.

—Es un buen hombre.

—Dijisteis Ches y tú que no tenía corazón, y creo que es cierto. Estoy en una prisión y todo te lo debo a ti. Te lo advertí, él me odia. Y aún no sabes lo peor… Aunque tal vez sí lo sepas.

—¿Y qué es lo peor?

—Tiene una amante.

—Mentiras. La sociedad no sabe qué inventar para calumniar.

—Entonces estaría soñando cuando me desperté en mi noche de bodas sola en el lecho, me acerqué al despacho y le vi besándola.

—¿A quién? ¿Quién era?

—No creo que te haga falta que lo diga. Ya lo sabes. —Lo miró desafiante para ver si lo negaba.

—Es imposible.

—Entonces soy una mentirosa —explicó con resolución.

—¿Te escapaste de casa por ese motivo esta mañana?

Emma se giró para mirarlo. Patrick se enteraba de todo ¿Cómo lo hacía?

—No me he escapado de ningún sitio. Si así lo hubiese hecho ambos me hubieseis encontrado, pero calculo que como mínimo habrías tardado seis meses tú, y un año él.

—¿Te fuiste de casa por ello?

—No. Quería montar a Archy por la mañana como he hecho habitualmente desde que lo tengo y como comprenderás no dormí demasiado bien. Por lo que sí, estaba ansiosa de escapar un ratito de mi jaula de oro, pero él me encontró rápidamente. —Estaba sorprendida de ver que el traidor había dado con ella pronto.

—¿Consideras apropiado dejarte ver en Hyde Park con Shell en la mañana después de tu noche de bodas?

—Considerando que hubo boda, si es que se le puede llamar a aquello así… Aunque supongo que sí fue una boda contando al menos con lo indispensable. El obispo sí estuvo, aparte de los novios claro…

—Al grano, Emma. Dispara.

—No hubo noche de bodas. Mancillada sí, pero tiempo atrás.

—¿No has consumado tu matrimonio?

—No creo que me toque a mí consumar nada, querido.

—Teniendo en cuenta la habilidad con la que conseguiste meterte en su cama por voluntad propia siendo una mujer soltera, creí que te costaría un poco menos volver a su lecho como su legítima esposa.

—Touché, Patrick. Pero tal vez solo esté esperando la confirmación de un embarazo para consumar el matrimonio. O para negarlo… Supongo que lo habrás pensando, siendo como eres el todopoderoso Patrick. Igual busca la anulación en caso de que no haya bebé.

—Nadie consigue engañarme, Emma. Deberías saberlo ya.

—Entonces, tal vez tú sepas mejor que yo qué está haciendo,

porque te juro que no tengo idea de lo que sucede.

Patrick suspiró y apretó los puños. Ashton no iba a disfrutar de su esposa por mucho tiempo. ¿Qué diablos había pasado en tan pocas horas? Había visto a un hombre enamorado en su despacho no hacía ni un día. Cuando Oliver se presentó a la mañana siguiente exigiendo ver a su mujer, debió haber plantado las orejas, pero es que era matemáticamente improbable que cualquiera de los dos hubiese podido hacer algo para perjudicar al otro. ¡Si no habían tenido tiempo para hacerlo! ¡Era su maldita noche de bodas! ¡Maldición!

No estando tranquilo ante la intrusión del duque de Ashton, de buena mañana decidió averiguar qué compromisos atenderían los duques, pues era hora de que Ashton la presentase ante toda la sociedad como su duquesa y él quería saber cómo iba todo entre ellos. Patrick se presentó en casa de los Lemon y quedó desagradablemente sorprendido al no ver allí a Emma y por… Bueno, por un asunto que no venía al caso y que lo tenía muy disgustado. Ahí ya se puso en alerta. La fiesta estaba plagada de rumores sobre Emma. Había quien decía que Oliver se había casado con ella para que no pariese a su bastardo, otros decían que la había instalado como su amante por 10.000 libras. Los más atrevidos decían que su matrimonio solo era por conveniencia, pues la cama del duque estaba ocupada por su buena amiga de la infancia Sue.

Claramente había errado en su suposición de que todo iba a ir bien, de que Ashton la haría feliz. Inepto, Oliver era un inepto. Patrick se la había servido en bandeja y él solito se había encargado de estropearlo todo. Este definitivamente era mucho peor que Lennox y Rosings juntos.

Entre rumor y rumor susurrado cerca, notó que Leopold Shell le hacía una indicación para que se reuniese con él en un rincón algo más apartado del bullicio. Una vez alejados de la fiesta, Shell le preguntó si lo del casamiento era obra suya, a lo que contestó que sí y Shell comenzó a relatarle lo que había presenciado en Hyde Park y en la propia casa de Ashton momentos antes. Patrick fulminó con la mirada a Ashton, quien ajeno a todos los pensamientos homicidas que pasaban por la mente de Patrick se paseaba por el salón con total naturalidad con lady Susan Dawson colgada de su brazo, dando más pábulo a los rumores. Lo que Patrick no llegaba a comprender era la pasividad del señor Leonel Jones, porque este hombre era un buen conocido suyo y le extrañaba que se contuviera con las muestras que su prometida estaba dando en público. Suponía que la denominada Susan y el señor Jones tenían más historia de la que él conocía y no tenía tiempo para averiguar lo que sucedía.

Así que tuvo que volver a inmiscuirse, puesto que la insensata debía estar atada en la mazmorra, o algo similar, para consentir todo

lo que Shell le había dicho. Su sorpresa fue mayúscula cuando llegó a la habitación de ella —no sin antes tener que intimidar a James, el leal siervo de Ashton— y la vio tan ricamente recostada en su cama. ¿Dónde estaba la fiera? Porque esa mujer se parecía físicamente a Emma, pero no era su protegida.

Ashton iba a tener que abrir los ojos a golpes si era necesario. Con esa idea en mente, Patrick bajó de su carruaje e instó a hacer lo mismo a Emma. Entraron en la Casa Manchester. Emma no preguntó. Patrick volvió a lamentar que ella adoptase esa pose sumisa. Si Chesterfield la viese, le rebanaría los sesos. Por suerte eso no iba a pasar. La fiera estaba ahí e iba a sacarla, o al menos la defendería si ella se negaba a hacerlo por sí misma.

Además, que era imperativo y de vital importancia resolver este contratiempo con Emma, porque su vida personal dependía de otra mujer que estaba en la fiesta a la que ambos se dirigían y con la que tenía mucho, pero que mucho, que discutir. Era necesario dejar las cosas claras con esa fémina que lo había mirado desafiante desde que entró en la fiesta. Tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no ir en su busca y darle una zurra, pero la obligación era lo primero. ¿Es que no podía tener un minuto libre para él? ¡Maldición!

—Buenos noches, Patrick. Emma —saludó cortés la marquesa viuda de Ailsa que estaba al pie de la escalera.

—Tía.

—Veo que por fin has entrado en razón, sobrino.

—Elvina, buenas noches —saludó Emma.

—Bien, ¿dónde va a ir? No puedes enviarla a Grecia con su tía, es el primer lugar donde la buscará. Tal vez esté bien en el mismo sitio donde estuvo Valerie oculta de Lennox. Nadie la vincularía ahí.

—Alto, tía. Nadie va a huir, no al menos en estos precisos instantes.

—¿No al menos ahora, Patrick? —Elvina estaba al tanto de lo que el besugo había hecho a Emma.

—Eso he dicho. Voy a apurar hasta el último de los cartuchos.

—Por todos los santos, sobrino. ¿Ya has debido ver todo lo que está soportando ella y aun así te niegas a hacérselo pagar a él? Dale un escarmiento. No es necesario que se la arrebates del todo, pero escóndela un tiempo. ¡Se merece un castigo!

—¿Pero tú como te enteras de todo sin apenas salir a la calle? —preguntó divertido Patrick, pues Elvina era casi más infalible que él.

—Tú tienes tus fuentes y yo las mías —se limitó a contestar Elvina con una sonrisa enigmática—. Entonces, ¿qué hace ella aquí?

—Vengo a por los zafiros.

Elvina asintió cómplice. Emma no entendía nada, pero no quería ni preguntar lo que allí se estaba cociendo.

—¡No! Los zafiros estarían bien pero Valerie se dejó los rubís que le

regalaste. Son la insignia de los Manchester, todo el mundo sabe que son tuyos y nadie sabe que se las cediste a tu prima. Si vas a convertirla en el centro de las miradas y de la ira del bobo de su esposo, lo haremos como Dios manda.

Patrick asintió y a los pocos minutos Elvina estaba colocando una gran gargantilla de rubís y diamantes en el cuello de Emma, mientras Patrick la ayudaba con los pendientes y la pulsera. El anillo fue la última pieza en colocar en su dedo.

—Todavía no te ha dado ni alianza ni su sello —dijo al contemplar las manos desnudas de ella. No era una pregunta, solo una afirmación. No obstante, Emma respondió con un sencillo: «no». Patrick suspiró y deseó tener a Ashton para inculcarle sensatez a golpes.

—¿Eres consciente de lo que Patrick está a punto de hacer, Emma? —preguntó dubitativa Elvina.

—Creo que sí —Patrick iba a castigarlo.

—No sabemos cómo va a reaccionar tu esposo y todo indica que si se enfrenta a Patrick no saldrá bien parado. ¿Estás dispuesta a ello?

—Sí. Le pedí a Patrick que no me vendiese. Yo sabía que esto pasaría, lo que nunca imaginé es que sería tan pronto.

—Emma. Te juro por mi honor que hicimos lo mejor para ti —miró a Elvina y esta asintió.

—Lo hicimos, pequeña —dijo la marquesa viuda mientras le acariciaba la mejilla.

—¡No! Elvina, ¿tú también?

—Te quiero, pequeña —le dijo la marquesa viuda.

—Lo esperaba de Patrick… —Se giró hacia el marqués—. Te supliqué que no me obligases. Tú dijiste que era duro, pero te aseguro que no lo conoces. No lo has visto en todo su esplendor. Cada humillación es más insoportable que la anterior.

—Él lo hace porque tú lo consientes. No entiendo el motivo de su proceder, pero esto se acaba esta noche. Para bien o para mal, él va a decidir su destino. Y te equivocas, pequeña. No te vendí, te regalé pensando en que te amaba, pero, por lo visto, es de esos hombres que necesita hacer pagar los pecados antes de desnudar su corazón, y no voy a consentirlo. Ya no más.

—Suerte, Emma —le deseó Elvina en un susurro mientras ambos salían en dirección a la fiesta de los Lemon.

Capítulo 9

La decisión de Emma

—¿Estás nerviosa, Emma? —le preguntó con ternura el hombre que figuraba ante ella.

—No. —Emma respondió con tranquilidad y veracidad.

—Quiero que sepas que, pase lo que pase, te apoyo. Aunque no me creas, siempre estarás por delante de todos para mí.

—Ahora lo sé. Pero debo confesar que me sentí abandonada, Patrick. Traicionada.

—Nunca… Y prepárate. Causemos un escándalo, lady Salvaje —le dijo Patrick mientras le tendía la mano a Emma para apearse del carruaje y entrar en la fiesta en la que esperaban alborotar a todo el mundo.

—Cabeza alta, Em. Sonrisa esplendorosa y orgullo. Estás a punto de convertirte en la amante del todopoderoso Patrick, y serás la primera en la historia.

Emma trastabilló al escucharlo. Patrick sonrió de lado ante la reacción de ella.

—Le dijiste a Elvina que sabías lo que me proponía.

—Bueno, yo… Pensé que… No sé lo que pensé. Tal vez un escarmiento, pero no esto.

—Te he marcado entera. Llevas mis joyas, vas de mi brazo, bailarás conmigo, reirás conmigo, no te separarás de mi lado… Y algo que estoy seguro que estás deseando: vamos a poner en ridículo a tu marido.

—Nadie sabe con certeza que nos hemos casado. Hay rumores.

—Ahora lo sabrán. Y no es la única sorpresa de la noche, créeme. Estaba esperando una ocasión como esta para estrenarlo.

—¿Estrenarlo? —preguntó una curiosa Emma

Patrick le lanzó una sonrisa y se dirigió al lacayo encargado de anunciar a los invitados para darle sus títulos. La cena había acabado y estaban todos disfrutando del baile.

—Su excelencia, el duque de Ascot y su excelencia la duquesa de Ashton —anunció solemne el lacayo.

Ambos alzaron el mentón con orgullo y entraron bien cogidos del

brazo ante la atenta mirada de todo el mundo. Para ayudar a Emma a descender por las escaleras del salón de baile, el ya conocido duque de Ascot puso su mano en la parte baja de la espalda de Emma, en un gesto de posesividad absoluta que no pasó desapercibido ante los cientos de ojos que estaban puestos en ellos y, en particular, por un par de ojos masculinos rojos de furia.

La música cesó y las murmuraciones no tardaron en llegar. Los anfitriones de la fiesta se dirigieron rápidos hacia ellos para saludarlos, en especial al duque de Ascot, pues que hubiese desvelado su nuevo título en su casa era todo un elogio para los anfitriones.

—Excelencias, sean bienvenidos —saludaron los Lemon.

Patrick asintió en gratitud y se llevó con elegancia a Emma hacia la pista.

—Que continúe la fiesta— pidió el conde de Lemon mirando hacia la orquesta.

La música empezó a sonar y una sonrisa sincera se dibujó en la cara de ella. De repente se dio cuenta de que no estaba sola. Patrick siempre velaría por ella. Después de largo tiempo, su corazón comenzó a latir esperanzado. El duque de Ascot no la dejaría caer jamás.

—¿Duque?

—En efecto. Hace años que la Corona consideró que un simple marqués no era suficiente para manejar sus asuntos.

—Así que mientras me regañabas a mí por no utilizar mi rango… ¡Tú hacías lo mismo!

Emma rio espontánea y Patrick pensó que era uno de los sonidos más dulces que nunca había oído.

Al otro lado de la sala un colérico esposo estaba listo para cargarse al hombro a su esposa y salir disparado de la fiesta. Ashton dio un paso hacia delante para entrar en acción, pero su movimiento fue interrumpido por una mano femenina.

—Ashton, ¡no! Es lo que ella quiere, no le des el gusto de ponerte en evidencia. Por una vez en tu vida hazme caso.

—Es mi esposa y él ha tenido la osadía de traerla. Es mía, Sue, mía. Solo yo tengo derecho a ella. Él no tiene por qué tocarla y mucho menos sacarla a bailar. ¡Su risa en mía!

—Por Dios, Ashton, no eres un hombre de las cavernas. Nunca lo has sido… La comprometerás más aún a ella si haces un escándalo. ¿No lo ves? Confirmarás las sospechas de todos si actúas cegado por la rabia.

—¿Sospechas? —preguntó extrañado Ashton. Esa pregunta consiguió anclarlo al suelo y evitar su avance. Sue suspiró aliviada, no podía dejar que él luchase por ella ante todos.

—Oliver, ella… Ella… ¿No lo ves?

—Habla de una vez, Sue.

—¡Lleva sus joyas, va de su brazo, baila con él y ríe con él! ¿Lo entiendes?

—Él no haría eso. ¿Por qué me la entregaría ayer si era para hacerla suya hoy?

—Tal vez no sean amantes, pero es Patrick, siempre hay una causa y un efecto. Pero sabes que está lanzando un mensaje alto y claro ahora mismo.

Susan tenía el corazón roto. Esa mujer había apenado a su Oliver. Su hermano de la infancia. Su amigo. El duque de Ashton era una de las personas que más amaba. Esa horrenda mujer se merecía… Merecía… ¡Algo!

—Sí, que mi mujer es su amante. ¡Grandioso! Y encima es un puñetero duque… Disculpa, Sue, pero si me quedo estaré en la horca por la mañana por asesinato. Iré a tomar el aire. Supongo que tienes razón, será mejor que me calme.

De nuevo, el sonido de una copa rompiéndose llenó el silencio de la sala una vez que la música paró, pues de nuevo Patrick hizo girar a Emma cinco veces sobre sí misma y la reclinó sobre su espalda mientras la mantenía en sus brazos. Esta vez Emma rio sin tapujos. Lady Salvaje había vuelto para quedarse mientras Ashton se apresuraba a salir de la sala para templar los nervios. No soportaba ver la escena.

—¡Pobres copas! Oh, Patrick, se está convirtiendo en un rito romperlas cuando nos ve juntos —dijo Emma riendo de nuevo.

—¿Qué esperabas, Emma? Estará muerto de celos. Estás preciosa y vas acompañada por un hombre que no es tu marido. Y el pobre infeliz no ha hecho más que confirmar que eres mi amante. Su salida al jardín ha sido un claro mensaje para todos. Ya sabía yo que no era rival para mí.

—Buenas noches, excelencias —saludó una voz femenina que Emma comenzaba a detestar con todas sus fuerzas.

—Lady Susan Dawson. ¿O debería decir lady Spencer? —contestó Patrick mientras Emma la miraba con altiva. Susan estiró la mano para ofrecérsela al duque de Ascot esperando que él la besara, cosa que no pasó.

No tardaron en colocarse junto a ellos varios invitados ávidos de escándalo. Discretamente se iban agolpando numeroso público que esperaba el duelo entre los tres amantes, pues los rumores sobre que Susan se acostaba con Ashton, mientras que Patrick lo hacía con Emma, estaban circulando como la peste por toda la sala.

—Me alegra ver que al final ha encontrado algo apropiado para venir al baile —habló Sue con la mujer sin prestar más atención a Patrick—. Su marido comentaba hace un momento que no le había

sido posible venir porque no tenía listo aún su guardarropa.

Patrick se preparó para contestar, puesto que no sabía si Emma estaba lista para poner en su lugar a esa mujer. No hizo falta su intervención.

—Oh, cierto que mi marido no me ha provisto de ropa adecuada, pero afortunadamente mi buen amigo, el duque de Ascot, anticipándose al problema de una boda tan rápida como la dispuesta entre nosotros me hizo este regalo. ¿No es un precioso vestido de noche? —preguntó Emma mientras se daba una vuelta ante los ojos de ella para que admirase su belleza.

—Y las joyas también son un obsequio, supongo, porque cualquiera que tenga ojos sabe que está usted portando las joyas de los Manchester, algo destinado a la futura esposa del duque, ¿cierto, excelencia? —Se ladeó Susan para preguntar directamente a Patrick, quien no contestó.

—Es solo un préstamo. Mi protector —dijo ella con parsimonia y coqueta, sabiendo que esa palabra era considerada para definir al hombre que era amante de una mujer— ha creído oportuno cedérmelas.

—Por cierto, excelencia, no puedo dejar de ver que no luce usted alianza, ni tan siquiera lleva usted el sello del ducado de Ashton. ¿Está usted segura de que es la nueva duquesa de Ashton? ¿Seguro que se ha casado con el duque? —inquirió con burla la mujer.

—Ciertamente no hubo anillo —dijo una Emma traviesa—, aunque también es cierto que no hubo banquete de bodas, ni invitados. Creo recordar que tampoco hubo noche de…

—¡Basta, Emma! —tronó la voz de su marido detrás de ella. Em no se giró. Dejó su frase final en el aire, pero no pudo evitar reír coqueta y añadir:

—Bueno, sí hubo un obispo, que al final es lo que cuenta, ¿no creen? —dijo mirando a todos los curiosos que estaban a su alrededor—. Por lo que lamento que usted se tenga que conformar con el segundo puesto. —Emma esperó a ver si su adversaria picaba el anzuelo. No la creía tan ilusa… ¡Pero vaya si picó!

—¿Segundo puesto? —preguntó inocente la muy tonta de Susan.

—Sí, la de amante. La que tiene las sobras y ningún privilegio.

—¡Pues como tú, maldita! —explotó Sue sin poder contenerse—. No eres más que una miserable. Lo supe en cuanto te vi la primera vez. ¡Maldita!

Patrick se colocó delante de ella para protegerla de la mujer.

—¡Alto, Sue! —ordenó el duque de Ashton, mientras sujetaba a su amiga por los brazos para que no llegase a las manos con su esposa.

—¡Qué poca clase! —dijo una orgullosa Emma mientras se aferraba nerviosa al brazo de Patrick.

—¡Y que lo digas, querida! Me parece que en esta fiesta dejan entrar a cualquiera. Es hora de irse, preciosa —apuntó con complicidad Patrick sin dejar de mirar a los ojos a Emma, para que ella no se concentrase en otra cosa que no fuera él.

A los pocos segundos, Patrick la sacó del lugar. Se metió en el carruaje con ella y dio instrucciones al cochero para proseguir la marcha.

Un solo minuto fue lo que tardó Ashton en llevar a Sue con Leonel Jones, para que este la contuviese y volver a buscar a su mujer. Dijeran lo que dijeran, él se la iba a cargar al hombro y se la llevaría a su casa. Allí ya vería lo que haría con ella, pero era innegable que Emma se iría con él sí o sí, pensó Ashton.

Y un solo minuto fue lo que le costó perder a Emma. Ashton salió corriendo y gritando tras el carruaje de Patrick desesperado, pero fue inútil. No pararon pese a oír sus gritos y maldiciones.

—¿Qué quieres hacer, Emma?

—No tengo la menor idea, Patrick. —Su corazón galopaba tan fuerte que los latidos eran ensordecedores.

—Te llevaré donde quieras.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Estoy confundida. Además, supongo que soy la peor esposa de todo Londres. No puedo creer lo que acabo de hacer.

—No es culpa tuya… No del todo.

—¿Crees que también es culpa mía, cierto?

—Imagino que tú eres terca y él es…

—¿Un patán?

—Un patán y una terca ¡Menuda pareja!

—Ciertamente, somos un buen par. Hemos tardado un periquete en suicidarnos socialmente y destruirnos. Soy un escándalo salvaje andante.

—He visto casos peores, créeme. —Patrick se tensó a ver que ella se secaba las lágrimas con las mano—. No voy a obligarte a volver con él.

—También lo sé.

—Entonces, ¿a dónde vamos?

Emma tuvo que pensar unos minutos. Estaba decidida a poner punto y final a este drama. Sería un escándalo, pero ellos se estaban destruyendo mutuamente y uno de los dos debía ser valiente para poder facilitar las cosas. Emma había estado muy enamorada de él. Esas dos semanas que pasó en su lecho… Su toque, sus caricias, la habían transportado al jardín del Edén. Todavía se estremecía al recordar cómo era el Oliver cariñoso, amoroso, pasional. Es por ello que tanto le costaba reconocer a ese ser frío y oscuro que había visto

en los últimos días.

—Voy a abandonarle. No puedo vivir con él y, definitivamente, él no quiere vivir conmigo.

—Bien.

—¿No vas a persuadirme?

—No. Te apoyaré hagas lo que hagas.

—¿Y si me quita al bebé?

—Dijiste que era muy probable que no estuvieses en estado. Y no consentiría jamás que te lo quitase.

Ella asintió.

—Quiero sacar todas mis cosas de su casa. No quiero que quede constancia de mi paso por ese maldito lugar.

—Está bien.

—Y quiero hacerlo ahora mismo.

—De acuerdo.

A los pocos minutos el carruaje se paró frente a la casa del duque de Ashton. Emma miró sorprendida a Patrick.

—¿Lo sabías?

—¿Que ibas a abandonarle esta noche? —Patrick levantó una ceja de modo orgulloso.

—Lo sabías. No sé cómo lo haces, pero definitivamente eres el todopoderoso Patrick.

—No sé si lo soy, pero intento hacer lo mejor para los míos, aunque no lo parezca.

Ambos entraron a la casa. Sabían que tenían poco margen antes de que el dueño del lugar se presentase hecho una furia.

La duquesa recogió las pocas pertenencias que había en su habitación y cerró el baúl. Emma se sobresaltó al escuchar los gritos que provenían de la planta baja de la casa.

—¿¡Dónde está mi mujer!? —era el ogro del pantano, solo que este iba perfectamente vestido.

El amo y señor había llegado y lógicamente no estaba contento.

Emma dirigió una mirada de temor hacia Patrick, quien permaneció impasible. Cinco segundos más tarde, la puerta de la habitación de ella se estampó con violencia contra la pared. Un duque que más bien parecía Lucifer apareció para pedir explicaciones.

—¿¡Qué demonios creías que hacías!? ¿¡Cómo te atreves a ponerme a mí en evidencia!? No volverás a ver la luz del sol mientras vivas en mi casa. No saldrás de aquí nunca y no volverás a verlo a él jamás. ¿Me oyes? Jamás. Eres mía. Quítate ahora mismo sus malditas joyas —le escupió a Emma rojo de furia, mientras se acercaba a ella peligrosamente.

Emma cuadró sus hombros, sacó pecho, elevó el mentón y se preparó para plantar cara a su esposo. Ella no tenía el más mínimo

miedo de él.

—Entonces es una suerte que no vaya a vivir en tu casa nunca más —explicó como quien ve llover.

—Jamás. ¿Me oyes? Me perteneces. Eres mía. Mía para siempre. Te guste o no. Lo permitiste —aseguró él aún muy acalorado.

—Entonces es una suerte que el matrimonio no se haya consumado —señaló Patrick, quien hasta el momento se había mantenido a un segundo plano y no había sido advertido por el duque.

—¡Tú, maldito! Fuera de mi casa. Ya me has humillado bastante —le ordenó al duque de Ascot.

—No te preocupes, Ashton, nosotros nos íbamos. ¿Verdad, Emma?

—Te la llevarás sobre mi cadáver.

—Que así sea pues. Supongo que nos veremos antes del amanecer. Elige armas.

Patrick extendió la mano para que Emma saliese de allí con él y con un sencillo gesto con la cabeza hizo que los dos lacayos que habían subido con ellos a la habitación cargasen los baúles de Emma. La duquesa de Ashton le dio la mano a Patrick lista para salir para siempre de ese maldito lugar.

Ashton se puso muy nervioso al ver la firme decisión de ella. Iba a perderla. Necesitaba calmarse para vislumbrar una salida. Respiró varias veces para tratar de recomponer la compostura, cosa difícil pero necesitaba tener la cabeza fría. Emma no podía abandonarlo. Imposible ¡Pero si no había podido ni disfrutarla!

—Estamos casados. La ley me ampara. Ella es mía. Iré a las autoridades. Ni tan siquiera tú serás capaz de negar que estamos casados —dijo al fin totalmente calmado mientras se acercaba a la cama para sentarse y tratar de dar una imagen de seguridad que no tenía en absoluto.

—Te he dicho que es una suerte que no se haya consumado —recordó Patrick.

—Buena suerte probando su virginidad. Ella está más que utilizada por mí y te has asegurado de que también crean que las has usado tú.

Patrick no contestó. Se giró, lo miró y esbozó una sonrisa de suficiencia que indicaba algo así como: «¡ponme a prueba!».

Ashton se quedaba sin cartuchos y lo sabía.

—A ver cómo explicas el nacimiento de mi heredero entonces —espetó a bocajarro.

—No estoy embarazada —mintió Emma, porque sabía que Patrick no mentiría jamás y ella no estaba segura de que eso fuera verdad. Su ciclo de mujer aún no había llegado.

—Así que, como supondrás, la anulación del matrimonio será una liberación para ambos —tomó la palabra el marqués de Ailsa—, algo de lo que no me cabe la menor duda después de ver cómo han ido las

cosas en menos de un día entre vosotros.

Ashton enmudeció y se puso pálido. Su corazón se saltó tres latidos. Definitivamente, Emma se le estaba escurriendo de entre los dedos. ¿Cómo demonios había pasado esto?, se preguntó a sí mismo. «¿Qué hago? Maldita sea, piensa algo, Oliver, que ella se va y no la volverás a ver», se repitió con desespero una y mil veces. Así que hizo lo único que no había hecho hasta el momento. Desnudar su alma ante ella. Se levantó de la cama y se colocó delante de Patrick.

—Sabes que la quiero. Que estoy enamorado de ella. No puedes quitármela. No así, maldición. No he podido demostrárselo aún. Dijiste que estaría bien conmigo y tú nunca te equivocas.

Emma paró en seco su salida de la estancia ante su confesión. Miró a Patrick para ver su reacción.

—Tus actos dicen todo lo contrario, Ashton —dijo el duque de Ascot sin quitar los ojos de los de Em.

—Puede ser, pero sabes que no miento. Tú lo sabes.

—No soy yo quien debe creerte, ¿verdad? Así que ahora o nunca, Ashton, porque si sale por esa puerta sabes que no volverás a verla. —Le dio el último empujón al duque.

Emma se separó de Patrick y se giró para ver la expresión de Oliver. ¿A qué estaba jugando? ¿Y por qué Patrick no descubría la mentira del duque? No entendía nada. Contrariada comenzó a mirar a uno y a otro sin entender nada.

Oliver se acercó a Emma. La miró a los ojos. Vio en ellos el reflejo del fuego de la chimenea. Puso sus dos manos ahuecando su cabeza y con los pulgares comenzó a acariciarle las mejillas. Emma se estremeció por el simple roce de él. Maldito fuera su cuerpo que siempre reaccionaba ante sus caricias. Pero ya había quedado claro que en la cama eran perfectos el uno para el otro, el problema era fuera de ella.

Patrick se sonrió al contemplar la escena y decidió que les daría intimidad. Se marchó al punto porque él tenía más cosas que atender.

—Emma, te lo suplico. No me abandones. No así, no ahora. Sé que puedo hacerlo mejor. Dame una oportunidad. Te prometo que no te arrepentirás.

—Yo… No… No pue… —Las palabras se atragantaban en su garganta.

—Por favor. —La interrumpió él al ver por dónde iban sus palabras—. Suplicaré lo que haga falta. Haré lo que sea con tal de que me dejes demostrarte que eres lo más importante para mí. No puedo vivir sin ti. Te añoro, te deseo a todas horas, te extraño a cada segundo que no estás a mi lado. Te amo.

Los ojos de Emma se empañaron. Había soñado tantas veces con oír esa confesión… Pero demasiadas cosas habían pasado entre ellos.

—¿No lo ves, Oliver? No estamos destinados a estar juntos. Solo nos hacemos daño. Es mejor que…

Oliver se arrodilló ante ella y rodeo su cuerpo con ambos brazos mientras apoyaba su cabeza sobre su vientre para no dejarla escapar jamás. Emma, por instinto, colocó sus manos en la cabeza de él para acariciarle el pelo. Odiaba verlo así. No quería que él se postrase ante ella. Ambos eran culpables.

—¡Por Dios, levanta, Oliver!

—Te lo suplico, Emma, no me abandones. No me dejes, no te vayas de mi lado.

—Estarás bien, Oliver. Tu reputación se recompondrá. Eres un duque, este drama pasará en cuanto haya otro. No es irreparable.

Oliver se separó levemente para, todavía arrodillado, dirigir su mirada hacia la de ella. Emma sintió un nuevo estremecimiento al ver los ojos de él intentando contener las lágrimas.

—No me importan los escándalos. No me importa nadie más que no seas tú. Te amo, eres mi vida. Tienes mi corazón desde tu primera osadía, desde aquel insolente primer guiño que me hiciste en aquel baile. Estoy totalmente subyugado a ti desde que te cargué en mis brazos. Si te vas, te llevarás mi corazón y mi cordura contigo. Apiádate de mí. No me hagas vivir sin ti. No quiero, no puedo.

—Oliver, yo…

—Déjame demostrártelo. Sabes que peor no lo puedo hacer —intentó bromear él.

Emma se quedó callada tratando de asimilar toda esa nueva información. ¿De verdad eran tan fuertes sus sentimientos por ella? ¿Desde cuándo? Y, sobre todo, ¿cómo había sido él capaz de haberlos ocultado tan bien? ¿Sería todo eso una trampa para que su orgullo no se viera afectado? Desechó la última pregunta al instante, pues Patrick no hubiese permitido que él continuase hablando si algo de lo dicho hubiese sido una mentira. Patrick sabía al instante cuándo alguien no estaba siendo honesto.

Pero había un obstáculo insalvable en todo aquello.

—Yo no puedo perdonar la traición, Oliver. No puedo. Lo siento. —Comenzó a llorar.

—Haré lo que quieras. Seré lo que necesitas, te lo prometo. Por favor, por favor, Em, te amo —reiteró él sin ocultar sus lágrimas. A Emma se le partió el corazón. Jamás pensó que un hombre de tal magnitud pudiese derramar una lágrima por una mujer.

—No puedo olvidarla. No puedo, Oliver, no me lo pongas más difícil.

El duque frunció el ceño con extrañeza.

—¿Olvidarla? Dime, preciosa, de quién hablas. No entiendo.

—Te vi. Anoche os vi. A los dos.

—¿Qué viste?

—¡Basta, Oliver! Lo sé todo.

El duque de Ashton estaba perdido. No entendía nada. Se incorporó sin soltarla, no estaba dispuesto a dejarla ir bajo ningún concepto. Encaró su mirada hacia la de Emma de nuevo.

—Te juro, mi amor, que no sé de lo que hablas. Por favor, explícamelo.

—¡Os vi besándoos! En mi noche de bodas, mientras yo estaba en la cama sola, tú estabas besándote con ella, con tu amante.

Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de la duquesa con furia.

—No, mi cielo. No. ¿Cómo puedes imaginar que compartiría mi lecho con otra que no fueses tú? No quiero otra que no seas tú. Para mí no hay más mujer que tú. Susan no es más que una amiga de la infancia. La quiero como una hermana. Pero tú eres mi esposa. No te he traicionado y jamás te engañaré.

—Yo te vi.

—Es cierto que ella me besó, pero yo no correspondí al beso. No sé ni siquiera qué le impulsó a hacer esa locura. Le expliqué que te amaba y que estaba casado contigo. Te habías desmayado de nuevo y no fui capaz de estar a tu lado para sujetarte y cuando te dejé en tu cama me separé para ir a buscar al médico. Estaba muerto de miedo creyendo que os hubieseis hecho daño alguno de los dos —dijo pensando en su hijo también—. Solo me separé de tu lado poco más de diez minutos. Atendí a Sue porque entró histérica en casa y no pude desentenderme de ella, pero no es mi amante.

—Ella quería serlo y me odia.

—Yo nunca la he querido. Es una amiga, y ya ni eso. No después de cómo te ha tratado.

—No la quiero cerca de ti o de mí. No será Sue jamás.

Oliver la miró, respiró aliviado y comenzó a sonreír como un tonto enamorado.

—¿Qué es tan gracioso, Oliver? —preguntó Emma al verlo tan alegre de repente.

—Estás celosa, amor. Estás celosa. No tienes nada que temer de Susan, pero estás celosa y mi corazón rebosa felicidad porque me quieres.

—Claro que te quiero, hombre terco. ¿Acaso me habría acostado contigo si no te quisiese?

—Dime, Emma, dímelo. Necesito oírtelo decir. Hazme el hombre más feliz del mundo.

—Te amo, Oliver. No lo mereces, pero te amo. Te has portado como un auténtico patán.

Él la rodeó entre sus brazos.

—Sí, mi vida, sí. Pero me amas. Me amas y… ¿no te irás?

—No. Al menos esta noche no.

—Te juro que no te arrepentirás.

Oliver comenzó a besar a su mujer como si no hubiese un mañana. Dio un fuerte puntapié a la puerta para cerrarla y cogió a su esposa en volandas para depositarla suavemente en la cama.

Emma se incorporó de inmediato y barrió la habitación con la vista para buscar a alguien. Se sintió enseguida avergonzada.

—Tranquila, amor. Hace rato que se marchó. —Sonrió Oliver al ver que al fin iba a poder tener lo que hacía tanto tiempo que deseaba.

Emma volvió a recostarse en la cama esperando, anhelando y deseando las caricias, los besos y los abrazos de su marido.

Oliver comenzó a desnudarse mientras Emma desde la cama se mordía el labio ansiosa por lo que estaba por venir. El corazón de ella comenzó a bombear fuertemente al ver el torso musculoso de ese dios griego. Se sentía como si hubiese pasado toda una vida desde que habían sido el uno del otro.

—¿Estás segura, amor? —preguntó Oliver queriendo mostrarle que a partir de entonces sus sentimientos iban a ser tenidos en cuenta.

Emma no respondió. Se puso en pie y le ofreció su espalda para que él comenzase a desabotonarle el vestido. Uno a uno Oliver fue quitando la gran fila de botones que tenía por delante, con tranquilidad, sin prisa, porque quería disfrutar de cada segundo. Cuando el vestido resbaló al suelo, su esposa se dio la vuelta para mirarlo a los ojos. Vio su lujuria y eso la puso húmeda en su centro.

Emma dejó caer su camisola al suelo y Oliver aprovechó para contemplarla entera. Todo lo que veía era suyo, al igual que él era total y completamente propiedad de ella.

—Preciosa. Eres sencillamente preciosa. No sé cómo he sido capaz de sobrevivir a estas semanas sin tu calor, sin tocar tu piel. Hechicera, he ansiado esto tanto que voy a tomármelo con mucha calma.

—Oliver, yo también te he echado de menos. Jamás habría habido otro para mí que no fueses tú. No hubiese dejado a nadie tocarme como lo has hecho.

—Me alegro, preciosa, porque nadie más que yo te tendrá jamás.

Dicho lo cual llevó sus manos hasta los voluptuosos pechos de su esposa. Eran magníficos, grandes, tal y como a él le gustaban. Las curvas de su esposa eran adictivas. Toda ella era adictiva.

El duque paseó sus manos por ambos pechos. Comprobó su consistencia. Su sangre hirvió al notar los erectos pezones de su esposa en la palma de su mano. Emma echó su cabeza hacia atrás y trató de mantener el equilibrio para no caer. Suspiró aliviada al ver al duque deslizando una mano hacia su cintura para atraerla sobre él.

—Necesito notar tu calor, saber que al fin estamos así. Juntos,

desnudos, marido y mujer, listos para ser uno. Abrázame, pequeña, porque he salido de una pesadilla y necesito saber que esto… que tú eres real.

—He deseado tantas noches tenerte así. Oliver, te amo tanto que me duele el corazón —le confesó de nuevo la duquesa abrazándolo para no dejarlo ir jamás.

Así, juntos, disfrutando de su tacto estuvieron unos minutos más. Emma se sentía en un sueño. Lo habían hecho todo mal, todo al revés, pero al fin las cosas parecían volver a su sitio.

Oliver la volvió a llevar en brazos hacia la cama. Él siempre había llevado la voz cantante en el lecho. Ella no contaba con experiencia suficiente en un primer momento. La había ido adiestrando en el campo de la pasión y se sentía fuerte, experimentada, lista para arrebatarle el control. Hasta el momento no lo había hecho y esperaba que su esposo permitiese cederle el mando.

—No —negó Emma cuando él se fue a colocar sobre ella en la cama. Oliver frunció el ceño en muda pregunta—. Túmbate —le pidió con voz melosa. Un ruego que él no pudo dejar de cumplir.

Cuando su esposo, su amante, estuvo acostado, Emma se colocó sobre él. Comenzó a besar sus labios, su cuello, su torso y fue bajando hasta un lugar donde todavía no había puesto sus labios.

Oliver se tensó al notar la dirección que llevaban los besos de su esposa, pero la dejó hacer.

Emma había disfrutado de esas caricias íntimas de él en prácticamente todas las ocasiones en las que habían estado juntos, pero ella no se había atrevido a llevarlo a cabo aún.

—Tendrás que enseñarme amor. Yo no sé…

—Has tomado el mando, hechicera. Haz conmigo cuanto quieras. Soy tuyo ahora.

Emma tragó saliva. Se había metido en un lío, pensó. Los labios de ella comenzaron a besar ese pedazo de carne que a ella tanto placer le había dado. Los gemidos del duque le dieron una buena indicación de que no lo estaba realizando mal. Envalentonada por la reacción de su marido, sacó su lengua y fue recorriendo todo su miembro. El placer que él sentía se hacía patente a cada momento y ella fue tomando más valor. Tomó el falo en su mano para ayudar a su boca. Al segundo movimiento él la detuvo en seco.

—Basta, preciosa o esto terminará antes de comenzar.

—Me has detenido. No lo estoy haciendo bien entonces… —dijo con pena ella creyendo que su reacción era porque no lo estaba sintiendo placentero.

—Lo estás haciendo demasiado bien y llevo una eternidad sin sentirte. Necesito enterrarme en ti.

—Pero yo quiero…

—Sé lo que quieres, pero te suplico que lo llevemos a cabo mañana. Te necesito desesperadamente.

Emma quería tener el control de la situación. Le había gustado ser ella la que incitase y volviese loco a su marido. Notarlo vulnerable ante sus caricias le había gustado demasiado y quería saber hasta qué punto podría volverlo loco de placer y deseo. Emma sonrió porque por su voz, su respiración entrecortada y la urgente necesidad que notaba en él, iba a ser muy fácil llegar a volverlo completamente desquiciado. Ella quería que él estuviese tan necesitado como ella había estado en aquellas semanas en las que solo eran dos amantes. Decidió cederle el control, pues había muchos días por delante.

Oliver vio todos y cada uno de los pensamientos que pasaron por la mente de su esposa y decidió ceder un poco. El duque volvió a recostarse en la cama.

—Ven, Em, sube sobre mí. Demuéstrame que puedes montarme igual de duro que lo haces sobre tu pura sangre.

Emma sonrió. Esa postura era nueva. Al parecer en esas semanas él no le había enseñado todo. No era de extrañar, su duque era demasiado autoritario y nunca le había dejado a ella tener la última palabra en cuestiones de cama. Pero Em había visto muy de cerca aquel curioso libro de la India. No recordaba su nombre, pero sí muchas posturas que ella iba a poner en práctica, empezando por esa que su marido quería… Porque si hasta la fecha solo con lo básico ya se sentía plena con Oliver…

Emma se colocó sobre él y Oliver fue ayudándola a descender.

—Dios mío, bruja. Hubiese ido a por ti al infierno mismo, desafiado al propio Satán para que te devolviera a mí. Eres magnífica.

Emma empezó a coger más ritmo.

—Eso es, mi amazona, así. Hazme morir de placer. Sí, cabalga, amor.

—Oliver, no… puedo… Oliver… yo…

—Toca el cielo, mi amor. Tócalo. Vamos, tómame, lo que quieras pero, por Dios, no te detengas ahoraaaaaaaaaaa…

Por fin la dama había conocido la pasión y, sobre todo, el amor.

El matrimonio se consumó con un éxito más que notable.

Capítulo 10

Aclaraciones varias

Emma se removió en la cama inquieta. Sentía frío y echaba de menos una fuente de calor cercana. Se incorporó de golpe y entonces lo vio desnudo avivando el fuego. Era la visión más hermosa que jamás había visto. Lejos de sentirse violenta ante ese cuerpo masculino, sintió orgullo al saberlo suyo. En los primeros días que había compartido intimidad con él como amantes, le tocó hacerse a la idea de que ambos debían estar cómodos ante la desnudez del otro.

—Vuelve a la cama. Es muy temprano, ven. Además, no sé qué haces despierto. Ven, es muy de noche aún.

—Estoy muerto de sueño.

—Ven a dormir, pues… —dijo una adormilada Emma que no podía despegar los ojos.

—No estoy seguro de que me guste la idea de dormirme. Puede pasar cualquier cosa. No me atrae en absoluto abandonarme al sueño.

Emma notó que estaba preocupado, no excitado como pensó que era el caso. Creyó que era picardía, pero se percató de que había ahí un problema.

—¿No te gusta dormir junto a mí? ¿Eres de esos esposos que va a querer que cada uno duerma en su cama y utilizar la puerta que conecta nuestras alcobas para ejercer sus derechos? —inquirió una Emma que se había despejado ante esta duda, pues se daba cuenta de que no se conocían demasiado bien, más allá del lecho, claro.

—No. Justamente temo lo contrario.

—Oliver, ¿qué ocurre? —Se asustó ya la duquesa al ver la cara de seriedad de él.

—No he podido dormir en toda la noche. Y por tu causa, preciosa.

—Pero, ¿qué…? —Ella no entendía nada.

—Temo dormir y que al despertar no estés.

—¡Oh! Oliver, eso no va a pasar ahora.

—La última vez, es decir anoche, no pensé que sería posible que huyeses de mi cama, y al despertar estaba solo, completa y tristemente solo. Escapaste. Supongo que no puedo arriesgarme a que me suceda lo mismo, ¿no crees?

—Ven aquí, tonto. No voy a huir mientras no me des motivos.

—¿Motivos? ¿Qué motivos te di anoche?

—¿De verdad quieres que recuerde lo que vi anoche, querido? —preguntó Emma con una ceja sardónica al más puro estilo de Patrick. Él no estaba siendo listo al introducir de nuevo a la dichosa Sue en la conversación.

—No, supongo que no. Pero te juro que no tenías motivo para haberme abandonado ayer.

—No te abandoné.

—¿Por qué te fuiste con Shell a cabalgar tan temprano en nuestra mañana de bodas? Eras una recién casada Emma… Casi te estrangulo cuando te encontré.

—Te recuerdo que tú, esa misma noche, estabas en tu despacho encerrado con tu buena amiga y te vi besándola. —Ya estaba él muy bobo, por lo que había tenido que refrescarle la memoria.

—Te lo expliqué, fue ella quien me besó. ¡Yo no sabía lo que ella estaba haciendo!

—Bueno, basta de reprimendas. Me quedó claro eso anoche, no lo revivamos.

—Por favor, Emma, tengo muchas cosas que necesito saber…

—Está bien, está bien. Pero ven a mi lado. Siento frío si no estás junto a mí y tú debes estar helado.

—Verte en la cama no hace que sienta frío precisamente, mujer.

Oliver no tardó en satisfacer la petición de su esposa y acudió junto a ella. Se moría por hacerle el amor, pero quería saber algunas cosas primero. Él se recostó en el lecho y ella se acomodó sobre su pecho. Ambos suspiraron al notarse tan cercanos, tan íntimos. Se habían encontrado al fin.

—¿Qué necesitas saber, Oliver?

—¿Qué hacías con Shell ayer? ¿Por qué es tan amigo tuyo? ¿Por qué tuve que impedirle sacarte al jardín varias veces? ¿Por qué no me mirabas a los ojos ni cuando nos casamos? ¿Qué tuviste con Chesterfield? ¿Por qué me dejabas imponer mi voluntad sin rechistar? ¿Por qué acudiste al baile de los Lemon para hacer creer a todos que Patrick era tu amante? ¿Por qué consentiste en casarte conmigo? ¿Cuándo te enteraste de que no estabas embarazada? Y la más importante: ¿cuándo comenzaste a amarme?

Emma se incorporó con los ojos como platos para mirarlo.

—Esas son muchas preguntas, amor.

—Quiero aclarar las cosas. Imagino que tú también tienes otras tantas preguntas. He sido testigo de un matrimonio sin comunicación ni amor, el de mis padres, y, pese a que juré que el mío no sería así nunca, en menos de un día cometí errores imperdonables con una terca mujer.

—Supongo que tienes razón… —Emma tomó aire—. Conozco a Leo desde hace años. Yo quería conocer la pasión con un hombre. Como bien te empeñaste en recordarme desde el principio, yo era una solterona, una mujer de veinticuatro años virginal y quería acabar con ello. Ya te lo expliqué cuando te pedí ser mi amante. Y sí, noto tu respiración agitada, no hace falta que lo preguntes. Pensé en él, pero luego irrumpiste en mi vida como un torbellino y entonces no tuve ojos para nadie más. Leo no sabía de mis planes y yo no sabía que él estaba prometido a tu hermana. Y yo no tuve una cita ayer por la mañana con Shell. Salí temprano porque cada día a las ocho de la mañana salgo a cabalgar con Archy. Estaba muy angustiada por todo lo vivido, por tu causa, y necesitaba libertad. Nos encontramos en Hyde Park tan solo unos minutos antes de que tú llegases. Debo decir que me sorprendió lo rápido que diste conmigo.

—¿Por qué no me lo explicaste? Lo de Shell ayer… Creí que tenías una cita con él. Me volví loco de celos, Em.

—No me hubieses creído. Consideré que mi actitud servicial nos facilitaría un poco las cosas para no pelear. Me equivoqué, Oliver. Estaba aterrada por lo que iba descubriendo acerca de ti. Te mostrabas tan autoritario y tan impasible… Creí que yo te daba igual. Y todas aquellas cosas que dijiste sobre mí la noche del baile de compromiso de tu hermana… Yo…

Emma tuvo que respirar para serenarse. Todavía dolían todas aquellas duras palabras.

—No, cielo, no estés triste. Yo estaba muy furioso contigo. Debes saber que te descubrí.

—¿Descubrir qué?

—Me mandaste una nota explicando que estabas…

—¿Indispuesta? —Fue la única misiva que ella le había mandado a él mientras eran amantes.

—Sí. Llevaba muchas noches sin tenerte y estaba como loco por verte. Acudí a tu casa para ver cómo podía asaltarte en tu habitación sin ser visto, y aunque me hubiesen visto me daba igual, ya había tomado una decisión. Entonces te vi salir con una máscara y subir a un carruaje. Ibas acompañada por otra pareja al bajar.

—Los Lennox.

—Sí. Te seguí. Entraste en una mansión.

—¿Llegaste a entrar allí dentro? ¿Tú viste…? ¿Estuviste con…? —preguntó Emma presa del pánico, no porque él la hubiese seguido, ella no había hecho nada malo allí más que observar, sino porque él hubiese entrado y hubiese participado en alguna depravación allí. Los celos la asaltaron sin piedad.

—No. No conseguí pasar de la puerta. Pero tú sí entraste.

—¿Tú…? ¿Tú sabes…? ¿Sabes… lo que es…?

—Sí. Sé qué es la Mansión de la Perversión, tal y como la llaman. Sé que es de Chesterfield, quien es conocido por organizar las más locas fiestas indecentes en todo el mundo. ¿Qué hacías allí? Y, por todos los demonios, ¿por qué fuiste? ¿Acaso no tenías suficiente conmigo? ¿Con lo que te iba enseñando? Sé que mis instrucciones eran pausadas, quería ir poco a poco contigo. —Oliver trató de mantener la calma, pero se estaba alterando. Recordar aquello volvía a angustiarlo y ponerlo verde de celos.

—Oliver, yo no he estado con otro hombre. Nadie me ha tocado jamás como tú lo has hecho. Lo juro.

—¿Entonces por qué Chesterfield quería convertirte en su esposa, Em?

Emma volvió a incorporarse sobresaltada. ¿Ches y ella? Imposible, ¿no?

—Oliver, no sé qué dices. ¿Su esposa? —No daba crédito.

—Oh, vamos, Em. Patrick me dijo que el conde pensaba hacerte su esposa y criar a mi hijo. Tu protector, como llamaste hace un rato a Patrick, estaba de acuerdo. Aunque supongo que al final no habría tenido que criar a mi bastardo, ¿verdad?

—Amor. No sé de dónde sacas eso, pero yo no sé nada sobre ser la esposa de Ches. Lo juro.

—No me gusta que le llames así.

—Amor, no estés celoso. Eres tú. Siempre has sido tú. ¿No lo ves? Me arruinaste para todos.

—No lo entiendo, Em. Creí que estábamos bien. Bueno, nuestra relación ha sido extraña desde el inicio, pero creí que estabas satisfecha conmigo. ¿Por qué tuviste que ir allí?

—Oliver, eres magnífico, no tengas dudas de ello. Tengo que explicártelo todo desde el principio. Debes saber que el conde ha sido amigo de los Manchester desde siempre, creo. Yo lo conocí con dieciséis años por una travesura. —No era buen momento para explicar lo que fue esa travesura, pensó Emma—. Una vez, Valerie, otra amiga y yo nos escondimos en el despacho del marqués y conseguimos oír una conversación no apta para mocosas, como nos llamaban ellos. Hablaban sobre una fiesta donde había juegos, mujeres, algo llamado orgías, pues entonces no sabíamos qué era, y prometimos que algún día asistiríamos a una de esas fiestas que organizaba Chesterfield. Era todo tan misterioso para nosotras…

—Así que lo cumpliste ahora, casi nueve años más tarde. —La duquesa asintió—. ¿Qué hiciste allí?

—Observar.

—¿Qué viste?

—Bueno… Es que… —¿Por qué de pronto hacía tanto calor?

—¿Qué viste, Emma? —Estaba ansioso por una contestación.

—Fuimos con máscaras. Nadie nos descubrió. Bueno, Patrick y Ches… el conde de Chesterfield, reconocieron a Lennox y a Valerie inmediatamente, pero nadie me descubrió.

—Yo sabía que estabas allí.

—No hice nada malo. No me separé de los duques.

—Sabes que hay matrimonios que juegan con hombres o con mujeres, ¿cierto?

—¡Oliver….! Por Dios, yo no haría eso jamás. Y menos con ellos. Son como mis hermanos. ¡Cielos! Solo de pensarlo me repugna. Además, V no lo compartiría ni en un millón de años. Ella puede parecer que no es celosa, pero es cien veces más posesiva que Lennox.

—¿Qué viste, Em? Necesito saberlo.

—Entramos y vimos una sala como en un espectáculo, donde las mujeres bailaban e iban ligeras de ropa y los hombre estaban lujuriosos. Luego había una sala de juegos, con cartas, una ruleta… Eso fue lo más… decente, supongo. Y luego… pues… Luego entramos en una habitación que…

—¿Que qué? —se impacientó el duque. Necesitaba saber qué pasó allí.

—Está bien. Jason abrió la puerta y Valerie y yo echamos un vistazo rápido. No llegamos a entrar, pero lo que vimos nos dejó sin palabras.

—¿Lo viste azotando a una mujer?

—¿Qué? ¿A quién?

—A Chesterfield. ¿Quién si no?

—Ches… Ches… ¿Azotando a una mujer? Pero, ¿por qué haría algo así? —Em se quedó descolocada.

—Emma, ¿qué viste entonces?

—¿Pero por qué Ches iba a…?

—Responde, y no lo llames así.

—En aquella habitación había como dos partes. Había una mujer que estaba… estaba… ¡Esto es muy difícil!

—¡Haberlo pensado antes de ir!

—Está bien, lo diré sin tapujos. Una mujer estaba siendo asaltada por tres hombres. Oliver, ¡tres hombres a la vez! ¡Tres a la vez! Es que si lo hubieses visto… Tres, Oliver, tres. No estaba lista para ver aquello. Valerie y yo lamentamos al instante haber ido, pero he de admitir que hubiese vuelto. Era emocionante.

—Eeeemmmm… —la regañó.

—Está bien, está bien. Y luego, bueno, al otro lado de la habitación había una mujer rodeada por muchos hombres y ellos estaban… ¡Oh! ¿Cómo digo esto?

—¿Qué estaban haciendo, Em?

—Ellos estaban ensuciándola…

—¿Ensuciándola?

—Sí. Cuando tú… Cuando tú terminas, ¿no me das siempre un pañuelo para que yo me limpie y me asee?

—¿Ellos estaban tirándoselo a ella encima? ¿Todos a la vez? —inquirió extrañado y la pregunta consiguió aliviar a Emma, porque así dedujo que tampoco veía todo aquello con lógica y eso significaba que probablemente no había estado nunca en una maldita orgía de esas.

—Sí, la ensuciaron y no solo por todas partes… Ella estaba con la boca… ¡Oh, cielos! Maldita la hora en la que fuimos.

—¿Tragaba aquello? —Oliver se quedó fascinado ante la revelación. Él se consideraba un amante experto, pero al parecer había muchas cosas que desconocía. Porque dos hombres y una mujer sí lo podía entender, dos o tres mujeres con un hombre definitivamente era más corriente. Pero, ¿tres hombres, o más, y una mujer? Los cálculos no le salían del todo bien. Eso tendría que investigarlo más, porque lo que se le estaba ocurriendo era algo que entre hombres estaba considerado contra natura, pero en una mujer…

—Sí, Oliver, y parecía que le gustaba. A ambas les gustaba, y mucho, todo aquello. Y, por favor, explícame lo de los látigos, cadenas, el dolor y el placer.

—Yo no he mencionado látigos y cadenas.

—Allí, en casa de Che… del conde —rectificó a tiempo—, dijeron algo de una sala del placer y el dolor, y nombraron también látigos, cadenas y fustas.

—Dime que no llegaste a ver aquello.

—No lo vi, pero tenía mucha curiosidad por saber lo que era. Ahora bien, si implica azotar a alguien dudo mucho que quiera saber más acerca de eso. No lo concibo.

—Hay hombres como Chesterfield que necesitan atar a las mujeres y azotarlas para poder disfrutar del placer, Em.

—¿Pero eso debe ser muy doloroso? ¿Y dices que Patrick te dijo que yo sería su esposa? ¿De ese loco? ¡Jamás! —se indignó ella.

—Yo no sé exactamente cómo funciona eso del dolor y el placer, es algo que no conozco ni quiero conocer, pero en honor a la verdad debo señalar que tanto para los hombres como para las mujeres que sé que lo practican era algo placentero. Aunque también sé que hay monstruos que disfrutan dañando a las mujeres sin su consentimiento. Tu amigo Ches no es de ellos, tengo entendido que sus mujeres disfrutan con él mucho y le imploran ser partícipes de sus juegos.

—¿Yo? ¿Atada con cadenas y azotada? ¿En qué demonios estaba pensando Patrick?

—Oh, cielo, no dudes jamás que nadie que no fuese yo iba a tocarte. Y, definitivamente, si eso del dolor era lo que querías, sería yo

también quien lo haría. Nadie, y quiero que lo tengas presente, iba a tocarte un solo pelo. Debo confesar que escupí todo aquello que oíste en el baile de compromiso de Amelia porque creí que me habías cambiado por uno de ellos dos, por el marqués de Ail… digo el duque de Ascot o por Chesterfield. Creí que te habías acostado con uno, o con los dos. Estaba fuera de mí…

—Oh, Oliver. ¡Lo siento tanto! —explicó, abrazándolo con todas sus fuerzas—. Yo jamás te hubiese hecho algo así. Yo solo deseaba estar contigo. De hecho, cuando te presentaste a la mañana siguiente en mi casa, furibundo, solo podía pensar en ir a la cama contigo. Estás tan impresionante incluso furioso… Yo no sabía que me habías seguido. ¡Cielos! Ahora entiendo tu furia si pensaste que yo estaba acostándome con ellos. ¡Oh, Oliver! Cómo lo lamento, pero creí que me conocías mejor y debo añadir que me ofende que me creyeses falta de lealtad.

—Tú creíste que estaba acostándome con Susan la noche de nuestra boda —contraatacó él—. Además, si querías ir a la Mansión de la Perversión, ¿por qué no me lo dijiste? Yo podía haber ido contigo si tan importante era para ti descubrir aquello.

—No me gustó demasiado ver todo lo que vi, Oliver. Supongo que destruyó mi concepto de amor romántico. No es que yo creyese descubrirlo algún día, pero para mí pervirtió algo el amor que debe existir entre un hombre y una mujer. Sigo teniendo curiosidad, pero prefiero lo que ambos compartimos. Sinceramente, yo estaba asustada por lo que comenzaba a sentir por ti. Me avergüenza decir que quería poner distancia entre ambos. Estaba asustada porque me estaba enamorando de ti y temía que tú no sintieses lo mismo, y me convencí de que lo nuestro era solo lujuria. Así que decidí poner un poco de distancia entre ambos.

—Yo estaba totalmente prendado de ti. Me sentí traicionado, herido, despechado, sí. No me avergüenza decirlo. Yo quería, quiero, hacer todo a tu lado, todo lo que necesites. Quiero que cuentes conmigo para llevarlo a cabo.

—¿Me hubieses acompañado? ¿A ver una orgía? ¿A practicar esgrima a un club de caballeros?

—¿Quéééé? ¿Qué demonios has estado haciendo, Emma?

—Oh, oh. No debí decir eso…

—Cuéntamelo todo de inmediato, querida.

—Está bien, pero estoy segura de que no me hubieses acompañado.

—Hubiese intentado disuadirte, sí, pero, conociéndote y sabiendo que hubieses acabado por ir, me habría resignado a acompañarte. Me duele el alma que estuvieses allí sin mí, al alcance de cualquiera. Y dime, ¿qué es eso del club de esgrima?

—Bueno, esa fue otra de las promesas que hicimos de pequeñas.

Descubrir el Londres masculino implicaba ver qué era eso del esgrima. Pero no me gustó. —Que Patrick le ganase con tanta facilidad le minó la moral.

—¿Con quién fuiste?

—Con los Lennox.

—¿Quién más?

—Patrick.

—¿Y?

Emma calló, no quería contestar. Él carraspeó.

—Sí, de acuerdo, también estaba el conde, pero él llegó después. Yo ni siquiera sabía que iba a estar.

—Él sabía que habías estado en su casa, ¿verdad?

—Me reconoció en el club Engardé. V y yo fuimos en pantalones. Parecíamos muchachos. Extraños, sí, pero del género correcto para poder entrar allí. Chesterfield me descubrió enseguida.

—Dime qué hay entre Chesterfield y tú.

—¿Haber? ¡No hay nada! No he hablado con él más que un par veces, pero sí es cierto que yo lo…

Emma se tapó la boca con la mano. Maldita fuese su lengua larga.

—¿Tú qué, Emma?

—Lo besé. Lo besé, ya está, lo dije, lo confesé. Tú besaste a tu amiga Sue y yo lo besé a él.

—¿Cuándo demonios lo besaste? ¡Me habías dicho que no hiciste nada malo!

—Vamos, Oliver, fue un beso ridículo. Una travesura. Yo apenas había cumplido los dieciséis años y Valerie me retó a ofenderlo de algún modo. Así que se me ocurrió robarle a la madre de V un vestido llamativo y pintarrajearme para plantarle un beso. Fue una apuesta tonta.

—¿Solo pasó un beso? ¿Te tocó?

—Le robé un beso y montó en cólera cuando descubrió quién era yo. No me tocó más allá de un beso. —No iba a decirle que sus amigas tuvieron que intervenir porque él no la soltaba. Eso era parte del pasado. ¿Y para qué angustiarlo?

—Ya en aquel entonces debías ser espléndida, porque después de tantos años ese hombre no te ha podido olvidar.

Ella estalló en risas.

—¡Oliver, eres tan tierno cuando estás celoso! Pero él no sabía que yo existía hasta hace apenas unos pocos días…

—Preciosa, ese hombre lleva obsesionado contigo muchos años. Diría que desde aquel beso al que tú no das importancia. Sé reconocer a un hombre celoso, obsesionado y, si me permites, enamorado. Porque yo mismo soy uno de ellos y la furia que percibí en él al defenderte… Chesterfield me habría borrado del mapa si hubiese

podido. Pero no me extraña, eres sin duda una hechicera.

—Oliver, eso no es posible. Él… no…

Emma calló de repente al recordar una breve conversación con Patrick en la que el ya duque le había dicho que no debería alentar a Ches si ella estaba enamorada. No le dio demasiado crédito entonces, pero en estos instantes… ¿Sería posible? Y luego Ches, cuando salió detrás de ella cuando le confesó a Oliver que ella era la marquesa de Montrose… Él la miraba de un modo extraño y su abrazo no había sido solo reconfortante. Las caricias por su espalda, la manera de susurrarle las palabras… La había hecho sentir incómoda.

—Veo que lo has visto, pequeña. Yo tenía motivos para estar preocupado, pero veo que no por tu parte. Él sí quería hacerte su esposa, Em. No quiero imaginar qué clase de beso le diste, pero si se pareció mínimamente al que me diste en la ópera puedo comprenderlo, incluso compadecerlo. Está de más decir que no lo quiero cerca de ti. No estoy dispuesto a tentar a la suerte. No entiende de casamientos, para él todas las mujeres son libres. No respeta a quienes están casadas. No te pondré a tiro.

—Oliver, no hagas conjeturas. Te juro por mi vida y por la de tu hijo que soy tuya, en cuerpo y alma. No hay nadie más que tú para mí.

Emma pensó que era hora de dar a conocer sus presentimientos. Fue entonces el momento de Oliver de incorporarse de sopetón y buscar sus mirada.

—¿Estás…? Dijiste que no estabas embarazada.

—Supongo que fue una mentira piadosa…

—¿Te hubieses ido de mi lado sabiendo que llevabas a mi hijo en tu vientre?

—No podía más, amor. Estabas destruyéndome. Ambos nos estábamos destruyendo.

—No, Em, no vuelvas a irte de mi lado sin luchar. Te lo suplico. Nunca.

—No pienso irme. Pero tenemos que luchar por esto ambos. No quiero ser infeliz o que lo seas tú.

—No seremos desdichados. Te lo prometo. Pero dime, ¿de verdad estás segura de que llevas a mi hijo?

—Hace un mes que no estoy indispuesta y nunca he fallado. Supongo que es pronto para decirlo con absoluta certeza, pero creo que sí que estoy embarazada, Oliver.

—Em, ¡eso es magnífico! Mi vida, me vas a dar un hijo y es el mejor regalo del mundo. Te juro que a mi lado, el amor que siente Lennox por su esposa parecerá poca cosa. Te haré la mujer más feliz del mundo, si me dejas.

—Yo te prometo hacerte el marido más dichoso y prometo no ser tan terca…

—¿Eres consciente de que ahora somos ambos un escándalo? Todos te consideran la amante del todopoderoso Patrick y si la paternidad de mi hijo está en tela de juicio… Oh, preciosa, ¿qué hemos hecho?

—No te preocupes por eso, amor. Él lo arreglará enseguida.

—No veo cómo podrá remendar este estropicio. Es el todopoderoso Patrick, pero no es tan bueno.

—Tiene que hacerlo, entre otras cosas porque es un hombre que está en una situación muy compleja con cierta dama. Creo que está sufriendo.

—¿Qué? —Oliver no salía de su asombro. ¿Patrick sufriendo por una mujer?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué haría creer a todos que tú eras su amante?

—Es una larga historia. Antes de marcharse Valerie echa una furia, dejó una carta en su casa para mí y me dijo un par de cosas increíbles. Pero no te preocupes, él lo arreglará si no quiere tener más problemas.

—Cielo, espero que al menos no sea una mujer tan terca como tú, aunque se merece como mínimo que sea tan problemática como Valerie para darle una lección. Eso sí me gustaría verlo. ¡El todopoderoso Patrick doblegado por una mujer!

—Tranquilo, lo estará. Me temo que ha enojado a Valerie y a su propia dama. Ha hecho algo terrible y va a tener que enfrentarse a la furia de ella y a la de la propia duquesa de Lennox. Le espera un infierno. —Ella no conocía todos los detalles, pero él tenía un problema muy serio.

—¿Sabías todo eso y aun así consentiste en hacer aquel teatro haciéndote pasar por su amante?

—¡Estaba desesperada! —trató ella de excusarse—. Además, estaba lidiando con un hombre arrogante y mandón. ¡Tú! Y no tenía más ganas de enfadar al todopoderosos Patrick, que es otro mandón más tercero que tú y que yo. Hice lo que él dijo que tenía que hacer. Además, Patrick siempre lo arregla todo. ¡Fíjate en V y en mí! Y no somos las únicas. —También estaba Lena—. Supongo que podrá hacerlo por él mismo, ¿no? A fin de cuentas, su felicidad depende de ello.

—Uhmmmm… —contestó el duque, quien estaba muy ocupado en ese momento.

—Oliver… Detente de una vez.

—¿Parar de qué, preciosa? ¿De besarte o de desnudarte?

—Estamos hablando. Creía que tenías muchas preguntas y yo también tengo muchas.

—Tenemos toda la vida por delante, amor —la cortó—. Ahora debes ocuparte de mí… Yo me he estado ocupando de ti durante más de dos semanas si mal no creo recordar. Así que… es el momento de

que pongas en práctica ciertas habilidades que creo que pudiste ver en aquella orgía. Ya que estuve muy disgustado por no estar allí, lo mínimo que puedes hacer es resarcirme y mostrar algún nuevo conocimiento. ¿No te parece?

—No tendrás que decirlo dos veces, esposo. —Emma se sentía muy juguetona y tenía un libro en mente que quería poner en marcha.

—Oh, Em. Eso me recuerda que…

Oliver se levantó y cruzó la puerta que conectaba con su habitación. Emma lo miró curiosa. ¿Por qué se había ido justo en el momento en el que los asuntos se iban a poner interesantes?

—Emma, mi amor. Fui un estúpido por no entregarte esto. —Su esposo no tardó más que unos pocos segundos en regresar a la cama.

Oliver deslizó un precioso anillo con un pulcro diamante engarzado, y a continuación pasó otro anillo en el mismo dedo con su sello. No era el de él. Oliver había hecho hacer una réplica de su sello de un tamaño más acorde para ella. Emma se sintió feliz.

—Mi vida, tuve los anillos en mi poder después de nuestra cuarta noche juntos como amantes. Supe que nunca podría dejarte ir. Ambos habíamos dicho que jamás nos casaríamos el uno con el otro y yo no sabía cómo hacer la petición… Quería conocerte primero, pero no sé cómo fue que exclusivamente nos encontrábamos en la cama por las noches. Yo sabía que debía cortejarte, pero temía que si nos encontrábamos en actos públicos nos delataría ante todos, porque hubiese sido imposible que me hubiese mantenido lejos de ti. No negaré que intenté convencerme de que no eras la mujer indicada para mí, pero fue solo porque estaba aterrado al percibir que me estaba enamorando de ti. De verdad, no consigo comprender cómo las cosas se torcieron tanto entre nosotros.

—No quiero que pensemos en el pasado, solo en el futuro. En nuestro amor, esposo mío. Te amo.

—Y yo a ti, mi hechicera. Y quiero que me demuestres que realmente eres lady Salvaje. Mátame de placer, bruja.

—¿Me dejarás hacer lo que quiera?

—Deseo que seas mi esclava del placer tal y como yo lo fui yo tuyo. Justo, ¿no?

—Oh, sí. Pero yo haré lo que me plazca contigo, ¿sí? Además, tú no me dejaste hacer contigo lo que quería…

—Primero quería enseñarte. Ahora puedes hacerlo. ¿Me arrepentiré?

—Solo de no permitirme hacer lo que yo quiera.

—Soy tuyo, hechicera. Siempre lo fui.

Emma tomó el control de lo que iba a comenzar como una verdadera mañana de recién casados. Por primera vez en años, la feliz duquesa no recordó que tenía una cita con Archy, porque allí estaba

decidida a experimentarlo todo con el semental de su esposo.

Epílogo

Nada es lo que parece

La puerta de la alcoba de los recién casados se abrió de golpe.

—Buenos días, hermanos. —Entró sin pudor la muchacha, aunque no se atrevió a acercarse a la cama.

—¡Melly, por amor de Dios! ¿Se puede saber qué haces aquí dentro? —dijo él mientras se tapaba con la colcha hasta la barbilla y hacía lo mismo con su esposa que estaba dormida como un tronco.

—Estoy harta de estar sola. Desde que te has casado desayuno sola, como sola y ceno sola.

—¿Y por eso tienes que invadir nuestra habitación? Además, solo hace dos días que estás sin compañía. No es para tanto. Ahora largo, hermana.

—No seas tan puritano. —Melly no era inocente. No del todo. Si su hermano supiera lo que ella había hecho… Sin embargo esa era una historia diferente, demasiado enredada para comentarla en estos momentos. Melly consideró que lo mejor sería callar y ver cómo se desenvolvía todo en su vida, porque…

—Por favor, Melly, vete. Bajaremos a desayunar contigo en un momento. Me siento violento estando tú aquí, y nosotros, bueno, nosotros estamos… —Ashton no supo bien cómo continuar.

—Desnudos, sí, me hago una idea.

En ese momento Em se movió. Unas voces la despertaron y se incorporó.

—Buenos días, hermana —la nueva duquesa de Ashton se agarró a la colcha y la muchacha sonrió al verla tan decorosa.

—Buenos días, Amelia —la saludó ella sin saber dónde meterse.

—No sé por qué os mostráis ambos tan remilgados. No es como si fuese la primera vez que la veo a ella en casa. Supongo que, como ya estáis casados, tu esposa no habrá de escabullirse antes del amanecer —dedujo con retintín.

—¿Lo sabías? —preguntó ruborizándose su hermano.

—Es mi casa también, hermano. —Y fue una suerte que no me pillases ayudando a salir a cierto señor de la mansión el primer día que Emma se instaló como su amante, o lo que fuera que ellos

tuvieran.

—Lo siento, Melly. Supongo que no hemos sido un ejemplo de decoro. —Ashton no sabía dónde meterse.

—Sí, eso mismo digo yo —señaló Emma muerta de vergüenza.

—Oh, ¡no pasa nada! No es como si yo no… —Cerró la bocaza de golpe.

—¿Como si tú qué? —la interrogó Oliver

—Como si os culpase de estar enamorados —improvisó Amelia.

—Te lo agradezco, Melly —mostró gratitud su hermano—. Y ahora, por favor, déjanos intimidad.

—Por supuesto, pero si no estáis abajo los dos en el comedor, en digamos… en… veinte minutos, volveré a subir y os interrumpiré.

—Tú no harías eso. Somos recién casados. Tenemos todo el derecho, legítimo en esta ocasión, para permanecer en el lecho cuanto queramos. Además, tengo que recuperar el tiempo perdido con ella.

—¡Ashton! —lo reprendió Em, quien estaba roja como un tomate.

—¿Qué? Es la verdad. Ella ha entrado aquí, así que no tiene derecho a asombrarse. Que no se escandalice.

—No, claro que no me escandalizo. No es como si algo de lo que aquí pasase fuese nuevo para mí —dijo ella mientras salía de la habitación.

—¡Melly! ¡Melly! Detente. Vuelve aquí de inmediato. Aclara lo que has querido decir. ¡Vuelve! —le ordenó el duque.

—Veinte minutos. Tengo invitados y nos esperan. Hay mucho que aclarar y es hora de que volvamos a ser una familia —gritó ella desde el pasillo para que ambos la oyeran, pero sin esclarecer su insinuación.

—¿Invitados? —preguntó su mujer cuando recuperó el habla.

—Eso parece. Vistámonos, amor, y veamos de qué trata todo esto. —Su hermana tenía que dar muchas explicaciones. ¿Habría querido decir lo que estaba sospechando? De ser así mataría a su prometido.

En tiempo récord la pareja salió de la habitación muy a su disgusto. Em tenía preparada una sesión diferente que quería consultarle a su esposo. Le daba miedo preguntar al respecto, porque ese lugar, ese hueco por el que ella intuía que estaba albergando a uno de los tres hombres aquella mujer que tanto estaba disfrutando en la fiesta de Chesterfield…

Sus pensamientos se paralizaron de golpe. Primero lo de Patrick y en ahora esto. Ahí estaba ella con la boca abierta y sin saber si echar a correr o echarlos a todos a patadas.

Desde luego, su matrimonio comenzaba con disgusto. ¿Qué hacia la maldita Susan Dawson tan apacible en el comedor de su casa? ¿Y quién diantres eran todos los que la acompañaban?

***

Antes de la intromisión de los duques de Ashton en el comedor, varias personas se preparaban para confesar sus fechorías e intentar aclarar una serie de malentendidos de los que la duquesa de Stone estaba muy al tanto.

—Melly, estoy nerviosa. Esa mujer me odia ¡Y con motivo! Me matará nada más me vea en su casa —Lady Susan, más conocida como Sue o Susy por sus allegados, y actual marquesa de Spencer, estaba mordiéndose las uñas, una costumbre que su madre le había quitado a base de palmadas en la boca y que había regresado por la tensión del momento.

—No te apures, Sue. Les he visto y están de muy buen humor. No tardarán en bajar. Te aseguro que te querrá como una hermana, tal y como yo te quiero. Te adorará —la reconfortó Melly.

—Todos te adoran, ángel —habló el esposo de Susan, lord Spencer, a quien su mujer se refería por el apelativo Lee.

—Todos no, Lee. La señorita Harrelson me odia. ¡Cielo Santo! Todo lo que he hecho… ¡Y tú me lo has permitido, Lisa! —Se giró para regañar a la duquesa de Stone.

Ambas habían jugado un papel nefasto en la relación de los duques de Ashton, pero especialmente Susan.

—¡Vamos! No seas tan histérica —comenzó a defenderse la duquesa de Stone—. Siento pena por ella, sí, pero Ashton me la debía y tenía que cobrármela. Y también te la debía a ti. Pero debo confesar que jamás pensé verte perder los nervios como lo hiciste anoche. Definitivamente, los Lemon no volverán a invitarte jamás. Creí que la matarías. Si no te llega a parar los pies Oliver… ¡Le habrías sacado los ojos a la pobre Emma Harrelson! Jamás pensé verte así, Susy. Además, la culpa es de tu esposo por no haber estado pendiente de ti durante toda la noche.

La marquesa de Spencer, Susan, estaba terriblemente avergonzada por su comportamiento tan inapropiado desde que había conocido a la ya esposa del duque de Ashton. ¡Pobre señorita Harrelson!

—¡La duquesa de Stone!, mi esposa me prohibió intervenir, y he aprendido por las malas que es mejor no llevarle la contraria —dijo satisfecho Lee mientras miraba con adoración al amor de su vida.

—Cuando te dejaste convencer para ir a la fiesta de Chesterfield, supe que ella te comería —intervino Stone, el esposo de Lisa. Ese era otro punto, los cuatro que estaban en compañía de Melly aguardando a que los Ashton bajasen para confesarse habían estado también en la fiesta indecente, y ese mal entendido se añadió a la animadversión que Sue sentía por Em.

—Te recuerdo que esa mujer que dices que me come está criando a la hija que tu heredero quiere por esposa… También a él lo comerán

en el futuro —recordó Lee para molestar al esposo de Lisa. Esos dos hombres estaban siempre como el perro y el gato. Sus esposas eran uña y carne, pero no ellos dos.

—¡Eso está por verse! —gritó Stone. Nunca podría emparentar con el marqués de Spencer.

—¡Por supuesto que no será! —convino Lee, y ambos hombres sintieron incómodos al mostrarse de acuerdo en algo.

—Basta los dos —terció Melly.

—Sí. No os quejéis —comenzó a decir Lisa—, todos encontramos aquella fiesta muy interesante.

—Las personas decentes y honradas no van a esas fiestas. ¡No debimos haber ido! ¡Me hubiera ahorrado muchos problemas con Ashton! —dijo derrotada Sue, quien no conseguía olvidar todo lo que allí sucedió. No debió dejar que la duquesa de Stone la convenciera para acudir.

—A esa fiesta asiste mucha gente. Te sorprendería saber, Susy, que quien menos te lo esperas es capaz de ir a descubrir allí los placeres que una mujer y un hombre pueden encontrar —dijo la duquesa de Stone mirando fijamente a Melly, quien derramó el té que estaba bebiendo.

—Melly, cariño. ¿Estás bien? —se preocupó Sue.

—Sí.

Llegados a este punto fue cuando la puerta del comedor se abrió y unos risueños y enamorados duques de Ashton entraron. Su cara fue un poema. Se quedaron quietos al ver allí desayunando a los duques de Stone, a Susan y a Spencer. La señora de la casa no tardó en tomar la palabra.

—¿Qué está haciendo ella aquí, Oliver? —escupió furiosa la señorita Emma Harrelson, marquesa de Montrose y ya duquesa consumada de Ashton.

—Es una buena pregunta, hechicera mía.

—Oliver —lo llamó Melly.

—¿Esto es obra tuya, Melly? —quiso averiguar Ashton.

—Por favor, sentaos los dos —solicitó su hermana.

—¡Fuera de esta casa inmediatamente! —gritó furioso Ashton, quien iba decidido a por Susan para echarla de allí. Lee se levantó inmediatamente. Stone hizo lo mismo y entre ambos lo contuvieron.

—¡Basta! —gritó la duquesa de Stone dejándolos a todos anclados en sus sitios. Nadie osó hablar.

—Oliver, duquesa de Ashton… Yo tengo que… —comenzó a explicar Susy temerosa.

—Largo ahora de mi casa, ¡todos! —los echó Oliver, quien seguía cautivo por los dos hombres.

Lisa se levantó. Sabía lo que debía hacer.

—Yo, Lisa Marie Summer —comenzó a la mujer alzando la voz para que Oliver se centrase en ella—, invoco a mis antepasadas, las hechiceras Crusoe, para que hagan cumplir mi voluntad. Usted, Ashton, encontrará el amor allá donde menos lo espera. Insultará a su futura esposa de todas las formas posibles tal y como ha hecho con lady Susan Dawson, y sufrirá por su futura duquesa hasta pagar la totalidad de la deuda que ha contraído con Sue. Le condeno también a que parte del mal le llegue propinado de la mano de Susan Dawson. Es lo justo después de lo que le ha hecho. Porque ella lo ha absuelto pero yo jamás lo haré hasta que lo vea besar sus pies. Eso mismo hará si quiere alcanzar la felicidad con su duquesa.

Oliver giró la cabeza para mirarla. Perdió el color. El corazón se saltó varios latidos. Sus pensamientos estaban desbocados. La bruja lo maldijo años atrás y él solo atinó a reírse de ella, pero aquello se había cumplido con creces. Repasó en su cabeza los acontecimientos de las últimas semanas. ¡Cielo santo! ¿Pero cómo? Comenzó a notar que las piernas le fallaban. Sentarse. Necesitaba sentarse. Miró a su mujer sin saber qué decir. Se sentía bobo. Consiguió llegar a una silla con la ayuda de los hombres que lo tenían agarrado por debajo de los hombros. Una suerte, porque si no sabía que estaría tendido en el suelo.

—No se sorprenda tanto, Ashton. Le dije que era una bruja de las de verdad. Le pronostiqué todo lo que le ha sucedido. ¿Lo recuerda, verdad? Usted la conocía desde que era una niña —señaló a Susan—. Su traición fue mayor que la de su marido. —La historia de Susan y Lee era también muy complicada.

—¿Ma… marido? —consiguió preguntar Oliver. Se sentía mareado. Miró a Lee, quien asintió.

—Los marqueses de Spencer se casaron hace semanas, pero la versión oficial es que llevan muchos años casados pues la pequeña Eleanor, su hija, tiene cinco.

—¿Hi… hija? —No podía hablar. Era un milagro que articulase las palabras.

—Sí —contestó Lee.

—Y ahora, Ashton, se lo recordaré, pero por su expresión creo que no hace falta. Aun así, déjeme disfrutar del momento y recordárselo. Sue se desvivió por usted y por su hermana desde que tuvo uso de razón. Le dije que debió haber hecho un salto de fe por Sue cuando estuvo rodeada por el escándalo años atrás. ¿Lo recuerda también? —Oliver volvió a asentir—. ¿Lo hará, o voy a tener que maldecirlo nuevamente? Recuerde que su esposa está embarazada y puedo ser… malvada.

Todos se sorprendieron con la revelación, pero nadie se atrevió a decir una sola palabra. La duquesa de Stone sonrió orgullosa y alzó la

cabeza victoriosa. Al fin, Oliver la creía.

—Consecuencias lógicas, Spencer —la duquesa de Stone le guiñó un ojo al ver la expresión de absoluta sorpresa de este. El marido de Susan tampoco creía que ella fuera una poderosa bruja y ella siempre jugaba en ese borde de la certeza y la magia.

—Oliver… ¿Qué ocurre? —preguntó Emma atónita y desconocedora de toda la escena. ¿Cómo sabía esa mujer de su embarazo si ni ella misma estaba completamente segura?

—Excelencia, tenga la bondad de tomar asiento —le indicó la duquesa de Stone—. Por favor, Tom, Lee, soltadle. Oliver no es peligroso en estos momentos. —Solo ella se atrevería a llamar a los hombres por su nombre de pila.

Emma seguía sin sentarse. Sue tomó las riendas:

—Duquesa de Ashton no tiene por qué creerme. Sé de sobra lo que todo le ha debido parecer. Pero le suplico que se siente, pues debo disculparme muy sinceramente con usted y debo contarle todo el malentendido que se tejió. Por favor, escúcheme.

Emma miró a su esposo. Este volvió a asentir con la cabeza incapaz de hablar y ella al final hizo lo solicitado. Todos en la sala hicieron lo mismo.

—Verá, duquesa —Susan era la que hablaba—. Me temo que ambas hemos sido víctimas del destino y de malas interpretaciones. Comenzaré por el principio. Siempre he considerado a Ashton y a Melly como mis hermanos. Son mi vida, en especial ella —dijo sonriéndole a Melly—. Hace cinco años conocí a Lee, el señor Jones, quien es marqués ya, y me enamoré perdidamente. Oliver no estaba en el país. Estaba viajando, y sí, estábamos prometidos, pero ambos no nos hemos visto nunca como un marido y una mujer deben sentirse. Sobra decir que Lee, mi esposo, se enteró de que estaba prometida y que yo se lo oculté, entonces él se enfureció. Mi madre tramó una trampa para que yo me casase con Stone, aquí presente —señaló al esposo de Lisa—, pero mi buena amiga la duquesa de Stone me salvó. Sin embargo, mi madre, a base de golpes, me tenía sometida y tuve que hacer siempre lo que ella quería. Esa noche que la duquesa me salvó, discutí con Oliver. Lo mismo pasó minutos después con mi marido. Sentí que ambos me traicionaron —dijo mientras miraba a Ashton y las lágrimas se le iban saltando.

—Ángel, no tienes que hacer esto —señaló su marido mientras se levantaba de su silla y se ponía detrás de ella para masajearle los hombros en señal de apoyo. Lee tenía ganas de sacarla de ahí y ahorrarle el dolor. Por él, Ashton, la esposa de este y el maldito Londres entero se podían ir al mismísimo infierno.

—Estoy bien, Lee. Necesito hacerlo.

—De acuerdo, Sue —dijo dándole un beso en la cabeza. Su esposo

se volvió a sentar.

—Después de discutir con mi madre, con Oliver y Lee desaparecí. La duquesa de Stone me envió a Irlanda con su familia y allí tuve a mi hija Eleanor. Mi luz en la oscuridad de aquellos días. Volví hace poco porque Melly me lo imploró. Llegué y vi que su prometido, el señor Shell… —Ella no se atrevió a continuar, no quería hacerle daño a Melly.

—Puedes seguir, Sue. Leo y yo lo hablamos… —la tranquilizó Melly y ella continuó su relato:

—Vi el interés que mostraba el señor Shell en usted y la declaré mi enemiga, porque no comprendía cómo usted, sabiendo que él estaba comprometido, seguía con ese juego que hería a la que considero mi hermana.

—Yo no sabía que él estaba prometido hasta que Ashton me lo dijo. Nada más me enteré lo reprendí y él se centró en Melly —aclaró Emma, y Sue le sonrió.

—No lo sabía, pero gracias por hacer que él se centrase en Melly, a quien quiero como una hermana y más que a mi vida, si cabe.

—No. No, Sue —interrumpió Melly—. Ella no lo hizo. Tú lo hiciste. Gracias a ti él decidió confiar en mí. Fue sincero conmigo sobre todo. Nunca te lo dije, pero te agradezco que lo amenazaras con envenenarlo, con que Stone lo arruinase, incluso con que lo desangrarías como a un cerdo. —Terminó su alegato una sonriente Melly mientras toda la sala se removía incómoda en sus respectivas sillas.

—¡Susy! —saltó la duquesa de Stone— ¡Eres casi tan perversa como yo! Bien por ti, mujer.

Susan rodó lo ojos. Su amiga era demasiado… demasiado… ¡Demasiado bruja!

—Lo siento, Melly. Mi deber es protegerte.

—Lo sé, Sue, quédate tranquila.

—Por supuesto, Susy, que nuestra obligación es protegerla —volvió a intervenir la duquesa de Stone—. ¿Acaso crees que yo no le echaría una maldición al señor Shell si fuese un tramposo embustero? —Sue se rio, estaba segura que así hubiese sido. A Lisa, siendo bruja o no, se le escapaban pocas cosas. Susan dejó de reírse en cuanto vio a su amiga la duquesa de Stone ponerse rígida. ¿Qué sucedía ahí? Decidió dejar apartado el tema con el señor Shell y Melly a un lado por el momento.

—Luego la cosa se complicó aún más —prosiguió la marquesa de Spencer—. Yo vi que usted desplazó su interés a Oliver y estuve dispuesta a evitar esa relación. Para mí, por sacar malas conclusiones, era usted una pérfida mujer y yo consideraba mi deber proteger a mi hermano —sonrió a Oliver—, aunque no se lo mereciese. Él me había cuidado durante toda su vida y se lo debía. Todo se complicó cuando

la vi en casa de lord Chesterfield. —Se tapó la mano con la boca, pues tal vez Oliver no sabía nada a este respecto.

Emma tragó saliva y buscó calma para decir:

—Mi esposo lo sabe, no tema. Pero, ¿usted me vio? —Emma se sorprendió de que la hubiese visto, pero sobre todo de que Susan pudiera haber estado en la Mansión de la Perversión.

—Bueno… yo… Nosotros… —Susan no sabía cómo continuar la historia.

—Oh, por Dios, Susy —tomó las riendas Lisa—. Ella estaba allí dentro también —le recordó a su amiga al ver que se quedó sin palabras—. Y sí, la duquesa de Ashton, los cuatro estuvimos —señaló refiriéndose también a sus respectivos esposos—. Los cuatro la vimos. Decidimos ayudar a Sue a apartarla de Oliver. Pensamos que usted estaba engañándolo y aprovechándose de él.

—Pero tú sabías que eso no era verdad, Lisa —le reprochó Sue.

—No lo sabía por entero. Sin embargo, cualquiera con dos dedos de frente hubiese visto que ella estuvo enamorada desde el principio y que él quedó prendado la primera vez que ella le guiñó un ojo. —Lisa miró a Emma—. ¿Y aquel desmayo? Disculpe, milady, pero es usted una pésima actriz. Además, yo no tengo la culpa de nada. Dije que Oliver cumpliría su castigo por tu mano, Sue, porque te ofendió y así ha sido. La culpa es toda de Ashton y solo de él.

—¡Lisa, por Dios! Debiste pararme. Sabías que ella no lo estaba engañando y me dejaste hacer el ridículo. ¡Cielo Santo, todo lo que hice para separarlos y nada era necesario!

—Sue, ellos no hubiesen llegado hasta aquí hoy sin tu intervención. Créeme, lo vi. Esto debía pasar para que alcanzasen la felicidad. Les hemos hecho un favor —La duquesa de Stone estaba segura de su apreciación.

—¿No me mientes? —preguntó Sue, curiosa.

—No. Lo vi, cariño. Estaba escrito.

—Está bien, te creo, Lisa. Pero me utilizaste.

—¡Un momento! —interrumpió Emma— ¿Me está diciendo usted que todo fue una actuación? —miraba fijamente a Susan.

—Bueno, yo creí que Oliver no la quería. Dijo de usted que era… —Sue se tapó de nuevo la boca. No debió recordar eso tampoco. Enfocó la mirada con la de Emma.

—Lo escuché, milady —tomó la palabra Em—. Lo oí por mí misma. Aquella noche me disponía a hablar con él cuando por accidente lo escuché calumniarme. Y también la oí y la vi en otra ocasión, la de antes de ayer, en mi noche de bodas pidiéndole a mi esposo que la instalase como su amante. Y sí, la vi besarle.

—¿Quéééé? —gritó un furioso Lee.

—Vamos, Lee, no te disgustes. Te dije que haría lo necesario…

—comenzó Sue su explicación sabiendo que su esposo se enfadaría mucho con ella por esta revelación.

—Sue, llegaste demasiado lejos. —Los celos lo embargaban.

—Lo sé, lo siento —se disculpó ella—. Pero es culpa de Lisa. Con todo lo que Oliver escupió de ella —dijo refiriéndose a la esposa del duque de Ashton—, pensé que el problema estaba resuelto. Yo creí, después de hablar con Oliver la noche del compromiso de Melly, que no se casaría nunca con ella, pero luego Lisa llegó aquella mañana a casa con el periódico en la mano para que yo viese el anuncio del compromiso y me ordenó hacer lo que hiciese falta. Cuando vine a su casa en plena noche y comprobé que estaba casado entré en pánico, y más cuando me confesó su amor por ella. ¡Tuve que besarlo! La vi a ella tras la puerta mirándonos y disparé mi último cartucho. Pensé que era mala y no la quería con Ashton. Estaba casado, sí, pero al menos la podría enviar a ella al campo. Quería protegerlo a toda costa.

El esposo de Susan se contuvo con esfuerzo. La pícara de su esposa pagaría la afrenta luego y lo haría con intereses.

—¿Sabía que estaba allí tras la puerta oyéndola? —preguntó Em incrédula.

—Por supuesto, nunca le habría besado de otro modo. Y fue extraño, como besar a mi propio hermano —hizo una mueca.

—Lo besaste, Sue. Lo besaste. ¡No lo puedo creer! Y le propusiste ser su amante. Debería matarte por ello. —Lee explotó. Se había levantado y paseaba ansioso por la estancia mesándose el pelo.

Stone estalló en carcajadas. Demasiado estaba tardando, pensó el marqués de Spencer. Stone y Spencer siempre estaban peleando como el perro y el gato.

—¿Y tú de qué te ríes, esposo? Quieres que te recuerde que…. —decidió inmiscuirse Lisa.

—¡No! Ya me callo, mi bruja —respondió raudo su esposo.

—Venga, Lee, fue horrible. No estés celoso. Te lo juro, repugnante. ¿Cierto, Oliver? —Susan no sabía cuánto le costaría que su esposo olvidara esta cuestión, pero intuía que tendría que hacer una visita a la modista para idear un poco de ropa íntima indecorosa…

—Sí, pensé que estabas loca. —Ashton al fin había recuperado la voz y Lee se quedó un poco más tranquilo, pero poco.

—En fin, duquesa, yo… —retomó la conversación Susan—. No sé si será capaz de perdonarme algún día por ser la causa de todos sus males. De corazón le digo que me gustaría poder considerarla mi hermana, y ojalá pudiese borrar los insultos y todo lo que he hecho. Lo siento. Sé que es pronto y que tal vez no lo merezca, pero espero que sea capaz de perdonarme.

—Tengo una duda, lady Spencer —habló Em pasados unos pocos minutos en los que todos contuvieron la respiración.

—Llámeme Sue, por favor. Olvida la formalidad.

—Está bien. ¿Qué te hizo confesar todo? ¿Cómo al fin descubriste que yo no era mala para Ashton?

—¡Ah, eso! Pues…

—Por mí, naturalmente —dijo una orgullosa la duquesa de Stone.

—Duquesa, no juegue a ser bruja. Todos sabemos que no lo es —dijo ya un cansado marqués de Spencer de tanta profecía y tanto misterio.

—¿Seguro, señoría? —La duquesa de Stone levantó una ceja retadora hacía el marqués—. Le recuerdo que mi maldición para usted fue dejarlo mustio.

—¿Lo consiguió? —intervino Oliver mirando fijamente a su amigo. El duque había estado cuando Lisa maldijo al actual marqués de Spencer.

—Desde luego que sí —se apresuró a contestar Lisa—. El marqués de Spencer se mantuvo célibe durante muchos años. Mis maldiciones nunca fallan.

—¡Basta, excelencia! —rogó Lee con la mirada

Lisa se apiadó de su vergüenza y manejó la conversación hacia otro territorio.

—Verá, Em… Le diré Em porque ya siento que somos amigas y, aunque usted no lo crea, vamos a ser grandes amigas. Yo vi la devoción en los ojos de ambos, de usted y de Ashton. Di un salto de fe por usted, como tuvieron que haber dado aquí Oliver y Spencer cuando le hicieron daño a Susan. Supe que era imposible que una mujer tan dulce como usted lo estuviese engañando o que no fuese la indicada para él. Siento que ha pagado usted los platos rotos, pero le avisé a Ashton hace años que pagaría los errores que le achacó a la actual lady Spencer. Esta mañana supe que él ya había pagado su deuda con mi buena amiga Sue y desvelé el pastel.

—Me lo ha hecho pasar francamente mal, duquesa —confesó Emma comprendiendo la situación. No del todo, pero lo esencial sí lo intuía. Luego averiguaría la historia de la denominada lady Spencer. Eso tenía que ser muy curioso.

—Usted y yo sabemos que no fue todo obra mía, pues ir a casa de Chesterfield y que Oliver la creyese traidora… Eso lo hizo usted solita. —Que no se mostrase la duquesa de Ashton tan digna porque aquí nadie era inocente del todo. Lisa la primera, pero Emma la segunda.

—Sí, pero creerlo traidor a él fue obra de Sue y suya —rebatió Emma.

—Tampoco, querida. Solo tenía que haber preguntado a su marido sobre sus dudas y lo habría visto al instante. —¿Es que nadie se fijaba en los pequeños detalles?, se preguntó la duquesa de Stone. Lisa los veía a simple vista.

—¿Qué habría visto, excelencia? —preguntó Em.

—Lisa. Por favor, llámame Lisa.

—¿Qué habría visto, Lisa? —concedió la esposa de Oliver.

—Su amor por ti. Simplemente tenías que levantar la cabeza y mirarlo a los ojos. Pero desde que te casaste no lo hiciste, ¿verdad?

—No lo hice, no —reconoció con pesar maravillada por la habilidad de esa mujer al observar ciertas cosas tan íntimas.

—Bien, y ahora que está todo aclarado… Porque está todo aclarado y estamos todos bien, ¿verdad? —preguntó la duquesa de Stone mirándolos a todos.

—No, excelencia. Aún queda por hacer una cosa. —Oliver se levantó. Todos lo siguieron con la mirada mientras movía la silla de Sue, con ella encima. Cuando la tuvo delante de él, puso sus manos sobre sus hombros.

—Te fallé. No te protegí de tu madre. Tuve que haber tenido fe en ti, mi dulce hermana. Debí haberte creído como hubiese hecho Melly. Pese a que todo indicaba que eras culpable, yo debía haber sabido que era imposible que tú obrases en mi contra o mal si no era para protegerme. Me arrodillaré y te besaré los pies si es necesario, y no porque quiera librarme de maleficios —miró a Lisa—, sino porque te decepcioné. Me necesitaste y te fallé. ¿Podrás perdonarme, Sue?

—Te perdoné en aquel instante, hermano. ¿Podrás perdonarme tú mis ofensas a tu mujer?

—Te quiero, Sue. Siempre te querré y sé que mi esposa también te apreciará. —Ambos se abrazaron.

Lisa derramó una lágrima, Melly derramó unas cuantas más.

—Bueno… Sí, muy bien, ya está —recomendó Lee, quien no quería que Oliver tocase a su mujer más de lo necesario. Por el contrario, Emma no sintió celos.

—Sí, lo hago, Sue —Emma usó el apelativo que todos le daban—. Te aprecio porque alguien capaz de hacer todo lo que has hecho por mi esposo, y confesarlo, es digno de admiración. Salí perjudicada, sí, pero lo entiendo. Espero que seamos hermanas también. —Em tenía muy buen corazón.

—Gracias, duquesa.

—Em. Para ti soy Em. —Sue sonrió en señal de agradecimiento.

—Bien. Basta ya de sensiblerías —concluyó la duquesa de Stone—. Es hora de planear una boda.

—Sí, es hora de planear una fiesta especial para el futuro esposo de Amelia —dijo animado Stone.

Un hombre que apareció por arte de magia por la puerta en ese mismo instante. Leopold Shell se quedó pasmado al ver a todos los integrantes de esa misteriosa reunión sonrientes contemplándolo.

—Cierto, esposo. Hay que organizar una boda y una fiesta. —Stone

tragó saliva al ver la cara de fechoría de su esposa—. Tengo entendido que Chesterfield volverá en poco tiempo a la ciudad. Seguro que hace una de sus grandes… fiestas, de esas que tanto nos gustan a todos. Iremos juntos, no se hable más.

—¡Por Dios, duquesa! Melly no va a ir la Mansión de la Perversión jamás —dijo indignado Oliver.

—¿Por qué no? —preguntó inocentemente Lisa.

—Porque es un lugar malsano al que nadie debería ir. O volver a ir, dado el caso. Allí solo hay perversiones que no permitiré que mi hermana descubra. —Oliver lo tenía claro.

—¿Y tú, querido Ashton? ¿Cómo sabes que la casa de Chesterfield es todo eso si eres el único de los aquí presentes que no ha ido todavía? —preguntó Lisa con una sonrisa de suficiencia. Ashton consiguió dar sentido a las palabras y descubrir su verdadero significado.

—¡Sheeeellllll! —gritó furioso Ashton mientras iba a la carrera en busca de un prometido que ya hacía rato había huido del lugar.

—Oh, excelencia. ¿Por qué ha hecho eso? —se quejó Melly.

—¡Porque era divertido! —se excusó Lisa—. Y ahora, vamos, hay un libertinaje y una boda que organizar.

La duquesa de Stone se quedó mirando muy fijamente a Amelia. El futuro de esta muchacha le inquietaba sobremanera. Veía dos líneas a trazar, ambas igual de oscuras.

—¿Y tú, mi bruja, cómo sabes que Chesterfield volverá pronto? No lo quiero cerca de ti —aseveró Stone celoso. Chesterfield le preocupaba. Aun sabiendo la relación que unía a su esposa con el libertino, Stone siempre tendría celos de él.

Lisa se quedó mirando a Melly. Esa joven le preocupaba demasiado. Pero no era el momento de preocupaciones, sino de celebraciones. La duquesa de Stone regresó su atención hacia su amante esposo.

—Cariño, aquello pasó hace mucho tiempo y te dije en su momento que nada es lo que parece. —Lisa le ofreció una sonrisa.

—¿Me lo contaste todo?

—Mi dulce duque. Te adoro.

—No me has contestado.

—Te amo.

—Sigues sin contestar, Lisa.

—Te compensaré.

—¿Esta noche?

—Cuando quieras —le guiñó un ojo. Lisa no quería rememorar el pasado, la historia de los duques de Stone era compleja también.

Un pensamiento atravesó la mente de Lisa. La duquesa de Stone se paró antes de salir de la estancia. Su esposo se detuvo al igual que ella. Lisa se giró y, como si hubiese convocado la atención de los allí

presentes, todos la miraron.

—Por cierto, ¿os he contado que una vez maldije al marqués de Ailsa? —lanzó la pregunta la duquesa de Stone.

—Ahora es el duque de Ascot —observó Stone.

—Pues lo maldije en su momento. Su historia es muy curiosa… —comenzó a decir la duquesa mientras el resto la miraba con asombro.

Fin.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1